

TESIS DOCTORAL



**LA MEZQUITA-CATEDRAL DE CÓRDOBA
EN LA LITERATURA DE VIAJES DEL SIGLO
XIX**

Doctorando: Francisco Javier López Luna

Directora: Dra. Amparo Quiles Faz

Tutora: Dra. Asunción Rallo Gruss

Departamento de Filología Española, Italiana, Románica, Teoría
de la Literatura y Literatura Comparada

Programa de Doctorado de Lingüística, Literatura y Traducción

Facultad de Filosofía y Letras


Universidad de Málaga

2018



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

AUTOR: Francisco Javier López Luna

 <http://orcid.org/0000-0002-0346-1529>

EDITA: Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode>

Cualquier parte de esta obra se puede reproducir sin autorización
pero con el reconocimiento y atribución de los autores.

No se puede hacer uso comercial de la obra y no se puede alterar, transformar o hacer obras derivadas.

Esta Tesis Doctoral está depositada en el Repositorio Institucional de la Universidad de Málaga (RIUMA): riuma.uma.es





UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Dra. D^a Asunción Rallo Gruss, Catedrática de Literatura Española
del Departamento de Filología Española, Italiana, Románica y Teoría de la
Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Málaga,

HACE CONSTAR: que la Tesis Doctoral de D. Francisco Javier
López Luna titulada *La Mezquita Catedral de Córdoba en la literatura de
viajes del siglo XIX*, realizada bajo la dirección de la Dr^a D^a Amparo Quiles
Faz y mi tutorización, reúne todos los requisitos exigidos para su lectura y
defensa ante el Tribunal que habrá de evaluar este trabajo de
investigación.

Por todo ello, emito el preceptivo Visto Bueno para la presentación
de dicha Tesis Doctoral.

En Málaga, a 5 de febrero de 2018

 UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Filología Española,
Italiana, Románica, Teoría de la Literatura
y Literatura Comparada



Fdo: Asunción Rallo Gruss



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Dra. Doña Amparo Quiles Faz, profesora Titular de Literatura Española perteneciente al Departamento de Filología Española, Italiana, Románica y Teoría de la Literatura de la Universidad de Málaga,

HACE CONSTAR: que la tesis doctoral titulada *La Mezquita Catedral de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX* realizada, bajo mi dirección, por D. Francisco Javier López Luna reúne todos los requisitos exigidos para su lectura y defensa ante el Tribunal que habrá de evaluar este trabajo de investigación.

Por todo ello, emito el preceptivo Visto Bueno para la presentación de dicha Tesis Doctoral.

En Málaga, a 5 de febrero de 2018



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Filología Española,
Italiana, Románica, Teoría de la Literatura
y Literatura Comparada

Fdo: DRA. AMPARO QUILES FAZ

UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA



Esta Tesis Doctoral la dedico a mis padres Antonio y Victoria que con su constante cariño y esfuerzo me han ayudado a alcanzar la meta de la presente investigación.



LA MEZQUITA-CATEDRAL DE CÓRDOBA EN LA LITERATURA DE VIAJES DEL SIGLO XIX

Estado de la cuestión y enfoque metodológico.....	5
1. Córdoba en el siglo XIX	7
1.1. La demografía cordobesa en el siglo XIX.....	7
1.2. La economía cordobesa en el siglo XIX.....	8
1.3. La llegada del ferrocarril a Córdoba.....	9
1.4. La ciudad de Córdoba en el siglo XIX	10
1.4.1. Las nuevas avenidas de Córdoba	13
1.4.2. La construcción del malecón del Guadalquivir.....	14
1.4.3. El derribo de la muralla de Córdoba	14
1.4.4. Los cementerios de Córdoba	15
1.4.5. El entramado social cordobés en el siglo XIX.....	16
1.4.6. El desarrollo de la burguesía cordobesa.....	18
1.5. La educación escolar cordobesa en el siglo XIX	19
1.6. El origen de la Universidad de Córdoba.....	21
1.7. Otras instituciones culturales cordobesas.....	22
1.8. El arte cordobés en el siglo XIX.....	25
1.9. Evolución urbanística de Córdoba en el siglo XIX.....	26
1.9.1. El derribo de la muralla cordobesa.....	26
1.9.2. Las puertas de la ciudad de Córdoba.....	27
1.9.3. Algunos lienzos conservados de la muralla cordobesa.....	32
1.9.4. El trazado urbano cordobés	34
1.9.5. La vivienda cordobesa.....	37
1.9.5.1. El patio cordobés.....	38
1.9.6. Las desamortizaciones del siglo XIX.....	42
1.9.7. El ensanche de Córdoba del siglo XIX	43
1.9.7.1. Las mejoras urbanas en Córdoba en el siglo XIX.....	44
1.9.7.2. Los nuevos jardines cordobeses.....	46
1.9.7.3. Los mercados de abastos cordobeses.....	47
1.9.7.4. Las obras del murallón del Guadalquivir.....	48

1.10.	Las Ordenanzas Municipales de Córdoba.....	49
1.11.	Las grandes intervenciones municipales	50
1.11.1.	El paseo de la Victoria	50
1.11.2.	El paseo de san Martín	52
1.11.3.	La plaza de toros de los Tejares	53
1.11.4.	La estación de ferrocarril de Córdoba	54
1.11.5.	La avenida del Gran Capitán.....	56
2.	Córdoba en la literatura de viajes extranjera del siglo XIX.....	62
2.1.	La Mezquita-Catedral de Córdoba	66
2.2.	La ciudad de Córdoba y su urbanismo	92
2.3.	Las fiestas, usos y costumbres de Córdoba	114
3.	Córdoba en la literatura de viajes española del siglo XIX.....	138
3.1.	La Mezquita-Catedral de Córdoba	141
3.2.	La ciudad de Córdoba y su urbanismo	169
3.3.	Las fiestas, usos y costumbres de Córdoba	184
4.	Conclusiones de la tesis doctoral.....	191
5.	Bibliografía	203
5.1.	Fuentes primarias.....	203
5.2.	Fuentes generales	206
6.	Anexo documental sobre la Mezquita-Catedral de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX	218
6.1.	Archivo Municipal de Córdoba.....	219
6.2.	Biblioteca Nacional de España.....	240
6.3.	Biblioteca Nacional de Francia.....	246
6.4.	Archivo Capitular de la Catedral de Córdoba.....	247
6.5.	Archivo Histórico de Viana (Córdoba).....	248
6.6.	Archivo Histórico Provincial de Córdoba.....	259
6.7.	Fondo Fotográfico de la Universidad de Navarra.....	260

7. Anexo documental sobre el urbanismo cordobés en la literatura de viajes del siglo XIX.....	269
7.1. Archivo Municipal de Córdoba.....	270
7.2. Biblioteca Nacional de España.....	289
7.3. Biblioteca Nacional de Francia.....	296
7.4. Biblioteca del Congreso de EEUU de América.....	297
7.5. Archivo Capitular de la Catedral de Córdoba.....	298
7.6. Archivo Histórico de Viana (Córdoba).....	302
7.7. Archivo Histórico Provincial de Córdoba.....	315
7.8. Fondo Fotográfico de la Universidad de Navarra.....	319
8. Anexo documental sobre las fiestas, usos y costumbres de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX.....	322
8.1. Archivo Municipal de Córdoba.....	323
8.2. Biblioteca Nacional de España.....	328
8.3. Archivo Histórico de Viana (Córdoba).....	332
8.4. Archivo Histórico Provincial de Córdoba.....	335
8.5. Fondo Fotográfico de la Universidad de Navarra.....	336

Estado de la cuestión y enfoque metodológico

Con el título *La Mezquita-Catedral de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX*, nuestra tesis doctoral pretende estudiar una etapa histórica de la que apenas hay nada escrito. La ciudad de Córdoba siempre ha estado muy eclipsada por su esplendor cuando esta fue capital del Califato de Al Ándalus y muchas de las investigaciones se han centrado en esa etapa que, sin duda, marcó un punto de inflexión en la historia de la capital cordobesa. Sin embargo, pocos historiadores se han preocupado de estudiar otras etapas históricas tan interesantes y cruciales como es el caso del siglo XIX.

Así, hemos analizado los estudios que se han realizado sobre geografía urbana, para contextualizar las grandes transformaciones que se produjeron en la capital en el siglo XIX, destacando tres puntos principales: el derribo de la muralla que cercaba la ciudad, la edificación del malecón del Guadalquivir y el ensanche de Córdoba.

Con esta base, hemos planteado un capítulo en el que analizamos la *“Historia de Córdoba en el siglo XIX”* desde aspectos sociales, económicos, demográficos, culturales, históricos y artísticos, así como su evolución urbanística favorecida, sobre todo, por la incipiente clase burguesa de la ciudad.

A su vez, hemos querido insertar en nuestra investigación un amplio capítulo titulado *“Córdoba en los libros de viajes del siglo XIX”*, donde realizamos un pormenorizado estudio sobre las numerosas visitas que, tanto viajeros extranjeros como españoles, realizaron a la capital cordobesa a lo largo de la centuria decimonónica, ya que la ciudad de Córdoba se convirtió en un mito de Al Ándalus en pleno siglo XIX.

Así, hemos analizado los diarios de viajes de los más importantes viajeros españoles, británicos, franceses e incluso americanos que visitaron la capital cordobesa y hemos reflejado cuáles fueron sus impresiones, algunas más idealizadas y otras más realistas. Todos los autores quedaron maravillados al contemplar la monumentalidad de la Mezquita-Catedral y al perderse por el entramado laberíntico de su casco histórico, donde descubrieron sus iglesias fernandinas, así como un sinfín de patios cordobeses.

Córdoba era una ciudad decadente en pleno siglo XIX, con un casco histórico en situación de semiabandono, debido a las desamortizaciones, a la invasión francesa, así como a algunas catástrofes naturales que se sucedieron en esa época como los continuos desbordamientos del río Guadalquivir y a otros eventos históricos. No obstante, esta situación de abandono y ruina hizo que Córdoba se convirtiera en un prototipo de ciudad romántica, en cuyas calles cobraban protagonismo la melancolía y la nostalgia y de ahí su fuerte atractivo para viajeros románticos decimonónicos.

Pero el tema nuclear de nuestra Tesis Doctoral es el “Análisis de la Mezquita-Catedral de Córdoba según los viajeros del siglo XIX”. Por ello, hemos realizado una cuidadosa selección de textos, grabados y fotografías sobre la ciudad de Córdoba en el siglo XIX a través de las principales colecciones públicas que existen tanto en la capital como en otros archivos nacionales e internacionales, ya sea de forma presencial o vía *on line*. Así, hemos visitado el Archivo Municipal de Córdoba, el Archivo Histórico Provincial de Córdoba, el Archivo de la Diputación de Córdoba, el Archivo Histórico del Palacio de Viana (perteneciente a la Fundación Cajasur), el Archivo de Julio Romero de Torres (depositado en el Archivo Histórico Provincial de Córdoba), el Archivo Capítular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, el Archivo Histórico Nacional, la Biblioteca Nacional de España, el Archivo de la Universidad de Navarra, la Biblioteca Nacional de Francia, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, así como algunas colecciones privadas como es el caso de José Ramón Obispo, de Córdoba y Juan Antonio Fernández Rivero, de Málaga. Toda esta documentación gráfica aparece en los anexos de nuestra tesis doctoral, ordenados por archivos y colecciones.

Finalmente, el objetivo de nuestra tesis es destacar y valorar la Mezquita-Catedral de Córdoba bajo el prisma de las miradas de los viajeros extranjeros y españoles que la visitaron a lo largo de toda la centuria decimonónica y, con ellos, rescatar del olvido y sacar a la luz, los textos e imágenes no analizados por la crítica, y que nosotros recogemos en nuestra tesis doctoral dedicada a *La Mezquita-Catedral de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX*.

1. Córdoba en el siglo XIX

Al inicio del siglo XIX, la ciudad de Córdoba vivía dormida en el sueño de su esplendoroso pasado histórico, donde nada hacía presagiar lo que la nueva centuria traería consigo a la capital. La guerra de la Independencia marcó un punto de inflexión, ya que el sistema liberal supuso una considerable mejora en una urbe donde existían graves problemas de abastecimiento y sanidad. Aunque el verdadero impulso lo recibiría la ciudad con la transformación urbanística¹ que supuso la Desamortización de Mendizábal de 1836² y la llegada del Ferrocarril en 1859³.

La capital cordobesa comenzó la centuria decimonónica con unas considerables deficiencias de salubridad y urbanismo, de manera que podemos hablar de un estancamiento a todos los niveles, al menos en la primera mitad de siglo; situación que cambió notablemente en la segunda mitad del XIX, con las reformas urbanas que marcaron un antes y un después y que trataremos detenidamente a lo largo de nuestra tesis doctoral.

1.1. La demografía cordobesa en el siglo XIX

A nivel demográfico, Córdoba experimentó ciertos cambios a lo largo del siglo XIX. Su población en esta etapa de su historia se caracterizó por unas crecidas tasas de natalidad, hecho que tuvo como consecuencia un notable aumento de población, ayudado por la inmigración provincial a la capital, provocando que si el siglo se

¹ La ciudad de Córdoba va a vivir tres grandes transformaciones urbanas a lo largo del siglo XIX que trataremos a lo largo de nuestra tesis doctoral: el derribo de la muralla que circundaba la capital, la construcción del malecón del Guadalquivir y el ensanche de la ciudad, propiciado por la burguesía decimonónica.

² Juan Álvarez Mendizábal era un funcionario de la Regente María Cristina de Borbón, la que ordenó que se expropiaran todas las tierras de las órdenes contemplativas en 1836, poniéndolas en subasta pública. La principal causa de la Desamortización de Mendizábal fue el empobrecimiento de las arcas de la Corona debido a las pérdidas de las colonias americanas y a la finalización de la Primera Guerra Carlista en España.

³ El ferrocarril llegó a Córdoba por primera vez el 27 de abril de 1859, con la línea que une las ciudades de Sevilla y Córdoba.

inauguró con 40.000 habitantes, lo cerró con 58.275 habitantes, es decir 18.275 más, lo que refleja una notable evolución poblacional⁴.

Sin embargo, esta evolución demográfica no estuvo exenta de altibajos, ya que no podemos olvidar que Córdoba fue víctima de numerosas epidemias a lo largo de la centuria decimonónica, como la fiebre amarilla en 1804, el cólera en 1834, 1854-1856, 1865 y 1885 y la viruela entre 1871-1874. Estas epidemias, unidas a una muy deficiente sanidad pública, provocaron un alto índice de mortalidad en la ciudad. No obstante, el moderado crecimiento poblacional que experimentó la capital en el siglo XIX se debió a la inmigración provincial procedente tanto de la sierra como de la campiña cordobesa.

Esta evolución demográfica nos ofrece una reflexión positiva, ya que a pesar de las carencias en salud e higiene de la urbe, las epidemias que asolaron la ciudad y la insuficiente atención médica propias de esta época, Córdoba experimentó una subida de la natalidad, debido a todas aquellas personas que emigraron de los pueblos de la provincia a la capital, en busca de oportunidades laborales y de una vida digna y de mejores condiciones en todos los aspectos⁵.

1.2. La economía cordobesa en el siglo XIX

La economía cordobesa vivió un considerable estancamiento a lo largo del siglo XIX, pues la mayor parte de la población se dedicaba al sector primario, es decir a la agricultura, aunque también existían otros habitantes que vivían gracias al sector secundario: la construcción, el trabajo de la piel y la madera.

Por tanto, podemos observar que la ciudad vivió y sobrevivió de una forma muy rural, casi provinciana, a la compleja y dificultosa realidad del siglo XIX. Al menos así fue hasta 1850, año en que la capital comenzó a experimentar una notable evolución, acompañada de un considerable desarrollo.

Lo que sí que marcó un punto de inflexión en Córdoba, y nos atrevemos a decir que en toda Andalucía, fue la llegada del ferrocarril a la ciudad, convirtiéndose en todo un

⁴ CUENCA TORIBIO, J. M., *Historia de Córdoba*, Córdoba, Publicaciones de la Librería Luque, 2002, p. 120.

⁵ Desde estas líneas queremos agradecer al Dr. José Manuel Cuenca, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba, el hecho de recibarnos gentilmente y facilitarnos numerosos datos sobre el siglo XIX en Córdoba que aquí reflejamos con un enorme agradecimiento.

centro de las comunicaciones por tierra, y que situó a la capital como modelo de desarrollo y modernidad en el siglo XIX.

1.3. La llegada del ferrocarril a Córdoba

Córdoba vivió una situación geográfica privilegiada, y por ello que se le concedió la capitalidad ferroviaria andaluza el 27 de abril de 1859, fecha en la que llegó a la ciudad la primera línea Sevilla-Córdoba. Años más tarde, el 15 de agosto de 1865, se inauguraba la línea Málaga-Córdoba⁶, y un año después, se podía viajar directamente a Madrid. De esta forma, el ferrocarril fue clave para la consolidación de Córdoba en la nueva civilización.

Con respecto a la construcción de la línea ferroviaria entre Córdoba y Málaga, este era un proyecto que ya estaba pensado desde 1845, pero no fue hasta 1859 cuando se comenzó a hacer realidad, gracias a una Real Orden de 19 de diciembre del mismo año, que concedió las obras de infraestructura a Jorge Loring Oyarzábal, posterior marqués de Loring.

La realización de la infraestructura ferroviaria entre Córdoba y Málaga fue muy complicada, sobre todo por la accidentada orografía del terreno en la provincia malagueña, que era considerablemente montañosa. De especial mención fueron los numerosos túneles que tuvieron que construir en la zona del desfiladero de los Gaitanes y que supuso toda una obra de ingeniería en pleno siglo XIX.

En 1861, Jorge Loring fundó la Compañía del Ferrocarril de Córdoba a Málaga, y comenzó a realizar las obras de la nueva línea, que se dividía en tres partes: la zona de la campiña cordobesa, la zona que atraviesa la cordillera Penibética y la zona del valle del Guadalhorce, hasta alcanzar la capital malagueña. El primer tramo que se inauguró unía las poblaciones de Málaga y Álora, cuyo tren circuló por primera vez, el 16 de septiembre de 1864. Finalmente, un año después, la línea Málaga-Córdoba quedaba concluida, inaugurándose el 15 de agosto de 1865. Queremos destacar que Córdoba

⁶ La Compañía del Ferrocarril Málaga-Córdoba fue históricamente una empresa de la red ferroviaria que poseía la propiedad y la explotación del trayecto comprendido entre ambas capitales andaluzas, y que discurría por la cordillera Penibética.

edificó una estación propia para su línea malagueña, ubicada en la zona de Cercadilla, distinta de la estación que unía la capital cordobesa con Sevilla⁷.

Córdoba se convirtió así en un escenario desde el que se presagiaba un notable cambio en la organización del espacio y en su articulación territorial. Su término municipal ocupaba en el siglo XIX y ocupa actualmente una superficie de 124.461 hectáreas, el mayor de Andalucía, tras el jerezano, abarcando zonas de la sierra, la campiña y el valle y, por consiguiente, con una producción muy diversificada⁸.

Y es que ya desde antes de la llegada del ferrocarril, Córdoba gozaba de una privilegiada situación central dentro de la geografía provincial y andaluza que, con la llegada de las nuevas comunicaciones, comenzó a materializarse en un fluido mercado con el resto de la Península que, gracias a la aparición de empresarios y burgueses, se irá cristalizando hacia finales del siglo XIX.

1.4. La ciudad de Córdoba en el siglo XIX

Otro de los grandes hitos de la historia decimonónica fue la creación de la Diputación Provincial de Córdoba, acto que aconteció el 18 de agosto de 1813, aunque de forma provisional debido a la restauración fernandina, hasta su definitiva implantación en el año 1834, una vez fallecido el rey Fernando VII⁹. Las funciones de dicha institución fueron notables al proyectar sobre la campiña y la sierra la imagen de una ciudad pendiente y atenta a los problemas de los municipios del resto de la provincia cordobesa.

⁷ Aunque en un principio, cada línea ferroviaria era de una compañía privada, en poco tiempo se fusionaron, gracias a las conversaciones entre Jorge Loring y Oyarzábal y Joaquín de la Gándara y Navarro, que juntos consiguieron la fundación de la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces el 30 de mayo de 1877.

⁸ CUENCA TORIBIO, J. M., *De Andalucía*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2009, p. 35.

⁹ La muerte de Fernando VII en 1833 tuvo como consecuencia inmediata el impulso definitivo a la cuestión provincialista; el ministro Javier de Burgos, en un Real Decreto de 30 de noviembre de 1833 llevó a cabo el fin del proceso de la división provincial de Córdoba. Quedaba así constituida la provincia cordobesa con un total de 75 municipios con sus 12 partidos judiciales que fueron presididos por la capital, de nombre homónimo al de dicha provincia: Córdoba.

En cuanto al urbanismo de la ciudad, debemos señalar que el efecto de las desamortizaciones fue aprovechado por los colonos y arrendatarios que vivían en la campiña cordobesa, así como de algunos miembros de la administración y un considerable número de comerciantes, para edificar viviendas en los solares que anteriormente ocupaban los conventos desamortizados¹⁰. No obstante, las grandes desigualdades económicas que existían provocaron unas aún más notables desigualdades sociales y su consecuente nivel de pobreza.

En medio de esta situación desoladora, surgió una empresa con ánimo de dinamizar la estancada economía cordobesa: la Casa Carbonell, fundada por el empresario alicantino Antonio Carbonell y Llácer¹¹ en 1866. Desde el principio se dedicó a la comercialización de productos agrarios, sobre todo al aceite y esto supuso un notable despertar de la economía, que tuvo como consecuencia el incremento del capital, ya que dicho comercio superaría con creces las fronteras de la región andaluza. Pronto los beneficios fueron invertidos en la construcción de molinos de aceite, actividad que luego se amplió a otras ramas de la alimentación, convirtiendo a la Casa Carbonell en el principal motor económico de Córdoba en el siglo XIX.

En cuanto a las transformaciones urbanísticas que experimentó la ciudad de Córdoba en el siglo XIX cabe destacar la intención, por parte de las instituciones municipales, de dotar a la capital de un desarrollo acorde con los tiempos. Estamos hablando de una etapa en la que el urbanismo europeo y español experimentó un considerable salto cualitativo en torno a las capitales. En esta ocasión, Córdoba supo aprovechar su privilegiada situación estratégica, en el sentido geográfico, para convertirse en el centro de todas las comunicaciones peninsulares con el sur de España. De esta forma la producción cordobesa se dio a conocer al resto del país, con el consecuente crecimiento urbanístico. Aunque dicho desarrollo se hizo realidad, sobre todo, a mediados del siglo

¹⁰ La Desamortización de Mendizábal de 1836 causó estragos en el urbanismo cordobés, dejando abandonadas grandes edificaciones conventuales. Muchos de ellos fueron derribados dejando en su lugar solares de notables dimensiones; otros en cambio sufrieron la dejadez y la desidia, ante la salida inminente de las órdenes conventuales y monásticas de la capital cordobesa.

¹¹ Antonio Carbonell y Llácer fue un empresario que nació en Alcoy en 1827 y murió en Córdoba en 1878. Contrajo matrimonio con Cándida Morand Bordehore, con la cual tuvo once hijos. Llegó a ser miembro de la Diputación Provincial de Alicante por Alcoy. En 1866 se trasladó a Córdoba para hacerse cargo de la Recaudación de Contribuyentes de la capital. Allí fundó Carbonell, semilla de la gran empresa agroalimentaria, que prosperó en su hijo Carlos Carbonell. Finalmente, Antonio Carbonell fue miembro de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio.

XIX, con la mencionada llegada del ferrocarril a la capital cordobesa, que supuso la verdadera apertura y promoción de Córdoba al resto de España. Una imagen que nada que ver con la situación en la que se encontraba la ciudad a principios de la misma centuria.

El siglo XIX se inauguró en Córdoba, a nivel urbanístico, con una cierta tendencia a la demolición, más que a la construcción. Muchos conventos fueron destruidos, ya desde 1811, cuando la capital contaba con cuarenta conventos, catorce iglesias, veinticuatro ermitas y una colegiata, siendo Córdoba una de las grandes ciudades conventuales de España¹².

Gran parte de las viviendas de su casco histórico pertenecían al Cabildo Eclesiástico de la Catedral¹³ y a las órdenes monásticas, hasta el punto que la propiedad inmobiliaria de la Iglesia en Córdoba sobrepasaba el 9% del casco urbano, más los terrenos que las órdenes tenían en el exterior de la ciudad. Tanto es así que las riquezas monacales y conventuales cordobesas eran considerablemente notables en vísperas de la Desamortización de Mendizábal en 1836.

Desde el punto de vista urbanístico, esta situación fue uno de los grandes obstáculos para la modernización de la ciudad. Aun así, el ímpetu de las desamortizaciones no arrasó la trama urbanística esencialmente medieval de la capital, aunque la llegada del Ferrocarril sí que supuso una cierta evolución en la urbe en aras de la modernidad, pero desde el más absoluto respeto a su histórica trama urbana¹⁴.

¹² La destrucción de conventos e iglesias, como fueron san Martín, san Pablo, san Acisclo y santa Victoria, en algunos casos facilitó reformas que, parcialmente, fueron beneficiosas y en los más fue una prueba de lamentable incuria.

¹³ Aún hoy día, muchas viviendas del entorno de la catedral de Córdoba conservan un azulejo situado sobre el dintel de la puerta que reza *Cabildo de la Iglesia*. Dichas viviendas se encuentran repartidas entre el antiguo barrio de la Judería y otras zonas del casco histórico como la calleja del Pañuelo, o en la calle Osio donde en una de sus fachadas aparece labrado en piedra una mitra episcopal y un báculo.

¹⁴ Ante el debate eterno entre tradición y modernidad y, dado que Córdoba posee un notable casco histórico declarado por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad en 1994, creemos que se debe dar primacía a la conservación íntegra del mismo. Consideramos que la capital cordobesa ha sabido conjugar el respeto por el pasado histórico y la apertura a las nuevas tendencias modernas, convirtiéndose en todo un paradigma de ciudad patrimonio mundial.

No obstante, la considerable natalidad acaecida en la ciudad durante el siglo XIX propició que esta experimentase un notable crecimiento urbanístico extramuros de la capital; ahora bien, debido a su estructura urbana obsoleta, tuvieron que llevarse a cabo una serie de reformas en la trama urbana interior y en su posterior ensanche. Dicha remodelación fue acometida por fases, de forma aislada, con resultados en principio que poco satisfizo a la sociedad decimonónica, ya que hubiese sido preferible un plan unitario que hubiera dotado a la ciudad de unas mejoras acordes a las nuevas necesidades de su tiempo. Pero los planes y proyectos urbanísticos llevados a cabo en esta centuria se caracterizaron por su parcialidad.

1.4.1. Las nuevas avenidas de Córdoba

Dentro de las zonas de remodelación destacó la noroccidental debido a la cercanía a la estación de ferrocarril. De esta forma se llevó a cabo la avenida del Gran Capitán, proyectada y realizada entre los años 1859 y 1869, el ensanche de la Ronda de los Tejares, la inauguración del primer tramo de la calle Claudio Marcelo en 1878 y la ampliación y reforma de la plaza de las Tendillas. Dicha zona se revalorizó y se convirtió en el barrio de la burguesía, con la consecuente función comercial y administrativa de la ciudad¹⁵.

Otras zonas fueron menos favorecidas como la Axerquía¹⁶, ya que quedaron fuera de los planes reformistas. Dicha zona abarcaba gran parte del casco histórico de la ciudad y durante la centuria decimonónica vivió una situación especialmente marginal, tal vez porque algunos de sus barrios como san Agustín o san Lorenzo se ubicaban entonces en la periferia de la ciudad.

No obstante, en la periferia sí que se llevaron a cabo una serie de medidas de salubridad e higiene urbanística: así se proyectaron grandes avenidas como el paseo de la Victoria, entre los años 1851 y 1854, los jardines de la Agricultura en 1859, y la ampliación del real de la feria de Nuestra Señora de la Salud, que se celebraba en dicho paseo antes de trasladarse al actual emplazamiento de El Arenal.

¹⁵ La evolución urbanística de la ciudad de Córdoba en el siglo XIX la trataremos con mayor profundidad en esta tesis analizando pormenorizadamente el ensanche del Gran Capitán.

¹⁶ La Axerquía de Córdoba abarca los barrios de Santa Marina, San Agustín, San Andrés, San Lorenzo y la Magdalena, enmarcados todos en el casco histórico de la capital.

1.4.2. La construcción del malecón del Guadalquivir

Una de las grandes reformas urbanas del siglo XIX en Córdoba fue la construcción del llamado murallón de la ribera del río Guadalquivir, para evitar las continuas inundaciones provocadas por las crecidas del caudal y, aunque dichas obras comenzaron en 1792, no se concluyeron hasta 1905. Fue una obra no exenta de contratiempos, lo que conllevó que se realizara por fases; de hecho, en 1863 aún faltaba por construir el tramo comprendido entre la Cruz del Rastro y el Puente Romano, que se acometería entre los años 1882 y 1905, año en que fueron clausuradas las obras, como mencionamos anteriormente. Para llevar a cabo las obras del malecón¹⁷, se tuvieron que cerrar varios molinos harineros, que hoy contemplamos en el cauce del río, como son los de san Antonio, el de Enmedio y la Albolafia.

1.4.3. El derribo de la muralla de Córdoba

Otra de las obras de magnitud que se llevó a cabo en la ciudad en esta centuria fue la demolición de las murallas que cercaban la capital, no siendo resultado de la expansión, sino como consecuencia de un mal entendido progreso, ya que la gran cantidad de suelo edificable dentro de las murallas debido a las desamortizaciones y el crecimiento demográfico, no justificaron en absoluto el derribo de unas murallas casi bimilenarias¹⁸. No obstante, su destrucción se hizo en aras del progreso que, al igual que en otras capitales, pasaba por la demolición de lo pasado¹⁹.

¹⁷ La construcción del malecón del Guadalquivir lo trataremos más adelante, enmarcado en el análisis de la evolución urbanística de Córdoba en el siglo XIX.

¹⁸ La muralla de Córdoba presenta orígenes romanos, musulmanes y cristianos, y en ella podemos distinguir cinco recintos: la Medina, la Axerquía, la Judería, el Alcázar Viejo y la Huerta del Alcázar. De sus trece puertas, solo conserva tres: puerta de Almodóvar, puerta del Puente y puerta de Sevilla. Sobre la demolición de la muralla reflexionaremos en este mismo capítulo.

¹⁹ Tal vez en el siglo XIX no existían unos criterios de conservación del Patrimonio Histórico tal y como lo entendemos hoy en día; pero esto no exime que los arquitectos municipales de entonces tendrían que haber actuado con más sentido común, conservando la muralla de Córdoba. Consideramos que la apertura a la modernidad no está reñida con la conservación de lo antiguo, máxime cuando se trata de las señas de identidad de una ciudad. De haberse conservado, Córdoba podría presumir de poseer una de las grandes murallas medievales de España, pero por desgracia, los técnicos y entendidos del momento se dejaron llevar por esa falsa modernidad que arrasa con todo lo pasado, destruyendo uno de los grandes símbolos de la capital cordobesa.

1.4.4. Los cementerios de Córdoba

Otro hecho destacable en la primera mitad del siglo XIX fue la edificación de dos grandes cementerios cordobeses, como consecuencia de la insalubridad que suponían los enterramientos realizados en iglesias y conventos. Aquí si hubo un buen criterio de saneamiento, llevándose dichos ritos funerarios a las afueras de la ciudad. Estos cementerios fueron:

1. cementerio de Nuestra Señora de la Salud: su origen se debe a la época de la ocupación francesa, ya que fueron las autoridades napoleónicas las que decidieron poner fin a los enterramientos eclesiásticos, creando un gran camposanto para toda la ciudad. De esta forma, José Bonaparte dictó en Madrid el Decreto de fecha de 4 de marzo de 1809, que ordenaba la construcción del cementerio cordobés, situado al suroeste de la ciudad, junto a la ermita de Nuestra Señora de la Salud²⁰, que le dio nombre a todo el camposanto y cuyas obras quedaron concluidas el 8 de junio de 1811. Posteriormente sufrió numerosas reformas, hasta que en 1833 quedó configurado de forma definitiva, tal y como lo conocemos actualmente.
2. cementerio de san Rafael: fue el segundo cementerio más antiguo de la ciudad, edificado en 1833, a instancias del intendente Miguel Boltri, debido a la insuficiencia del camposanto de la Salud, y con fondos del Cabildo de la Catedral. Finalizaron las obras dos años después, ya que hay constancia de que la primera inhumación fue oficiada por el obispo Juan José Bonel y Orbe, el 16 de junio de 1835. Años más tarde, en 1849, se acometió una importante reforma, en la que destaca la construcción de la ermita de san Sebastián. Para dichas obras de mejora se emplearon elementos constructivos de algunos conventos desamortizados de Córdoba, como el de la Encarnación Agustina²¹ o el de san Francisco de la Arruzafa²².

²⁰ La ermita de Nuestra Señora de la Salud es una pequeña capilla construida en 1665 y consagrada al culto en 1673. Ya en el siglo XIX, en 1805, la ermita adoptó la configuración actual, según el diseño del arquitecto Ignacio Tomás, convirtiéndose en la capilla del cementerio de la Salud. Durante muchos años, la Feria de Córdoba estuvo ubicada en los alrededores de dicho recinto, de manera que el pueblo bautizó las fiestas de la última semana de mayo como Feria de Nuestra Señora de la Salud.

²¹ El convento de la Encarnación Agustina de Córdoba fue fundado por un discípulo de san Juan de Ávila, y se dedicaba a acoger a mujeres de vida licenciosa. En 1804, las monjas se trasladan al convento de santa María de las Nieves, debido a la escasez de vocaciones, y tras la desamortización de 1836, la Junta de

1.4.5. El entramado social cordobés en el siglo XIX

El siglo XIX potenció, a nivel urbanístico, una serie de transformaciones claves en la capital de Córdoba, ya que de forma paralela a la desaparición de numerosos conventos, se sanearon numerosas vías de la trama urbana, a lo que colaboró la aparición de las farolas de gas en 1831 y las eléctricas en 1883 y así la urbe cordobesa comenzó a ser más funcional y mejor adaptada a los nuevos tiempos.

Poco a poco, los nuevos paseos de sus ensanches hicieron de Córdoba una ciudad más habitable y confortable, por lo que la panorámica del paisaje urbano que se podía contemplar desde cualquiera de los miradores cordobeses en el siglo XIX, era muy diferente al de medio siglo atrás. De una forma pausada, la nueva burguesía cordobesa fue configurando nuevos espacios urbanos en la capital, imponiendo su estilo, sus intereses y sus preferencias arquitectónicas y urbanísticas.

Estas transformaciones urbanísticas tuvieron como consecuencia ciertos cambios que modificaron, en parte, la morfología de determinados barrios de la capital, aunque no alteraron su tejido social. Córdoba ha sido una ciudad que siempre se ha caracterizado por su pluralidad de barrios que han ido configurando su biografía colectiva, con una especial unidad en medio de dicha diversidad²³.

Tengamos en cuenta que, a mediados del siglo XIX, convivían en Córdoba desde personas más humildes que, dada su precariedad, habitaban los barrios del casco histórico, hasta personas de la alta burguesía que abogaban por una Córdoba que caminaba hacia la modernidad, creándose así el ensanche que fue todo un exponente de los gustos de la época, tanto en sus edificaciones modernistas, como en sus parques y jardines.

Beneficiencia Local solicitó al Gobierno la permuta del edificio por el convento de la Merced. En ese mismo inmueble se estableció el 19 de agosto de 1847, la escuela de Veterinaria.

²² El convento de san Francisco de la Arruzafa perteneció a la orden franciscana y se encontraba en el mismo emplazamiento donde hoy está el Parador Nacional de la Arruzafa. La orden abandonó el convento en la Desamortización de Mendizábal en 1836.

²³ En la ciudad siempre se han integrado desde las clases más humildes a las más pudientes, conformando un eje social que es ejemplo de integración y acogida. Con el paso de los tiempos, Córdoba ha sabido mantener la idiosincrasia de cada zona y de cada barrio, manteniendo un perfecto equilibrio entre tradición y modernidad, aún en pleno siglo XXI.

Córdoba, en la época de la Restauración, se presentaba como una ciudad moderna, en la que la configuración de sus barrios, cuya arquitectura venía determinada por sus actividades productivas, era expresión de la vida cordobesa más genuina, ya que era una forma de convivencia en grupo, que se consolidó a través de asociaciones voluntarias, configurando una identidad social propia y diferente. Las antiguas agrupaciones, que se realizaban en su mayoría en torno a las cofradías y hermandades²⁴, fueron aumentadas por otro tipo de asociacionismo más secularizado, cuyo reclamo fue la política y el arte, así como las tertulias en los cafés y en las peñas, donde se reflexionaba sobre las nuevas ideologías plurales de la época.

De esta forma, en todos los barrios surgió un movimiento asociativo, reflejo de la sensibilidad propia de este pueblo. Así, Córdoba, en la época de Antonio Cánovas del Castillo, presentaba ya 74 asociaciones registradas en 1887, y casi 100 al final de la centuria, con un gran abanico de temáticas: confesionales, culturales y sociales, entre las que destacaba la Real Sociedad Económica de Amigos del País²⁵.

Los barrios de Córdoba fueron centro de convivencia y asociacionismo de todas las clases sociales, incluso los sectores obreros y republicanos mantuvieron reuniones y actos donde exponían sus ideales, aunque aún no se ha podido trazar un plano geográfico de la Córdoba republicana.

Cabe destacar que la uniformidad en el tejido urbano que, durante el siglo XIX primó en numerosas ciudades españolas, no llegó a producirse en Córdoba, ya que esta ciudad abogó por conservar las señas de identidad propias de la capital y de sus barrios, aunque dicha pluralidad supuso el verdadero eje vertebrador de lo que fue la ciudad en la centuria decimonónica. Es la llamada unidad en la diversidad, a la que aludíamos anteriormente, que configuró la idiosincrasia única de la ciudad de Córdoba.

²⁴ Hemos de recordar que el verdadero origen de las hermandades y cofradías fue el movimiento gremial que se desarrollaba en determinadas calles y barrios que aún conservan sus nombres. Este tipo de asociacionismo, en numerosas ocasiones, daba culto a una imagen titular, al cual veneraban como patrón y protector, con sus consecuentes procesiones de rogativas y de acción de gracias.

²⁵ La Real Sociedad de Amigos del País de Córdoba tuvo su origen el 10 de marzo de 1779. Tenía entre sus principales fines la promoción del desarrollo económico de la sociedad cordobesa. Presentó una vida intermitente durante el siglo XIX hasta su definitiva desaparición en torno a 1920.

1.4.6. El desarrollo de la burguesía cordobesa

Córdoba, en el siglo XIX, experimentó un escaso desarrollo económico y social, lo que produjo un desequilibrio entre la capital y su provincia, a excepción de la Casa Carbonell, que ya mencionamos anteriormente. Aun así, el municipio cordobés jamás renunció a su centralidad con respecto a su provincia y su antiguo reino. Su condición de capital de provincia propició que la burguesía, que era la clase dominante, imprimiera carácter a las empresas públicas y privadas, haciendo propios sus códigos de valores. Dicha clase burguesa fue la principal interesada en los terrenos que dejaron libres las zonas desamortizadas de la ciudad, principalmente empresarios y especuladores.

Bajo el mandato del alcalde Bartolomé Belmonte Cárdenas²⁶, conde de Cárdenas, se promulgaron unas Ordenanzas Municipales que, además fueron sancionadas por el gobernador civil Joaquín García Espinosa. El texto estaba organizado en seis títulos y cinco apéndices, ya que todos los equipos de gobierno cordobeses tuvieron como norte el logro de un estatus de verdadera importancia para la ciudad y toda la provincia.

A nivel urbanístico, la nueva avenida del Gran Capitán se convirtió en la nueva puerta de la ciudad, creada por la emergente burguesía, donde se estableció la sede de todos los poderes del nuevo orden social y político, distanciado del religioso-histórico, representados por la Santa Iglesia Catedral, antigua Mezquita, y sus barrios del casco histórico.

El siglo XIX marcó un punto de inflexión en el urbanismo cordobés tal y como lo expresa Enrique Aguilar Gavilán:

—Cabe apuntar algunas realizaciones positivas para la ciudad, durante una etapa que se dictaron varias ordenanzas sobre mejoras urbanas e higiene pública que después quedaron incorporadas en la normativa municipal; se impulsó igualmente la construcción de paseos y jardines: Campo Madre de Dios, Paseo de la Victoria y Jardines de la Agricultura, se puso en marcha un plan de transportes de mercancías por el Guadalquivir, todo ello sin olvidar la iniciativa

²⁶ El conde de Cárdenas nació en Córdoba en 1842, fue doctor en Medicina, catedrático de la Universidad Libre de Córdoba y fundador de la Asamblea Local de la Cruz Roja en Córdoba. Llegó a ser alcalde de Córdoba entre los años 1878-1881 y en el bienio 1884-1886. El papa León XIII lo nombró conde pontificio de Cárdenas el 8 de enero de 1886 y en España por una Real Autorización, el 26 de abril del mismo año.

municipal de encargar la elaboración del primer plano moderno de Córdoba al barón Karvinski y Miguel Rillo [...] También en esta época, Manuel María de Arjona, canónigo de la Catedral, fundó la que, con el tiempo, llegaría a ser la más antigua institución cultural cordobesa: La Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba”²⁷.

Córdoba estaba experimentando una notable transformación a gran escala, sobre todo en el paseo del Gran Capitán. Las delegaciones del Gobierno, los bancos, los hoteles, los restaurantes, se ubicarán en esta nueva zona que une el centro con la estación de ferrocarril, y que se ve enriquecida en esta centuria decimonónica, con bellas muestras de edificios modernistas²⁸, hasta el punto de convertirse en la zona de más alta cotización de la ciudad.

1.5. La educación escolar cordobesa en el siglo XIX

Otros aspectos destacables fueron los hitos culturales, pero la ciudad de Córdoba no estaba a la altura de los tiempos en cuanto a sanidad y educación, de tal forma que a finales del siglo XIX, el analfabetismo y la desescolarización, suponían una lacra social en la ciudad andaluza. No obstante, la población cordobesa experimentó una mejora en la escolarización a lo largo de la centuria decimonónica. La educación, que estaba adscrita a la enseñanza pública, se encontraba repartida en una escuela superior de niños, ocho elementales y dos de párvulos, con unas cifras muy cercanas al millar de escolares, mientras que la femenina contaba con una superior y doce escuelas elementales, con una cifra también cercana al millar de alumnas.

Una vez restauradas las órdenes religiosas en la ciudad, la oferta educativa se amplió considerablemente, sobre todo a partir de 1901, año en que se fundó en la capital el primer colegio importante: el consagrado por los Salesianos a María Auxiliadora. Aunque también hay que destacar la restauración de algunos centros educativos más

²⁷ AGUILAR GAVILÁN, E., *Córdoba en el pasado, Breve historia de una ciudad Patrimonio de la Humanidad*, Córdoba, Ed. La Posada, 1999, p. 68.

²⁸ Entre los edificios de corte modernista del paseo del Gran Capitán, es digno de mención la actual sede del Colegio Oficial de Arquitectos de Córdoba. Se trata de una de las obras más representativas del *art nouveau* en toda la provincia cordobesa. Este palacete fue proyectado en 1907 por Adolfo Castiñeyra y Boloix para el magistrado Teófilo Álvarez Cid, en el llamado ensanche del Gran Capitán, siendo uno de los pocos inmuebles originales que se conservan de la época.

antiguos, como es el caso de Santa Victoria²⁹, que experimentó un nuevo auge en dicha centuria, el mismo que experimentaron los colegios de Nuestra Señora de la Piedad y las Escuelas Pías de la Purísima Concepción.

Todos estos colegios de educación privada siguen en activo hoy en día y constituyen todo un referente en la enseñanza cordobesa, por su trayectoria histórica y por la calidad de sus programas académicos. Son la reminiscencia de otras épocas en la que la difusión de la cultura recaía exclusivamente en las órdenes religiosas, puesto que el Estado se desentendía de dicha labor, tan importante como imprescindible para la sociedad.

No obstante, a finales del siglo XIX, junto a la enseñanza privada surgió también la iniciativa oficial, de manera que el Ayuntamiento de Córdoba situó la escolarización entre sus preferencias en estos años finiseculares. Así, en torno a veinte escuelas dependían de dicha institución municipal: siete elementales y una superior de niños; ocho elementales y una superior de niñas; dos de párvulos y dos de adultos. De esta forma, comenzaron a convivir la enseñanza privada y la pública en una sociedad ávida de cultura y escolarización, que por fin comenzaba a ver la realización académica de las niñas y de los niños cordobeses.

Algunas estadísticas de la época demuestran que los porcentajes más menguados de escolarización se encontraban en los barrios más populares. La gráfica de la educación cordobesa del siglo XIX es la de una línea ascendente, aunque este progreso jamás adquirió el ritmo necesario para conseguir unos índices de alfabetización estimables, de manera que la insuficiencia escolar fue una de las grandes lacras de la sociedad cordobesa del siglo XIX.

²⁹ Dentro de los centros educativos de enseñanza privada, queremos destacar el de Santa Victoria, no solo por su trayectoria, sino por la monumentalidad de su arquitectura. Se trata del primer colegio levantado en Córdoba para atender específicamente a la mujer. Se edificó en la segunda mitad del siglo XVIII, enmarcado en una estética académica, bajo el diseño arquitectónico de Luis Gilbert y Baltasar Drevetón, ambos de origen francés, constituyendo el más notable ejemplo de arquitectura neoclásica que posee la ciudad. Destaca la monumental capilla, con una notable portada que presenta seis columnas corintias de orden gigante que soportan un frontón triangular de grandes dimensiones. La enorme cúpula que cubre la iglesia es de inspiración romana, y al estar situado en el punto más alto de la ciudad, constituye uno de los más importantes referentes visuales del paisaje urbano de Córdoba.

1.6. El origen de la Universidad de Córdoba

En el germen de la Universidad cordobesa fue importantísimo el auge cultural que supuso la nueva clase burguesa, que fue impulsando el movimiento científico, literario y artístico de la Córdoba decimonónica. De hecho, a mediados de siglo apareció el Instituto de Segunda Enseñanza, fundando en 1847 una Escuela Especial de Veterinaria en agosto del mismo año, y que en principio se instaló en lo que fue el convento de la Encarnación Agustina; una escuela de Agricultura en 1857, otra de Bellas Artes en febrero de 1866, una de Magisterio y la Escuela Industrial de Artes y Oficios en 1869, dependiente de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Precisamente la Escuela Especial de Veterinaria fue el origen de lo que hoy es Facultad de Veterinaria en Córdoba. Tenemos que remontarnos a una Real Orden de 19 de agosto de 1847 firmada por la Reina Isabel II, por medio de la cual fue creada una Escuela Subalterna de Veterinaria, nombrada así por ser de provincia y por tanto poseer un rango inferior al de la Escuela Nacional de Veterinaria de Madrid³⁰.

Estas iniciativas encontraron un efímero culmen en la creación de la Universidad Libre de Córdoba en 1870, al amparo de los mejores ideales burgueses. Aunque iniciada con sus mejores intenciones, entró en un declive que la hizo desaparecer en 1878, víctima de las circunstancias políticas de España, unido a una clase popular analfabeta que no veían en la universidad ningún tipo de promoción.

Debemos remontarnos al 21 de octubre de 1868 cuando el ministro de Fomento Ruiz Zorrilla promulgó la libertad docente que tuvo como consecuencia la libre fundación de centros de enseñanza. En enero de 1869 se autorizó a los ayuntamientos y diputaciones provinciales para fundar centros de enseñanza, siempre que fuese con fondos propios y así nació la Universidad Libre de Córdoba. Esta entidad académica tuvo como promotor principal a Rafael María Gorrindo y Castro, que en aquellos tiempos desempeñaba el cargo de vicepresidente de la Diputación Provincial, que aprobó la creación de la Universidad Libre de Córdoba el 15 de octubre de 1870.

³⁰ La Ley Moyano de 14 de octubre de 1857 sustituyó el calificativo de subalternas por el de Escuelas Profesionales de Veterinaria, donde la enseñanza se cursaba en dos períodos: uno de cuatro años para todas las escuelas, y otro de un año solo en Madrid para conseguir el título de veterinario de primera.

Dicha institución contaba con las facultades de Medicina y Derecho, y tuvo el apoyo inicial de numerosas personalidades cordobesas de esa época, científicos y docentes. La Facultad de Medicina se instaló en el Hospital de Agudos del Cardenal Salazar³¹, actual sede de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba.

La Universidad se regía por un reglamento que fue redactado el 23 de agosto de 1871 publicado en 1873 y que constaba de un total de 162 artículos, abarcando todo un eje organizativo sobre las enseñanzas a impartir en sus centros. Entre sus docentes hubo numerosas personalidades como fueron León Torrellas, Juan Velasco o Manuel de Luna, pertenecientes todos a la élite cultural cordobesa.

La Universidad Libre de Córdoba se clausuró definitivamente en 1878 por falta de fondos para su mantenimiento y debido a las convulsiones políticas que se produjeron tras la finalización del Sexenio Revolucionario, acontecido entre 1868 y 1874.

A pesar de su breve existencia, la Universidad Libre de Córdoba fue una muestra de la inquietud intelectual que ya existía en la sociedad cordobesa, aunque dicha enseñanza estuviese solo al alcance de una minoría. Dicha institución constituyó la semilla de lo que es hoy la Universidad de Córdoba, y supuso un verdadero acicate para que la ciudad se situase a la altura de otras capitales españolas.

1.7. Otras instituciones culturales cordobesas

La Academia de las Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, dentro de la sección literaria de la Sociedad de Amigos del País, se convirtió en el único promotor de la cultura cordobesa, tanto durante el reinado de Fernando VII como en las épocas de las Regencias.

La Real Academia de Córdoba³² fue fundada el 11 de noviembre de 1810, siendo su primer director Manuel María de Arjona y Cubas y el prefecto de sus primeros estatutos

³¹ El Hospital de Agudos del Cardenal Salazar es uno de los edificios más emblemáticos de la judería cordobesa. Edificado en el siglo XVIII bajo la dirección arquitectónica de Francisco Hurtado Izquierdo y la promoción de Pedro de Salazar y Toledo, tuvo como idea original un colegio para los niños del coro de la Catedral, pero la epidemia de peste de principios del siglo XVIII lo convirtió en hospital. El inmueble está declarado Bien de Interés Cultural y se encuentra dentro de la zona del casco histórico de Córdoba, declarado Patrimonio de la Humanidad.

³² La sede de la Real Academia de Córdoba se sitúa en el número 9 de la calle Ambrosio de Morales, en el edificio que anteriormente estuvo el Ayuntamiento de Córdoba, aunque la Academia también tuvo su sede en el Museo de Bellas Artes de la capital cordobesa.

Domingo Badía Leblich. En 1915, el rey Alfonso XIII le concedió el título de Real, gracias a un Real Decreto de 9 de julio de ese mismo año, siendo director Luis Valenzuela y Castillo.

Así mismo, el Liceo Artístico y Literario se constituyó en 1842, y en él se impartían las cátedras de Aritmética, Geometría, Dibujo, Taquigrafía, Francés, Historia y Humanidades. Tuvo una vida muy prolífera aunque breve, ya que en 1850 se instaló en el mismo lugar el Círculo de la Amistad, fusionándose ambas instituciones el 26 de abril de 1856. De esta forma, el Círculo de la Amistad y Liceo Artístico Literario, que fue levantado sobre los terrenos desamortizados del convento agustino de Nuestra Señora de las Nieves³³, fueron un referente de la élite de la cultura cordobesa.

El Real Círculo de la Amistad de Córdoba fue una institución de índole cultural que fue fundada el 31 de mayo de 1854 y se sitúa en la calle Alfonso XIII, antigua calle del Liceo, de la capital cordobesa. En el interior del inmueble hemos de destacar su valiosa biblioteca con 17.000 volúmenes, así como un fondo pictórico firmado por artistas de la talla de Julio Romero de Torres, Rodríguez de Losada y Díaz Huertas, que decoran sus salones con alegorías musicales e históricas. El 31 de marzo de 2006 el rey Juan Carlos I le concedió el título de Real y hoy es uno de los centros más importantes de la cultura local.

Así mismo, tenemos que destacar como emblema de la cultura cordobesa decimonónica el Centro Filarmónico Cordobés³⁴, fundado en 1878 bajo la batuta del compositor y violinista Eduardo Lucena Vallejo³⁵, que lo dirigió hasta su muerte en

³³ El convento de Nuestra Señora de las Nieves estuvo situado en el lugar donde el jurado Juan Ruíz había construido un hospicio en 1461. En el año 1532, extinguido el hospicio, se trasladaron al lugar las monjas agustinas recoletas, que ya existían en Córdoba desde 1505, en el barrio de San Lorenzo. Este convento acogió a la comunidad de monjas de la Encarnación Agustina, a principios del siglo XIX. Con la Desamortización de Mendizábal de 1836 el Estado se quedó con el inmueble, siendo adquirido en 1842 por el Liceo Artístico y Literario, semilla del Real Círculo de la Amistad de Córdoba.

³⁴ El Real Centro Filarmónico fue la institución musical más antigua de Córdoba, creada en 1878 por Eduardo Lucena y que tiene por objetivo fomentar el amor a la cultura entre los cordobeses. Tras la muerte de su fundador en 1893, se fue desintegrando y fue reorganizado de nuevo el 14 de noviembre de 1902, siendo todo un referente cultural en Córdoba hasta la actualidad.

³⁵ Eduardo Lucena y Vallejo, (Córdoba 1849-1893) fue director de banda y orquesta, gran violinista, compositor y profesor de Armonía en la Escuela Provincial de Bellas Artes de Córdoba, origen del que sería el futuro Conservatorio. Aunque realmente su gran obra fue la creación en 1878 del Centro Filarmónico al que da su propio nombre.

1893. De igual forma, en el teatro destaca la Sociedad Lírico-Dramática, más conocida como La Amistad Cordobesa. Ya en la etapa finisecular, destacó la fundación del Conservatorio de Música de Córdoba en 1902, de manos del compositor cordobés Cipriano Martínez Rücker³⁶. Se trata de uno de los Conservatorios más antiguos de toda la geografía española, fundado gracias a la Diputación Provincial de Córdoba, a raíz de la sección musical de la Escuela Provincial de Bellas Artes, siendo Martínez Rücker su primer director. En 1922 se convirtió en el tercer conservatorio de España que consiguió la validez estatal de sus enseñanzas. En 1942 el ministerio de Educación le concedió la categoría de Conservatorio Profesional, pudiendo así impartir las máximas titulaciones. En 1972 alcanzó el estatus de Conservatorio Superior de Música, privilegio que solo compartía con cinco centros españoles. En el año 2002 el Ayuntamiento le concedió la Medalla de Oro de la Ciudad de Córdoba.

Por otra parte, la cultura burguesa encontró un excelente medio de expresión en la prensa cordobesa. El *Correo de Córdoba* apareció en 1801. El *Diario de Córdoba* se ganó pronto la confianza de sus paisanos durante toda su vida, desde que se fundó en 1849 hasta que se clausuró en 1938, alcanzando una tirada de 4.000 ejemplares en sus mejores momentos. Se trataba de una prensa de índole provinciano, aunque de cierta línea conservadora. Convivió durante su estancia con El *Defensor de Córdoba* y el *Correo de Andalucía*.

No podíamos terminar el epígrafe de la cultura cordobesa del siglo XIX sin incluir a algunas insignes personalidades que marcaron esta esfera, como es el caso del Duque de Rivas (1791-1865), Juan Valera (1824-1905) y Amador de los Ríos (1816-1878), que en mayor o menor medida estuvieron vinculados a Córdoba y contribuyeron a la difusión nacional e internacional de su tierra natal.

³⁶ Cipriano Martínez Rücker, fue un notable músico nacido en Córdoba en 1861 y fallecido en 1924. Fue uno de los mejores compositores del romanticismo español, junto al malagueño Eduardo Ocón. Miembro de las Reales Academias de Córdoba y Sevilla. Tiene dedicada su calle natal en el entorno de la Catedral cordobesa.

1.8. El arte cordobés en el siglo XIX

Artísticamente, el siglo XIX supuso en Córdoba un tiempo de transición. La nueva centuria se inauguró con la tradición neoclásica que dio origen a la Escuela de Bellas Artes fundada por Caballero y Góngora³⁷. Precisamente a esta centuria decimonónica debemos la edificación de la Iglesia del Juramento de San Rafael, bajo la dirección arquitectónica de Vicente López Cardera, en el mismo lugar donde el padre Roelas recibió la visita del arcángel de Córdoba³⁸.

Bajo los mismos patrones neoclásicos se culminó la ermita de Nuestra Señora de la Salud en el cementerio del mismo nombre. Aunque la principal muestra de arte neogótico fue la capilla del Pretorio, pequeña ermita situada en los Llanos del mismo nombre que fue reconstruida en el siglo XIX, y que debe su nombre a un Ecce Homo representado en un lienzo donde aparecía Cristo en el pretorio romano. Sin duda, una de las obras más emblemáticas que se construyeron en el siglo XIX, fue el Gran Teatro de Córdoba, edificado en 1873 bajo la dirección de Amadeo Rodríguez y que está inscrito en la llamada “arquitectura de hierro”.

En la escultura cordobesa del siglo XIX el protagonista fue Mateo Inurria Lainosa (Córdoba 1867-Madrid 1924) que, durante su estancia en Madrid, realizó la Alegoría de Córdoba, Alegoría de la Pintura y Materia en Triunfo. Inurria llegó a ser profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, lo que le facilitó un mayor reconocimiento artístico en el ámbito nacional.

En el campo de la pintura decimonónica cordobesa la figura por excelencia fue Julio Romero de Torres (Córdoba 1874-1930), hijo del también pintor Rafael Romero Barros que fue director del Museo de Bellas Artes de Córdoba. Gracias a su afán por aprender, Julio Romero vivió con intensidad la vida cultural cordobesa de finales del siglo XIX y conoció, ya desde muy joven, todos los movimientos artísticos dominantes de esa época finisecular.

³⁷ Antonio Caballero y Góngora fue un religioso nacido en Priego de Córdoba en 1723. Fue licenciado en Teología y canónigo de la Catedral de Córdoba, de la que fue obispo entre 1790 y 1796, año que falleció. Creó una Escuela de Bellas Artes en Córdoba con la finalidad de formar artistas en la talla y la platería.

³⁸ VILLAR MOVELLÁN, A., *Guía Artística de Córdoba y su provincia*, Córdoba, Fundación José Manuel Lara, Ayuntamiento de Córdoba, 2006, pp. 230-233.

1.9. Evolución urbanística de Córdoba en el siglo XIX

1.9.1. El derribo de la muralla cordobesa

En este recorrido por la ciudad de Córdoba en el siglo XIX hemos de realizar un análisis sobre la evolución urbanística de la capital a lo largo de toda la centuria decimonónica. Para ello, seguimos el camino trazado por Francisco García Verdugo³⁹ y Cristina Martín López⁴⁰.

En el caso de Córdoba, a mediados del siglo XIX aún nos encontrábamos las murallas que la cercaban, lo que suponía un verdadero impedimento en pro de su desarrollo y expansión urbanística. Dicho amurallamiento perdió su sentido ya en plena centuria decimonónica, pues su finalidad defensiva no era efectiva ni funcional ante las nuevas tácticas militares y el nuevo desarrollo de la artillería.

Además, la incipiente expansión al exterior de la muralla propiciada por la llegada a Córdoba del ferrocarril en 1859 y por la naciente clase burguesa, apremiaban el derribo de los muros, que no era más que un elemento molesto para los que malinterpretaron la modernidad con el derribo del pasado. Aunque dentro habían quedado bastantes solares libres tras la Desamortización de Mendizábal de 1836, el exterior se había proyectado como una zona de recreo y expansión de la burguesía, entre la nueva estación de ferrocarril y el casco histórico.

Así, la muralla a mediados del siglo XIX se encontraba en un lamentable estado de abandono y ruina, que propició numerosos derrumbes de algunos paños con su consecuente peligro. Hacia 1850 existió un intento de conservar los muros, pero los continuos desacuerdos entre Ayuntamiento y Gobierno Central sobre de quién era competencia la conservación de la muralla, hicieron que distintos paños de la misma se derrumbaran por el paso del tiempo.

³⁹ GARCÍA VERDUGO, F., *Córdoba, burguesía y urbanismo. Producción y propiedad del suelo urbano: el sector de Gran Capitán (1859-1936)*, Córdoba, Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Córdoba, 1992.

⁴⁰ MARTÍN LÓPEZ, C., *Córdoba en el siglo XIX, Modernización de una trama histórica*, Córdoba, Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Córdoba, 1990.

De igual forma, se abrió un debate sobre la conservación de las puertas de la muralla; aun así, la primera que se derribó fue la puerta del Rincón, situada a la entrada de la actual calle de Alfaro así como la apertura de nuevas puertas, que en el caso de la Trinidad o del Gran Capitán, facilitaron las comunicaciones con el exterior⁴¹.

1.9.2. Las puertas de la ciudad de Córdoba

A finales del siglo XIX, Córdoba conservaba solo tres de sus trece puertas en el marco de su antigua muralla: la puerta de Almodóvar, la puerta del Puente y la puerta de Sevilla, esta última en estado ruinoso. No obstante, algunos de los rótulos de las calles nos recuerdan la estancia de algunas de las puertas de la antigua muralla, como son los casos de puerta Nueva, puerta de Osario o puerta de Gallegos, incluso Córdoba conserva algunos lienzos de la muralla entre la puerta de Almodóvar y el Alcázar de los Reyes Cristianos, en la zona del Alcázar Viejo y en peor estado de conservación, el llamado muro de la Misericordia⁴² en la actual ronda del Marrubial.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, Córdoba perdió diez de sus trece puertas⁴³:

1. Puerta del Rincón: desapareció en 1852, siendo una puerta edificada en la época moderna al comienzo de la actual calle de Alfaro⁴⁴, antes de Carnicerías. Arquitectónicamente tenía un arco de medio punto, sobre el que se situaba un entablamento, centrado por el escudo de armas de Córdoba. Dicha puerta estaba flanqueada por dos torreones, de los cuales se conserva el que estaría situado a la

⁴¹ La apertura de la muralla hacia la nueva avenida del Gran Capitán posibilitaba la comunicación con la Estación de Ferrocarril. Así mismo, el derribo de la muralla por la zona de la Trinidad, daba un acceso directo a las zonas del ensanche de Córdoba, en concreto al paseo de la Victoria y a los jardines de la Agricultura, nuevas zonas de recreo de la incipiente burguesía cordobesa. No obstante, consideramos que hubiese sido más acertado la conservación de sus paños con sus trece puertas.

⁴² El Muro de la Misericordia debe su nombre a la muralla almorávide, todavía visible en algunos de sus tramos, así como al Hospital del Santísimo Cristo de la Misericordia, que se fundó en sus proximidades hacia 1640.

⁴³ Existe una interesante reflexión sobre las Puertas de la Muralla de Córdoba en: PRIMO JURADO, J. J., *La Córdoba de Julio Romero*, Córdoba, Ed. Almuzara, 2010.

⁴⁴ La calle de Alfaro, llamada anteriormente calle de Carnicerías, según consta en el plano de los franceses de 1811, coincide en su trazado con la *urbs quadrata* de la época romana; en la época musulmana servía de límite entre la zona norte y la de la Axerquía, no comenzando a ser urbanizada hasta el siglo XIV. En 1711 se derribó el portillo del Corbacho, hecho que permitió la construcción de la actual cuesta del Bailío, unos de los rincones más populares de Córdoba.

izquierda del arco. Le sobreviene el nombre de “Rincón” por situarse en una esquina de la muralla.

2. Puerta de Gallegos: desapareció en 1864 y estaba situada al principio de la calle de la Concepción⁴⁵, justo donde se emplaza una de las zonas de ensanche de la ciudad: el paseo de la Victoria. Esta portada de la muralla daba acceso a la ciudad por un arco de medio punto sobre el que se situaba, entre almenas, un gracioso frontón mixtilíneo que terminaba en sendos roleos en los extremos y rematado por una especie de piña cónica. Esta puerta fue de las más relevantes de Córdoba, porque por ella se partía hacia Sevilla, a través de la vía Augusta, de manera que tuvo un gran uso desde la época romana hasta el siglo XIX. El terremoto de Lisboa causó graves daños en 1755 y tuvo que reedificarse. Entre 1863 y 1864 se realizó la demolición de la puerta, debido a las obras del ensanche y con el objetivo de abrir paso de la calle Concepción al paseo de la Victoria. Parece que debe su nombre a las tropas gallegas que llegaron a Córdoba junto al rey Fernando III para conquistar la ciudad en 1236.
3. Puerta de Baeza: desapareció en 1868. Dicha puerta era de origen islámico, pero al igual que muchas de las otras puertas, fue reconstruida en el siglo XVII y se encontraba a la entrada de la calle Agustín Moreno, antes del Sol, en el Campo de la Madre de Dios⁴⁶. Arquitectónicamente, la puerta poseía un arco de medio punto flanqueado por sendas torres de planta circular y coronado por almenas. El nombre de “Baeza” le sobrevino a esta puerta por ser el origen de los primeros cristianos que poblaron esta zona de la ciudad.
4. Puerta de Plasencia: desapareció en 1879 y se encontraba en lo que actualmente es la plaza del Cristo de Gracia, antes calle Mayor de San Lorenzo, donde aún se conserva la muralla del Marrubial. La puerta tenía un esquema rectangular, de escaso valor artístico. Por su histórica portada entró Fernando III en 1236,

⁴⁵ La calle Concepción debe su nombre a que en ella existía el convento del mismo nombre, que pertenecía a la orden de san Benito y san Bernardo. Su fundación data de 31 de marzo de 1506, gracias a la concesión de una bula pontificia del papa Julio II; finalmente el convento fue suprimido en 1868 y actualmente solo queda el nombre de la calle que guarda su memoria.

⁴⁶ En clara alusión a la iglesia de Santa María Madre de Dios, cuya vida religiosa se vio truncada por la invasión de los franceses en 1808. En 1814, la orden restablece el culto en el convento, restauración que duró hasta 1819. La comunidad de religiosos terceros abandonó definitivamente el convento de Madre de Dios durante la Desamortización de Mendizábal de 1836. Posteriormente, en 1862, adquirió el edificio el Ayuntamiento de Córdoba. Actualmente, el templo sufre un grave deterioro, y existen negociaciones abiertas entre Ayuntamiento y Obispado para la urgente restauración y recuperación del convento de Santa María Madre de Dios de Córdoba.

dispuesto a establecer su acampada en el Realejo. El nombre de Plasencia, como en otras ocasiones, era la procedencia y origen de los habitantes cristianos que poblaron esta zona del Realejo tras la Reconquista.

5. Puerta del Colodro: desapareció en el último cuarto del siglo XIX. Su origen se ubica en plena Reconquista en el siglo XIII y reconstruida en 1837, aunque con escaso mérito artístico y arquitectónico. Se encontraba al comienzo de la actual calle Mayor de Santa Marina frente a San Cayetano. Debe su nombre al soldado Alvar Colodro⁴⁷, uno de los primeros cristianos que asaltó, por este mismo espacio, la muralla de la zona de la Axerquía en 1236.
6. Puerta de Andújar: desapareció en el último cuarto del siglo XIX. Se trataba de una puerta de origen musulmán reconstruida en el siglo XVII, siendo más bien de pequeñas dimensiones. Se encontraba en la plaza de la Magdalena, cara a la Ronda de Andújar. Debe su nombre a que de allí partía el camino hacia Andújar, cuando la Hermandad de Córdoba iniciaba la peregrinación al santuario de la Virgen de la Cabeza. Junto a dicha puerta se encontraba una torre llamada de los Donceles⁴⁸, derribada también en el siglo XIX por su estado ruinoso.
7. Puerta de Martos: desapareció en torno a 1880. Se encontraba en la Ribera, muy cercana al Molino de Martos⁴⁹, en el entorno del río Guadalquivir. Como ya hemos mencionado en otros casos, la puerta era de origen musulmán, pero tuvo que ser restaurada en 1755, debido al terremoto de Lisboa. Tenía forma rectangular y en uno de sus ángulos poseía una torre rectangular, que estaba coronada por almenas. De Martos eran los cristianos que asaltaron dicha puerta en 1236 aunque parece ser que también llegó a conocerse como la puerta de las Siete Almenas, por ser el número que coronaban la torre ya mencionada. También fue nombrada como puerta del Sol por estar orientada hacia el este y

⁴⁷ Álvaro Colodro o Alvar Colodro nació en el siglo XIII cerca de Alcalá de Henares en Madrid. Se considera el primer soldado almogávare que entró en la toma de Córdoba por la Axerquía, en la noche del 23 de enero de 1236 y en su honor se conoce este punto de la muralla como Puerta del Colodro.

⁴⁸ Antigua torre defensiva de época árabe que era una de las alcaldías de Córdoba, y debe su nombre a estar custodiada por la parte más joven del ejército cristiano. En principio, la Puerta de Andújar contaba con dos torres, pero una se hundió en 1557, y la puerta permaneció con una sola torre hasta su demolición definitiva a finales del siglo XIX.

⁴⁹ El Molino de Martos es el más importante de cuantos hubo en el Guadalquivir a su paso por Córdoba. Entre 1237 y 1550 fue una aceña medieval; no obstante, a partir de 1555 el molino cambió el sistema hidráulico que mantenía por el llamado sistema de regolfo. En 1559 el molino se convirtió en batán. En la actualidad y tras una amplia restauración, el Molino de Martos acoge el Museo del Agua de Córdoba.

ser la primera en recibir dichos rayos al amanecer cordobés; finalmente fue conocida como puerta de los Mártires por la cercanía a la ermita dedicada y consagrada a los mismos.

8. Puerta de la Trinidad: también llamada puerta de Hierro que desapareció en 1892. Aunque su origen era relativamente reciente, a mediados del siglo XIX, al urbanizar el muladar del cercano convento de la Trinidad⁵⁰, que fue deshabitado desde la Desamortización de Mendizábal en 1836. La puerta se ubicaba a la entrada de la actual calle Lope de Hoces, de cara al paseo de la Victoria. El sobrenombre de la Trinidad se debe a la cercanía a dicho convento, y de Hierro, por las cancelas que presentaba.
9. Puerta Nueva: desaparecida en 1895, tuvo su origen en 1518 y unificaba el barrio de la Magdalena con el de San Antón. Sufrió una notable reforma en 1723, cuando perdió el arco de medio punto y quedó adintelada. Históricamente fue una de las puertas más importantes ya que era el acceso a Córdoba de las visitas reales como fue el caso de Felipe II, Felipe IV, Carlos IV, José I, Fernando VII e Isabel II. Aunque también entró por ella la Invasión Francesa en 1808. Debe su sobrenombre de “Nueva” debido a su restauración en el siglo XVIII, aunque durante un tiempo se llamó puerta de Alcolea, por la batalla contra los franceses y más tarde, en 1862, se dio a conocer como puerta de Isabel II, por ser el año en que la Reina visitó la capital⁵¹. Córdoba, que finalmente fue partidaria de la Revolución que consiguió la expulsión de Isabel II, recuperó para dicha puerta el nombre de Nueva, aún presente en el callejero, ya que es el nombre de la plaza que la albergó en su momento hasta su desaparición a finales del siglo XIX.
10. Puerta de Osario: desapareció en 1905 siendo la última puerta que se derribó en la ciudad de Córdoba. Se encontraba en la calle que lleva su nombre de cara a la actual plaza de Colón, antes campo de la Merced. La constituían dos torres rectangulares que escoltaban un arco ligeramente ojival. Su origen era

⁵⁰ El Convento de la Trinidad fue fundado en 1241. El actual templo es de mediados del siglo XVII y está atribuido al arquitecto Francisco Hurtado Izquierdo. Tras la Desamortización de Mendizábal en 1836, el convento fue convertido en cuartel militar y el templo quedó consagrado como Parroquia de San Juan y de Todos los Santos.

⁵¹ Para tal efeméride se construyó un arco de triunfo efímero que cruzó la Reina Isabel II en su visita a Córdoba. Dicho monumento fue situado delante de la antigua Puerta Nueva de la Muralla. La Reina entró en la capital cordobesa el 14 de septiembre de 1862.

musulmán aunque muy restaurada en el siglo XIV. El sobrenombre de “Osario” es debido a la aparición de numerosos huesos encontrados en su entorno, ya que todo apunta a que dicha puerta se encontraba sobre una antigua necrópolis⁵².

Como mencionamos al principio del capítulo, solo tres puertas de la muralla de Córdoba se han conservado hasta nuestros días:

1. Puerta de Almodóvar: es la única de origen romano sobre la que se edificó la musulmana, y debe su actual factura a una reforma que sufrió en el siglo XIV, siendo una de las pocas puertas que se conservan actualmente en la muralla de Córdoba. Situada en el lienzo oeste de dicha muralla, la puerta de Almodóvar presenta un acceso adintelado, enmarcado en una bóveda de cañón que, hacia el exterior de la muralla, aparece enmarcada en un alfiz y rematada por almenas, construido con una fábrica de sillería con añadidos de sillarejo y ladrillo. Era conocida entre los árabes como puerta del Nogal y se le dio el nombre actual en 1236, por ser la puerta que comunica con el camino viejo de Almodóvar⁵³.
2. Puerta del Puente: era el acceso a la ciudad por el sur⁵⁴. Unía la ciudad con el puente romano y la vía Augusta. La puerta actual data de 1576, ya que la original estaba muy deteriorada. Intervino el arquitecto Hernán Ruiz III y por falta de presupuesto quedó inconclusa. Dicha puerta se construyó para conmemorar la visita del rey Felipe II a la ciudad, según reza una leyenda de mármol situada en la parte central. La puerta, diseñada a modo de arco de triunfo romano está construida con sillares de arenisca y presenta un acceso adintelado, flanqueado a ambos lados por parejas de columnas de orden toscano que,

⁵² Con respecto a la puerta de Osario cabe destacar una anécdota histórica: en 1731 se concedió la sesión de la propiedad de la puerta a los ermitaños que bajaban de la ermita de Nuestra Señora de las Montañas a Córdoba. Posteriormente, en 1831, se le concedió el uso a los ermitaños del Desierto de Nuestra Señora de Belén, hasta que a principios del siglo XX, como consecuencia del deterioro de las torres, los ermitaños vendieron la puerta al Ayuntamiento a cambio de un solar en la calle Caño y 7000 pesetas. De esta forma la puerta Osario fue demolida en 1905.

⁵³ La puerta de Almodóvar se encuentra en la actual calle de Cairuán, situada sobre un antiguo cementerio de la Judería, en lo que en otro tiempo se llamó Huerta del Rey. Su actual nombre tiene su origen en el hermanamiento surgido entre Córdoba y Cairuán, el 27 de mayo de 1968, debido entre otros motivos a que la mezquita de la ciudad tunecina es de similares características a la cordobesa.

⁵⁴ Durante la época musulmana la puerta del Puente era la principal de la ciudad, por su cercanía al Alcázar Califal y a la Mezquita Alhama. La configuración de la puerta, tal y como la conocemos en la actualidad se debe a las trazas del arquitecto Francisco Montalbán que no se concluyeron, hasta que en año 1575 Hernán Ruiz III culminase las obras, siendo impulsadas por el corregidor Francisco Zapata.

exentas, sostienen un monumental entablamento que, en su parte central, está coronado por un remate semicircular con un relieve del escudo de la Corona de España.

3. Puerta de Sevilla: Finalmente llegamos a la que será la tercera puerta que en el siglo XIX se decide conservar y que da acceso al Alcázar Viejo⁵⁵. Se encuentra al suroeste del casco antiguo y da acceso al conocido barrio de San Basilio. Dicha puerta en la época califal era conocida como la puerta de los Drogeros y ya en los primeros años de la reconquista cristiana se le comenzó a llamar de Sevilla. La puerta en sí es de una considerable sencillez: realizada en sillares de piedra arenisca presenta un único vano adintelado, rematado en almenas. Sobre el vano se encuentra el escudo de la ciudad de Córdoba. La construcción adyacente consiste en un torreón que se adhiere a la muralla por medio de dos arcos de medio punto consecutivos, contruidos con sillares a soga y tizón. Por su estructura parece tratarse de una torre albarrana del siglo XIV.

1.9.3. Algunos lienzos conservados de la muralla cordobesa

En esta zona suroeste del casco histórico y entre las ya mencionadas puerta de Almodóvar y de Sevilla, incluso bordeando el barrio del Alcázar Viejo, se conserva muy restaurada la muralla de Córdoba, cuyos lienzos a soga y tizón presentan torreones adyacentes, algunos de planta cuadrada y otros de planta poligonal ochavada.

Entre los restos de la muralla de Córdoba también se encuentra la torre de la Malmuerta, situada en el antiguo campo de la Merced⁵⁶ que presenta planta octogonal u ochavada rematada con almenas y se une a la muralla por medio de un arco de medio punto, en el que se sitúan las armas reales.

⁵⁵ El Alcázar Viejo es un barrio que supone un exponente del nuevo urbanismo cristiano bajomedieval en notable contraste con los trazados sinuosos y estrechos, propios del urbanismo musulmán heredados en la medina. Existe una teoría que relaciona originariamente la puerta de Sevilla con el arco que se encuentra en la calle de las Caballerizas Reales, ya que la puerta actual es fruto de una reconstrucción del siglo XIX sobre la anterior, de la que apenas quedan restos.

⁵⁶ El campo de la Merced debe su nombre al convento mercedario que allí tenía su sede y cuyo monumental inmueble acoge hoy la Diputación de Córdoba. En 1835 el conde de Torres Cabrera propuso ajardinar dicha zona de la ciudad frente al antiguo convento, aunque dicho proyecto no se llevó a cabo hasta 1905. Cabe destacar que este espacio albergó hasta 1831 la plaza de toros de Córdoba, llamado por aquel entonces: coso de la Merced.

Se trata de una torre albarrana situada cerca del céntrico barrio de Santa Marina. Según las crónicas históricas se edificó sobre otra musulmana entre los años 1406 y 1408 por encargo de Enrique III de Castilla al corregidor de Córdoba, Pedro Sánchez. La misión de esta soberbia torre era defender las cercanas puertas del Rincón y del Colodro.

La torre de la Malmuerta es testigo mudo de un pasado espléndido, aunque en el siglo XIX aparecía muy deteriorada, pero aun así, su imponente verticalidad nos da una idea de la fortaleza y monumentalidad que debió tener la muralla de Córdoba.

Así mismo, se conserva otro lienzo en la zona nororiental de la muralla, en la ronda del Marrubial, construida por los almorávides en el siglo XII; con sillares de arenisca a soga y a tizón, se estructura este tramo de la muralla con torreones cuadrados adosados a la misma, que abarca desde la plaza del Cristo de Gracia hasta la avenida de las Ollerías; es el llamado muro de la Misericordia⁵⁷.

Lo aquí expuesto es todo lo que se conserva de la muralla de Córdoba, que apenas refleja la monumentalidad que debió tener en ese esplendor medieval que vivió la capital de Al Andalus. Desgraciadamente, la muralla fue derribada en aras de la modernidad, pero, por estos vestigios podemos hacernos una idea de la imagen que presentaría la ciudad con su imponente muralla en pleno Califato de Córdoba.

⁵⁷ El Muro de la Misericordia debe su nombre tanto a la muralla almorávide que aún se conserva en algunos de sus tramos, como al Hospital del Santísimo Cristo de la Misericordia que se fundó en este enclave hacia 1640. Era un centro de enfermos crónicos, siendo unos de los lugares de beneficencia más importantes de Córdoba, hasta que quedó destruido por un incendio el 31 de agosto de 1867.

1.9.4. El trazado urbano cordobés

En cuanto a su trazado urbano, la ciudad cordobesa presentaba en el siglo XIX un entramado de calles tortuosas y estrechas, que se conservan intactas desde su creación. Se trataba de un entramado de excesivas calles y pocas plazas, con escasez de vegetación y de zonas ajardinadas, propio de una ciudad medieval, ya que Córdoba ha conservado sin alteración alguna la trama urbana del Islam. Frente a lo que había ocurrido en ciudades como Bagdad, en las que se pretendía alcanzar la perfección, incluso creándose un concepto ideal del urbanismo, la ciudad hispanomusulmana adquirió una nueva concepción.

La considerable aglomeración de población hizo cambiar la imagen que se tenía de la ciudad romana, de manera que los musulmanes impusieron una nueva forma de urbanismo, desconocida hasta entonces en Occidente, basada en la casi total ausencia de normas, en tanto en cuanto la ciudad crecía según los deseos de los habitantes.

El entramado urbano era una especie de tela de araña en torno a la Mezquita y al Zoco. De aquí nacían calles angostas y laberínticas, algunas sin salida. La planificación de avenidas romanas desapareció en aras de una nueva organización de barrios que agrupaban a los diferentes gremios de artesanos⁵⁸. De manera que estos arrabales constituían la verdadera estructura urbana. La ciudad pasó a ser un apretado entramado de calles que no dejaban hueco a los espacios libres y plazas. Las calles seguían un trazado irregular al ir ramificándose entre las manzanas de casas, con bastante indisciplina.

Frente al urbanismo que seguían las ciudades romanas donde el sentido de la planificación era lo más importante, la ciudad hispanomusulmana solo mostraba ejemplos de rectitud, orden y disciplina urbana en lugares muy escasos y concretos, de lo que es todo un exponente la ciudad palatina de Medina Azahara⁵⁹.

⁵⁸ Aún numerosas calles de Córdoba hacen referencia a los distintos gremios que allí se agrupaban, tales como las calles de bataneros, caldereros, cedaceros, lineros, aladreros, odreros, tundidores, alfayatas, armas, sillerías, calceteros, barqueros, badanas y badanillas.

⁵⁹ Los principales motivos de su edificación son de índole político e ideológico. La dignidad del califa Abderramán III exigió la fundación de una nueva ciudad, símbolo de su poder, a imitación de otros califatos orientales, y sobre todo, para mostrar su superioridad sobre sus grandes enemigos, los fatimíes de Ifriqiya, en la zona norte de África. La cultura popular recreó la versión que dicha ciudad palatina fue creada en honor a la favorita del Califa: Azahara.

Además, en las ciudades árabes el trazado anterior no desaparecía de manera instantánea tras la conquista, ya que algunos aspectos de culturas anteriores pervivían en el tiempo. Era el caso de las vías principales de otros periodos, que seguían utilizándose en época musulmana⁶⁰. En este sentido, hemos de destacar que los nuevos edificios árabes se levantaban en el mismo espacio que había sido ocupado por edificaciones preislámicas, ya que en estas solían desembocar las principales calles. Por lo tanto, es lógico pensar que en algunos lugares se conservara la calle principal del periodo anterior, como en el caso de Córdoba.

A la angosta y laberíntica organización de las calles del urbanismo árabe hay que añadir, en numerosas ocasiones, la presencia de jabalcones y saledizos, incluso pasadizos que unían ambos lados de la calle, lo que proporcionaba un trazado aún más irregular.

El principal motivo de la estrechez de las calles del urbanismo musulmán se debía principalmente a la inexistencia de vehículos rodados y sobre todo, por el carácter de intimidad que definía a los árabes, que no vivían de cara a la calle, sino que pasaban una considerable parte de su tiempo en la vivienda. Todo ello tuvo como consecuencia un tipo de urbanismo original a la vez que laberíntico: el hispanomusulmán.

A todo esto debemos añadir los factores climáticos y tácticos que influyeron en la configuración de las ciudades musulmanas, ya que había que defenderse de agentes atmosféricos⁶¹, así como de invasiones exteriores e incluso de revueltas interiores. Así, entre las premisas a la hora de fundar una ciudad musulmana se hallaban el que estuviese situada en lo alto de una montaña, en una península o, como el caso de Córdoba, junto a un río con puente, debido a razones de defensa o protección que a la vez influía en el aspecto urbano que presentaba⁶².

⁶⁰ En Córdoba, tenemos el caso de la calle de Alfaro, llamada anteriormente calle de Carnicerías, según consta en el plano de los franceses de 1811, que coincide en su trazado con la *urbs quadrata* de la época romana.

⁶¹ Recordemos que Córdoba en verano alcanza temperaturas en torno a 43°, situándose en ocasiones, en la más calurosa de España. Así el trazado laberíntico de su urbanismo, con calles estrechas y tortuosas, consigue evitar el sol de lleno y favorecer un clima algo más fresco en sus viviendas.

⁶² De aquí la existencia de la puerta del Puente, que aún hoy se conserva, aunque muy restaurada. Era la entrada para los que venían del sur, que tenían que cruzar el puente Romano obligatoriamente. Esta entrada estuvo en uso hasta mediados del siglo XIX, cuando se derribó la muralla de la ciudad.

Precisamente del carácter defensivo de las ciudades se derivaba directamente que las primeras organizaciones humanas fueran a modo de campamentos, con una clara finalidad militar que desarrollaba en torno al castillo, un núcleo preurbano como era la alcazaba que, como en el caso de Medina Azahara, era una especie de ciudad en miniatura con una doble finalidad: palacio y fortaleza⁶³.

Así, este tipo de ciudad se solía asentar en una zona montañosa, de manera que las distintas parcelas se situaban de forma escalonada, hallándose el palacio del califa en la terraza más alta. Se configuraba así una verdadera ciudad palatina autosuficiente en todos los sentidos, que era el símbolo del poder y en el caso de Córdoba, fue sede del califa Abderramán III.

Otro de los elementos que integraba la ciudad árabe era el Alcázar, que consistía en un complejo recinto palatino residencial que incluía, a su vez, otras dependencias como eran palacio, edificios administrativos, alcazaba y cementerio. Así era el Alcázar de Córdoba, junto a la Mezquita Aljama⁶⁴.

Alcázar y Alcazaba, aun conformando parte de la ciudad, deben ser considerados al margen, aunque dependientes del núcleo central amurallado del que constan todas las ciudades hispanomusulmanas, llamado la medina. De otra parte, las ciudades islámicas se completaban con una serie de barrios exteriores con sus propias murallas, denominados los arrabales, que según iban creciendo en proporción a la población, podían llegar a ser tan importantes como la medina.

Dentro de la medina, se situaba la Mezquita Mayor de la ciudad y alrededor de ella, en los barrios, varias mezquitillas y algunos oratorios de índole público y privado, siendo una referencia ineludible en el marco del entramado urbano. Próximos a ellos, se encontraban los zocos entre los que destacaba la alcaicería, que era un mercado especializado en artículos de lujo y que, por lo general, era de pertenencia real.

⁶³ Tal es el caso de la Alcazaba de Málaga, que alberga en su interior un palacio almohade y que se encuentra rodeada de una fortaleza, que culmina en su parte más alta con el Castillo de Gibralfaro.

⁶⁴ En estas líneas estamos realizando una visión general sobre las características del urbanismo hispano musulmán, que ya iremos concretando más adelante en Córdoba, como uno de los mayores exponentes de dicho urbanismo en Europa.

Así mismo, es de destacar otro edificio que era muy común dentro del paisaje urbano islámico: el hamman⁶⁵, que podía ser real, público o privado y que, además de ser baños, se convirtieron en verdaderos centros sociales, en torno a los cuales se desarrollaba una parte importante de la vida del hombre musulmán.

De igual forma, la ciudad hispano musulmana contaba con otros espacios, localizados a las afueras de la medina: los morabitos, los cementerios, las musallas y las almuzaras, que compensaban la ausencia de amplios espacios libres dentro de la medina.

De todas las ciudades hispano musulmanas, Córdoba fue la más importante, alcanzando un histórico record de población en tiempos de Almanzor, en concreto en el año 1.000, cuyo censo oscilaba entre el medio millón según estadísticas reales y la legendaria cifra de un millón de habitantes⁶⁶. De cualquiera de las formas, lo que sí resulta indiscutible, es que Córdoba fue la ciudad islámica más esplendida de Occidente mientras ejerció su capitalidad sobre Al Ándalus.

1.9.5. La vivienda cordobesa

Otro de los elementos digno de estudio es la tipología de la casa hispanomusulmana⁶⁷. Debido a la expansión del Islam, y sobre todo a su heterogeneidad cultural, la casa árabe contaba con una notable diversidad, sin poder encasillarla en una estructura concreta. Aunque hay un concepto que es consustancial a todas estas viviendas: el valor de la intimidad.

Precisamente este intimismo es lo que configuraba la casa patio de Córdoba, donde la mayor parte de la vida familiar y vecinal se desarrollaba en el interior de la vivienda. Así quedaba definida la casa árabe, con un patio central rodeado de habitaciones, cuyo

⁶⁵ El Hammam es un baño de vapor húmedo, que se compone de tres salas: la templada, la caliente y la fría. Está inspirado en las termas griegas y romanas, y junto a la Mezquita y el Zoco, conformaba los pilares estructurales de la ciudad islámica, ya que eran frecuentados para la higiene corporal, a la vez que era un lugar de reunión y reflexión, desempeñando un papel importante en la vida social musulmana.

⁶⁶ Es cierto que Córdoba rebasó la cifra de 500.000 habitantes en el año 1.000, bajo el mandato de Almanzor, aunque algunos historiadores hablan de 1.000.000 de habitantes, basándose en unos hallazgos arqueológicos encontrados recientemente, y que son el fiel testimonio de que Córdoba fue durante el siglo X una de las grandes ciudades del mundo a la vez que un centro financiero, cultural, artístico y comercial de primer orden.

⁶⁷ Clara heredera de la vivienda romana, se estructura en torno a un patio que cumple las funciones de ventilación a la vez que aportar luz a las demás dependencias. Aquí nació el intimismo y el buen gusto por la vegetación y las flores que decoraban todo el año los patios cordobeses.

origen lo encontramos en la *domus* romana. A este patio central daban todas las dependencias de la casa, dándose una total primacía al secretismo y a la intimidad mencionada con anterioridad.

1.9.5.1. El patio cordobés

Ahora bien, la amplia mayoría de las casas hispanomusulmanas eran de dimensiones reducidas, y por ello, todas contaban con un patio que servía de zona común, es decir, cocina, lavaderos, servicios, quedando la zona de vivienda para habitaciones, siendo estas las únicas zonas exclusivamente privadas, ya que el resto de la vida se realizaba en el patio.

El acceso a la vivienda se realizaba a través de un pasadizo desde el *adarve*⁶⁸, con la finalidad de impedir la exposición de la vida privada a la mirada del transeúnte, aunque muchas viviendas dejaban las puertas abiertas de manera que, desde una reja situada en el zaguán de la casa se podía contemplar el patio de las casas cordobesas.

El patio cordobés, en muchas ocasiones, contaba con soportales que se abrían por una galería de arcos de medio punto sobre columnas o adintelados sobre pilares. En el centro del mismo solía situarse un pozo, un aljibe o una fuente. Para que este espacio vecinal fuese más habitable, los patios se decoraban con macetas y flores, aportando frescor y colorido, que alcanzaba su máxima expresión en el mes de mayo, no sólo por los valores estéticos de estos lugares, sino por los valores de convivencia, respeto y tolerancia que coexistían en los patios cordobeses.

Los patios siempre llamaron la atención de aquellos viajeros románticos que se decidieron a viajar a Andalucía en el siglo XIX; de hecho, algunos de estos viajeros en sus diarios de viaje⁶⁹, confesaron no haber podido evitar la curiosidad de asomarse a algunos de los patios cordobeses, y es que el abanico de patios que existe en Córdoba, desde el soberbio Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral hasta los patios más

⁶⁸ Adarve: en el urbanismo hispano musulmán, es un pasillo estrecho sin salida, que daba acceso a la puerta de una vivienda privada. En ocasiones, el *adarve* tenía una reja al principio configurando así lo que sería una calle privada, a la que solo accedían los habitantes de dicha casa.

⁶⁹ Son muchos los viajeros como Gautier o el barón Davillier los que se recrearon en la belleza de los patios cordobeses, plasmándolo en la literatura viajera del siglo XIX, tal y como lo exponemos en nuestra investigación.

minúsculos, es tan amplio que aún no se ha podido realizar una catalogación completa de todos los que existen en la ciudad califal.

Aunque es difícil de especificar una tipología, el patio cordobés podría resumirse de la siguiente forma: suelen ser patios de planta cuadrangular, de una o dos plantas en altura, con arquerías que en algunas ocasiones aparecen en algunos de sus lados y en otras, rodeando todo el perímetro del patio. Las galerías altas también pueden ser porticadas, aunque en la mayoría de las veces son aterrazadas o bien son muros donde se abren ventanas y balcones, que corresponden a las habitaciones de la vivienda. La mayoría de los patios concluyen con una cubierta a dos aguas que en muchos de los casos se cubren con tejas morunas.

Un considerable número de patios cuentan con una solería conformada por el llamado chino cordobés⁷⁰, aunque otros muchos se presentan con enlosados de ladrillo y mármol. Lo que sí es casi común a todos ellos era el pozo, el cual abastecía de agua a la vivienda, ya sea para el consumo de sus habitantes o bien para el riego de los arriates, jardineras y macetas.

Los patios más remotos datan del siglo X, por lo que la ciudad cuenta con un amplio repertorio desde la época califal hasta la actualidad. Aunque la mayoría de ellos son particulares o privados también existen colectivos, conservándose así la tipología de casas de vecinos. Así mismo, existen patios públicos, conventuales y palaciegos.

Pero habremos de remontarnos considerablemente en la Historia para conocer el verdadero origen de los patios como elemento estructurador de las viviendas. Tenemos para ello que regresar a la Antigüedad y a las civilizaciones de aquella etapa histórica: Babilonia, Egipto, Grecia y Roma⁷¹. En todas ellas, la vivienda se configuraba, como en el caso de Córdoba, en torno a un patio central, en el cual se desarrollaba gran parte de la vida. Algunas de estas civilizaciones trasladaron a Occidente su cultura, su lenguaje

⁷⁰ El chino cordobés es un pavimento decorativo de origen romano que heredaron los árabes andalusíes, y que generación tras generación se ha ido perfeccionando hasta conseguir unos resultados de enorme belleza. El empedrado decorativo, también llamado mosaico de chino cordobés, se realiza con el contraste de piedras blancas y oscuras, diseñándose así los motivos del dibujo.

⁷¹ El patio cordobés es heredero de una tradición histórica cuyos antecedentes más directos se sitúan en época romana, aunque Roma a su vez bebió de anteriores culturas del mundo mediterráneo donde se encuentran los vestigios más antiguos de construcciones con patio, como es el caso de Palestina, Turquía, Irak, Siria, Mesopotamia, Egipto y Grecia.

y, de forma especial, su arquitectura y así llegó a Córdoba y al resto de la Península este modelo de casas patio que tanto caracteriza a la capital andalusí.

El patio cordobés, en el sentido tradicional del término, tiene su origen en los patios de las casas romanas⁷², expresado en otras palabras, en la casa típicamente mediterránea que presentaba una fachada sencilla con pocos vanos en su muro principal, a cuya vivienda se accedía a través de un patio que tenía una solería de mármol y una fuente en el centro.

Ya en la Edad Media, el patio seguía siendo el eje organizativo de las viviendas, destacando la arquitectura conventual cuya vida, sobre todo en las órdenes de clausura, se desarrollaba en torno a un claustro que a su vez, también contaba con un surtidor central que ayudaba aún más al ambiente silencioso de los monasterios⁷³.

Sin embargo, la casa de vecinos como la entendemos hoy en día, encontró su origen en la Edad Moderna, en la tesitura de tener que aumentar por necesidad las dimensiones de las viviendas, debido a la considerable emigración que se produjo del campo a la ciudad. De esta forma, se buscaba que las viviendas fueran asequibles a la nueva población campestre, lo cual originó una construcción parecida a lo que en otro tiempo eran posadas. En muchas ocasiones, se aprovecharon casas de la aristocracia, es decir, antiguos palacetes, que se subdividían en habitaciones en torno al patio, a las que se accedía a través de escaleras.

En el patio se sitúan los lugares comunes de la casa: lavaderos, cocinas y aseos, a la vez que da acceso a las distintas viviendas, distribuidas en torno al mismo. Las paredes de los patios suelen estar encaladas y llenas de macetas con una gran diversidad de flores como geranios, jazmines, nardos, gardenias, rosas, gitanillas y claveles, que además de su aroma y frescor, aportan una notable singularidad y belleza.

⁷² El esquema romano de viviendas en torno a un patio fue reproducido y consolidado en época islámica, donde dicho espacio se convirtió en la parte fundamental de la arquitectura doméstica; históricamente ha sido el que más ha influido en el patio cordobés.

⁷³ Con la Reconquista cristiana y el transcurrir de los siglos, el patio se conservó como elemento característico del urbanismo cordobés, y así está presente en iglesias y conventos, en mansiones y casas nobiliarias y en las casas de vecinos de las clases más humildes. Aunque lo peculiar del fenómeno de los patios cordobeses es haberse mantenido a lo largo de los siglos, hasta convertirse en una seña de identidad de la ciudad de Córdoba.

Como ya hemos mencionado con anterioridad, casi todos los patios suelen contar con la presencia del típico pozo en el centro o en un lateral del patio, para abastecer de agua a sus vecinos y para riego de macetas, así como también es típica la escalera que da acceso a las habitaciones superiores. En algunos casos de patios más monumentales se encontraban árboles frutales como naranjos o limones⁷⁴.

La vivienda hispano musulmana así como su estructura en torno a sus patios llamó la atención de aquellos viajeros románticos que visitaron la capital califal a lo largo del siglo XIX. Córdoba ha sabido transmitir y conservar esta seña de identidad que le ha supuesto la declaración de la Fiesta de los Patios como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad⁷⁵, que fue incluido en la lista de la UNESCO el 6 de diciembre de 2012, sumando ya tres declaraciones de dicha institución sobre la ciudad andalusí: la Mezquita-Catedral en 1984, el casco histórico en 1994 y la Fiesta de los Patios en 2012, lo que tiene como consecuencia que Córdoba tenga la distinción de Ciudad Patrimonio de la Humanidad.

⁷⁴ Un claro ejemplo de estos patios es la vivienda que se encuentra en la calle San Basilio 50, en el corazón del barrio del Alcázar Viejo y que actualmente es la sede de la Asociación de Amigos de los Patios Cordobeses. Dicho patio, aunque se encuentra fuera de concurso, está todo el año engalanado y recibiendo visitas, ya que alberga numerosos talleres de artesanos en su interior.

⁷⁵ La Fiesta de los Patios de Córdoba consiste en un concurso que se celebra durante la segunda y la tercera semana del mes de mayo, en el que los participantes abren sus casas y sus patios para que puedan ser visitados por propios y extraños. Aunque históricamente se ha creído que el primer concurso de patios que se realizó fue en 1933, existe constancia que ya en 1921 y en 1927 se celebró un concurso de patios entre los cordobeses. No obstante, no se oficializó hasta 1933, que es cuando se configura el Concurso de Patios tal y como lo conocemos hoy. En ese primer concurso se presentaron dieciséis patios, cuando hoy en día se presentan en torno a sesenta patios en sus distintas modalidades de arquitectura antigua y moderna. La Feria de los Patios fue interrumpida durante la Guerra Civil de 1936 y se recuperó en 1939, incluyéndose dentro del programa oficial de las fiestas de mayo de Córdoba pero sin concurso. Gracias a la colaboración del Ayuntamiento, se pudieron rehabilitar muchas viviendas del casco histórico y existe constancia que en 1944 se celebró el primer concurso de patios de la posguerra, aunque no se consolidará hasta 1947. Creemos que es justo realizar esta mención a la Fiesta de los Patios de Córdoba, ya que para entender el urbanismo hispano musulmán, del cual Córdoba es el mejor ejemplo conservado de la Península, es necesario conocer la idiosincrasia de aquellos habitantes que trazaron un casco histórico único en el mundo, y que le valió en 1994 la distinción de Patrimonio de la Humanidad.

1.9.6. Las desamortizaciones del siglo XIX

Córdoba ha sabido conservar su casco histórico con el paso de los siglos, de manera que muchos viajeros románticos calmaron su sed de orientalismo al visitar la ciudad califal, ya que en el siglo XIX se conservaba, al igual que en la actualidad, su trazado hispanomusulmán⁷⁶. Esta trama urbana hundía sus raíces en la historia de Córdoba, y se desarrolla por barrios que, en la mayoría de las ocasiones, agrupaban a gremios y a grupos de una determinada cultura.

Ahora bien, en nuestro análisis de Córdoba en el siglo XIX debemos tener en cuenta los acontecimientos que supusieron un punto de inflexión en el urbanismo de la ciudad; así fue el caso de la Desamortización de Mendizábal⁷⁷ de 1836 que dejó numerosos solares de conventos y monasterios, con la consecuente degradación de bastantes zonas urbanas de intramuros.

La de Juan Álvarez Mendizábal junto a la de Pascual Madoz constituyen las dos desamortizaciones liberales más importantes y tuvieron unas consecuencias de gran relevancia para la historia económica y social de España. Aunque de menos renombre, también se produjo la Desamortización de Espartero donde se expropiaron bienes al clero secular, aunque esta ley apenas duró tres años ya que al hundirse el partido progresista dicha ley fue derogada. Fue en 1845, durante la Década Moderada, cuando el Gobierno intentó restaurar las relaciones con la Iglesia, lo que tuvo como consecuencia la firma del Concordato entre Estado e Iglesia de 1851.

⁷⁶ El casco histórico de Córdoba es el máximo exponente del urbanismo hispanomusulmán en la Península y el mejor conservado de Andalucía, ya que su trazado apenas ha sufrido alteraciones desde el siglo VIII hasta la actualidad, siendo uno de los centros históricos medievales más grandes de Europa.

⁷⁷ Tres son las grandes Desamortizaciones que se sucedieron a lo largo del siglo XIX en España: la de Juan Álvarez Mendizábal en 1836, la de Baldomero Espartero en 1841 y la de Pascual Madoz 1855. Todas ellas tuvieron graves consecuencias sociales, económicas, culturales, políticas e ideológicas.

1.9.7. El ensanche de Córdoba del siglo XIX

Este acontecimiento de las desamortizaciones conllevó una especie de «abandono» del casco histórico, al menos por las clases altas de la sociedad. Fue en estos momentos cuando la clase burguesa comenzó a apostar por la modernidad, sobre todo a extramuros de la ciudad⁷⁸. Con una clara planificación urbanística se alinearon calles en torno a grandes manzanas y de esta forma empezó a crearse una nueva Córdoba, ajena al trazado medieval intramuros, que fue modificando la concepción y la identidad ciudadana, en aras de la modernidad.

De una forma inteligente y premeditada, la burguesía cordobesa respetó el urbanismo de intramuros y comenzó a edificar sus nuevas viviendas fuera de las murallas. Será el llamado ensanche de Córdoba, donde esta nueva clase incipiente plasmó sus ideales modernistas en las fachadas de sus casas, muy al gusto de las modas europeas del momento. Nació así una nueva zona donde primaba la ordenación urbana, con sus viviendas perfectamente distribuidas y que seguían diseños de la vanguardia de la época.

A finales del siglo XIX y en contraposición a las nuevas zonas del ensanche de Córdoba, la ciudad intramuros contaba con 4.858 casas que en absoluto respetaban la uniformidad ni el aspecto de sus fachadas. La mayoría eran casas de vecinos, sin luz, sin limpieza y menos ventilación. Las clases populares vivían en los barrios más degradados como eran el campo de la Verdad⁷⁹, el Alcázar Viejo, san Lorenzo o Santiago.

⁷⁸ El ensanche de Córdoba en el siglo XIX está formado por las zonas de: la avenida del Gran Capitán, las calles conde de Gondomar y Concepción, así como los jardines de la Victoria y de la Agricultura. Esta nueva Córdoba creada por la clase burguesa es también objeto de un análisis en nuestra tesis, en base a una investigación existente sobre geografía urbana que llevaron a cabo: GARCÍA VERDUGO, F., *Córdoba, burguesía y urbanismo. Producción y propiedad del suelo urbano: el sector de Gran Capitán (1859-1936)*, Córdoba, Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Córdoba, 1992 y MARTÍN LÓPEZ, C., *Córdoba en el siglo XIX, Modernización de una trama histórica*, Córdoba, Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Córdoba, 1990.

⁷⁹ El campo de la Verdad es un barrio que se sitúa en el margen izquierdo del río Guadalquivir, donde se situaba el arrabal de Saqunda en la época musulmana. En esta zona se libró la batalla por la que se enfrentaron las tropas de Pedro I el Cruel, que tenían sitiada la ciudad, y las tropas cordobesas seguidoras de Enrique II de Trastámara. Finalmente vencieron las tropas cordobesas al mando de Alonso de Montemayor en la que pasó a la historia con el nombre de batalla del campo de la Verdad.

Muchas de estas casas de vecinos tenían en común el patio donde compartían los servicios, los corrales y los lavaderos de la ropa. Cada familia poseía un humilde cuarto donde comían y dormían en pésimas condiciones de salubridad.

Tal vez la literatura viajera del siglo XIX, como analizaremos más adelante, contribuyese a tener una visión idílica de este modo de vida vecinal en torno a los patios, que en origen era sinónimo de pobreza, marginación y penuria.

1.9.7.1. Las mejoras urbanas en Córdoba en el siglo XIX

A lo largo del siglo XIX, se fueron creando en Córdoba una serie de servicios públicos en pro de una mejora en la organización social, aunque con un notable retraso con respecto al resto de España.

El famoso empedrado conocido como chino cordobés existía desde muy antiguo y fue a comienzos del siglo XIX cuando se determinó una mejora y conservación del mismo, así como el enlosado que bordeaba las calles a modo de acera⁸⁰. En ocasiones se eligieron cantos rodados de dos colores, normalmente negro y blanco, para configurar dibujos a modos de roleos en unas calles o geométricos en otras vías, otorgando al pavimento de una especial belleza.

En esta centuria, la limpieza pública era algo casi inexistente y fueron numerosas las quejas vecinales por esa falta de salubridad. De 1846 hay constancia de este servicio por contratos otorgados mediante subasta, con una duración de tres años. Aun así, el sistema de limpieza era muy deficiente y dejaba mucho que desear.

Así mismo, se comenzó a realizar una serie de alcantarillados, aprovechando las cloacas ya existentes y los pozos, ya fuesen absorbentes o ciegos, teniendo que vaciar estos últimos de forma periódica. Aun así los dos sistemas no eran suficientes, ya que se trata de casos aislados, puesto que no se realizó una programación de conjuntos sobre una red de alcantarillado en la ciudad.

⁸⁰ Este tipo de pavimentación se conserva hoy en día y hasta las restauraciones más recientes en la vía pública se hace con el canto rodado conocido como chino cordobés.

Tendremos que trasladarnos a 1880 para descubrir una incipiente conciencia del verdadero problema de salubridad e higiene pública en la Córdoba finisecular⁸¹, que tuvo como consecuencia que a principios del siglo XX comenzase a proyectarse un plan general de alcantarillado acorde con las necesidades de la ciudad.

El abastecimiento de aguas fue una de las principales preocupaciones de la sociedad decimonónica cordobesa, y la realidad era un servicio obsoleto para las verdaderas necesidades sociales de la época, sobre todo por el mal estado en que se encontraban los veneros tanto por su explotación como en los conductos que surtían a las fuentes de Córdoba.

Muestra de ello era el mal estado de las cañerías que trasladaban el agua desde el origen hasta las fuentes, que en el siglo XIX eran de barro. Cabe destacar que en 1858 existían 44 fuentes públicas en Córdoba que abastecían a una gran parte de la población, ya que eran pocos los ejemplos de casas que tuviesen fuentes particulares en su interior. De hecho, el sistema de alcantarillado y de abastecimiento de aguas fue el principal problema que más preocupó a la ciudad de Córdoba en torno a 1900.

En cambio, la incorporación en esta ciudad del alumbrado público se dató en 1831 con los faroles de aceite, pero no fue hasta 1843 cuando comenzaron a instalarse los reverberos siguiendo alimentándose de aceite, y en 1864 se empleó el petróleo y en 1870 se usó el alumbrado público a base de gas.

De igual forma, este sistema de alumbrado público resultó insuficiente, pues eran 482 calles y 18 plazas, y la distribución de los reverberos no era regular y equitativa en todos los barrios, dejando como resultado la insatisfacción social de este alumbrado.

A la hora de alumbrar las calles existían zonas preferenciales, que en la mayoría de los casos coincidían con las clases más acomodadas, dejando a oscuras aquellos barrios intramuros más pobres e indigentes, colaborando así más aún a su situación de

⁸¹ Es de justicia agradecer a la Dra. Cristina Martín López, viuda de Francisco García Verdugo, toda la información facilitada acerca de la evolución urbanística de Córdoba en el siglo XIX. Su tesis doctoral supone un pormenorizado estudio sobre la geografía urbana decimonónica en la ciudad califal y hemos creído necesario consultarla para hacernos una idea sobre el estado real en que encontraron la capital cordobesa aquellos viajeros románticos que la visitaron a lo largo de esta centuria. Aunque algunos viajeros se quedaron con una visión idealizada de la misma, es imprescindible en nuestra labor investigadora saber la realidad finisecular que vivieron los cordobeses que fueron testigos de las grandes transformaciones urbanas del siglo XIX.

abandono, marginación y, por consecuencia, insalubridad de estas calles del casco urbano, habitadas por las clases más humildes de la sociedad cordobesa del siglo XIX.

1.9.7.2. Los nuevos jardines cordobeses

En medio de estas circunstancias, Córdoba y sobre todo su incipiente clase burguesa se preocuparon de dotar a la ciudad de zonas verdes y ajardinadas, muy del gusto de las clases altas de la época, que necesitaban espacios de esparcimiento y paseo, y que comenzaron a diseñarse a extramuros de la ciudad.

En torno a 1850, Córdoba apenas contaba con espacios abiertos que a modo de pulmón, sirvieran como zona de expansión y de recreo de la sociedad. Entre estos cabe destacar el paseo de la Victoria que se edificó en el siglo XVIII y que fue ampliado en el siglo XIX. En esta centuria se realizaron los llamados jardines de la Agricultura, hoy conocidos como “Los Patos” por existir varios ejemplares en un estanque, y que supuso una ampliación hacia la zona norte que se culminaría en 1866.

Así mismo, en el campo de la Merced se intentó formar un jardín⁸², proyecto que no se llevará a cabo hasta entrado el siglo XX. En el caso de otras zonas de expansión que habían comenzado a realizarse en el siglo XVIII, como es el caso de campo de San Antón, campo de la Madre de Dios y la avenida del Corregidor, en el siglo XIX mostraban una situación de cierto abandono; la misma suerte corría el camposanto de los Mártires que, de forma muy ocasional, gozó de algunos pero escasos cuidados.

Sin duda el paseo por excelencia de los cordobeses era la Ribera, ya que tenía el aliciente de disfrutar del frescor del río Guadalquivir a la vez que contemplar una de las mejores panorámicas de la capital. No solo en el siglo XIX, sino en la actualidad este paseo de la Ribera supone todo un respiro en esos calurosos veranos, cuando ante los rigores del estío, los habitantes de esta ciudad salen de sus viviendas a atemperarse a las orillas del gran río de Andalucía.

Al interior, encontramos otras zonas de paseos como el del Gran Capitán en la Villa, juntos a las plazas de la ciudad que van a gozar, a mediados de siglo, de un

⁸² Se trata de la Plaza de Colón y debe su nombre a que precisamente fue en el Convento de la Merced, sito en la misma plaza, donde Cristóbal Colón estuvo hospedado a la espera que finalizara la Conquista de Granada por parte de los Reyes Católicos.

adecentamiento con nuevos árboles y asientos. Destacamos así las plazas de la Magdalena, san Pedro, san Felipe, las Dueñas, las Doblas y Santo Cristo de Gracia.

1.9.7.3. Los mercados de abastos cordobeses

Entre los establecimientos públicos que existían en Córdoba, queremos destacar el papel que desempeñaron los mercados. En la segunda mitad del siglo XIX, nos encontramos tres mercados de abastos en la ciudad: el mercado de la Corredera, que se situaba en el mismo centro de la plaza y que abastecía al centro de la ciudad; el mercado de san Agustín que abastecía a los barrios de santa Marina y san Lorenzo; y el mercado de la Judería que abastecía a la zona de la Mezquita-Catedral.

Las condiciones de salubridad que reunían estos establecimientos no eran las mejores, ya que eran mercados situados al aire libre y con infraestructuras deficientes de cara a su finalidad. De hecho, desde 1870 se elaboraron varios proyectos de mejoras de las instalaciones de los cuales solo dos llegaron a buen puerto: el mercado de santa Clara en la plaza de los Abades hacia 1880 y el de Sánchez Peña en la misma plaza de la Corredera hacia 1887.

A finales del siglo XIX, una empresa hispano-francesa llevó a cabo la construcción del mercado de la Corredera que fue inaugurado en 1896, y que vino a reducir las deficiencias ya comentadas de los mercados públicos⁸³. Por suerte, dicho mercado fue derribado años más tarde⁸⁴ y situado en el actual edificio, que a su vez sirvió con anterioridad de sede consistorial así como de cárcel hasta que en 1846, el empresario cordobés José Sánchez Peña adquirió el edificio para instalar una fábrica de sombreros. De esta forma, los cordobeses recuperaron para siempre su plaza de la Corredera, también llamada la plaza mayor de Córdoba.

⁸³ El 5 de abril de 1893 empezó a construirse en mitad de la plaza de la Corredera, un edificio tendente a albergar el mercado de abastos del centro de la ciudad de Córdoba. Se inauguró el 2 de agosto de 1896 y se le concedió su explotación a una empresa por una duración de 50 años. La plaza de la Corredera y su aspecto comercial de finales del siglo XIX aparecen reflejados en la novela *La feria de los discretos* de Pío Baroja.

⁸⁴ El 14 de julio de 1951, un informe del Jefe de Servicios Veterinarios de la ciudad de Córdoba notificó las pobres condiciones higiénicas del mercado de abastos. No obstante, no será hasta 1959 cuando el alcalde Antonio Cruz Conde aprobó el derribo del mercado. Curiosamente, fruto de esta demolición es la aparición de algunos mosaicos romanos que hoy se encuentran expuestos en el llamado salón de los mosaicos del Alcázar de los Reyes Cristianos.

1.9.7.4. Las obras del murallón del Guadalquivir

Otras de las grandes obras que marcaron el siglo XIX en Córdoba fue la llamada obra del murallón para evitar los desbordamientos del río Guadalquivir, en concreto en la zona cóncava del meandro de dicho río a su paso por la ciudad. Las numerosas avenidas del río Guadalquivir con la consecuente inundación de las zonas de la ribera venían pidiendo hace muchos años la construcción de una gran muralla a orillas del río.

Recordemos que la ausencia de este malecón ocasionó trágicas inundaciones desde siglos atrás y a lo largo del siglo XIX se tiene constancia de estas avenidas en los años 1821 y 1860, quedando especialmente anegada la zona de la Fuensanta⁸⁵.

De esta forma se aprobaron las obras del murallón en 1792 y comenzaron a realizarse en 1794. En una primera fase se abarcó desde el molino de Martos hasta el puente romano, tramo del que en 1852 solo se había cubierto hasta la Cruz del Rastro. Toda la obra fue financiada por el Ayuntamiento y de aquí la tardanza de dicha empresa. Es más, en la Cruz del Rastro la muralla se paralizó un tiempo hasta que, debido a las inundaciones que aún se sucedían en la parte de la ribera y a la inconclusión del malecón, se promovieron las iniciativas para concluir las obras hasta el Puente Romano. Fue a partir de 1880 cuando el Gobierno se responsabilizó de la obra y se concluyó en 1905.

Las obras del murallón se prolongaron durante más de un siglo, desde 1792 que se aprobaron hasta 1905 que se terminaron, pasaron 113 años. Todo fue debido a un desacuerdo entre Ayuntamiento y Gobierno Central y, como siempre, se tuvieron que suceder algunos trágicos acontecimientos como consecuencia de los desbordamientos del río Guadalquivir, para que se acometieran y concluyeran las obras del malecón a su paso por la ciudad de Córdoba.

Ahora bien, en la década finisecular del ochocientos y como consecuencia del amurallamiento del río, se cerraron algunos molinos harineros que hacían uso de la

⁸⁵ A pesar de todo, el Guadalquivir sigue desbordándose en la actualidad. De hecho, la última fecha de la que se tiene constancia es el 23 de febrero de 2010, como consecuencia de un invierno muy lluvioso que obligó a desembalsar todos los pantanos de la provincia cordobesa. En la capital, el caudal de agua alcanzó hasta 1900 metros por segundo, por lo que se cubrieron todos los pilares del puente romano, llenándose de agua el foso de la torre de la Calahorra, así como los molinos y el parque de Miraflores.

corriente del agua como fuerza motriz como fue el caso de los molinos de san Antonio, Enmedio y de la Albolafia.

Otras de las razones que apremiaban la obra del murallón fue la iniciativa del rey Carlos III de construir una red de carreteras radiales que partiendo de Madrid, abarcaban todo el país. La vía que iba de Madrid a Cádiz atravesaba Córdoba, situación incómoda por el trazado tortuoso de la ciudad y al construirse el murallón de la ribera se pudo desviar la carretera general al exterior de la ciudad en 1905⁸⁶.

1.10. Las Ordenanzas Municipales de Córdoba

En este análisis de la evolución urbanística de la ciudad de Córdoba en el siglo XIX, debemos tener en cuenta la normativa urbanística por la que se regía el Ayuntamiento para controlar las intervenciones que se producían sobre la propia ciudad. En este sentido queremos destacar las Ordenanzas Municipales de la Construcción, donde se trataban las normas que regían cada municipio para vigilar las construcciones dentro del término municipal. Eran las llamadas relaciones de vecindad entre la propiedad urbana y la servidumbre donde se reglaban aspectos como las distancias mínimas, luces, medianerías y servicios comunes como las normas de sanidad y la seguridad ciudadana.

En 1786 se realizó una recopilación de todas las ordenanzas municipales que se habían escrito y se escribió una única Ordenanza, por la que se regía la ciudad de Córdoba. Aun así, estas normativas quedaron obsoletas con respecto a las nuevas necesidades que surgieron en la ciudad.

De esta forma, la Ley Municipal de 1845 vino a ser todo un aliciente de cara a la futura normativa que por fin salió a concurso en 1880, y que ganaría la presentada por Antonio Vázquez Velasco y que fue promulgada el 1 de marzo de 1884.

Así mismo, también se trató de reglar la alineación de las calles, principalmente para delimitar las zonas edificables de las que no lo eran; de esta forma se imponía el valor de las calles frente a la iniciativa privada en el momento de la edificación.

Fue a raíz de 1846 cuando se estableció la formación de los planos geométricos de las poblaciones o planos generales de alineaciones. De esta forma en 1849 se aprobaron las

⁸⁶ La antigua carretera de Madrid, que en otro tiempo atravesaba literalmente la ciudad de Córdoba, a partir de 1905, gracias a la construcción del murallón, discurría por el paseo de la Ribera y cruzaba el Guadalquivir por el puente romano, siguiendo así su trayecto hacia el sur de España.

Reales Ordenes donde se contemplaba el plano geométrico de la ciudad, realizado por el arquitecto municipal Manuel García del Álamo. Así quedaban reflejadas las alineaciones de las calles, sobre todo las principales, no así de las vías secundarias, por lo que en la Real Orden de 19 de diciembre de 1859, se reclamaba la necesidad de contemplar en estos planos a toda la ciudad.

1.11. Las grandes intervenciones municipales

Las cuatro grandes intervenciones urbanísticas del siglo XIX que se desarrollaron en Córdoba en aras de la modernidad fueron las siguientes: El paseo de la Victoria, el paseo de san Martín, la plaza de toros⁸⁷ y la estación del ferrocarril, coincidiendo con la llegada del mismo a la capital en 1859⁸⁸.

1.11.1. El paseo de la Victoria

El paseo de la Victoria es clave para estudiar el ensanche de Córdoba, ya que hasta la centuria decimonónica la ciudad permaneció cercada por la muralla, con apenas algunos barrios y edificios religiosos extramuros. A finales del siglo XVIII, se comenzaron a proyectar zonas de esparcimiento al exterior de la muralla, zonas de recreo que respondían a los gustos de la Ilustración. El paseo de la Victoria se erigió en 1774, en el momento que el corregidor Francisco Carvajal y Mendoza se fijó en aquella zona colindante a la muralla para buscarle una solución urbanística.

Parece que dicho paseo fue una obra de urgente necesidad, ya que las aguas de la lluvia se estancaban en los arrabales de esa zona de la ciudad, con las consecuentes faltas graves de salubridad, entre otras razones. Por ello se decidió construir el paseo de la Victoria como medida de saneado y limpieza de la zona. Estas pésimas circunstancias eran semejantes en todo el perímetro exterior de la muralla, por lo que el Ayuntamiento de Córdoba redactó un Proyecto de Limpieza en 1778.

⁸⁷ El arquitecto Manuel García del Álamo fue quien diseñó la plaza de toros de la ronda de los Tejares, cuyas obras dirigió José Sánchez entre 1845 y 1846. Según cuentan las crónicas, ya se lidiaron una serie de reses el 31 de mayo, 1 y 2 de junio de 1846, es decir antes de ser inaugurada, acto que se produjo el 8 de septiembre de ese mismo año.

⁸⁸ El 23 de junio de 1857 se fundó la Compañía del Ferrocarril de Córdoba a Sevilla, realizándose por primera vez dicho trayecto en 1859; años más tarde, en 1861 se fundó la Compañía de Ferrocarriles entre Córdoba y Málaga, realizando su primer trayecto el 15 de agosto de 1865.

La puerta de los Gallegos era la principal salida de la ciudad, y por ello, la primera zona que se proyectó adecentar fue el paseo de la Victoria que abarcaba las zonas de la muralla desde la puerta de Almodóvar hasta la ronda de los Tejares. Aunque también otra versión argumenta la construcción de este paseo por la cercanía al barrio de la Villa, zona de clase alta por excelencia, lo que propició que la alameda de recreo se realizase en ese entorno.

Así mismo hay que destacar el continuo interés que siempre han mostrado las distintas corporaciones municipales cordobesas por la buena conservación y las mejoras del paseo de la Victoria⁸⁹ que se sucedieron a lo largo de todo el siglo XIX, lo que convirtió dicho paseo en la Alameda que muchas ciudades realizaron por inspiración de las ideas ilustradas.

De esta forma, en el año 1776 se plantaron los primeros árboles con diseños geométricos, siendo corregidor el ya mencionado Francisco Carvajal; y en 1793, bajo el mandato del corregidor José Eguiluz, se efectuaron las primeras mejoras de los jardines, entre las que destacó la colocación de asientos y durante la invasión francesa los jardines se ampliaron construyéndose tres calles más hacia lo que hoy se denomina jardines de la Agricultura, quedando una zona baldía que no se ajardinaría hasta 1866.

En torno a 1811 fue cuando el Ayuntamiento decidió trasladar la feria de Nuestra Señora de la Salud al paseo de la Victoria⁹⁰ por su proximidad a la plaza de toros, que se encontraba en la ronda los Tejares, aunque dicha feria no se estableció de forma definitiva en dicho enclave hasta 1820.

La presencia de la feria de la Salud en dicho enclave hizo que allí se construyera la caseta del Círculo de la Amistad y apareciesen los jardines del Duque de Rivas. No obstante, dicha celebración tuvo como consecuencia la degradación de los jardines en su conjunto y habría que esperar a que la feria se trasladase a su actual emplazamiento del Arenal, para que los jardines de la Victoria recuperasen su esplendor original.

⁸⁹ Su nombre procede del desaparecido convento de Nuestra Señora de la Victoria que se encontraba situado en la zona de los actuales jardines, en las proximidades de la que era la puerta de los Gallegos. Fue un convento perteneciente a la Orden Mínima de San Francisco de Paula fundado en 1510 y que tuvo vida religiosa hasta la Desamortización de Mendizábal de 1836.

⁹⁰ El paseo de la Victoria fue durante los siglos XIX y gran parte del XX el lugar donde se celebró la Feria de Nuestra Señora de la Salud, por su cercanía al grueso de la población y por ser una de las zonas de esparcimiento de la ciudad.

Según la cartografía general de la ciudad de Córdoba, la configuración que poseía el paseo de la Victoria se destruyó en 1854, realizándose un paseo de salón que se fue ampliando sucesivamente hacia el norte y el sur, sobre todo a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX hasta que definitivamente, en los años finiseculares el paseo adquirió la imagen que hoy podemos contemplar.

1.11.2. El paseo de san Martín

Por otra parte, para comprender mejor la evolución urbanística cordobesa del siglo XIX es necesario mencionar el llamado paseo de san Martín, indispensable a la hora de estudiar lo que en un futuro será la avenida del Gran Capitán. Debemos tener en cuenta que la Desamortización de Mendizábal de 1836 había dejado grandes solares en el interior de la muralla y en ellos se emplazaron edificios públicos como eran hospitales, mercados o cuarteles. Pero así mismo, se aprovecharon estos espacios para abrir nuevas vías que descongestionaron algunos barrios excesivamente saturados por los edificios, al igual que también se aprovecharon para construir viviendas, de manera que podemos hablar de un ensanche interior y otro exterior de la ciudad⁹¹.

En el caso de Córdoba, como consecuencia de la Desamortización de 1836, el convento de San Martín pasó a ser propiedad del Ayuntamiento y otros tantos edificios conventuales pasaron a manos de la Administración Central y de la Diputación Provincial; una quincena fue enajenado a algunos particulares y en algunos casos, como los conventos de la Victoria o de la Madre de Dios, fueron adquiridos por el Ayuntamiento de Córdoba para uso público. El primero dará lugar al paseo de la Victoria y el segundo a un asilo de ancianos, aunque algunos de los grandes solares que ocuparon los conventos fueron aprovechados para levantar nuevos barrios para la ciudad como fue San Pedro el Real y San Agustín. Finalmente, cuatro de los que quedaron como conventos fueron desamortizados en 1868, tales como el convento de las Dueñas, la Concepción, Jesús crucificado y santa Clara.

Córdoba reclamaba un gran paseo interior y tras la exclaustación del convento de san Martín, comenzaron los proyectos para este ensanche de la ciudad. Ya en octubre de

⁹¹ El Ensanche de Córdoba, que estudió en su tesis F. García Verdugo, marcó un punto de inflexión en la historia del urbanismo en Córdoba a lo largo del siglo XIX. La situación de abandono que habían dejado las desamortizaciones dentro del casco viejo tiene como contrapunto el crecimiento urbano que se desarrolló a las afueras de la ciudad. Así se originó una nueva urbe más acorde a las ideas ilustradas a la vez que modernistas, que se estaban fraguando en otras ciudades españolas y europeas.

1838, el Ayuntamiento concedió los permisos pertinentes para la demolición total del mencionado convento y la construcción de un nuevo paseo interior, cuyas obras se concluyeron en 1843.

Así se proyectó un gran paseo de salón, aislado por una reja que lo rodeaba en todo su perímetro, en cuyo interior se buscaba un espacio propicio para la tranquilidad y el recreo, sobre todo de la clase burguesa que ya habitaba esa zona de la ciudad. Este tipo de ensanche era para la clase alta, por lo que se realizó en sus zonas de residencia. Pero este paseo de san Martín fue destruido a comienzos de 1865 en aras del paseo del Gran Capitán, momento histórico que no estuvo exento de polémica.

Una vez más, se llevaron a cabo numerosos derribos en aras de la modernidad, ese progreso mal entendido, que en pleno siglo XIX realizó numerosos derribos de conventos y monasterios desamortizados. Consideramos que una ciudad o pueblo debe conserva su historia y respetar sus señas de identidad, reflexionando y buscando el maridaje perfecto entre tradición y modernidad⁹².

1.11.3. La plaza de toros de los Tejares

Contemporáneamente al paseo de san Martín, se planificó la construcción de una plaza de toros, con una finalidad más estable que la que existía hasta el momento. Debemos tener en cuenta que las corridas de toros celebradas en Córdoba hasta la fecha tuvieron como escenario la plaza de la Corredera⁹³ y en alguna ocasión la de la Magdalena. Así mismo, a finales del siglo XVIII existieron ciertas plazas de madera muy efímeras, que se construían solo para la ocasión, y que se situaban entre el campo de la Merced y los Tejares.

El 23 de febrero de 1845 se estableció una sociedad para la construcción de la plaza de toros de Córdoba. Una vez conseguido el permiso del Gobierno se solicitó un espacio al Ayuntamiento, concediéndose un terreno en el campo de la Victoria, aunque dicha

⁹² No estamos en contra del desarrollo urbanístico en sí mismo, pero consideramos que este debe realizarse sin destruir todo lo anterior. Solo desde el respeto al pasado histórico, una ciudad se encuentra consigo misma y reconoce sus señas de identidad.

⁹³ Curiosamente y como fruto de aquellas corridas de toros que se celebraban en la plaza de la Corredera, hemos de mencionar que la callecita más estrecha que desemboca en dicha plaza, lleva el nombre de Toril, dando a entender que por dicho espacio, bastante angosto por cierto, salían los toros que se lidiaban en esos festejos.

concesión no fructificó. En abril de 1845 comenzaron las obras de un solar adquirido en la huerta de Perea, en la ronda de los Tejares, siguiendo el proyecto del arquitecto Manuel García del Álamo y con un presupuesto de 500.000 reales.

La nueva plaza de toros de la ronda de los Tejares⁹⁴ fue inaugurada el 8 de septiembre de 1846. La presencia de la plaza en esta zona supuso un atractivo a la población, hasta el punto que fue determinante en el trazado de las calles del Ensanche del Gran Capitán y hasta en el diseño de la línea de ferrocarril y la situación de la estación.

En su construcción se emplearon materiales de derribo de algunos conventos desamortizados de la ciudad, como fue el caso de El Espíritu Santo, San Cayetano y el de Capuchinos. El coso tenía un aforo para 10.532 personas y su ruedo tenía 52 metros de diámetro.

El 15 de agosto de 1863, al término de una novillada, se declaró un incendio que la destruyó por completo. Fue el arquitecto Amadeo Rodríguez, quien se encargó de reconstruirla en su totalidad, sustituyendo la madera por el hierro y siendo inaugurada de nuevo el 20 de enero de 1866⁹⁵.

1.11.4. La estación de ferrocarril de Córdoba

Por otra parte, hemos de reconocer que el gran acontecimiento que marcó un punto de inflexión en la sociedad cordobesa del siglo XIX fue la llegada de la línea férrea a la ciudad, convirtiéndola en nudo ferroviario de Andalucía.

El ferrocarril llegó a Córdoba y la situación de la estación de trenes fue fundamental en la configuración del paseo del Gran Capitán, que unía dicha estación con el casco histórico de la ciudad, siendo la construcción del ferrocarril uno de los grandes determinantes en la evolución urbana de las ciudades en el siglo XIX.

La llegada del ferrocarril supuso una revolución en el sistema de transportes de la época, ya fuera de mercancías o de personas: se ganaba en tiempo, en comodidad y todo se hacía más accesible, la conexión entre ciudades y zonas rurales, así como la unión

⁹⁴ La plaza de toros de los Tejares fue el coso taurino que tuvo la ciudad de Córdoba entre los años 1846 y 1965 y se encontraba exactamente en lo que hoy es Avenida del Gran Capitán en su confluencia con la ronda de los Tejares.

⁹⁵ La última corrida de toros que se celebró en Los Tejares fue el 18 de abril de 1965, donde intervinieron *El Puri*, Antonio Sánchez Fuentes y José María Susoni. Su siguiente emplazamiento sería el actual coso de los Califas situado en la avenida Gran Vía Parque, entre los barrios de Poniente y Ciudad Jardín.

entre grandes capitales. La estación se convirtió en la principal puerta de la ciudad, de manera que en torno a ella se produjo una expansión de instalaciones y actividades que suponían todo un referente en el desarrollo urbano y social de la ciudad.

Tanto es así que, en el caso de Córdoba, la situación de la estación de ferrocarril condicionó toda la planificación urbanística del Ensanche, que quedó configurada por un gran eje que era la avenida del Gran Capitán, que unía a modo de gran vía cordobesa, la estación con el centro de la ciudad. A su vez, en torno a esta gran avenida, se situaron calles perpendiculares que unían el Gran Capitán con los jardines de la Agricultura, del Duque de Rivas, así como con el paseo de la Victoria.

En los primeros días de junio de 1859 se inauguró la línea Sevilla-Córdoba, la primera en llegar a la capital cordobesa; en realidad esta línea férrea no moría aquí sino que su destino era Andújar, en la provincia de Jaén, por lo que la línea se trazó al norte de la ciudad evitando el Guadalquivir. El ferrocarril, a su paso por Córdoba, era sobre la superficie por lo que parte de la zona norte quedó sin edificar. Aun así, todo apunta que desde los orígenes de los estudios para las obras del ferrocarril siempre se estuvo de acuerdo en la localización referida, extramuros y al norte de la ciudad.

De esta forma, la línea que unía Sevilla con Andújar, a su paso por Córdoba, transcurría entre la campiña y el sur de Sierra Morena, delimitando así el ensanche que fue consecuencia de la evolución urbanística de la ciudad en la segunda mitad del siglo XIX. La vía férrea acotaba así esta zona de la capital, cuyo trazado quedaba delimitado entre la estación al norte y el Guadalquivir al sur.

La estación central de Córdoba estaba situada por tanto al norte de la ciudad, en la conocida ronda de la Estación que más tarde pasó a denominarse avenida de las Américas. Fue edificada en 1859 para recibir al primer tren en pruebas⁹⁶ que venía de Sevilla por parte de la Compañía de Ferrocarriles del Centro-Norte. Así se erigió la estación principal de la ciudad de Córdoba por un espacio de 135 años⁹⁷.

⁹⁶ El día 25 de abril de 1859 llegó el primer tren a la ciudad de Córdoba de manera oficiosa, ya que no fue hasta el 2 de junio de ese mismo año cuando se produjo la llegada oficial del primer tren que unía Sevilla con la ciudad de Córdoba.

⁹⁷ La estación edificada en el siglo XIX estuvo operativa hasta 1994, año en que se inauguró la nueva estación de Córdoba. Este cambio llevó consigo unas tremendas obras de infraestructura, ya que tuvieron que soterrar la vía férrea a su paso por la capital, quedando sólo en superficie el edificio de la estación central de Córdoba.

Como un signo de identidad de la ciudad, durante los últimos 40 años de su existencia, la estación estuvo precedida de un triunfo de san Rafael datado en 1743 y que se encontraba en los jardines del Alcázar de los Reyes Cristianos. Hasta 1994 el Arcángel daba la bienvenida a los viajeros y aún hoy se conserva dicho Triunfo pero ahora en lugar de mirar a la antigua estación⁹⁸, se giró 180° para dedicar su bendición de nuevo a la ciudad de Córdoba.

El primer paisaje que se encontraban los viajeros al llegar a Córdoba eran los jardines de la Agricultura y el paseo de la Victoria, fruto del ensanche promovido por la burguesía cordobesa del siglo XIX. Tras este recorrido, se accedía a la ciudad por la puerta de Gallegos, insuficiente por sus dimensiones, por lo que fue derribada para facilitar la entrada a la ciudad, así como la salida hacia la estación. Esta situación fue la que provocó la apertura del paseo o avenida del Gran Capitán, quedando reflejado que esta obra urbana fue consecuencia directa de la llegada del ferrocarril a la ciudad de Córdoba.

1.11.5. La avenida del Gran Capitán

El origen de esta vía fue favorecido por la naciente clase burguesa de Córdoba, que accedió al poder político y económico nacional. Dicha clase promovió una serie de transformaciones urbanas que perseguían sus necesidades y sus intereses, y que consistía en proporcionarles un marco de residencia digno de su nuevo estatus.

La avenida del Gran Capitán se inició con una moción presentada por Rafael Barroso⁹⁹ en el Ayuntamiento a fecha de 13 de mayo de 1859, en la que el regidor expresaba la importancia que tenía la llegada del ferrocarril para la economía cordobesa, así como la inapropiada entrada que la ciudad por la puerta de Gallegos, que no respondía a la demanda de propios y extraños. De esta forma, en dicha moción se propuso la iniciativa de una nueva vía que uniera norte-sur entre la estación de ferrocarril y el casco histórico. Dicha moción estuvo avalada por el arquitecto municipal

⁹⁸ Una vez clausurada, la antigua estación acogió posteriormente la delegación provincial de la Radio y Televisión de Andalucía, así como la Asociación de la Prensa de Córdoba.

⁹⁹ Rafael Barroso y Lora fue alcalde de Córdoba entre 1869 y 1870. Durante la Gloriosa formó parte de la Junta Revolucionaria de Córdoba, como miembro del grupo progresista junto a Rafael María Gorrindo y Manuel de Luna. Llegó a ser presidente del Círculo de la Amistad en 1872.

Pedro Meléndez Álvarez¹⁰⁰, que escribió un informe a fecha de 12 de septiembre de 1859, que fué ilustrado por un plano que se le incorporó a 30 de diciembre del mismo año.

En este informe municipal se trató de fundamentar la necesidad que Córdoba presentaba de una gran avenida que enlazara norte-sur, la estación con el centro, para las necesidades de la clase burguesa. Ante la insuficiente infraestructura de las puertas existentes en la ciudad, el arquitecto apremió con la urgente necesidad de una solución urbanística, coincidente con la llegada del ferrocarril a Córdoba.

Así mismo, el arquitecto Meléndez detalló cuál sería el trazado más apropiado para la nueva vía, así como su posicionamiento sobre las intervenciones urbanísticas en la ciudad, que quedaba reflejado en la parte que se describían las diferentes travesías hacia las puertas meridionales de esta parte de la capital, así como la intervención que interesaba acometer sobre las mismas.

El informe recibió la aprobación de la Comisión Municipal de Fomento el 30 de septiembre de 1859, y pocos días después fue aprobado por el Ayuntamiento de Córdoba, en concreto el 8 de octubre de ese mismo año. De esta forma, se solicitó al técnico Pedro Meléndez un plano con los edificios que se verían afectados por la apertura de la nueva avenida, informe que se entregó el 30 de diciembre del citado año, con el que cerró todo el protocolo previo a la realización de la avenida del Gran Capitán.

Pedro Meléndez entregó el plano del nuevo paseo acompañado de un informe crucial en lo que fue su ejecución posterior. En el mismo se reflejó la posibilidad de abrir la nueva calle desde la plaza del Gran Capitán hasta la muralla aún existente, en contra de otra idea que consistía en conservar el paseo de san Martín a través de la alineación de sus costados y la ampliación del conjunto de sus calles aledañas. Con esta nueva solución arquitectónica hubo que demoler el paseo de san Martín, contribuyendo así a un proyecto más económico, ya que con el valor de los terrenos mencionados se convalidó los gastos por indemnizaciones.

¹⁰⁰ Pedro Nolasco Meléndez y Álvarez fue arquitecto municipal durante la remodelación de los Jardines de la Victoria en 1854 y la creación de la avenida del Gran Capitán en 1862. Además, fue un destacado poeta, lo que le llevó a ganar los Juegos Florales de 1860 y 1863. Así mismo fue uno de los socios fundadores del Círculo de la Amistad.

En el mismo informe se recogía una segunda idea que consistía en exaltar la importancia de dicho proyecto en tanto en cuanto suponía una red de comunicaciones principal y definida en la zona de la Villa de la capital cordobesa.

Todo este planteamiento respondía al dominio de la clase dominante burguesa, que buscaba la transformación del espacio urbano que había heredado a través de una nueva ordenación espacial intentando satisfacer sus intereses, muy distintos a las prioridades de las que eran las clases dominantes en el Antiguo Régimen, que perseguían más una finalidad económica y social.

Dicho proyecto respondía esencialmente al deseo de articular la parte alta de la ciudad, el barrio de la Villa, en torno a la estación de ferrocarriles, como un nuevo núcleo de atracción y distribución, y por ello se adaptaron las calles aledañas a las nuevas expectativas industriales y comerciales de la ciudad. De esta forma se pretendía facilitar los accesos a la capital, así como el tránsito entre los distintos barrios de la ciudad, como si de un plan estratégico se tratase, bajo los criterios de utilidad y funcionalidad.

Estas pretensiones se apreciaban en ciertos documentos que conformaron el proyecto que se interpretó, aunque sin olvidar que hacer realidad la comunicación entre las partes tuvo como consecuencia una mayor accesibilidad entre ellas, de manera que favoreció al comercio con las fincas que dan a la red viaria mencionada, ya fuese para la edificación de nuevas viviendas o para establecer en ellas actividades comerciales e industriales, consiguiendo una transformación de la ciudad antigua en una ciudad donde primase la producción y el intercambio.

Así se estudió la posibilidad de abrir la nueva avenida del Gran Capitán mediante la apertura de nuevas calles y la reforma de otras, produciéndose un notable cambio en las calles antiguas.

Finalmente, del ambicioso proyecto escrito solo se llevó a cabo una parte, que comprendía la apertura del paseo del Gran Capitán dejando de lado las reformas en la Villa. Aunque la idea de articular y comunicar las diversas partes de la ciudad siguió presente, y de hecho se realizaron algunas reformas de calles y vías pero de manera más parcial, con cierta posterioridad a lo proyectado.

La comentada apertura del Gran Capitán consistió en un eje de comunicación directa entre la estación de ferrocarril y el casco histórico; a su vez supuso una proyección de edificación, sobre todo de la nueva clase burguesa y sus actividades, siendo esta zona su mayor referente de cara al resto de la población.

Esta apertura del paseo del Gran Capitán supuso también un ejemplo de crecimiento urbano integrado, es decir una perfecta complementariedad entre vivienda y trabajo, provocando una segregación espacial de clases sociales en la capital.

Las obras de demolición del paseo de san Martín ya existente, y que tratamos anteriormente, comenzaron el 2 de enero de 1865 y concluyeron a finales de febrero del mismo año. Una vez concluida dicha demolición se comenzó el adecentamiento de la zona y el 4 de mayo de ese mismo año el Ayuntamiento elaboró un informe donde se concretaban las características que había de tener el nuevo paseo. De esta forma, el proyecto fue ejecutado según los presupuestos municipales que fueron llegando de forma parcial.

Finalmente se eligió el naranjo como el árbol para decorar el paseo y así se realizó en marzo de 1866, quedando inaugurado oficialmente el paseo del Gran Capitán en la noche del 5 de julio de 1866.

Aunque el paseo no se terminó con su inauguración, sino que cada año se le efectuaron mejoras como la conclusión de un acerado, el empedrado de las calles laterales, la iluminación, en principio por gas y posteriormente por la electricidad, durante la temporada de verano, que por primera vez puede verse en la ciudad en el mes de mayo de 1883.

El Paseo respondía a la idea ilustrada del esparcimiento y el recreo, a la vez que una oportunidad de encuentro y relación entre las personas. Dicho espacio convirtió en el centro magnético de la ciudad, con un alto contenido simbólico y representativo. De manera que en el trasfondo de todo, está la integración ideológica y cultural de las clases dominadas, así como mostrar la hegemonía de la cultura burguesa.

A través de la arquitectura del paseo, sobre todo las fachadas que dan al mismo, se produjo la integración que hemos comentado. Así, se establecieron unos modelos de fachadas que eran obligatorios en los edificios que se construían, de manera que se perseguía dar una imagen de ciudad moderna, creando un espacio uniforme y

homogéneo en todo el paseo. Esta intención que quedó demostrada en los distintos espacios que posibilitara el encuentro entre personas de diferentes clases sociales, ya fuese en la vía pública como en recintos cerrados, como el Gran Teatro o los cafés del Boulevard, donde se produjo la nombrada integración.

Uno de los temas relacionados con la edificación fue el que hace referencia al establecimiento de unos modelos de fachada para todos los edificios que se fueron a construir en la nueva avenida. De esta forma, el arquitecto Pedro Meléndez presentó cuatro modelos de fachada, de los cuales el Ayuntamiento de Córdoba aprobó dos de ellos a fecha de 12 de febrero de 1862.

Según este proyecto, los edificios debían tener tres plantas siguiendo un modelo muy académico, con escasa decoración, elemento que será discutido y desechado, ya que los nuevos inmuebles que se iban construyendo se iban enriqueciendo en sus fachadas. Así mismo, debemos distinguir las edificaciones según el uso al que van destinadas: inmuebles para espectáculos y recreo como el Gran Teatro, edificios para el hospedaje y finalmente viviendas cuya finalidad era la residencia particular del propietario.

Como mencionábamos, de los inmuebles dedicados a espectáculos públicos y recreo, el más importante fue el Gran Teatro de Córdoba, edificado en uno de los solares que dejó San Martín; también destacamos el café Gran Capitán, que posteriormente será Círculo de Labradores, aunque existió otro café finisecular que con el transcurso del tiempo se convirtió en el Círculo Mercantil, entre las calles Conde de Gondomar y la calle Morería, así como un tercer café en la calle huerto del Vidrio, que actualmente es la sede del Banco Central.

Teniendo en cuenta que el paseo del Gran Capitán se convirtió en el eje principal de la ciudad de Córdoba, allí se instalaron hoteles y residencias para los viajeros que llegaban a la capital, como los dos inmuebles construidos por el Marqués de Prado-Alegre.

Finalmente, en dicho paseo se edificaron también una serie de residencias particulares de personajes ilustres de la Córdoba de su tiempo, como el palacio del marqués del Mérito, en la esquina oriental del paseo con la ronda de los Tejares, y el palacio del marqués de Gelo, situado en la esquina norte con la calle llamada de huerto del Vidrio.

El paseo del Gran Capitán fue una de las más notables transformaciones urbanísticas, promovidas por la nueva clase burguesa, que vivió la capital en la segunda mitad del siglo XIX. Ello fue propiciado por la necesidad de realizar una gran avenida según los gustos de la modernidad y de la Ilustración, en el momento de la llegada del ferrocarril a la ciudad de Córdoba.

De esta forma, hemos realizado un análisis de la historia de Córdoba en el siglo XIX, desde aspectos sociales, económicos, demográficos, culturales, históricos y artísticos, así como su evolución urbanística favorecida sobre todo por la incipiente clase burguesa. Los grandes hitos que marcaron la transformación urbana de la capital fueron, como hemos estudiado, el derribo de la muralla medieval, la construcción del malecón del Guadalquivir y, sobre todo, el ensanche del Gran Capitán. Estos tres acontecimientos marcaron un punto de inflexión en la geografía urbana cordobesa, por la que la ciudad, gracias sobre todo a la llegada del ferrocarril, supo adaptarse a las nuevas ideologías que la modernidad ilustrada trajo consigo misma.

2. Córdoba en la literatura de viajes extranjera del siglo XIX

—Ante nosotros extendíase, como un inmenso panorama, el hermoso Reino de Andalucía. Aquella vista tenía la grandeza y el aspecto del mar [...] aquí y allá los vivos rayos del Sol”¹⁰¹. Con estas palabras introdujo Teófilo Gautier a Andalucía en su *Viaje por España*, periplo que, acompañado de su amigo Eugenio Piot, realizó en el año 1840. En su itinerario recorrió toda la Península de norte a sur, prestando una especial atención a Madrid y a Granada. Dejando clara su vocación de pintor y poeta, Gautier no escatimó detalles en el momento de describirnos lo que contemplaban sus ojos: paisajes, culturas, arquitecturas y platos gastronómicos, aunque también se dejó llevar por esa imagen idealizada de la España decimonónica, la de toros, la mantilla y la peineta, la de los majos y manolas, la de los bandoleros y contrabandistas.

En este sentido tenemos que trasladarnos al Romanticismo, época en la que se creó la imagen tópica de Andalucía que aún hoy permanece en nuestro ideario colectivo. Los viajeros vinieron a nuestra tierra atraídos por el clima, el paisaje y, sobre todo, por sus monumentos, aunque no exentos de prejuicios sobre su población, a los cuales consideraban atrasados y pobres, herederos de una decadencia progresiva tras la expulsión de los musulmanes.

Muchos viajeros venían ya con esa idea preconcebida de una Andalucía que no era real, de hecho, “algunos incluso regresaban a casa sin haber alterado en lo sustancial ese primitivo concepto [...] solo unos pocos profundizaban en la realidad y conseguían descubrir algo más”¹⁰².

¹⁰¹ GAUTIER, T., *Viaje por España*, Madrid, Espasa Calpe, 1920, pp. 29-30.

¹⁰² GARCÍA GÓMEZ, F., “Descubriendo la ciudad: el urbanismo malagueño según los viajeros extranjeros del siglo XIX”, *Baética*, 17 (1995), p. 12.

Con razón nos señala el doctor García Gómez que todos los prejuicios que eran reflejados en los libros de viajes del siglo XIX hacen que muchas crónicas sobre la Andalucía decimonónica carezcan de valor documental a la hora de estudiar la realidad de cómo se vivía en nuestra tierra a finales de dicha centuria.

Lo que sí es real es que la mayoría de los viajeros extranjeros venían fuertemente atraídos por el mito de Oriente, un universo de leyenda, pasión y misterio. Buscaban lo exótico de nuestra cultura, lo que dio lugar a una corriente decimonónica que pasó a llamarse el Orientalismo y que motivó que los viajeros románticos se decidieran por el sur de Europa y la cultura mediterránea.

Esta atracción hacia todo lo oriental suponía una evasión del mundo occidental y, por lo tanto, de la industrialización e ideología del mismo. Oriente se le antojaba al hombre romántico como un mundo descontaminado, donde primaba el contacto entre las personas y la naturaleza, como si de un regreso a los orígenes se tratase: «El de Oriente era, por tanto, un mito en el que se fundían las dos principales vertientes de tan ansiada evasión romántica: refugio en el espacio y en el tiempo»¹⁰³. Además, la Edad Media pasó a ser el período histórico preferido por los románticos y la cultura musulmana era, por tanto, la más perfecta, ya que en ella se fundían lo medieval y lo exótico.

Ya en el siglo XVII, algunos intelectuales viajaron a España y Andalucía con el ánimo de acercarse a ese gran legado que nos dejaron esos ocho siglos de presencia del Islam en nuestra tierra. El exotismo de Oriente fue lo que atrajo la atención del príncipe de Florencia, Cosme de Medicis, quien en 1668 narró un itinerario por Andalucía¹⁰⁴ con amplias descripciones de sus paisajes, ciudades, costumbres, arte y religión de nuestros pueblos. Y, por supuesto, el príncipe florentino pasó unos días en Córdoba donde visitó la Mezquita-Catedral, el Alcázar de los Reyes Cristianos, san Francisco, san Agustín, el monasterio de san Jerónimo de Valparaíso e incluso participó en una corrida de toros, que en aquel tiempo se celebraban en la plaza de la Corredera. Así, el viaje de Cosme de Medicis en el siglo XVII se convirtió en uno de los precedentes más interesantes de lo que fueron los itinerarios que realizaron los viajeros románticos del siglo XIX.

¹⁰³ GARCÍA GÓMEZ, F., art. cit. p. 42.

¹⁰⁴ MUÑOZ MEDRANO, M. C., *Viaje de Cosme de Medicis por Andalucía*, Málaga, Caligrama, 2003.

Este gusto por lo oriental nació en el marco de la Ilustración, cuyos ideales estaban basados en la tolerancia y la evolución del historicismo con el fin de la igualdad entre culturas y así, el destino de Córdoba fue ejemplo de estos ideales a nivel mundial.

Hay dos términos que resultan de interés en la mentalidad del hombre romántico: lo pintoresco y lo sublime, lo que conllevó a una corriente europea por querer conocer lo exótico de la cultura islámica. No obstante, el hombre ilustrado del siglo XVIII buscaba en lo oriental un aprendizaje que enriqueciera su propia cultura occidental. En cambio, el hombre romántico del siglo XIX buscaba en el mismo elemento el dar rienda suelta a sus sentimientos, a la vez que una evasión de la mentalidad occidental.

Es evidente que para acercarse al exotismo oriental no era necesario viajar al Próximo Oriente, ya que España presentaba todas estas características tras ocho siglos de presencia islámica; una cultura que aún hoy nos sigue dejando su sello, ya que hemos bebido de sus fuentes y muchos somos descendientes y herederos del gran legado de Oriente, especialmente Andalucía.

Los ilustrados del siglo XVIII visitaron España con un interés científico, tanto de los restos arqueológicos clásicos como de la cultura islámica. No obstante, poco a poco, se fue desarrollando la mentalidad romántica, a través de lo pintoresco y lo sublime de aquel pasado legendario. Incluso finalizando el siglo XVIII, fueron muchos los ilustrados españoles que comenzaron a prestar atención a la cultura hispano musulmana.

Pero, habrá que reconocer que, en el siglo XIX, ya en pleno Romanticismo, la visión de Oriente estaba tergiversada por esa visión apasionada y subjetiva de los historiadores y viajeros de la época. Sin duda, las versiones y la difusión que de lo oriental dieron los primeros viajeros de nuestro país, como Víctor Hugo, influyó en los que posteriormente vinieron a visitar nuestra tierra, ya que la visión personalista de aquellos primeros viajeros, promocionó y magnificó el mito de Oriente.

Leyenda y realidad se entremezclaron en búsqueda de una mirada nostálgica por un esplendor perdido, por una cultura que brilló con luz propia durante su presencia en la Península.

Los viajeros románticos dieron primacía a las emociones y a las sensaciones, guiados por la pasión de lo oriental, de lo que España y sobre todo Andalucía, somos herederos del gran legado del Islam.

Finalizada la Guerra de la Independencia fueron numerosos los viajeros que vinieron a nuestra tierra, centrándose especialmente en el pasado islámico de Andalucía, sin detenerse en otros momentos de no menos esplendor, como fue la Antigüedad Clásica.

En el marco de Andalucía, algunas fueron las ciudades reclamo de dichos viajeros: Sevilla, con su Catedral y los Reales Alcázares, Granada por la Alhambra, Antequera como cruce cultural de caminos, en algunos casos Málaga por su clima y sus costas, y Córdoba, la ciudad que estudiamos en nuestra tesis, donde su Mezquita-Catedral, como emblema del legado andalusí, se convirtió en la gran protagonista de la ciudad.

2.1. La Mezquita-Catedral de Córdoba

Fueron muchos los viajeros que, al recorrer la ciudad cordobesa, descubrieron una sociedad anclada en un pasado glorioso, aunque también es cierto que la gran mayoría de estos visitantes solo pasaron en la capital unas horas, de manera que apenas tuvieron oportunidad de conocerla en profundidad.

Pero sí hubo un elemento que unificó el criterio de todos los viajeros románticos que visitaron Córdoba: todos sin excepción, quedaron asombrados al contemplar la Mezquita-Catedral, y en todos los diarios de viajes aparecieron comentarios que ensalzaban la magnificencia del gran monumento, unidos todos en el recuerdo de glorias pasadas, en las que la ciudad fue capital de Al-Ándalus y un referente cultural de Occidente en el siglo X.

Parece obvio que Córdoba siempre se ha identificado con su Mezquita-Catedral, considerada el alma de la ciudad. Algunos viajeros además de realizar la visita diurna, tuvieron la oportunidad de contemplarla por la noche a la luz de las antorchas, viviendo una experiencia que se antojaba sobrecogedora. Por ejemplo, **Henry Swinburne**¹⁰⁵ visitó Córdoba en 1775 y tuvo la oportunidad de estudiar la antigua Mezquita de forma pormenorizada, lamentando el hecho de que la catedral católica hubiese ~~destruido~~ destruido por entero la unidad de concepción, empañando el resto y violentando toda idea originaria sobre el efecto monumental de la edificación”¹⁰⁶.

No obstante, debemos reconocer que esta circunstancia hizo que la Mezquita-Catedral de Córdoba fuera un monumento único en el mundo entero, reconocido por la UNESCO en 1984 como Patrimonio de la Humanidad, distinción que fue extendida a todo el casco histórico diez años después.

¹⁰⁵ El escritor Henry Swinburne (1743 - 1803) fue un viajero e hispanista inglés. Recorrió Andalucía, La Mancha, Madrid, Burgos y el Bidasoa. Publicó sobre este viaje *Travels through Spain in the years 1775 and 1776* (Londres, 1779).

¹⁰⁶ ROBERTSON, I., *Los curiosos impertinentes, viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Madrid, Serbal/CSIC, 1988, p. 110.

El primer viajero que visitó nuestra tierra en las lindes del siglo XIX fue **Wilhelm von Humboldt**¹⁰⁷, quien en **1799** emprendió un recorrido por España plasmando noticias, impresiones, protocolos y entrevistas, con ánimo de configurarlos a modo de manual con el título de *Diario de Viaje a España 1799-1800*.

Lo primero que le llamó la atención fue la catedral de Córdoba, la que en otro tiempo fuera la gran mezquita de Al-Andalus: era el monumento reseñado por excelencia y el centro de atención de propios y extraños, al que se accedía por el Patio de los Naranjos:

–Cada huerto tiene aquí las paredes llenas de ellos [naranjos], cada patio tiene su árbol y, sobre todo, es especialmente bello el Patio de los Naranjos de la Catedral. Ver allí todas esas filas de naranjos, hermosos, fuertes y altos, los altísimos cipreses, junto a una fontana¹⁰⁸ rodeada de algunas otras pequeñas [fuentes], una palmera extraordinaria, todo ello en medio de un antiguo edificio árabe, resulta una visión tan bella y extraña que uno se siente transportado en una especie de suave arrebato, que se ve potenciado enormemente gracias al delicioso aire que se respira”¹⁰⁹.

Al llegar a la Mezquita-Catedral, lo primero que despertó su atención fue la sobriedad de las paredes y de los muros exteriores, coronados con almenas. La impresión cambió cuando se introdujo en el interior, aunque Humboldt no era muy pródigo en descripciones:

–Cuando se entra en el interior, no se ve nada más que una cantidad de filas de columnas de piedra alineadas, todas ellas muy bajas, diferentes y bellas, unas acanaladas¹¹⁰, otras no, todas sin basamento y con capiteles poco elaborados;

¹⁰⁷ Friedrich Wilhelm Christian Carl Ferdinand, barón de Humboldt (Potsdam, 22 de junio de 1767 - 8 de abril de 1835 en Tegel, Berlín), llamado habitualmente Wilhelm von Humboldt, y, en español, Guillermo de Humboldt, fue un erudito y hombre de estado prusiano, uno de los fundadores de la Universidad de Berlín (en la actualidad Universidad Humboldt de Berlín).

¹⁰⁸ Se refiere a la Fuente de las Abluciones o de las Purificaciones, donde los musulmanes se lavaban antes de entrar en la Sala de Oración de la Mezquita.

¹⁰⁹ VON HUMBOLDT, W., *Diario de viaje a España 1799-1800*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 152. En este texto, el autor no solo nos expone una descripción física, sino que se recrea en sus sentidos, dejándonos entrever todo aquello que experimentó en aquel emblemático lugar.

¹¹⁰ Se refiere a los fustes estriados de aristas en ocasiones verticales y en otras helicoidales.

sobre la columna va primero un sencillo arco y encima de éste otro¹¹¹, de modo que el espacio entre ellos es diáfano y de tiempo en tiempo se yerguen pequeñas cúpulas en las que hay aberturas [...] En los muros hay varias capillas de las cuales una o dos son totalmente de estilo árabe antiguo, con mucho trabajo de filigrana en piedra y estuco [...] En medio está el nuevo crucero, el altar mayor y enfrente el coro, alto y grande pero estrecho, que resulta muy distinto de todo el resto. El conjunto sólo resulta notable, en absoluto bello. No tiene lo majestuoso de una iglesia y apenas la unidad de un edificio”¹¹².

A juzgar por sus comentarios, nos da la impresión que Wilhelm von Humboldt no era un gran entendido en Arte, ya que en nada supo apreciar la grandiosidad de la Mezquita-Catedral de Córdoba, con todos los entresijos históricos que en ella se encierran. Por el contrario, se limitó a dar unas sencillas explicaciones, como si de un simple turista se tratase, pero sin fundamento y sin documentación alguna. La forma despectiva de sus notas nos desvela que en absoluto llegó a comprender aquel edificio en su totalidad. De todo el conjunto solo le llama la atención la Custodia de Arfe que junto a la de Toledo está catalogada entre las mejores de España, pero no aporta ninguna referencia a la nave de la Maqsura ni al Mihrab, que tanto maravilló a otros viajeros, lo que nos hace pensar que su visión del templo fue incompleta y precipitadas sus conclusiones.

Incluso **Robert Semple**¹¹³, tras la visita realizada a la ciudad en **1809**, terminó reconociendo que la Mezquita-Catedral de Córdoba, considerada como una muestra del gusto islámico en materia arquitectónica, —es muy interesante y digna de atención”¹¹⁴.

¹¹¹ En alusión a la doble arcada en altura que presenta la Mezquita-Catedral de Córdoba que corresponde con la antigua sala de oración: arcos de herradura sobre columnas en el primer cuerpo y arcos de medio punto sobre pilares en el segundo. Esquema claramente inspirado en los acueductos romanos, por el que se gana en altura y se consigue una notable diafanidad en todo el Templo.

¹¹² HUMBOLDT, W., *op. cit.*, pp. 153-154.

¹¹³ Robert Semple nació el 26 de febrero de 1766 en Boston (Massachusetts) y falleció en Canadá el 19 de junio de 1816.

¹¹⁴ KRAUEL HEREDIA, B., *Viajeros Británicos en Andalucía de Chistopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, Universidad de Málaga, 1986, p. 286.

Habremos de detenernos también en la figura de **Richard Ford**¹¹⁵, escritor y dibujante que vivió en Sevilla en **1831** por motivos de salud de su mujer. Desde la capital hispalense recorrió a caballo miles de kilómetros por determinadas zonas de España, incluso por rutas que no eran habituales en los itinerarios de los extranjeros que visitaban nuestro país. De esta forma Richard Ford llegó a la Mezquita-Catedral de Córdoba, el principal reclamo de nuestros viajeros del siglo XIX. Ford describió en principio a la catedral como una antigua fortaleza medieval, donde el exterior no nos descubría toda la riqueza monumental que presentaba su interior:

—La Catedral o la Mezquita, como aún se le llama todavía, se levanta sola. El interior es acastillado y sombrío. Se debe pasear en torno a ella, observar las torres cuadradas con contrafuertes, con parapetos en sierra”¹¹⁶.

Con estas palabras comenzaba Ford la descripción de la Mezquita-Catedral, coincidiendo con otros viajeros en el aspecto exterior, que se nos ofrecía como un castillo o fortaleza. Así accedió por la puerta del Perdón al Patio de los Naranjos, obra de Abderramán III en el 937: las diecinueve naves tenían antiguamente acceso directo desde el patio, pero ya en el siglo XIX estaban todas tapiadas, salvo una que es la puerta de las Palmas. Pero detengámonos en su descripción del interior:

—El interior de la Catedral es imposible de describir, es preciso verlo; es un laberinto de columnas, que como en el caso del *basilicum*, sostiene un techo bajo. Gayangos observa que el edificio entero fue construido principalmente con materiales tomados de templos griegos y romanos en la Península y fuera de ella [...] En santidad, estaba en tercer lugar entre las Mezquitas, a la altura de Alaksa en Jerusalén y detrás solamente de la Caaba de la Mecca [...] Las columnas

¹¹⁵ Richard Ford (Londres, 21 de abril de 1796 - *Idem*, 1858) fue un viajero e hispanista inglés. En 1830, se trasladó a España a causa de la precaria salud de su esposa que hacía preciso un cambio de clima. Fijó su residencia en Sevilla y en Granada, donde se alojó en el palacio del Generalife. Desde allí viajó por toda la península en compañía de arrieros y vestido como un natural, frecuentando siempre las clases bajas y criticando acerbamente el mal gobierno de las clases dirigentes de España.

¹¹⁶ FORD, R., *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*, Madrid, Ediciones Turner, 1980, p. 311.

dividen su interior en diecinueve naves longitudinales y veintinueve naves transversales: los laterales están convertidos en capillas”¹¹⁷.

Richar Ford realizó una detallada descripción de la catedral, no solo en planta, sino que en altura reparó en la doble arquería, herradura y medio punto, que existen en las naves longitudinales, así como en los arcos lobulados entrelazados de la nave de la Maqsura. De igual forma comentó que la cubierta era plana en toda su superficie, hasta que los cristianos incluyeron las bóvedas.

Este viajero se detuvo en una de las capillas más impresionantes de la catedral, la dedicada a la virgen de Villaviciosa, que en otro tiempo era el lugar donde se celebró la primera Eucaristía en la que se consagró la Mezquita en Catedral en el siglo XIII. Por supuesto, se detuvo ante el Mihrab, del que destacó sus mosaicos y el estuco con arabescos, pintado en azul, rojo y dorado y que contiene inscripciones cúficas, conformando un gran conjunto de riqueza bizantina.

Ford, así mismo, hizo un recorrido por las capillas laterales, consideradas como poco interesantes, salvo algunos elementos que enumeraba:

1. Capilla de san Pablo: san Juan, san Andrés y una Última Cena de Pablo de Céspedes.
2. Capilla de san Nicolás: retablo de Berruguete y pinturas de César Arbasia.
3. Capilla Real: sepulcro de Alfonso XI¹¹⁸.
4. Capilla del Cardenal: está enterrado Pedro de Salazar, es de estilo churrigueresco con imágenes de José de Mora.

Así mismo, accedió a la capilla de santa Teresa de Jesús en la que destacó dos pinturas atribuidas a Alonso Cano, además de algunas piezas de platería, algunos cálices y cruces procesionales, todo ello presidido por la custodia de estilo gótico que realizó Enrique de Arfe en 1518.

¹¹⁷ FORD, R., *op. cit.*, p. 313. Aquí Richard Ford nos demuestra un verdadero interés por reflejar una descripción lo más exacta posible, ya que menciona las diecinueve naves de la antigua Mezquita así como los veintinueve tramos transversales, hasta llegar a la nave de la Maqsura donde se sitúa el Mihrab.

¹¹⁸ Actualmente el Rey Alfonso XI está enterrado en la Real Colegiata de San Hipólito de Córdoba.

La custodia de Arfe de la catedral de Córdoba¹¹⁹ presenta planta dodecagonal y se compone de dos cuerpos con arbotantes y pináculos. El cuerpo inferior aloja el viril, pieza de cristal donde se sitúa la Sagrada Hostia y el superior la imagen de la virgen de la Asunción, a cuyo dogma mariano está dedicada la catedral cordobesa.

Hasta aquí la antigua Mezquita, ya que vemos que Ford siguió su itinerario dirigiéndose al crucero de la catedral católica, y fue en este punto donde rememoró la famosa historia del emperador Carlos V cuando visitó Córdoba en 1526 y, al contemplar la reforma de la Mezquita, exclamó:

–Habéis puesto aquí lo que vosotros, o cualquiera otra persona, podría haber puesto en cualquier otro lugar, pero habéis destruido algo que es único en el mundo, habéis echado abajo lo que estaba completo y habéis comenzado lo que no podéis terminar”¹²⁰.

Cuentan las crónicas que el Cabildo Eclesiástico tenía en mente construir la catedral en el interior de la Mezquita y que habiendo recibido la negativa del Cabildo Municipal decidieron recurrir al Rey. El emperador Carlos V, que aún no había visitado la ciudad, asintió a la obra catedralicia sin conocer sobre el terreno de lo que se trataba. En 1526 el Rey realizó su primera visita a Córdoba y al entrar en la Mezquita-Catedral se arrepintió de su aprobación y arremetió contra el Cabildo Catedralicio.

En realidad, no existe documentación alguna en el Archivo Capitular de la Catedral de Córdoba que refleje el arrepentimiento de Carlos I, por lo que creemos que esta recurrida historia responde a una leyenda más que a un episodio real.

Por otra parte, el coro catedralicio se realizó entre 1523 y 1593, y cuya sillería, que Ford consideró de estilo churrigueresco, fue obra de Pedro Duque Cornejo. El retablo mayor siguió un diseño de 1614 de Alonso Matías con pinturas de Palomino y en el presbiterio se hallaba la tumba del obispo Diego de Mardones que falleció en 1624.

¹¹⁹ El obispo Martín Fernández de Angulo fue el que encargó de esta custodia procesional a Enrique de Arfe, orfebre de origen flamenco que llegó a España con la Corte de Carlos I. Comenzó a labrarla en 1512 y se terminó y estrenó el 3 de junio de 1518 bajo el pontificado de Alonso Manrique, procesionando ese año por primera vez. Es de justicia reconocer que, en su realización, Arfe contó con la colaboración de algunos plateros cordobeses. La custodia de Córdoba es la más alta de España después de la de Toledo, ya que mide 2,63 metros de altura y pesa más de 200 kilos.

¹²⁰ FORD, R., *op. cit.* p. 315.

El siguiente viajero fue **Teófilo Gautier**¹²¹, quien visitó Córdoba en **1840**. En su relato destacó la Mezquita-Catedral, de la que comentó sus primeras impresiones:

—La Mezquita-Catedral se elevaba por encima de la muralla y de los tejados de la población, más bien como una ciudadela que como un Templo, con sus altos muros dentados de almenas árabes y la pesada cúpula católica asentada sobre la plataforma oriental”¹²².

Nos resulta curiosa la descripción urbana que hacía Gautier nada más entrar por la puerta del Puente: descubrió una ciudad con una vida tranquila, con todas sus casas encajadas entre calles tortuosas y estrechas propias del urbanismo musulmán. Y en este entramado destacaba la Mezquita de Córdoba como ~~mon~~monumento único en el mundo y completamente nuevo, incluso para los viajeros que han tenido ocasión de admirar en Granada y en Sevilla, las maravillas de la arquitectura árabe”¹²³.

Parece evidente que un exterior de la Mezquita-Catedral tan sobrio contrastaba con la riqueza del interior, por lo que no nos extraña que Gautier nos dijera que el exterior de la catedral le sedujo poco y temía sufrir un desencanto. Aunque nada más adentrarse en el edificio, sintió el mismo sobrecogimiento que podemos sentir cada uno de los que contemplamos esta maravilla patrimonial.

En ese momento, ante la contemplación de las naves de Abderraman I, Gautier reflexionó sobre lo que fue el pasado esplendoroso de Córdoba y su situación de decadencia en pleno siglo XIX: un contraste patente entre el esplendor de los Omeyas y la situación crítica de la sociedad cordobesa en la centuria decimonónica.

Gautier se introdujo en el Patio de los Naranjos, donde realizó una breve descripción del mismo, así como de sus galerías y, por supuesto, de su torre campanario, antes de entrar en las naves catedralicias, antigua sala de oración de la Mezquita:

¹²¹ El viajero y escritor Pierre Jules Théophile Gautier (30 de agosto de 1811 - 23 de octubre de 1872) fue un poeta, dramaturgo, novelista, periodista, crítico literario y fotógrafo francés. Además de su presencia en el romanticismo francés y su proyección en el costumbrismo, se le ha considerado por algunos como fundador del parnasianismo y precursor del simbolismo y la literatura modernista.

¹²² GAUTIER, T., *Viaje por España...*, op. cit., p. 177. Era una clara alusión al aspecto de fortaleza que presentaba la Mezquita-Catedral desde el exterior, en cuya imagen llamaba poderosamente la atención el crucero católico edificado sobre el templo musulmán.

¹²³ *Ibidem*, p. 179. En esta ocasión, Gautier exaltaba la Mezquita-Catedral de Córdoba como el edificio más emblemático del islamismo en Andalucía.

—La impresión que se experimenta al entrar en aquel antiguo santuario del islamismo es indefinible y no tiene relación alguna con la emoción que ordinariamente produce la arquitectura; parece que vais a un bosque techado más bien que por un edificio; de cualquier lado que uno se vuelva, la vista se pierde a través de las hiladas de columnas, que crecen y se alargan hasta perderse de vista, como una vegetación de mármol que hubiese brotado espontáneamente del suelo; la misteriosa semioscuridad que reina en aquel bosque contribuye a la ilusión”¹²⁴.

Gautier quedó asimismo sorprendido por la doble superposición de los arcos de las naves, así como por los arcos polilobulados entrecruzados de la Maqsura, los cuales describió así: —Forman cada nave dos hileras de arcos superpuestos, de los cuales algunos se cruzan y entrelazan como cintas y producen el efecto más extraño”¹²⁵.

En cuanto a las columnas de la Mezquita-Catedral, Gautier reparó que todas eran de mármoles distintos, aunque muchas de ellas procedían de monumentos romanos y, por ello, todas son diferentes. Destacó una notable variedad de fustes lisos, estriados a arista viva, helicoidales, decorados de mil formas y sobre dichas columnas descansaban capiteles, la mayoría de inspiración corintia, aunque algunos eran de orden compuesto.

Gautier, al pasear por la sala de oración de la antigua Mezquita, llegó a pensar que en aquel mismo sitio habían celebrado sus ceremonias tres religiones y con ello aludía a la convivencia simultánea de judíos, cristianos y musulmanes durante la época del Califato.

De igual forma añadía que, en otro tiempo, las naves de la Mezquita-Catedral estaban abiertas al patio de los Naranjos:

“La mirada podía entonces dirigirse con toda libertad por las largas hileras de columnas y descubrir, desde el fondo del Templo, los naranjos en flor y las

¹²⁴ *Ibidem*, p. 184. Resulta curiosa la comparación de la sala de oración de la Mezquita-Catedral con un bosque de columnas, semejanza a la que recurrieron más viajeros posteriores a Gautier.

¹²⁵ *Idem*. Los arcos polilobulados entrelazados se sitúan en la nave de la Maqsura; su riqueza y su diseño, con alternancia de dovelas decoradas con bajorelieves, se debe a su cercanía al Mihrab, la zona más sagrada de la Mezquita para los musulmanes.

fuentes emergiendo del patio en un torrente de luz, que la semioscuridad del interior hacía aún más deslumbradora por el contraste”¹²⁶.

Aunque para Gautier no pasó desapercibido que esta perspectiva histórica estaba presidida por el crucero de la catedral católica, obra de la familia Hernán Ruiz¹²⁷, sin embargo, él la contemplaba como una masa enorme incrustada pesadamente en el corazón de la Mezquita árabe, pues consideraba que la cultura católica no hizo más que una intromisión arquitectónica, rompiendo toda la armonía del edificio islámico.

Lejos de este pensamiento, la verdad documental existente en el Archivo Capítular de la Catedral de Córdoba nos desvela que los cristianos que acompañaban a Fernando III, conscientes de la magnificencia de la antigua Mezquita, decidieron conservarla, con el condicionante de edificar un gran crucero católico en el centro, ya que la fe de Cristo exigía nuevos espacios para el culto, pero desde el más absoluto respeto a las culturas anteriores. De esta forma ha llegado a nosotros la antigua Mezquita de Córdoba.

Algunas versiones -faltas de rigor histórico- relatan que dicha iniciativa fue llevada a cabo por el Cabildo de la Catedral, quien a espaldas del Ayuntamiento consiguió una Orden de Carlos V, que aún no conocía la antigua Mezquita. De hecho, cuentan que en su visita a Córdoba en 1526 el monarca exclamó: –Si yo hubiera sabido esto, no habría permitido nunca que se tocara a la obra antigua; habéis puesto lo que se ve en todas partes en lugar de lo que no se ve en parte alguna”¹²⁸.

Por su parte, Gautier exaltó la labor de Pedro Duque Cornejo en el coro al que dedicó diez años de su vida: está tallado en madera de caoba y en su programa iconográfico se suceden escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, presidido todo por la Ascensión del Señor. Así mismo, el viajero observó cómo todo el artesonado de Abderramán I, que se había conservado hasta el siglo XVI, fue sustituido por bóvedas, así como el antiguo enlosado que quedaba bajo la nueva solería de ladrillo, ocultando las basas de muchas

¹²⁶ *Ibidem*, p. 185. Las diecinueve naves estaban abiertas al Patio de los Naranjos, pero hoy día, están cerradas por unas celosías de inspiración mudéjar instaladas por Rafael de la Hoz en 1972.

¹²⁷ Hernán Ruiz el Viejo elaboró los planos del crucero de la Catedral de Córdoba, cuya construcción supervisó hasta su muerte en 1523. A continuación, le sustituyó su hijo Hernán Ruiz el Joven.

¹²⁸ El arrepentimiento de Carlos V no sólo carece de rigor histórico, sino que no existe documentación alguna sobre estas palabras puestas en boca del Emperador. No obstante, parece ser una historieta muy recurrida en los diarios de viajes del siglo XIX y, por ello, lo reflejamos en nuestro texto.

columnas, dando una impresión de menor altura de la que en realidad tuvo el edificio original:

“A pesar de todas estas profanaciones, la Mezquita de Córdoba es hoy aún uno de los edificios más maravillosos del mundo, y como para hacernos sentir más amargamente las mutilaciones del resto, una parte que se llama el Mihrab se ha conservado, como por milagro, en una integridad escrupulosa”¹²⁹.

Gautier se quedó asombrado ante el Mihrab de la Mezquita de Córdoba, su bóveda gallonada, los mosaicos de vidrios de colores y ante los versículos del Corán, que conformaron un todo digno de *Las mil y una noches* en palabras del viajero. Así mismo describió el tesoro de la catedral, los cálices, cruces y todo tipo de revestimientos bordados en oro.

Curioso fue el comentario al salir de la Mezquita ya que Gautier reconoció que, ~~Visitada~~ la Catedral, nada nos detenía en Córdoba, que no es de lo más agradable para vivir; la única distracción que puede tener un extranjero es bañarse en el Guadalquivir¹³⁰[...] el calor era intolerable”¹³¹.

En el caso de Gautier, vemos que su visita a Córdoba se centró en cruzar el río Guadalquivir por el puente romano, única entrada en esa época, y visitar la Mezquita-Catedral, como principal de la ciudad. Aunque según nuestra perspectiva, cuán equivocado estaba el viajero al pensar que ~~visitando~~ la Catedral, nada más nos detenía en Córdoba”¹³², ya que se marchó sin conocer la Judería, las iglesias fernandinas, la arquitectura civil, sus patios, y todos los atractivos que Córdoba presentaba para el visitante en 1840.

¹²⁹ GAUTIER, T., *op. cit.* p. 187. Se conoce que el Mihrab estuvo oculto durante varios siglos y que, para suerte de los viajeros decimonónicos, fue descubierto en las 1815 cuando se decidió retirar el retablo de San Pedro que quitaba visión al Mihrab, aprovechando la ocasión para una oportuna restauración.

¹³⁰ El río Guadalquivir fue apto para el baño hasta 1967, cuando se prohibió.

¹³¹ GAUTIER, T., *op. cit.*, p. 190. Realizó su viaje en verano cuando el termómetro ascendía a 43° de máxima.

¹³² *Idem.*

A lo largo del siglo XIX, fueron muy frecuentes los libros de viajes ilustrados ya que, hasta que la fotografía no se popularizó, los grabados y litografías eran los que ofrecían la imagen de los lugares visitados. **Jean Charles Davillier**¹³³, barón de Ruán, fue un hispanista enamorado de nuestra tierra, visitó España hasta en nueve ocasiones, y fue en su viaje de **1862** cuando escribió *L'Espagne* que fue publicado en París en 1875.

Tras un breve recorrido por las calles de la Judería, el barón Davillier se detuvo sobre todo en la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—Puede decirse que la Mezquita de Córdoba es un edificio único en el mundo. En vano se buscaría en España, en Oriente o en Egipto una construcción que pueda comparársele. La Alhambra de Granada y el Alcázar de Sevilla son maravillas de la arquitectura mora. Pero ninguno de estos palacios puede dar idea de lo que es la Mezquita árabe, anterior a ellos en quinientos o seiscientos años”¹³⁴.

El barón Davillier quedó deslumbrado en su contemplación al entrar en la Mezquita-Catedral de Córdoba. Primero introdujo una breve aproximación histórica desde Abderraman I, de quien se decía que tenía tanto interés en la construcción de dicho templo, que hasta él mismo supervisaba a diario las obras. Nada más entrar en el recinto, nuestro viajero se recreó en el Patio de los Naranjos:

—Antes de entrar en la Mezquita atravesaremos el Patio de los Naranjos. Es un amplio y agradable recinto. Su pavimento es de losas de mármol y tiene enormes naranjos y limoneros, palmeras y cipreses que forman una espesa bóveda de verdor, bajo la cual brotan las fuentes siempre frescas. Este patio ofrece una particularidad bastante curiosa, y es que debajo de los naranjos existe una amplia

¹³³ Jean Charles Davillier (Rouen, 17 de marzo de 1823 - París, 1 de marzo de 1883) fue un coleccionista de arte y escritor francés. Su *Voyage en Espagne* (1875) —publicada por entregas entre 1862 y 1873 en la revista de viajes *Le Tour du Monde* y traducida al español con el título *Viaje por España* en 1957— sigue siendo célebre por las ilustraciones en su mayor parte sobre la tauromaquia que hizo Gustave Doré, y cuyos dibujos, grabados y litografías sobre este tema han sido recopilados bajo el título *La Tauromachie de Gustave Doré*.

¹³⁴ DAVILLIER, J.C., *Viaje por Andalucía*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces y Renacimiento, 2009, pp. 423-424. La Mezquita de Córdoba es descrita como el monumento hispanomusulmán más importante de Andalucía y de España.

alberca, a la que sirven de bóveda. Así, un célebre anticuario de Córdoba la ha comparado a los famosos jardines colgantes de Babilonia”¹³⁵.

Davillier ilustró sus descripciones con numerosas anécdotas, como por ejemplo que el califa Al-Mansur tuvo que expropiar numerosas viviendas del entorno de la Judería para realizar las ampliaciones de la Mezquita. De hecho, era el propio califa el que hablaba con los vecinos uno por uno para negociar el precio de sus casas indemnizadas por el tesoro real, en aras de la Gran Mezquita.

Davillier destacó la extrema sencillez de los muros exteriores de la Mezquita-Catedral en fuerte contraste con la riqueza interior, –se diría que el arquitecto ha querido exagerar la sencillez del exterior a fin de aumentar todavía más el efecto pasmoso de las magnificencias del interior”¹³⁶:

–Es imposible describir la impresión que se experimenta cuando se entra por primera vez en la Mezquita de Córdoba. Las innumerables columnas que soportan la bóveda del templo forman, entrecruzándose como los árboles de un bosque, lejanas perspectivas que cambian a medida que uno penetra más hacia el interior. La penumbra que allí reina, como en todas las iglesias españolas, añade un nuevo encanto a la poesía de estas avenidas de mármol”¹³⁷.

Davillier describió sus primeras impresiones al entrar en la Mezquita-Catedral, comparando ese mar de columnas con un bosque¹³⁸. De igual forma destacó el ambiente de penumbra, que le daba un mayor sentido de trascendencia al templo, a la vez que invitaba al recogimiento y a la oración.

¹³⁵ DAVILLIER, J.C., *op. cit.*, p. 425. Los jardines colgantes de Babilonia eran una de las siete Maravillas del Mundo Antiguo y fueron edificados en el siglo VI a.C. bajo el reinado de Nabucodonosor II a orillas del río Éufrates.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 427. Siempre se ha destacado la sencillez del exterior de la Mezquita-Catedral que aparece como si fueran los muros de un castillo almenado, configurándose así una especie de “Fortaleza de Dios”, que contrasta con la enorme decoración del interior, sobre todo en el Mihrab, donde los musulmanes consideran la presencia de Alá.

¹³⁷ *Idem*. De nuevo la sala de oración vuelve a llamar la atención por las perspectivas que dan las numerosas columnas, así como el juego de arcadas de herradura, medio punto y polilobulados entrecruzados de la Maqsura.

¹³⁸ La comparación de la sala de oración con un bosque de columnas, nos recuerda a la descripción que ya realizó Teófilo Gautier en su *Viaje por España* en 1840.

Así mismo, reparó en la gran variedad de mármoles utilizados en las columnas, traídos de monumentos romanos de la misma ciudad de Córdoba, así como de Sevilla, Tarragona, Nîmes, Narbona, incluso dice la tradición, que ciento cuarenta columnas fueron enviadas como presente por el emperador León, rey de Bizancio.

Davillier habló también de los capiteles, que en su mayoría son de orden corintio, y que en su tiempo estuvieron policromados en oro y de hecho nos dice que aún perduraban algunos restos de esta pintura en algunos de ellos. Así mismo, descubrió que no todas las columnas se mostraban con basa, y arrojaba una serie de hipótesis que las prospecciones arqueológicas han desmentido con el tiempo, ya que todas las columnas tienen basa, aunque muchas de ellas se encuentran bajo tierra. Eso sí, a todos los viajeros les llamó mucho la atención la gran variedad de arcos de la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—Los arcos que reposan sobre las columnas presentan formas muy variadas. Algunos son de medio punto, la mayor parte de herradura. Entre estos últimos, la mayoría están como dentados y adornados de varios lóbulos siempre en número impar. Estos arcos están casi siempre calados, y hay dos filas de ellos superpuestos, lo cual da a la Mezquita un aspecto de maravillosa fragilidad”¹³⁹.

En primer lugar, Davillier hizo referencia a los arcos superpuestos de las naves de la antigua Mezquita, donde en dos pisos aparecen arcos de herradura en el primero sobre columnas y arcos de medio punto en el segundo sobre pilares. Esta solución no fue inventada por los árabes, sino que se inspiraron claramente en los acueductos romanos, que adoptaban la misma estructura de doble arcada para ganar en altura. De igual forma, se detuvo ante los arcos lobulados entrecruzados, que se encuentran en la nave de la Maqsura del templo. Así llegó al Mihrab, el lugar más sagrado para los musulmanes:

—Al extremo de una de estas naves se encuentra el Mihrab, antiguamente el lugar santo por excelencia de la Mezquita. En el *Sancta Santorum*, hueco

¹³⁹ DAVILLIER, J.C., *op. cit.*, pp. 428-430. A casi todos los viajeros les llamó la atención la doble arquería en altura que dan una sensación de diafanidad a todo el templo; y la gran mayoría destacó los arcos polilobulados entrecruzados de la Maqsura, que se van enriqueciendo en decoración en tanto en cuanto se sitúan más cerca del Mihrab, la zona más sagrada para los musulmanes.

profundo y estrecho practicado en el espesor del muro, se conservaba antiguamente el Corán y allí hacían los califas la oración pública”¹⁴⁰.

Nos llama la atención que el barón Davillier no solo se recreara en detalles artísticos, sino que siempre y en todo momento, nos completó la información con apuntes históricos que, junto a sus impresiones personales, denotan a un hombre culto, conocedor y estudioso de lo que estaba contemplando. Por ello, resulta fascinante la recreación que nos hizo del Mihrab de la antigua Mezquita:

—El Mihrab era el lugar más rico de la Mezquita y se ha escapado por suerte de las profanaciones sucesivas que han deteriorado mucho a otras partes del edificio. Se penetra a él por un arco de herradura apoyado en elegantes columnas de mármol y encima del cual está el más espléndido mosaico que existe [...] compuesto de cubos muy pequeños de vidrio, presenta inscripciones muy hermosas en caracteres cúficos, lo mismo que adornos del gusto más puro y con los colores más armoniosos que se destacan sobre un fondo oro o azul. Aunque de estilo árabe, fue hecho en Constantinopla sin duda, según el dibujo de un antiguo cordobés”¹⁴¹.

La descripción, que es mucho más extensa, demuestra que el barón quedó deslumbrado ante el Mihrab y su fachada de mosaicos en oro, decoraciones de lacería e inscripciones cúficas con los textos del Corán. Aunque el Mihrab que Davillier se encontró no era el original, sino el que proyectó Al-Hakam II en una gran reforma del templo realizada en la segunda mitad del siglo X. Fue una obra de gran envergadura que tuvo como consecuencia la ampliación de la sala de oración y la construcción de una nueva Maqsura, donde confluyeron lo mejor de las culturas orientales: bizantina, árabe y persa.

Davillier se detuvo en la Maqsura de la antigua Mezquita, la cual describió a través de unas crónicas que se nos antojan exageradas:

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 430. Ilustrativa y pedagógica descripción del Mihrab de la antigua Mezquita, donde según Davillier se situaba el Corán y desde donde el imán dirigía la oración a los fieles musulmanes.

¹⁴¹ *Idem*. El Mihrab de Córdoba que conocemos actualmente es fruto de la gran reforma del templo realizada por Al-hakam II en la segunda mitad del siglo X, en concreto entre 961 y 976.

–Otro lugar de la Mezquita venerado especialmente por los árabes y que ellos llamaban el Makssúrah se ha convertido después en una capilla católica bajo la advocación de San Esteban. Era un recinto que precedía al Mihrab y en el cual se encontraba una especie de trono o de plataforma destinada a los califas. El suelo de la Maqsura tenía antiguamente un pavimento de plata y las puertas adyacentes estaban cubiertas de mosaicos y de adornos en oro. Una de estas puertas estaba hecha incluso de oro macizo. La mayor parte de las columnas estaban dispuestas en grupos de cuatro, y cada uno de estos estaba coronado por un solo capitel cuya escultura era de gran delicadeza y toda su superficie estaba adornada con incrustaciones de metales preciosos y de lapislázuli”¹⁴².

El barón, en sus descripciones, lo mismo nos ofrecía una reseña histórica, que se dejaba llevar por la fascinación de algunas crónicas exageradas y sin fundamento documental, ya que no existen pruebas fehacientes de que el suelo de la Maqsura fuese de plata y las puertas de la Mezquita estuviesen recubiertas de oro. Eso no desdice nada de la suntuosa presentación de la zona del Mihrab que, sin duda, es la más rica del edificio con diferencia. De hecho, en la medida que nos acercamos a la Maqsura, mayor es la profusión en la decoración tanto en los arcos como en las cubiertas, dándonos a entender que nos estamos aproximando al lugar más sagrado de la antigua Mezquita.

En una restauración realizada en el siglo XIX, se retiraron los retablos católicos situados en la nave de la Maqsura, despejando así esta zona de la antigua Mezquita y así se refleja una vez más el respeto que la Iglesia Católica ha tenido siempre por las naves musulmanas, así como por sus espacios más sagrados. Este proceso de conservación se llamó islamización y consistió en preservar aquellos lugares de la Mezquita a los que el Islam les tiene más consideración por su sacralidad. Así la iglesia diocesana quiso demostrar todo el respeto hacia la religión y la cultura que, con anterioridad, se profesaron en la Mezquita- Catedral de Córdoba.

Davillier también hizo alusión a las cerca de doce mil lámparas que en su momento iluminaban día y noche las naves de la antigua Mezquita; cuentan las crónicas que entre esas lámparas se encontraban las campanas de la catedral de Santiago de Compostela,

¹⁴² *Ibidem*, p. 432. Se trata de una de las mejores descripciones del Mihrab y de la Maqsura de la Mezquita-Catedral de Córdoba, recogido en los libros de viajes, lo que denota el nivel cultural, histórico y artístico e incluso literario del barón Davillier.

que fueron traídas por esclavos cristianos desde La Coruña hasta Córdoba, y que cuando San Fernando III reconquistó la ciudad fueron los esclavos musulmanes los que devolvieron las campanas a su ubicación original en Galicia.

Sería prolijo reproducir todos los detalles de los viajeros que han escrito acerca de la Mezquita-Catedral de Córdoba. Sí queremos destacar, que el barón Davillier dejó escrito en su *Viaje por Andalucía* la anécdota que ya mencionamos cuando hablamos de Gautier: se trata del permiso a ciegas que concedió el emperador Carlos V de edificar la catedral dentro de la mezquita y que fue criticado por el propio monarca en su primera visita a Córdoba en 1526¹⁴³.

Así mismo, el barón se detuvo en el coro y su sillería realizado por el tallista cordobés Pedro Duque Cornejo¹⁴⁴ y ante la gran obra reflexionó que en cualquier otro espacio hubiese sido más admirada que en el centro de la mezquita, ya que la catedral interrumpía el espacio diáfano del templo musulmán.

Davillier antes de abandonar la Mezquita-Catedral, se fijó en los altares perimetrales, en sus rejerías y en sus sepulcros entre los que destacó el del cordobés Luis de Góngora, capellán de Felipe III, gran literato español y canónigo de la catedral de Córdoba donde recibió sepultura en 1627, sito en la capilla de san Bartolomé.

Al salir de la Mezquita-Catedral por el Patio de los Naranjos, el barón se detuvo ante la majestuosa torre campanario edificada por Hernán Ruiz III en el siglo XVI, y que alberga en su interior el alminar original de Abderramán III construido en 952. Fue convertido en campanario cristiano en 1360. Su gran reforma se produjo en 1593, debido a una tempestad que asoló la ciudad en 1589. En su diseño, dividió la torre en varios cuerpos que van decreciendo en grosor hasta alcanzar el cuerpo de campanas; este se estructura en una serliana¹⁴⁵ de tres vanos en cada fachada, que a su vez acogen

¹⁴³ Aunque es un tema muy recurrido en la literatura viajera, insistimos que no existe documentación alguna en el Archivo Capítular de la catedral de Córdoba acerca del arrepentimiento de Carlos V, por lo que pensamos que se trata de una leyenda que se fue transmitiendo de viajero en viajero, pero que carece completamente de rigor histórico.

¹⁴⁴ Pedro Duque y Cornejo, nació en Sevilla en 1677 y falleció en Córdoba en 1757. Fue un destacado escultor y retablista de la escuela sevillana, discípulo de Pedro Roldán. Su obra cumbre es el coro de la catedral de Córdoba donde deja constancia de su esencia expresiva, junto a un movido y efectista influjo del arte de Bernini.

¹⁴⁵ Serliana: es el nombre de un recurso arquitectónico utilizado frecuentemente en el Renacimiento y posteriormente en el Neoclasicismo, que consiste en combinar un arco de medio punto entre dos vanos

tres campanas cada uno. En 1606 murió Hernán Ruiz III, y culminó las obras el arquitecto Juan Sequero de Mantilla que, siguiendo el proyecto de su predecesor, la concluyó en 1617, bajo el episcopado de fray Diego de Mardones.

A mediados del siglo XVII el campanario fue sometido a una nueva reforma, sobre todo de consolidación. En esta ocasión se contrató al arquitecto Gaspar de la Peña que consolidó sus muros y concluyó la torre en 1664, con una linterna que alberga una campana a cada lado y cubierto por una cúpula semiesférica. El conjunto se adornó en sus esquinas con una crestería a modo de barandilla, rematada con bolas en sus extremos y coronando el conjunto, el arcángel san Rafael, custodio de la ciudad de Córdoba, y que realizaron los escultores Pedro de la Paz y Bernabé Gómez del Río. El terremoto de Lisboa de 1755 causó graves desperfectos en la torre, que fueron restaurados por el arquitecto Baltasar Dreveton. El barón Davillier también dejó escritas sus impresiones sobre la torre-campanario:

—Su mayor mérito a nuestros ojos, es el de tener doscientos veinticinco pies de altura. Nos propusimos subir al campanario y nos vimos ampliamente recompensados de la fatigosa ascensión, por una magnífica vista que abarca toda la ciudad de Córdoba, el curso del Guadalquivir y los ribazos que se van elevando insensiblemente hasta las estribaciones de Sierra Morena”¹⁴⁶.

Tras una detallada descripción de la puerta del Perdón, el barón Davillier abandonó la Mezquita-Catedral, no sin antes reconocer que era imposible hacerse una idea si no se había visto y que, tras varias horas de contemplación, en nada consideró exagerado todo lo que las grandes plumas habían escrito sobre la antigua Mezquita de Córdoba.

adintelados. Debe su nombre al arquitecto Sebastián Serlio que fue el primero que teorizó sobre este nuevo elemento arquitectónico.

¹⁴⁶ DAVILLIER, J.C., *op. cit.* p. 439. Tras unos años clausurado, el 4 de noviembre de 2014 se recuperó para los viajeros la visita a la torre campanario de la Mezquita-Catedral, donde de nuevo se puede contemplar una bella panorámica de toda la ciudad de Córdoba.

Otros de los viajeros que visitó nuestra tierra atraído por el mito de Oriente fue **Hans Christian Andersen**¹⁴⁷ quien, tras su itinerario en **1862**, publicó su *Viaje por España*, donde a modo de diario nos relató sus experiencias en nuestro país. Andersen como buen viajero romántico, cayó rendido ante la imponente majestuosidad de la Gran Mezquita de Al Andalus:

–«Córdoba posee un tesoro que no tiene ninguna otra ciudad española: su enorme e insólita Mezquita, ahora Catedral de la Ciudad [...] Su fábrica exterior no muestra nada sorprendente, ni pintoresco o extraordinario; el Patio de los Naranjos, con sus pasillos de árboles al borde de un estanque por el que corre el agua fresca, es muy amplio; en él se alza, separada del resto, la torre de la iglesia»¹⁴⁸.

El exterior de la catedral es sencillo y sobrio, ya que se compone de unos altos muros almenados, ahora eso sí, con numerosas puertas exquisitamente decoradas, aunque pocos autores repararon en ellas. El Patio de los Naranjos se convirtió en la mejor carta de presentación, aunque no es más que la antesala de lo más impresionante, el interior de la Mezquita.

Andersen nos relataba de forma novelada el interior de la antigua Mezquita, ese bosque inmenso de columnas, esa penumbra constante de las naves, en un notable contraste con la luz brillante que penetra desde las bóvedas de la catedral cristiana. El viajero quedaba sobrecogido por el eclecticismo cultural del templo y añadía una reflexión más teológica que artística:

–«Mientras en el coro suenan alabanzas a Jesús y la Virgen, predicán las paredes en signos árabes: Solo hay un Dios y Mahoma es su profeta. Todo ello provoca una amalgama de extraños sentimientos, de los cuales el más digno

¹⁴⁷ El viajero Hans Christian Andersen (Odense, 2 de abril de 1805 - Copenhague, 4 de agosto de 1875) fue un escritor y poeta danés, famoso por sus cuentos para niños, entre ellos *El patito feo*, *La sirenita* y *La reina de las nieves*. En 1863 publicó un nuevo libro sobre su viaje por España, país donde le impresionaron especialmente las ciudades de Málaga, Córdoba, Granada, Alicante y Toledo.

¹⁴⁸ ANDERSEN, H. C., *Viaje por España*, Madrid, Alianza Literaria, 2004, p. 252.

sería aquel que elevase nuestros corazones con tolerancia, como rezan las palabras del salmo: Creemos todos en un solo Dios¹⁴⁹.

Hans Christian Andersen era teólogo y fue por ello que la catedral de Córdoba, donde confluyen varias culturas y credos, despertó en Andersen esta reflexión teológica en la que hacía un llamamiento a la unidad de las religiones, al menos de aquellas que confiesen su fe en un mismo Dios.

Otro de los viajeros que escribieron sobre su visita a España fue **Edmondo de Amicis**¹⁵⁰ quien realizó su periplo a lo largo de **1873**. En realidad, su libro tenía la finalidad de su publicación por entregas en el diario *La Nazione*. Fue tal el éxito de sus colaboraciones que finalmente fueron todas recogidas en un libro titulado *España. Diario de un viaje de un turista escritor*. De todo su itinerario peninsular nos centraremos en su visita a la ciudad de Córdoba. El viajero se mostraba inquieto y melancólico ante la soledad y el silencio de Córdoba que invitaban a encontrarnos con nosotros mismos, y no dudó en reflejar esos sentimientos que incluso le producían una cierta tristeza, aunque allí tuvo un encuentro con dos jóvenes cordobeses que le llevaron a conocer plenamente la ciudad.

Así fueron los tres a visitar la Mezquita de Córdoba. Nada más llegar, a Edmondo de Amicis le vinieron a la mente las palabras de Abderramán I cuando comenzó la edificación en el 786: «Levantemos una Mezquita que supere a la de Bagdad, a la de Damasco y a la de Jerusalén; que sea el mayor templo islámico, que se convierta en la Meca de Occidente»¹⁵¹.

¹⁴⁹ ANDERSEN, H. C., *op. cit.*, p., 253. Interesante reflexión teológica sobre la diversidad de credos que existen dentro de las religiones monoteístas. Esto es palpable en el interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, donde el visitante puede contemplar el Mihrab decorado con numerosas invocaciones a Alá, a la vez que el crucero católico con una rica iconografía cristiana, pero que en definitiva hablan de un mismo Dios.

¹⁵⁰ Edmondo de Amicis (Oneglia, Italia, 21 de octubre de 1846 - Bordighera, Italia, 11 de marzo de 1908) fue un escritor italiano, novelista y autor de libros de viajes. De todos sus relatos, nos hemos centrado en el titulado *España, Diario de viaje de un turista escritor* (1873).

¹⁵¹ AMICIS, E. de, *España. Diario de viaje de un turista escritor*, Madrid, Cátedra, 2000. p. 235. Estas palabras de Abderramán I denotan las aspiraciones de grandeza del califa a la hora de proyectar lo que sería la Gran Mezquita de Al Ándalus.

La primera impresión sobre la Mezquita-Catedral de Córdoba que sintió De Amicis, al igual que otros viajeros, fue que era una fortaleza, por sus murallas almenadas al exterior. Entraron por la puerta del Perdón y se vieron sorprendidos por el Patio de los Naranjos, donde contemplaron la extraordinaria vegetación de naranjos, cipreses y palmeras, así como la galería porticada que rodeaba todo el patio y por supuesto, la fuente de las abluciones situada en el centro del jardín. Tras unos momentos de deleite contemplativo en dicho patio, entraron en el interior de la antigua Mezquita:

—Imaginad un bosque y suponed que os encontráis en el punto más denso y que no veis más que troncos de árboles. De igual modo en la Mezquita, a cualquier parte donde uno se dirija, la mirada se pierde entre las columnas. Es un bosque de mármol del que no se ve el fin”¹⁵².

Ya hemos visto cómo fueron varios los viajeros extranjeros que asociaban la imagen de la Mezquita con un bosque de árboles, cuyos troncos serían las columnas y cuyas ramas serían los arcos en doble altura de las naves, o bien aquellos arcos que en la Maqsura se entrecruzan hasta alcanzar lo más alto de la cubierta. Lo que sí nos parece novedoso es que De Amicis no dudó en escribir sus sensaciones más personales al contemplar el templo catedralicio:

—Desde las ventanas del techo desciende un pálido rayo de luz que ilumina una fila de las columnas; más allá una parte oscura y en otro lugar desciende otro rayo que ilumina otra nave. Es imposible expresar el sentimiento de mística admiración que despierta en el alma semejante espectáculo [...] ¡Una breve confusión en la mente y un chispazo que recorre las venas, esta es la primera sensación que os embarga al entrar en la Catedral de Córdoba!”¹⁵³.

De Amicis comenzó a pasear entre las naves de la antigua Mezquita observando cada detalle y descubrió que la uniformidad que percibió nada más entrar se convertía en variedad y eclecticismo. Las proporciones de las columnas, los dibujos que decoran los capiteles, así como las distintas formas de los arcos, cambiaban a cada paso.

¹⁵² AMICIS, E. de, *op. cit.*, p. 236.

¹⁵³ *Ibidem*, p. 237. De Amicis, en su paseo por el interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba detalló los contrastes de luces y sombras que provocaban las cúpulas cristianas sobre las naves musulmanas.

De esta forma llegó a la Maqsura que De Amicis consideró ~~la~~ más completa y maravillosa obra de arte de los árabes del siglo X”¹⁵⁴. Allí se deslumbró ante el Mihrab, el lugar más sagrado donde estaba la presencia de Dios:

–Es un centellear deslumbrante de cristales de mil colores, un tejido de arabescos que confunde la mente, un conjunto de bajorrelieves, de dorados, de adornos, de minuciosos dibujos y de colorido, de una delicadeza, de una gracia, de una perfección como para desesperar al más paciente de los pintores [...] Tan solo de la fogosa e incansable imaginación de los árabes, podía salir semejante milagro del arte”¹⁵⁵.

De Amicis estaba tan sorprendido ante el monumento que no se dio cuenta que la catedral está edificada en el centro de la antigua Mezquita, hasta que sus amigos cordobeses se lo advirtieron. Al contemplar la catedral, consideró que el altar mayor y el coro estaban a la altura de las grandes catedrales españolas como Burgos y Toledo; aunque no por esto dejó de demostrar su enfado ante aquella ~~incrustación~~” del templo cristiano en una mezquita musulmana ya que, sin la iglesia en el centro, el aspecto de la Mezquita sería más íntegro y uniforme. Al hilo de ello, De Amicis rememoró cómo sería la Mezquita en tiempo de los Califas:

–Tal es la Mezquita hoy en día. ¡Más cómo debía ser en la época de los árabes! No estaba cerrada en torno a un muro; pero sí abierta, de modo que por cada lado se veía el jardín y desde el jardín, el fondo de las anchísimas naves, y el aire propagaba hasta las bóvedas de la Maqsura las fragancias de las naranjas y de las flores... Un mar de esplendores llenaba el misterioso recinto y el tibio ambiente estaba impregnado de aromas y de armonías; el pensamiento de los fieles vagaba y se perdía en el laberinto de las columnas brillantes como lanzas recorridas por el Sol”¹⁵⁶.

¹⁵⁴ *Idem*.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 238. El Mihrab de la antigua Mezquita siempre deslumbra a los viajeros por la enorme riqueza de sus mosaicos y de su decoración epigráfica, así como de lacería y ataurique, siendo la única zona de la antigua Mezquita que se conserva casi intacta en la actualidad.

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 239. Es increíble la conjunción de sentimientos que recrea De Amicis en su *Diario*, consiguiendo que el lector casi pueda palpar todo lo que describe. El autor se deja llevar por sus sentidos y es capaz de transmitirlos, aunque admite que Córdoba hay que conocerla en directo para comprenderla mejor.

Y es que la Mezquita de Córdoba era ~~unánimemente~~ considerada todavía hoy como el templo musulmán más hermoso y uno de los más admirables monumentos del mundo”¹⁵⁷ en palabras del propio Edmondo de Amicis.

También hubo presencia de viajeros hispanoamericanos en nuestra tierra y entre ellos debemos destacar el chileno **Rafael Sanhueza Lizardi**¹⁵⁸, quien a finales del siglo XIX realizó un itinerario por Europa y por España.

El diario de Sanhueza se titula *Viaje en España* y se publicó en 1886¹⁵⁹, coincidiendo con el momento en que ~~ya~~ se habían roto los prejuicios hacia España y muchos viajeros hispanoamericanos se encaminaron hacia este país y en concreto hacia Andalucía, buscando sus raíces culturales”¹⁶⁰.

Así, Rafael Sanhueza Lizardi viajó a España, llegando a Valencia y dirigiéndose a Córdoba en 1886. En su periplo, evocó las batallas del Cid así como la de los caballeros anónimos que un día luchaban a favor de la España cristiana y de otra parte, a favor de la musulmana. Al llegar a la Mezquita nos dejó escrito:

—Uno penetra en ella por la puerta del Perdón cuyo marco está dibujado por el beso de dos curvas que trazan un arco ojival árabe de cuatro metros de ancho y ocho de alto. Cuando se está dentro no se sabe verdaderamente si uno se halla en un templo, en una plaza o en una galería artística de las que se ha quitado ha poco las telas y las estatuas. A cualquier lado que se dirija la mirada se divisan líneas interminables de columnas de diversos colores y materiales. El mármol, el pórfido y el jaspe lucen y rivalizan a porfía. Estas columnas son hoy solamente mil, las que colocadas en largas hileras forman de norte a sur diecinueve naves y

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 240. Es una frase que resume la grandiosidad de la Mezquita-Catedral de Córdoba.

¹⁵⁸ Rafael Sanhueza Lizardi (Santiago de Chile 1852-1902). Sus estudios los realizó en la Escuela Normal de Santiago de Chile. Juró como abogado el 12 de mayo de 1876 y desempeñó como preceptor en la Normal de Santiago en 1867. Fue director de la Escuela N°1 de San Fernando y de la Escuela N°2 de Santiago en 1868. Así mismo fue preceptor de la Escuela del Batallón 7° de línea en 1873 y colaborador del diario *La Epoca* en 1889 y luego de *El Ferrocarril*.

¹⁵⁹ *Viaje por España* de Sanhueza Lizardi se reimprimió por segunda vez en París en 1889.

¹⁶⁰ GARCÍA-MONTÓN G. BAQUERO, I. y GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C., —Viajeros americanos en Andalucía durante los siglos XIX y XX”, *Revista Complutense de Historia de América*, 26 (2000), p. 268.

de oriente a poniente treinta y seis, mucho más estrechas, si, que aquéllas. Arrimados a los muros que a medida se elevan se hacen más ligeros, cual si fuesen permanente plegaria, se hallan cuarenta de estos mismos pilarcitos coronados como pequeñas palmeras por una diadema triangular de finas hojas de mármol blanco [...] todas ellas [las columnas de la Mezquita] se hallan abrazadas por doble fila de arcos concéntricos”¹⁶¹.

Tras un detallado itinerario por las naves musulmanas, Lizardi se detuvo a contemplar la capilla del Mihrab, y así la dejó reflejada en su libro de viaje:

—A la luz pálida y vacilante de esas mortuorias bugías, vimos en el fondo de la sexta nave de las que corren de oriente a poniente, una capilla de forma octógona, formada por un suave desvío, que hacia fuera hace la muralla del norte y por dentro por un gracioso arco que descansa en dos columnitas de jaspe. Dieciséis hermosísimas columnas del mismo metal sostienen una concha de mármol de un solo trozo que forma la techumbre, delicadamente cincelada y cubierta de arabescos y de estrellas. Los pilarcitos los están con placas de mosaico de vidrio y de incrustaciones de cristal que contienen versículos del Corán, que parecen ojos vivos y ardientes, que os miran hasta los espacios más ocultos de la conciencia. Las piedras preciosas, asomadas ligeramente a las líneas y dibujos del más finísimo oro, completan el cuadro”¹⁶².

Curiosamente, lo que más llamó la atención a este viajero hispanoamericano, al igual que al resto que hemos estudiado, fue la antigua Mezquita de Córdoba, con su gran bosque de columnas. Todos coincidieron en que la catedral rompía la unidad estilística del templo musulmán, a la vez que dejaron entrever que —sin la Catedral, no se hubiera conservado la Mezquita, una de las más grandes del mundo islámico y que esta hubiera sido destruida, como lo fueron tantas otras por el fanatismo y la intransigencia religiosa de los vencedores sobre los vencidos”¹⁶³.

¹⁶¹ SANHUEZA LIZARDI, R., *Viaje en España*, Santiago de Chile, Imprenta Victoria, 1886, pp. 140-141.

¹⁶² *Ibidem*, p. 144.

¹⁶³ GARCÍA-MONTÓN G. BAQUERO, I. y GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C., ar. cit., p. 271.

Acorde con ello, estamos convencidos de que gracias al espíritu conservador del rey Fernando III y a la encomiable labor de la iglesia diocesana de Córdoba, la antigua Mezquita de Al-Ándalus ha llegado a nuestros días en un estado impecable para el gozo de propios y extraños, pudiéndonos imaginar lo que esta ciudad significó en el siglo X para todo el mundo occidental.

Así mismo, la viajera **Louise Chandler Moulton**¹⁶⁴ dejó constancia de su visita a Córdoba en su libro *Viaje ocioso por España y otros países* que publicó en **1897** y en cuyo texto destacó la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—Una vez que penetramos en el Patio de los Naranjos a través de la puerta del Perdón, comenzamos a sentir los efectos de su hechizo. De poco sirve decir, con frases hechas, que hay mil columnas coronadas por arcos mudéjares de herradura; que algunas son de jaspe, otras de pórfido, otras de mármol verde antiguo; que no hay siquiera dos columnas iguales. Allí no nos detenemos a pensar en esta clase de detalles, sino que vagamos sin cesar entre los innumerables árboles de un bosque. Nos perdemos en esa divina inmensidad que no es posible comparar a ninguna otra cosa en el mundo”¹⁶⁵.

La viajera Louise Chandler quedó asombrada al contemplar la antigua Mezquita y dirigiéndose al muro de la Quibla nos dejó escritas estas palabras acerca del Mihrab:

—Hay una pequeña capilla con un techo en forma de concha adornado con mosaicos que fueron traídos desde Constantinopla. Se dice de ellos que son los mosaicos más hermosos del mundo. Es la Ceca, Mihrab o *Sanctasanctórum* donde solía guardarse el Corán en el interior de una hornacina que posee un valor equivalente a cinco millones de dólares. A su alrededor, el mismo mármol muestra las erosiones en forma de círculos que dejaron los fieles musulmanes que se postraban allí”¹⁶⁶.

¹⁶⁴ Louise Chandler Moulton (Connecticut, EE.UU. 10 de abril de 1835-10 de agosto de 1908), fue una escritora y viajera norteamericana que desarrolló una importante carrera literaria, donde destacó por sus libros de poemas y sus críticas de arte.

¹⁶⁵ Cit. en EGEA FERNÁNDEZ-MONTESINOS, A., *Viajeras románticas en Andalucía, una antología*, Sevilla, Centro de estudios andaluces de la Junta de Andalucía, 2008, p. 143.

¹⁶⁶ *Idem*.

La escritora Chandler no escatimó en detalles cuando describió el Mihrab de la antigua Mezquita de Córdoba y, paseándose entre sus naves, siguieron aflorando sus reflexiones y sensaciones en torno al monumento:

—He pasado largas tardes en la Mezquita vagando de un lado a otro por las naves de ese bosque maravilloso, recordando las viejas leyendas acumuladas en torno al lugar, arrodillándome junto a los fieles en sus oraciones o en la soledad de algún apartado rincón mientras escuchaba el sonido remoto de la música sacra, y acaso podía imaginar que me hallaba en alguna corte exterior del cielo”¹⁶⁷.

Así mismo, la viajera **Katharine Lee Bates**¹⁶⁸ viajó a la ciudad de Córdoba y nos legó su libro titulado *Carreteras y caminos de España*, que fue publicado en **1900** y en el que nos describió la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—La profanada Mezquita de Córdoba casi nos convierte a todos en mahometanos. Tras entrar por la claveteada puerta del Perdón al espacioso Patio de los Naranjos, con sus árboles centenarios y el quinteto de resplandecientes fuentes, pasamos bajo el Arco de las Bendiciones, a un bosque de columnas de mármol, esbeltas y estilizadas [...] Más de siete mil lámparas colgantes de bronce, donde se quemaba aceite perfumado, iluminaban el color de los mosaicos que cubrían techos, paredes y suelos”¹⁶⁹.

La viajera Katharine Lee Bates realizó una fuerte crítica a los cristianos por haber “profanado” la antigua Mezquita de Al-Ándalus tras la reconquista de Córdoba por el rey Fernando III el 29 de junio de 1236. De ahí que todas sus descripciones llevaron consigo una notable carga de censura con respecto a la intromisión de la catedral católica sobre el edificio musulmán. Cuando se acercó a la capilla del Mihrab nos dejó escrito:

—Toda aquella resplandeciente santidad culminaba en el Mihrab o salita de las oraciones, un pequeño recinto octogonal cuyo techo en forma de concha, está

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 144.

¹⁶⁸ Katharine Lee Bates (Falmouth, Massachusetts, 12 de agosto de 1859-28 de marzo de 1929) fue una escritora y viajera americana que realizó su visita a España en 1899.

¹⁶⁹ Cit. en EGEA FERNÁNDEZ-MONTESINOS, A., *Viajeras románticas...op. cit.*, p. 94.

tallado con una única pieza de purísimo mármol blanco. Este *sanctasanctórum* guardaba el Corán, con encuadernación de oro y perlas, a cuyo alrededor los creyentes debían dar siete vueltas de rodillas, un acto de devoción que ha dejado marcados nítidos surcos en el mármol del pavimento”¹⁷⁰.

Katharine Lee Bates realizó una reflexión en torno a las sucesivas imposiciones culturales que quedaron reflejadas en este templo:

—Los conquistadores cristianos encalaron los exquisitos artesonados, derribaron las columnas de las naves laterales para dejar sitio a una fila de capillas recargadas e incluso derribaron parte de las columnas centrales para levantar allí un incongruente coro renacentista con un altar de plata sobredorada y un gran retablo rosa”¹⁷¹.

La viajera Lee Bates terminó su visita a Córdoba con esta sentencia: —aseguran que la Mezquita árabe se levantó sobre el asentamiento de un antiguo templo romano; así que los musulmanes expulsaron a Jano para ser, a su vez, expulsados por Cristo”¹⁷².

¹⁷⁰ *Idem.*

¹⁷¹ *Idem.*

¹⁷² *Ibidem*, pp. 94-95.

2.2. La ciudad de Córdoba y su urbanismo

El primer viajero que visitó nuestra tierra a principios del siglo XIX fue **Wilhelm von Humboldt**, quien en **1799** emprendió un recorrido por España del cual redactó noticias, impresiones, protocolos y entrevistas, con ánimo de configurarlos a modo de manual que tituló *Diario de viaje a España 1799-1800*.

Realizó su entrada a Córdoba desde El Carpio, por lo que tuvo la oportunidad de contemplar la magnífica vista de la ciudad desde la campiña cordobesa: «Córdoba se ve ya desde lejos, pero como no tiene ninguna torre alta, no causa una impresión especial»¹⁷³.

Nos llama poderosamente la atención esta frase, ya que en 1799 las torres de Córdoba eran bien conocidas; presididas por la torre de la Catedral y seguidas por las numerosas torres de las iglesias fernandinas, el viajero tuvo que darse cuenta de que Córdoba tal vez fue la capital andaluza con más torres y por lo tanto, con más iglesias y conventos por metro cuadrado; máxime cuando su viaje lo realizó antes de la Desamortización de Mendizábal de 1836, donde sí que se vieron mermados numerosos bienes eclesiásticos.

Así mismo, Humboldt tuvo la oportunidad de visitar otros lugares de Córdoba, como fueron el colegio de santa Victoria y su capilla de planta circular, la casa del conde de Torres Cabrera, la casa de la Inquisición en el interior del Alcázar de los reyes cristianos, la yeguada real¹⁷⁴, la casa de Bartolomé de Basabré y la del marqués de Valcázar y la torre de la Malmuerta. Parece que Humboldt conocía a ciertos nobles cordobeses de la época y por ello visitó sus palacios y tuvo acceso a sus colecciones privadas. Aunque una vez más, no fue muy pródigo en explicaciones cuando habló de las pinturas y solo se limitó a decir si, según su criterio, eran de buena o de mala calidad.

¹⁷³ HUMBOLDT, W., *op. cit.*, p. 152.

¹⁷⁴ Interpretamos que se refiere a las Caballerizas Reales que se sitúan junto al Alcázar de los reyes cristianos.

Finalmente, Wilhelm von Humboldt plasmó una breve descripción de las calles cordobesas:

–Córdoba es una ciudad horrible, con calles enormemente estrechas, lo que ha dado celebridad a los cocheros de la ciudad. Las casas muy malas y pequeñas. Sin embargo, en el interior, la casa de cualquier persona medianamente considerada, es entrañablemente limpia. No hay teatro, ni reuniones sociales, ni baile. Por la tarde, las calles no resultan muy seguras”¹⁷⁵.

Cuando terminamos de leer el diario de Humboldt, llegamos a la conclusión de que obtuvo una mala imagen de la ciudad; bien es cierto que Córdoba a inicios del siglo XIX no reflejaba casi nada del esplendor pasado, sino que más bien era una sociedad deprimida y muy provinciana. No obstante, no podemos creernos que no le llamase la atención la Mezquita-Catedral, monumento que será ensalzado por casi todos los viajeros decimonónicos y que, sin duda, junto a todas las incorporaciones de estilos arquitectónicos que ha vivido históricamente, seguía y sigue luciendo el esplendor de otras épocas. Según el criterio de la Dra. Quiles Faz, tal vez fuese posible que Humboldt, debido a su mentalidad ilustrada y germana, no apreciase el gusto por lo islámico, al igual que le ocurrió posteriormente a Maximiliano de Habsburgo en sus visitas a Andalucía en 1851 y 1852.

La generalidad de los viajeros vinieron con sed de contemplar el pasado espléndido que la ciudad vivió durante el Califato Omeya. Tras el estudio de los viajeros que llegaron a nuestra ciudad, observamos que muchos fueron los que alabaron su monumentalidad, herencia directa del legado de Oriente; otros en cambio, no terminaron de ver cumplidas sus expectativas y abandonaron la ciudad con cierto desencanto, como fue el caso de **Robert Semple**, viajero británico que visitó la capital cordobesa en **1809**. Al despedirse, ante la magnífica panorámica que Córdoba ofrecía:

–Al mirar hacia atrás, Córdoba parece más interesante que cuando se vuelve a ver desde cualquier otro punto, lo que yo ya he hecho. Parece más cerrada y compacta; sus iglesias, casas, murallas y torres quedan mejor agrupadas, y desde

¹⁷⁵ HUMBOLDT, W., *op. cit.*, p. 158.

estas alturas miramos hacia abajo y la vemos como sentada en el fondo de un valle, protegida por montañas y por la orilla de un noble río”¹⁷⁶.

Entre los viajeros que más se adentraron en la ciudad hallamos a **Alexander Slidell Mackenzie**¹⁷⁷ quien realizó su viaje en **1829** y nos dejó escritas unas primeras impresiones sobre Córdoba:

—La extensión de Córdoba es la misma ahora que en la época de su mayor prosperidad, aunque solo tiene poco más de treinta mil habitantes. Las murallas son las mismas y las casas han disminuido y se han distribuido más cómodamente de forma que la mayor parte de ellas tienen una parcela libre, que es utilizada como huerta. Aquí se encuentran frutos y flores tropicales que florecen sin protección al aire libre y que viven en compañía y armonía con las producciones de los climas templados. El melocotonero, peral y manzano, el naranjo, limonero, higuera e incluso el platanero, todos ellos alcanzan una igual perfección. Pero el rasgo más singular de los huertos de Córdoba es la elevada palmera que desde lejos se ve coronando árboles, paredes y tejados. La palmera es, realmente, de las primeras cosas que el viajero descubre cuando se aproxima a Córdoba y por un momento él se imagina que va a entrar en una ciudad africana o asiática”¹⁷⁸.

Este autor plasmó descripciones incluso de carácter sensorial y así consiguió recrearnos perfectamente el espacio que sus ojos estaban contemplando. Así mismo, Mackenzie nos legó una interesante descripción del urbanismo cordobés:

—Las calles de Córdoba son casi todas cortas, estrechas y muy ruinosas, como es el caso de todas las ciudades donde estuvieron establecidos los árabes durante un largo período [...] procediendo de un clima suave, construyeron sus calles estrechas, ya que los aleros de los tejados, podían con eficiencia protegerlas de los rayos del sol. Ellas no obstante, se mantienen completamente limpias y las

¹⁷⁶ Cit. en KRAUEL HEREDIA, B., *op. cit.*, p. 285.

¹⁷⁷ El viajero Alexander Slidell Mackenzie (Nueva York, 6 de abril de 1803 - 13 de septiembre de 1848) fue un marino e historiador militar, así como hispanista estadounidense.

¹⁷⁸ MACKENZIE, A. S., *A year in Spain by a Young American*, Boston, Hilliard, Gray, Little and Wilkins, 1829, p. 262.

casas se enjalbegan primorosamente de blanco, cada una de ellas con ventanas enrejadas y sus zaguanes, y encima un balcón saliente, adornado con narcisos, claveles y rosas y de vez en cuando, un pequeño limonero, entre cuyo follaje con frecuencia, se pueden vislumbrar los ojos negros y las mejillas morenas de una beldad, tan excelsa como la fruta madura que pende de él”¹⁷⁹.

Otro de los viajeros fue **Richard Ford** quien arribó a Córdoba en **1831**. En su texto, el exterior se vislumbra como una ciudad espléndida, reflejo de su enorme y glorioso pasado, pero al introducirse en la capital, Ford reconoció la situación decadente y pobre que vivía la ciudad en el siglo XIX: “Córdoba vista desde la distancia, entre sus olivos y sus palmeras, y como apoyada en la sierra, coronada de conventos, tiene un aspecto verdaderamente oriental: por dentro toda ella es decadencia”¹⁸⁰.

Ford escribió su libro a modo de manual o de guía para viajeros, y de hecho aconsejaba una ruta para una provechosa visita a la ciudad: “Los que no hagan sino cruzarla debieran bajarse junto al puente, mirar el Alcázar y la Mezquita, luego recorrer la única calle larga¹⁸¹ y subirse de nuevo al coche”¹⁸².

Según Ford, Córdoba se veía enseguida: la que fuese considerada la Atenas en tiempos de la presencia musulmana era en el siglo XIX un pueblo pobre socialmente hablando; un día bastaba y sobraba para verla. El viajero entró por el puente romano, ya que aseguraba que se encontró de frente con una puerta dórica levantada con ocasión de la visita Real de Felipe II, haciendo una clara alusión a la puerta del Puente.

Así mismo, vemos que para ningún viajero pasaba inadvertido el triunfo a san Rafael, que fue erigido por el obispo Martín de Barcia, en cuya cima está el que Ford, por equivocación, llamó patrón de Córdoba: san Rafael nunca ha sido el patrón de la ciudad sino el custodio, que es distinto. Los patronos de Córdoba y de toda su Diócesis son los

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 264.

¹⁸⁰ FORD, R., *op. cit.*, p. 304.

¹⁸¹ Intuimos que se refiere a la calle de la Feria, también llamada de san Fernando.

¹⁸² FORD, R., *op. cit.*, p. 304. Es curioso que esta propuesta de itinerario turístico es el mismo que se lleva hoy en día en la ciudad, donde los viajeros se bajan junto a la torre de la Calahorra, cruzan el puente romano y visitan la Mezquita-Catedral y el Alcázar de los reyes cristianos.

mártires cordobeses san Acisclo y santa Victoria; en cambio, san Rafael fue nombrado custodio de la ciudad de Córdoba, aunque tiene más devoción que los propios patronos.

Ford también se fijó en el Alcázar de los reyes cristianos, que se levanta a la izquierda según entramos a la ciudad por el puente romano, edificio que fue residencia de la Inquisición y en él residieron los Reyes Católicos cuando se produjo la toma de Granada. La parte baja se convirtió entonces en las caballerizas reales, obra de Juan de Mingares de 1584. Richard Ford fue el único viajero que se ocupó de describir el palacio del Obispo con estas palabras:

–El Palacio del Obispo, muy cerca, fue construido en 1745, y es churrigueresco; el interior es todo suciedad y decadencia, dorados, mármol y enjalbegamiento; pobreza ostentosa. En la Sala de la Audiencia hay una serie de malos retratos de prelados. Aquí es donde fue confinado Fernando VII en 1823, y trató de escapar por el jardín, donde se pueden observar los limones gigantes, en árabe *laymún*. El artista no debiera dejar de pasear por debajo del puente y de ver algunos pintoresquísimos molinos moros y una agradable y fresca plantación”¹⁸³.

Es curioso que del Palacio Episcopal, a pesar de ser un edificio de los más monumentales del entorno catedralicio, apenas haya viajeros que reparasen en su presencia, y sin duda que lo vieron pues no pasaba desapercibido con su fachada flanqueada por dos torres que son visibles desde lejos.

También Ford se dirigió a otras zonas de la ciudad de las que dejó constancia en su manual:

1. Puerta de Plasencia, hoy inexistente, y que se encontraba en lo que actualmente es la plaza del Cristo de Gracia. Fue construida en el siglo XII por los almohades y fue una de las principales puertas de acceso a la ciudad, hasta que fue demolida en 1879¹⁸⁴.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 311.

¹⁸⁴ Richard Ford realizó su visita a Córdoba en torno a 1831, por lo que conoció la puerta de Plasencia y gran parte del recinto amurallado que circundaba a la ciudad.

2. La torre de la Malmuerta, levantada en 1406 por Enrique III y que Ford llamó de La Mala Muerte.
3. El acueducto de Córdoba que fue demolido para la construcción del monasterio de san Jerónimo de Valparaíso, en la falda de Sierra Morena.
4. Iglesia de los Mártires: entendemos que se refiere a la ermita que se sitúa en el paseo de la Ribera, o bien a la basílica de san Pedro, donde residen los restos óseos de los mártires de Córdoba.
5. La plaza de la Corredera donde destacaba que existían unas galerías de madera.
6. La calle de la Feria: donde destacó un pórtico de Ventura Rodríguez que suponemos que era una clara alusión al compás de San Francisco.
7. Medina Azahara: cuyos trabajos de arqueología no habían comenzado en aquella época. Ford la situó en el entorno de san Francisco de la Arruzafa, ya que él mismo nos dice que ~~ahora~~ no es posible siquiera discernir las huellas de esos palacios”¹⁸⁵.
8. Las ermitas de la Sierra Morena: es un conjunto de trece ermitas que albergó en otro tiempo a una serie de ermitaños que se retiraban a rezar y a meditar.

Distinta resultó la visión de **Teófilo Gautier** en su *Viaje por España* quien llegó a Andalucía en **1840**, y tras un detallado recorrido por la provincia de Jaén visitó Granada, donde se detuvo un tiempo para estudiar y profundizar en la ciudad de la Alhambra¹⁸⁶.

El viaje por España se le antojaba a Gautier como una empresa peligrosa y romántica. Tras una jornada llegó a Málaga, donde asistió a una corrida de toros¹⁸⁷. Por la tarde asistió al teatro a ver *Los Amantes de Teruel* y tras una breve estancia por tierras malagueñas, se dirigió hacia Córdoba:

¹⁸⁵ FORD, R., *op. cit.*, p 317. Medina Azahara estuvo completamente oculta durante todo el siglo XIX, por lo que los viajeros se dejaron llevar por su imaginación al describir la ciudad palatina.

¹⁸⁶ En esta capital descubrió un cierto eclecticismo de culturas, musulmana y cristiana, donde convivían las torres bermejas de la Alhambra con las espadañas de los conventos. Y de nuevo plasmó una visión idealizada de los tipos granadinos, así como del paisaje y de la arquitectura típica de paredes encaladas con geranios en sus balcones.

¹⁸⁷ Fue a la plaza de toros vieja, ya que no fue hasta 1874 cuando el arquitecto Joaquín de Rucoba construyó el actual coso de La Malagueta de estilo neomudéjar, inaugurado el 11 de junio de 1876.

—Un puente sobre el Guadalquivir, bastante ancho en aquella parte, sirve de entrada a Córdoba, por el lado de Écija. Junto a él se observan las ruinas de un antiguo acueducto árabe. La entrada del puente está defendida por una gran torre cuadrada, almenada y sostenida por casas matas de construcción más reciente [...] aprovechamos [...] para examinar a nuestro placer el aspecto interior de Córdoba. Una hermosa puerta, a manera de arco de triunfo, de orden jónico y de tan buen estilo que podría haberse tomado por romana, daba entrada majestuosa a la ciudad de los Califas”¹⁸⁸.

Con estas palabras describió Gautier su llegada a Córdoba tras cuatro días y medio de camino, por lo que concluyó que era una ciudad lejana a Málaga, teniendo en cuenta el estado de las comunicaciones entre ambas ciudades y que el ferrocarril Málaga-Córdoba no se inauguró hasta el 15 de agosto de 1865. Entró a la capital desde la zona del campo de la Verdad y lo primero que contempló fue la torre de la Calahorra, arquitectura islámica que fue concebida como protección del puente romano, torre que fue reformada por Enrique II de Trastámara para defenderse de su hermano Pedro I de Castilla.

Cruzó el puente romano que hasta hace unos años era el único acceso a Córdoba desde el sur, y por lo que también se le conoce como “Puente Viejo”. Fue edificado en el siglo I d. C. mide 331 metros de longitud y tiene 16 arcos de medio punto que se abren al Guadalquivir. Ya en la otra orilla de la ribera describió la puerta del Puente, que jamás fue un arco de Triunfo, sino una de las puertas del lienzo sur de la muralla de Córdoba. Es una de las tres puertas que se conservan actualmente y vivió una notable restauración en 1571 por Hernán Ruiz III, quedando inconclusa. Fue en la época del rey Alfonso XIII en 1912, cuando se derrumbó esa zona de la muralla y en 1928 se reconstruyó a modo de puerta conmemorativa. En realidad, la puerta del puente está compuesta por grupos de dos grandes columnas de orden dórico que sostienen un

¹⁸⁸ GAUTIER, T., *Viaje por España...*, op. cit., p. 176. En esta descripción de su entrada a Córdoba, Teófilo Gautier reflejaba en sus palabras una cultura considerable, ya que no solo se limitó a las descripciones físicas, sino que se recreó en los sentimientos, consiguiendo que el lector se introdujese de lleno en sus relatos de viaje.

entablamiento neoclásico, en el cual consta una inscripción conmemorativa de la visita que realizó el rey Felipe II a la ciudad de Córdoba en el año 1570¹⁸⁹.

Así mismo, le llamó la atención el triunfo que se alza a san Rafael, frente al muro de la Quibla de la Mezquita, donde se describe la devoción que Córdoba le rinde a su protector, ya que según la aparición del arcángel al padre Roelas el 7 de mayo de 1578, aquel confesó: —Yo te juro por Jesucristo crucificado que soy Rafael arcángel a quien Dios tiene puesto por guarda de esta ciudad”¹⁹⁰. Y desde aquel día, Córdoba lo tiene por su custodio.

De igual forma, el viajero **Antoine de Latour**¹⁹¹, que también anduvo por la Judería en **1848**, nos legó unas palabras que merecen ser transcritas:

—A mi vuelta de la Mezquita me perdí por las calles de Córdoba. Cuando se quiere conocer bien una ciudad es lo mejor que puede ocurrirnos. No habría conocido Córdoba si no hubiese tenido que buscar mi camino en el laberinto de sus calles. Confieso que mientras más perdido me hallaba, más lamentaba la posibilidad de volver a encontrar ese camino. Aquellas casas blancas estaban llenas para mí de agradables misterios, que las rejas pintadas de sus ventanas apenas ocultaban. Sus antiguos dueños hace mucho tiempo que emprendieron la ruta de África llevando consigo a las bellas cautivas de las que tan celoso se sentían; pero la transparencia de sus dulces miradas quedó en los ojos de los nuevos habitantes de sus harenes. A través de las puertas entreabiertas las veía soñadoras, sentadas en los patios de mármol al murmullo de la fuente, o deslizándose para atender los quehaceres domésticos, entre los naranjos cargados de sus frutos de oro. De vez en cuando, una palmera sobrepasaba el muro de un jardín; por intervalos una voz dulce, aunque un poco aguda se

¹⁸⁹ En la leyenda aparece literalmente escrito: —REINANDO LA SACRA CATOLICA REAL MAGESTAD DEL REI DON PHELIPE NVESTRO SEÑOR SEGVNDO DE ESTE NOMBRE”.

¹⁹⁰ Así es la frase que la leyenda cordobesa atribuye al arcángel san Rafael en su aparición mística al padre Roelas el 7 de mayo de 1578.

¹⁹¹ Antoine de Latour (Saint-Yrieix-la-Perche, 1808 – Sceaux, 1881), destacó porque fue escritor, poeta, historiador, hispanista, italianista y viajero francés que escribió libros de viajes, algunos de ellos sobre España y en particular sobre Toledo y Andalucía, reuniendo estos trabajos y otros en volúmenes que tituló *Études sur l'Espagne*.

elevaba en el silencio de aquellas calles medio desiertas y llenaba de un encanto melancólico, todas las imágenes dispersas de la vida oriental”¹⁹².

Por su parte, **Jean Charles Davillier**, barón de Ruán, fue un hispanista enamorado de nuestra tierra y de la cultura hispano musulmana. Visitó España hasta en nueve ocasiones, y fue en su viaje de **1862** cuando escribió *L’Espagne*. Este viajero dejó claro en sus reflexiones históricas que, desde principios del siglo IX hasta finales del siglo XII, Córdoba fue una de las ciudades más importantes del mundo, a la altura de Damasco y Bagdad. Las tres rivalizaban por igual como centro cultural y social del mundo musulmán. Algunas crónicas describían a Córdoba como una ciudad que llegó a tener doscientas mil casas, trescientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas y novecientos baños públicos y que incluso en el momento más espléndido de su historia, en pleno califato Omeya, llegó a alcanzar una población de un millón de habitantes.

Córdoba fue conquistada el 29 de junio de 1236 por el rey Fernando III el Santo y con él comenzó la recristianización de la ciudad y de toda la provincia. A finales del siglo XVII Córdoba contaba con catorce mil casas, y en 1862, fecha en la que Davillier realizó su visita, la capital contaba con algo más de diez mil casas, lo que suponía un total de cincuenta mil almas.

El barón de Ruán entró en Córdoba por ferrocarril, lo que nos hace pensar que fue uno de los primeros viajeros que disfrutó de este medio, aunque con cierta nostalgia, ya que señaló que echaba de menos los buenos tiempos de las diligencias; sobre todo, porque la entrada a la ciudad por el puente romano era magnífica, tal y como lo evocaba:

—Al otro extremo del puente se atravesaba un arco de triunfo, construido según el gusto renacentista de la época de Carlos V y que se llama puerta del Puente. Tiene un aspecto bastante grandioso; es obra de Herrera, uno de los mejores arquitectos españoles, y sus bajorrelieves se atribuyen al célebre escultor florentino Torrigiano [...] La masa de la Mezquita árabe, dominada por un

¹⁹² LATOUR, A. de, *Viaje por Andalucía*, Valencia, Castalia, 1954, p. 24.

pesado campanario cristiano, se alza por encima de las terrazas y de los tejados planos de las casas”¹⁹³.

Como podemos observar, la descripción que nos hizo Davillier sobre su entrada en la ciudad, bien podría recordarnos a la que ya realizó Gautier en su viaje veintidós años antes que él. No obstante, la descripción que realizó de la puerta del Puente carece de rigor histórico, ya que no consta documentalmente que el arco sea de Herrera¹⁹⁴, ni mucho menos que los bajorrelieves sean de Torrigiano. Por tanto, hay que saber distinguir entre literatura y realidad para no confundirnos, ya que muchos viajeros se dejaban llevar por leyendas que se transmitían de unos a otros y absolutamente carentes de fundamento real.

El barón de Ruán nos ofrecía también una breve reflexión sobre el urbanismo de Córdoba:

—Una vez dentro de la ciudad se recorría un laberinto de calles estrechas, tortuosas y desiertas [...] este es aún, por lo demás, el aspecto de la mayor parte de los barrios de Córdoba. A veces se diría, sobre todo en la hora de calor fuerte, que los habitantes han abandonado su ciudad [...] Verjas de hierro, hábilmente trabajadas como las de Sevilla, dejan ver ordinariamente un patio lleno de flores, en medio del cual, se eleva un delgado surtidor [...] se dice que los habitantes aparecen tan poco en las calles porque se encuentran mejor en casa, y que prefieren, como los orientales, el bienestar interior a la vida pública”¹⁹⁵.

Resulta curiosa esta reflexión sobre el urbanismo hispano musulmán de calles estrechas, evitando las altas temperaturas que en verano acechaban la ciudad. Así mismo, se nos antoja breve a la vez que ilustrativa, la descripción que nos da de los

¹⁹³ DAVILLIER, J. C., *op. cit.*, pp. 422-423.

¹⁹⁴ La puerta del Puente fue iniciada por el arquitecto Francisco de Montalbán y continuada y concluida por Hernán Ruiz III entre 1571 y 1576. Ya en el siglo XX, el conjunto conformado por puerta del Puente, puente romano y torre de la Calahorra fue declarado Bien de Interés Cultural en 1931.

¹⁹⁵ DAVILLIER, J. C., *op. cit.*, p. 423. Curiosa reflexión del barón sobre el estilo de vida cordobés. Hemos de tener en cuenta que muchos viajeros realizaron su visita en verano, estación en la que la gran mayoría de los cordobeses se protegen en sus viviendas de los rigurosos calores del estío que pueden alcanzar hasta 43° en sus cotas más altas.

patios cordobeses, cuajados de macetas y con una fuente en el centro, lugar que favorecía el bienestar que sentían los habitantes en el interior de sus viviendas¹⁹⁶.

A diferencia de Gautier, que se ciñó exclusivamente a la visita a la Mezquita-Catedral, el barón de Ruán decidió conocer un poco mejor la ciudad de Córdoba. De hecho reconocía que tras la visita a la Catedral, el casco urbano ofrecía algunas afortunadas sorpresas, reservadas al que quisiera consagrar algunos días a recorrer las tortuosas calles de la capital cordobesa.

Así visitó la antigua Casa de Expósitos¹⁹⁷ con su fachada gótica del siglo XVI y la iglesia de Santa Marina de Aguas Santas¹⁹⁸, que pertenece al conjunto de templos de estilo fernandino del siglo XIII. No olvidemos que el barón Davillier iba acompañado de Gustave Doré que realizó los grabados que ilustraron su *Viaje por Andalucía*. Así mismo, visitaron la iglesia de san Nicolás de la villa¹⁹⁹, cuya torre perteneció a un antiguo alminar. Y por supuesto se fijó en el triunfo al arcángel san Rafael, que se encuentra junto a la Mezquita-Catedral. Sobre el custodio de Córdoba nos señaló que era de bronce dorado, cuando en realidad es de piedra aunque, tal vez, estaba policromada en dorado. Así mismo, describió el triunfo con toda su representación iconográfica alusiva a los santos de Córdoba al igual que el lema en el que san Rafael prometió su protección a la ciudad.

Davillier se dejó llevar por la curiosidad de conocer la ciudad, pero tal vez por su desconocimiento de la misma, realizó un recorrido que no resultaba lógico. De hecho, puede hasta darnos la impresión que empezó a dar vueltas sin saber exactamente dónde iba y que se iba encontrando con los monumentos casi por sorpresa.

¹⁹⁶ Esto también denota el cuidado que los cordobeses siempre han tenido con sus patios, ya que no fue hasta 1918 cuando se oficializó la Fiesta de los Patios de Córdoba, que el 6 de diciembre de 2012 fueron declarados Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO.

¹⁹⁷ El antiguo hospital de san Sebastián, también conocido como Casa de Expósitos, es una fundación del siglo XIV, siendo el primero que hubo en la ciudad. Fue en el siglo XVI cuando dicho centro hospitalario se ubicó en la actual calle de Torrijos.

¹⁹⁸ Santa Marina de Aguas Santas es una de las iglesias mandadas edificar por el rey Fernando III, tras la conquista de Córdoba en el siglo XIII. Su arquitectura combina fórmulas tardorrománicas, góticas y mudéjares.

¹⁹⁹ San Nicolás de la Villa es una iglesia cuya fundación se remonta al siglo XIII y en su arquitectura conserva su primitivo estilo gótico-mudéjar. La portada es obra de Hernán Ruiz II del siglo XVI de estilo renacentista y manierista. La torre presenta una clara impronta militar y está edificada sobre un antiguo alminar islámico.

Así, el barón llegó a la plaza de la Corredera considerada la plaza mayor de Córdoba, subió por la calle la Feria, recorrió el paseo del Gran Capitán en recuerdo a Gonzalo Fernández de Córdoba, del cual hace una reseña histórica, porque Davillier era un hombre culto y amante de la historia y solía introducir algún apunte histórico.

De hecho, Davillier mencionó, junto a Gonzalo Fernández de Córdoba, a una serie de cordobeses ilustres como fue el caso de Luis de Góngora, Juan de Mesa, Pablo de Céspedes, Ambrosio de Morales y el Padre Sánchez. Es decir, el barón tuvo la curiosidad de indagar en la cultura y en los personajes relevantes de esta ciudad. Más adelante, en su diario hizo también referencia a la Córdoba conventual:

—Como la mayoría de las ciudades de España, tenía Córdoba antaño muchos conventos. A causa de la suspensión de las órdenes monásticas en España²⁰⁰, casi todos se encuentran deshabitados, y en más de un claustro desierto crece la hierba”²⁰¹.

A diferencia de otros viajeros que se quedaban con un concepto idealizado de la ciudad, el barón Davillier tomó conciencia de que Córdoba en el siglo XIX era una ciudad en decadencia, lejos de su pasado glorioso y espléndido. Al introducirse en sus calles, observó fachadas al aire, envejecidas por el musgo y la hierba, monasterios y conventos deshabitados, iglesias desiertas, calles silenciosas y talleres donde ya no se trabajaba. En definitiva, una población inactiva y dormida, reducida a nada, víctima de una considerable decadencia material y moral.

Así mismo, el barón Davillier reflexionó sobre las afueras de la ciudad, mencionando de una forma más legendaria que real, el conjunto palatino de Medina Azahara:

—Los relatos que hacen los historiadores árabes del lujo y de las maravillas del palacio de Medina Azahara recuerdan los cuentos de *Las mil y una noches*. Entre estas maravillas citan primero el suelo, que estaba compuesto de mármoles transparentes y de fragmentos de oro macizo. Entre las puertas se encontraban

²⁰⁰ En clara alusión a la Desamortización de Mendizábal de 1836.

²⁰¹ DAVILLIER, J. C., *op. cit.*, p. 446. El viajero refleja en este breve texto la situación de dejadez y abandono que experimentó el casco histórico de Córdoba tras las desamortizaciones. Aunque bien es cierto que esa situación de descuido y ruina alimentó también la imaginación de los viajeros románticos, que hallaban su sitio en la melancolía y la nostalgia por el pasado perdido.

ocho de marfil y de ébano con incrustaciones de piedras preciosas. La riqueza de las columnas era tal que se decía que solo Dios podía haberlas hecho. El Palacio estaba cubierto por completo de tejas de oro y plata. En el centro de una de las salas se veía un gran estanque lleno de mercurio. Y cuando los rayos del sol iluminaban este metal, los ojos de los espectadores se deslumbraban”²⁰².

Como podemos observar, el barón se dejó llevar en esta ocasión por las versiones más fantasiosas de la ciudad palatina de Medina Azahara. No dudamos que fue espléndida y lujosa, pero si es cierto que las crónicas históricas se han encargado de desmentir hechos como la solería de oro o la piscina de mercurio que, supuestamente, se situaba frente al salón de recepciones de Abderramán III.

Las reflexiones de Davillier concluían con un famoso dicho de la época: –Córdoba sobrepasaba a las demás ciudades en cuatro cosas: las ciencias que se cultivaban en ella, su Gran Mezquita, su puente sobre el Guadalquivir y la ciudad de Medina Azahara”²⁰³.

No obstante, Davillier confesaba que visitó el lugar donde se encontraba Medina Azahara y que no descubrió nada nuevo. Lo que menos imaginaba era que el yacimiento arqueológico se encontraba bajo tierra e incluso aún hoy queda un alto porcentaje por descubrir de la ciudad palatina:

–La ciudad de Medina Azahara, ocupaba el lugar conocido hoy por el nombre de Córdoba la Vieja²⁰⁴. Fue destruida por completo al principio del siglo XI. Lo mismo que la Arruzafa. De esta última residencia, que estaba situada a dos leguas de Córdoba, solo ha quedado el nombre²⁰⁵. Es hoy san Francisco de la Arruzafa. Quisimos visitar los lugares donde se alzaban antaño aquellas moradas encantadoras, pero fue inútil que buscáramos algunos vestigios²⁰⁶. No existen

²⁰² *Ibidem*, p. 454. En el siglo XIX aún no se había descubierto la situación de Medina Azahara.

²⁰³ *Ibidem*, p. 455. Son los cuatro principales referentes de la ciudad de Córdoba, aunque en la etapa de Davillier aún no se habían iniciado las prospecciones arqueológicas de Medina Azahara, lo cual alimentaba aún más la imaginación de los viajeros.

²⁰⁴ Se llamaba Córdoba la Vieja porque durante la Edad Media se pensó que esta era la ubicación de la primera población de la ciudad de la época romana, fundada por el pretor Claudio Marcelo.

²⁰⁵ Actualmente existe el Parador Nacional de la Arruzafa en la zona aproximada donde se situaba antaño.

²⁰⁶ Debemos tener en cuenta, que no será hasta el año 1911, durante el reinado de Alfonso XIII, cuando comenzaron las primeras excavaciones arqueológicas de la ciudad palatina, por lo que ninguno de

más huellas que las que quedan de las deliciosas villas que embellecieron la campiña romana y los alrededores de Nápoles y podemos decir como un poeta latino, que las mismas ruinas han perecido”²⁰⁷.

Debemos tener en cuenta que Medina Azahara fue una ciudad construida por Abderramán III en el año 936, situada a ocho kilómetros de Córdoba capital, en la falda de Sierra Morena. Se trataba de una ciudad regia que concentraba todo el poder político del califato Omeya. Fue destruida en 1010, debido a la guerra civil que se libró en Al Ándalus durante la época de Almanzor.

Otros de los viajeros que visitó nuestra tierra atraído por el mito de Oriente fue **Hans Christian Andersen** quien, tras su periplo en **1862**, publicó su *Viaje por España*, donde a modo de diario nos relataba sus experiencias sobre nuestro país. Andersen escribió un diario a modo de novela, con descripciones excepcionales que, al leerlas, casi podemos estar contemplando las calles de Córdoba:

–El reloj dio las nueve de la noche antes de que llegásemos a Córdoba, ciudad natal de Séneca, [y paseando por ciertas calles de la Judería] vimos el portal profusamente iluminado y en el interior, un magnífico patio con rosales y geranios en flor y un surtidor en el que saltaba el agua, en el centro de una arcada soportada por columnas de mármol”²⁰⁸.

Aun así, Andersen no desdeñó las notas realistas en sus reflexiones y tal vez, sea de los viajeros que mejor reflejara lo que contemplaban sus ojos, lejos de la visión idealizada de algunos de sus compañeros. En el siguiente texto, reflexionó sobre lo que la ciudad de Córdoba fue, en contraste con lo que era, en torno a 1862:

–Córdoba fue capital del Califato durante la dominación árabe; la ciudad tenía un millón de habitantes, seiscientas mezquitas y cien baños públicos. El arte y la

nuestros viajeros decimonónicos conoció el más mínimo signo de aquel recinto. Desde entonces, se han ido realizando prospecciones en el entorno del salón de Abderramán III, descubriéndose tan sólo un 10% del total de la ciudad.

²⁰⁷ DAVILLIER, J. C., *op. cit.*, p. 456.

²⁰⁸ ANDERSEN, H. C., *op. cit.*, p. 248. Los patios cordobeses son fuente de inspiración poética para todos aquellos viajeros que tuvieron la oportunidad de asomarse a los mismos y dejarse inundar de sus múltiples sensaciones.

ciencia florecían en el país. ¡Qué diferencia! Ahora aquí solo hay calles estrechas, pobres y desiertas; Córdoba ha descendido a rango de mala ciudad de provincia”²⁰⁹.

Andersen paseó por lo que él llamó la “Alameda” que en realidad es el paseo de la Ribera. Su forma novelada de escribir nos permite averiguar a qué partes de la ciudad se refería en cada texto: así mencionaba un convento cerca de la ribera, que tras la Desamortización de 1836, quedó en ruinas e intuimos que se refería al convento de la Madre de Dios, frente a la puerta de Baeza.

Al contrario que otros viajeros, Andersen se dirigió en último lugar al puente romano en el entorno del Guadalquivir, donde contempló los molinos semiderruidos y el Alcázar de los reyes cristianos que tras la invasión francesa estaba casi en ruinas. Así mismo, también se acercó a la iglesia de san Nicolás de la Villa, cuya torre era el antiguo alminar de una mezquita.

Por su parte, el viajero **L’Abbé Godard** que visitó tierras cordobesas en **1862**, describió el urbanismo de Córdoba, ciudad de la que confesaba que le gustaría residir el resto de su vida:

“Córdoba es una ciudad decadente, donde sin embargo me gustaría vivir. Sin duda el ruido ensordecedor de la industria moderna, la agitación fabril del comercio y del negocio que anima nuestras populosas ciudades, son consecuencia de un progreso real, un signo de riqueza y de vida. Pero yo no encuentro menos atractivos estas villas silenciosas, medio dormidas en medio de los monumentos de su grandeza pasada. El alma se recoge más fácilmente, nada nos distrae de la meditación de los recuerdos históricos, de la contemplación de las obras de arte. Hemos experimentado en Córdoba un clima suave. Sus días son radiantes y sus noches serenas. Los moros la han abandonado ayer. He aquí sus calles estrechas, pero pavimentadas y limpias. Sus casas blancas con rejas verdes y en el centro de las casas construidas en cuadrado, esos patios, rodeados a veces de galerías de arcadas. Este es el salón, el parterre, el paraíso terrestre,

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 250. Aquí se refleja el sentimiento más romántico del viajero: la nostalgia por el pasado perdido. Córdoba que en otro tiempo fue capital de Al Ándalus, mostraba en el siglo XIX su versión más deteriorada, máxime en el año que Andersen la visitó, ya que la ciudad había sido muy castigada por la invasión francesa y las desamortizaciones.

pues en comparación no valen nada las habitaciones más suntuosas de los palacios del Norte. Los plataneros de hojas inmensas, los naranjos, los limoneros, los jardines los llenan con sus suaves emanaciones y los decoran con sus flores y frutos; ellos expanden su frescor delicioso, aumentado frecuentemente por el murmullo inagotable de una fuente. Un poeta lo hace notar: Dios no ha colocado a nuestros primeros padres en un palacio, sino que todos los pueblos, como el Génesis, han ubicado la felicidad en un jardín”²¹⁰.

Godard, partiendo de la realidad decadente de Córdoba, aprovechó para hacer una exaltación de la ciudad. De una forma contrapuesta, comparó la evolución industrial y comercial que vivían algunas ciudades de Europa en contraposición con la capital cordobesa y sin embargo, expuso dicha realidad para ensalzar el encanto de esta última.

Debemos tener en cuenta que muchos viajeros vinieron a Andalucía con ánimo de evadirse de la realidad que vivían en sus países industrializados y de ahí que valorasen sobremanera nuestro estilo de vida y considerasen ~~atr~~ayentes estas villas silenciosas (en referencia a Córdoba), medio dormidas en medio de los monumentos de su grandeza pasada”²¹¹.

Por ello encontraba en Córdoba el ideal de ciudad romántica, cuya decadencia era sinónimo de paz y silencio, de recogimiento y contemplación ante la realidad de una vida efímera, cuyos planteamientos más existencialistas estaban presentes en el corazón de los románticos y ~~don~~de el alma se recoge más fácilmente”²¹².

Incluso concluyó afirmando que ~~Los~~ moros la han abandonado ayer”²¹³, en alusión a la perfecta conservación del urbanismo musulmán de sus calles y del carácter árabe de sus casas y patios donde, aún hoy, se vive casi intacta esa filosofía de vida.

²¹⁰ GODARD, L., *L’Espagne. Moeurs et paysages, histoire et monuments*, Tours, Imprimeurs-Libraires, 1862, pp. 195-196.

²¹¹ GODARD, L., *op. cit.*, p. 195.

²¹² *Idem*.

²¹³ *Ibidem*, p. 196.

También el viajero **James Aitken Wylie**²¹⁴ en su viaje a Córdoba en **1870**, percibió así el urbanismo musulmán cordobés:

—Córdoba es una ciudad verdaderamente mora. Sus calles son en extremo estrechas [...] son tortuosas y serpenteantes, constituyendo un laberinto que en cada momento hay que resolver [...] no hay una sola sin una docena de revueltas. Al recorrer este laberinto hay que orientarse en el día por el sol y en la noche por las estrellas [...] A primera vista, Córdoba habría que considerarla como una colección de prisiones, pues sus casas, como las de Pompeya, o no tienen ventanas en el piso bajo, o están defendidas por fuertes verjas de hierro. Pero una ojeada al interior muestra que aún hay en Córdoba mucho esplendor y alguna opulencia. La puerta exterior es de barrotes de hierro y dentro hay un pórtico de mármol, en torno a un cuadrado central, también pavimentado de mármol, adornado con flores tropicales, expuestas al sol, refrescadas con fuentes y rodeadas por elegantes columnas que soportan una galería que da acceso a todas las habitaciones de la casa”²¹⁵.

Wylie no solo hizo referencia al urbanismo musulmán, sino a la fisonomía de las casas: sus fachadas de gruesos muros y ventanas enrejadas, contrastaban con los patios interiores, llenos de vida. Era una filosofía heredada directamente de los árabes, donde las relaciones sociales y familiares se desenvolvían en torno a un patio interior, lo cual acrecentaba aún más el misterio íntimo de estas viviendas. Por ello, el viajero afirmaba que ~~una~~ una ojeada al interior muestra que aún hay en Córdoba mucho esplendor y alguna opulencia”²¹⁶.

Otro de los viajeros que escribieron sobre su visita a España fue **Edmondo de Amicis**. De todo su itinerario peninsular, que realizó a lo largo de **1873**, nos centraremos en su estancia en la ciudad de Córdoba.

²¹⁴ James Aitken Wylie (1808-1890) era un escocés historiador de la religión y presbítero. Fue un escritor prolífico y muy destacado por escribir la historia del protestantismo.

²¹⁵ WYLIE, J. A., *Daybreak in Spain or sketches of Spain and its new reformation. A tour of two months*, London and New York, Cassel, Petter and Galpin, 1870, pp. 243-244.

²¹⁶ *Ibidem*, p. 243.

El viajero realizó una descripción del paso por el parque natural de Despeñaperros, donde el tren atravesaba las altas montañas rocosas que maravillaron a De Amicis y a todos los viajeros que descendían de la Meseta camino de nuestra tierra:

—El tren salió de nuevo, las rocas desaparecieron y entonces [...] el delicioso Valle del Guadalquivir, el jardín de España, el edén de los árabes, el paraíso de los pintores y de los poetas, la feliz Andalucía apareció ante mis ojos. Todavía siento de nuevo el temblor de pueril alegría con el que me asomé a la ventanilla, diciéndome a mí mismo: ¡Gocemos!”²¹⁷.

Con estas palabras De Amicis se adentró en Andalucía: en primer lugar, atravesó Las Navas de Tolosa, aldea de Jaén donde se celebró la famosa batalla en la que Alfonso VIII comenzó la recristianización de nuestra tierra en 1212. En seguida, contempló el paisaje andaluz, en el que sobresalían los bosquecillos de naranjos y extensos olivares, polícromas colinas de baja altura con cientos de matices de verdes y antiguas torres moriscas. Tal vez, pocos autores habían sabido describir con tan pocas palabras las primeras impresiones que se recibían nada más atravesar Despeñaperros. De ahí las palabras que el viajero nos dejó escritas al cruzar la Sierra Morena, muy cerca de Córdoba:

—Uno se aproxima a Córdoba, el tren vuela, se ven las pequeñas estaciones medio escondidas por los árboles y las flores; el viento arrastra pétalos de rosas dentro de los vagones, grandes mariposas revolotean rozando las ventanas, un delicioso perfume se esparce en el aire, los viajeros cantan, se recorre un encantador jardín, abundan los aloes, los naranjos, las palmeras, los cortijos. Se oye un grito: ¡Es Córdoba!”²¹⁸.

Al llegar a la capital, nos describía el tipismo de las casas y de la ciudad, el trazado tortuoso de sus calles a las que se asomaban las fachadas encaladas de las viviendas, como ejemplo del urbanismo cordobés:

²¹⁷ AMICIS, E. de, *op. cit.*, p. 230. En este texto De Amicis nos refleja cómo los viajeros entraban a nuestra tierra con ideas preconcebidas como “el edén de los árabes” o “la feliz Andalucía”.

²¹⁸ *Ibidem*, p. 232.

—La calle es estrecha; las casas pequeñas como las cabañas que se elevan sobre las colinas artificiales de los jardines, son casi todas de un solo piso, con ventanas a poca distancia del suelo, techos que se alcanzarían con el bastón y paredes resplandecientes de blancura. La calle da la vuelta, miro, no veo a nadie, no oigo ni un paso, ni el menor rumor [...] me meto en otra calle, casitas blancas, ventanas cerradas, soledad y silencio. Avanzo con todo; la calle es tan estrecha que no podría pasar por ella un coche, serpentea, y a derecha e izquierda se ven otras calles desiertas, otras casas blancas, otras ventanas cerradas. Llego a una pequeña plaza, todo está cerrado, nadie aparece. Entonces empieza a penetrar en mi corazón una sensación de vaga melancolía como nunca la había experimentado [...] Por encima de muchas azoteas se elevan las palmeras de los jardines de las casas [...] Todas las calles se parecen, las casas no tienen más allá de tres o cuatro ventanas, ni una mancha, ni una grieta en las paredes, que son limpias y lisas como una hoja de papel”²¹⁹.

De Amicis se paseó por las calles de Córdoba, a la vez que manifestó una amalgama de sentimientos que le acecharon al encontrarse con aquel escenario del urbanismo cordobés, donde tuvo un especial protagonismo el silencio y la paz. Ahora eso sí, la soledad reinaba en la ciudad, puesto que el viajero llegó a mediodía, en un momento del año en el que la población se refugiaba en sus casas y en sus patios, buscando algo de fresco:

—¿Cómo describir un patio? No es un corral, no es un jardín, no es una sala: son estas tres cosas juntas. Entre el patio y la calle hay un vestíbulo. A los cuatro lados del patio se alzan sutiles columnas que sostienen a la altura de la primera planta una especie de galería cerrada por amplias vidrieras; encima de la galería se extiende un toldo que sombrea el patio. El vestíbulo está enlosado de mármol, la puerta flanqueada por columnas, coronadas de bajorrelieves, cerrada por una sutil verja de hierro, de preciosísimo dibujo. En el fondo del patio, frente a la puerta, se levanta una estatua; en el centro una fuente y alrededor sillas, mesas de labor, cuadros y macetas de flores. Corrí a otra puerta: otro patio, paredes cubiertas de yedra y un círculo de nichos con estatuas, bustos y urnas. Miré por una tercera puerta: un patio con paredes adornadas de mosaicos, una palmera en

²¹⁹ *Ibidem*, pp. 232-233.

el centro y alrededor una masa compacta de flores. Una cuarta puerta: después del patio otro vestíbulo, después de éste un segundo patio, en el cual se ven otras estatuas, otras columnas y otras fuentes. Y todos estos atrios y estos jardines son tan hermosos y limpios, que se podría pasar la mano sin ensuciarse por las paredes y el suelo; son frescos, perfumados, iluminados por una luz incierta que acrecienta la belleza y el misterio”²²⁰.

A la mañana siguiente, De Amicis siguió su andar por Córdoba describiendo toda la riqueza monumental que encerraban sus calles:

–Para describir todo lo notable que es aquello haría falta un volumen; es un verdadero museo de antigüedades romanas y árabes; abundan en gran cantidad columnas militares, inscripciones en honor a los emperadores, y resto de estatuas y de bajorrelieves; seis puertas antiguas; un gran puente sobre el Guadalquivir, de la época de Octavio Augusto, reconstruido por los árabes; ruinas de torres y de murallas, casas que pertenecieron a los Califas y que conservan las columnas y los arcos subterráneos de los cuartos de baño, y por todas partes, vestíbulos y escaleras que harían las delicias de una legión de arqueólogos”²²¹.

En cuanto a los alrededores de Córdoba, De Amicis mencionó Medina Azahara, pero como en aquella época aún no había sido descubierta, el recuerdo de dicha ciudad palatina aparecía plagada de leyendas que la mitificaban aún más:

–A lo lejos, a tres millas de la ciudad, en el septentrión, a las faldas de un monte, se alzaba Medina Azahara, la ciudad de las flores, una de las más maravillosas obras de arquitectura del Califato de Abderramán III, comenzada por el propio Califa como homenaje a una favorita suya de nombre Az-Zahra”²²².

²²⁰ *Ibidem*, p. 234.

²²¹ *Ibidem*, p. 242. De Amicis fue de los pocos viajeros que permanecieron varios días en Córdoba para conocerla más en profundidad.

²²² *Ibidem*, p. 246. Medina Azahara aún estaba bajo tierra en esta centuria por lo que los viajeros se dejaron llevar por su intuición a la hora de describir la ciudad palatina de Abderramán III.

De Amicis continuó su paseo por la Judería de Córdoba, perdiéndose entre las calles y descubriendo que esta ciudad guardaba celosamente la memoria de los que vivieron en ella, como refleja el hecho de que sus callejuelas estaban dedicadas a cordobeses ilustres como Séneca, Maimónides, Góngora y Ambrosio de Morales, entre muchos otros.

En este recorrido por el urbanismo cordobés del siglo XIX, debemos recordar al viajero **Rafael Sanhuesa Lizardi** y su familia, que llegaron a Córdoba en **1886** por el puente de Alcolea y quedaron muy sorprendidos más por sus ruinas que por su monumentalidad, aspecto muy propio del carácter romántico. El viajero se adentró en el laberinto de sus calles estrechas, aquellas de las que **Waldo Frank**²²³ dejó escrito en su libro *España virgen* en **1926**:

—Las calles de Córdoba no son como las de Fez, ni como las de Kasbah de Argelia, ni como las de Lisboa [...] Córdoba es orgullosa. Su orgullo es intrincado como el Talmud, duro y abstruso como el místico credo del Sufi, abierto como la página de Aristóteles. No es ni secreto este ojo de Córdoba y si orgullo no premeditado. Y no está muda Córdoba tampoco. Su luz habla por ello: Séneca el estoico, Averroes el comerciante, Maimónides el primer racionalista de los judíos, Lucano y Luís de Góngora, Almanzor el más acabado caballero árabe [...] Córdoba se asienta entre montañas tumultuosas y un río perezoso; es un equilibrio de montañas y de río; es una ciudad majestuosa”²²⁴.

La ciudad de Córdoba, judía, musulmana y cristiana, aparecía descrita en estos diarios hispanoamericanos con sus arquitecturas más significativas, incluida la Sinagoga que, enclavada en la calle de los Judíos, era el lugar de estudio, investigación y de conversación de la comunidad judía cordobesa.

Tras la expulsión de los judíos en 1492, la Sinagoga fue consagrada al culto católico bajo la advocación de santa Quiteria y en 1536 se fundó en la misma ermita, la Hermandad de la Cruz de Cristo y san Crispín. Gran parte de la decoración judía de la

²²³ El viajero norteamericano Waldo David Frank (Long Branch, Nueva Jersey, 25 de agosto de 1889 - 9 de enero de 1967), fue un novelista, hispanista y estadounidense que se interesó por la política de Hispanoamérica y es conocido sobre todo por sus trabajos sobre la realidad cultural y social de España reflejada en su libro *Virgin Spain* (1926).

²²⁴ FRANK, W., *España virgen*, Madrid, Aguilar, 1989, pp. 77-78.

Sinagoga fue tapada, hasta que en 1885 fue declarada monumento nacional, iniciándose así una restauración que la devolvió a su estado original.

Finalmente, y a modo de conclusión, debemos recordar que Granada, Sevilla y Córdoba fueron las ciudades más visitadas por parte de los viajeros extranjeros en nuestra tierra. Valgan estas breves pinceladas que nos sirven, a modo de análisis, para conocer qué imagen percibieron estos viajeros de Andalucía en la época contemporánea.

2.3. Las fiestas, usos y costumbres de Córdoba

Aunque nuestra investigación está principalmente centrada en las visiones viajeras de la Mezquita-Catedral de Córdoba y de su entorno urbanístico, hemos visto a bien reflejar unas leves pinceladas sobre las fiestas, usos y costumbres en la capital cordobesa durante la centuria decimonónica.

España se convirtió en todo un referente romántico en Europa y en América, revalorizándose para la ocasión los géneros literarios españoles en los que destacó el romancero, la novela morisca, Cervantes, Calderón y el gran teatro del Siglo de Oro.

En este sentido, puede explicarse el fuerte impacto de lo andaluz sobre las visiones de España en el siglo XIX, ya que nuestra tierra fue el origen de algunos de los géneros literarios más prolíficos como la novela morisca, los romances fronterizos y algunas novelas picarescas. Por ello prevaleció lo andaluz en las ideas preconcebidas que los extranjeros traían en sus viajes a España. Al llegar a Andalucía, estos viajeros pudieron confirmar esos prejuicios, consolidándose así el mito andaluz.

De esta forma, surgieron una serie de escritores costumbristas españoles que mostraron su indignación ante la deformación que de la realidad se expresaba en los libros de viajes²²⁵. No obstante, los costumbristas más casticistas supusieron un impacto directo en los libros de viajes europeos, a pesar de que la realidad reflejada estaba muy lejos de la objetividad e imparcialidad que otros defendían, colaborando aún más en esa distorsión de la imagen andaluza y española.

De hecho los libros de viajes promocionaron una Andalucía llena de tópicos, mitos y casticismos. Aun así, haciendo una lectura más positiva, bien podríamos decir que, gracias a los viajeros extranjeros, nuestra literatura española decimonónica se introdujo en Europa y así, España se convirtió en todo un referente del movimiento romántico europeo.

²²⁵ Mesonero Romanos abogaba en su *Panorama* porque la finalidad de los escritores costumbristas era oponer, a la visión distorsionada de España que percibían los viajeros extranjeros, una imagen más objetiva e imparcial de la realidad.

Aunque se llegase con una predisposición bastante positiva, nuestra tierra no siempre cumplió las expectativas de los viajeros extranjeros. Dicho en otras palabras y haciendo uso del refranero español –cada rosa tiene sus espinas”, ya que algunos reconocen que vinieron por placer, con ánimo de ver costumbres en desuso, incluso otros reconocieron que percibieron un cierto aburrimiento ante nuestro estilo de vida y nuestras tradiciones culturales.

Pero quedarnos en las visiones de los viajeros sería una hermenéutica muy superficial, sobre todo teniendo en cuenta que muchos de ellos se limitaban a describir lo más somero de nuestra tierra: sus monumentos y su urbanismo, así como los tipos pintorescos que, según ellos, se paseaban por nuestras calles. Aunque –el simple hecho de haber viajado por España, les daba un toque de exclusividad que no se alcanzaba en los países más trillados de Europa”²²⁶.

Nos ha resultado imprescindible la lectura de estos diarios de viajes, así como las visiones que los extranjeros dejaron escritas sobre nuestra tierra, costumbres e idiosincrasia de Andalucía, que han sobrevivido al paso del tiempo y que bien pueden ser reconocidas por aquellos que nos visitan en pleno siglo XXI.

Sin embargo, lo que más curioso nos resulta es que el español permaneciera fiel a sus señas de identidad, asumiendo la crítica exterior y entendiéndola como la envidia que nos tenían desde otros países y era que –después de todo, el propio español tiene que ser mejor juez de lo que conviene a su persona y condición que un simple extranjero, ignorante de los factores religiosos, políticos y sociales de que sus maneras son espejo”²²⁷.

Como dice Robertson en su libro *Los curiosos impertinentes* en España las costumbres se hacen leyes, y con cuánta razón. Y más si lo trasladamos a Andalucía donde las tradiciones más arraigadas son sagradas y en algunos casos se convierten en el eje vertebrador de la sociedad. Pensemos así en celebraciones como la Navidad o la Semana Santa, que algunos viajeros reflejaron en sus diarios de viajes, ante el asombro

²²⁶ ROBERTSON, I., *Los curiosos impertinentes, viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Madrid, Serbal/CSIC, 1988, p.16.

²²⁷ *Ibidem*, p. 17.

de quien se retrotrae a otras épocas de nuestra historia, ya que muchas de nuestras tradiciones se celebran como si viviésemos una recreación del siglo XVIII pero que de forma a veces contradictoria, tienen vigencia y consistencia en la sociedad andaluza del siglo XXI.

De otra parte, muchos fueron los viajeros que repararon en el carácter de los andaluces y en sus visitas frecuentaron alguna tertulia, una representación de teatro o una corrida de toros, dejando constancia de ello en sus relatos viajeros. En estos lugares donde se reunía la sociedad más diversa, los viajeros examinaron la fisonomía y carácter que, en numerosas ocasiones, consideraron una herencia de nuestro pasado islámico.

Así mismo, la gran mayoría de los viajeros varones hicieron toda una semblanza de la mujer andaluza, idealizada y algo trasnochada, ya que en numerosas ocasiones se nos reflejaba como la mujer que se asomaba a la reja en el cortejo o que se paseaba con la mantilla por las calles de Córdoba.

De igual forma, nuestros visitantes percibieron una serie de rasgos que bien podrían ser característicos de todos los andaluces, como era el caso de la superstición, el fanatismo o la sensualidad que quedaron reflejados en sus diarios de viajes cuando mencionaron nuestra religiosidad popular, así como cuando asistieron a una corrida de toros o cuando casi sin querer, al pasearse por la Judería, se encontraron ante el cortejo de la reja, en cuya intriga amorosa los novios se entregaban al caer de la tarde.

Con todo, consideramos injusto que los andaluces seamos blanco de una pésima estima por el resto de España, ya los viajeros decimonónicos se percataron de ello. Aún no entendemos este sentimiento de cierto desprecio y marginación hacia nuestra tierra, una de las que más intelectuales ha engendrado en la Historia de España.

Tal vez sería el momento de recordar que Córdoba fue colonia patricia, capital de la Bética, capital de Al Ándalus, cuna de grandes pensadores como Séneca, Averroes, Maimónides, Góngora y todo un referente intelectual y cultural del mundo occidental. Es hora de revalorizarnos y demostrar que somos la herencia de lo que fuimos, unos de los pueblos más importantes de la Edad Media. Sentimos que los viajeros románticos venían con demasiados prejuicios a nuestra tierra y que, a menudo, reflejaban un escenario excesivamente populista y costumbrista que nada tenía que ver con la realidad social de la época.

Así, es nuestra pretensión hacer un acercamiento sociológico de Andalucía en el siglo XIX, puesto que eran muchos los viajeros que hablaban del carácter andaluz en sus diarios y muchos son los tópicos que aún hoy se conservan en pleno siglo XXI.

Ya comentamos anteriormente que uno de los aspectos que más llamaba la atención era la religiosidad popular andaluza, aunque dichas prácticas religiosas no fueron comprendidas ni aprobadas, ni siquiera por los extranjeros católicos que nos visitaron, que siempre la vieron desorbitadas y trasnochadas. Y, de hecho, numerosos antropólogos modernos concluyen que muchas de las tradiciones más arraigadas en el credo católico han pervivido de forma extraordinaria en Andalucía.

Por otra parte, hemos percibido que los viajeros decimonónicos huían de las rutas preestablecidas por los viajeros ilustrados en busca de nuevas aventuras románticas y que encontraron en Andalucía un oasis para su descanso. Surgieron nuevos y originales itinerarios en los que nuestra tierra conseguía una considerable revalorización en el pensamiento y en el sentimiento romántico.

Muchos de ellos eran escritores y vinieron a nuestra tierra con ánimo de relatar con detalle el cúmulo de vivencias que aquí sintieron. De esta forma, Andalucía se convirtió en destino y querencia de los viajeros románticos, creándose así una nueva literatura de viajes, que en numerosas ocasiones rozaba la idealización, con el fin de ofrecer a sus lectores una especie de novela recreada en el orientalismo andaluz.

También hemos apreciado que la inmensa mayoría de los viajeros eran ingleses y franceses y muchos de ellos al llegar a Andalucía ya venían con ideas preconcebidas, inspiradas en la literatura clásica o en los diarios de viajes ilustrados de finales del siglo XVII, aunque con una clara diferencia: el viajero ilustrado afrontó su visita desde una extraordinaria frialdad, mientras que el romántico se dejó llevar por sus sentimientos, creando un estado anímico más propicio para comprender nuestra tierra.

También parece evidente que la diversidad cultural de nuestro suelo tuvo como consecuencia que todos los viajeros se sintiesen acogidos de forma hospitalaria, incluso que cada uno de ellos encontrase en Andalucía algunos matices con los que sentirse identificado personalmente. De esta forma –el conglomerado histórico, la fragmentación

y el mestizaje racial, la heterogeneidad geográfica se avenían perfectamente con la sensibilidad poco regulada previamente del romántico”²²⁸.

Por ello, la historia de Andalucía es rica en matices, fruto de las sucesivas etapas culturales que hemos vivido a lo largo del tiempo y así, hemos sabido sintonizar con la amalgama de sensibilidades que tenían aquellos viajeros románticos del siglo XIX. Además, estas inquietudes iniciales se magnificaron por el componente de aventura exótica que suponía el viaje a nuestra tierra andaluza. Hasta el mismo Marqués de Custine²²⁹ llegó a exclamar:

—¡Andalucía! ¡Se viaja tanto por los nombres como por las cosas! La sola palabra de Andalucía me había hecho correr más allá de Andújar; incluso ahora que veo los lugares que ese nombre designa, no puedo escribirlo sin que me palpite el corazón”²³⁰.

Sin duda alguna, todos calmaron su sed de nostalgia y de evasión en Andalucía y de ahí que al entrar en nuestro territorio lo llamasen el “Paraíso” e incluso la “Tierra de Promisión”, con una clara alusión bíblica a la promesa que Dios realizó al pueblo de Israel. Todo ello conllevó una revalorización de nuestro paisaje y el florecimiento de una nueva literatura de viajes en la que cobraron protagonismo los andaluces más pintorescos, como el bandolero, el torero o la mujer de mantilla.

Todo esto suponía una exaltación basada, en gran medida, en la visión subjetiva de los viajeros que a veces se cegaron ante la realidad deprimida y decadente que vivía nuestra tierra en pleno siglo XIX. Y, de hecho, en muchas ocasiones las visiones de Andalucía en los libros de viajes decimonónicos fueron puras idealizaciones literarias y en muchos casos noveladas, que distaban considerablemente de la realidad social,

²²⁸ *Ibidem*, p. 17. Una diversidad cultural en la que los viajeros realizaron grandes esfuerzos por entenderla e incluso por integrarla. Este matiz hace que nuestra tierra sea aún más atractiva para los románticos de finales del siglo XIX.

²²⁹ Astolphe-Louis-Léonor, marqués de Custine (Niderviller, Lorena, 18 de marzo de 1790 - 18 de octubre de 1857), fue un aristócrata francés, conocido por sus crónicas de viajes y particularmente por el relato de su visita al Imperio Ruso en 1839 titulado *Rusia*. Esta obra no solo relata el viaje de Custine, sino también presenta aspectos de la economía, organización social, costumbres y modo de vivir imperantes en Rusia durante el reinado de Nicolás I.

²³⁰ Cit. en ROBERTSON, I., *Los curiosos impertinentes...*, op. cit., p. 18. Si profundizamos en los diarios de viajes veremos las exclamaciones de los viajeros al llegar a nuestra tierra.

económica y cultural en la que estaba sumida esta tierra a fin de siglo. González Troyano nos anota una reflexión sobre el tema:

—Más o menos verídicas, lo cierto es que las imágenes de la Andalucía romántica han mantenido su poder literario durante muchas décadas posteriores, e incluso han servido como autoafirmación en algunas ocasiones para los propios andaluces”²³¹.

Los viajeros nos miraron desde una perspectiva a veces más realista y a veces más estereotipada; los primeros dieron una visión de nuestra tierra más acorde a lo que contemplaban sus ojos y en sus diarios reflejaron la deprimente situación social, económica y cultural que vivíamos en el siglo XIX; los segundos venían con una serie de ideas preconcebidas mentalmente, que alimentaron y magnificaron al llegar a Andalucía y cuyos resultados fueron unos diarios que rozaban muy de cerca la novela y la leyenda, contribuyendo así al tópico andaluz.

En palabras del Dr. Lacomba —Los viajeros extranjeros por Andalucía van dando formas a imágenes que, en unos casos constatan la realidad, y en otros la interpretan o la deforman y estereotipan. A veces, incluso, hay mezcla de todas estas cosas”²³².

A veces, nos resulta curioso que en pleno siglo XXI esta imagen romántica de Andalucía venga a consolidarse y a perfeccionarse, sobreviviendo en el momento presente y extrapolándose incluso la imagen andaluza al resto de España. Nuestras tradiciones culturales se han convertido en todo un referente nacional, difundidas al resto del mundo.

Sin embargo, los viajeros del siglo XIX eran conscientes de la decadencia de Córdoba en contraste con su esplendor pasado y con su notable riqueza de recursos, aunque este concepto era visible en toda la Andalucía decimonónica, de ahí que se hable del subdesarrollo andaluz. A pesar de todo, Andalucía y Córdoba, ofrecían al viajero una estancia singular, donde el mito de Oriente se hacía presente a fin de siglo.

²³¹ *Ibidem*, p. 19. En numerosas ocasiones, somos los propios andaluces los que hemos propiciado que se tenga una imagen costumbrista de nuestra tierra, que en muchos casos no son fiel reflejo de la realidad social y cultural que vivimos.

²³² LACOMBA ABELLÁN, J. A., —La mirada ajena: Andalucía vista por otros—, *Estudios Regionales*, 34 (1992), p. 166.

Las variables más significativas de la decadencia cordobesa, en palabras del doctor Lacomba fueron:

—El retroceso demográfico, la falta de industria y el apagamiento urbano. Ello se ve acompañado por el pésimo estado de la red viaria cordobesa [...] En suma, los viajeros prestan más atención a la ciudad de Córdoba que al territorio de su jurisdicción y en conjunto, la imagen que construyen del mundo cordobés del siglo XIX, la articulan en torno a la idea central de una decadencia, idea que persistirá en el siglo siguiente”²³³.

Una clara y notable manifestación de esta decadencia en Córdoba fue la caída demográfica que ya vimos en el capítulo dedicado a la historia de la ciudad: un estancamiento económico y demográfico que, a partir de mediados del siglo XIX, gracias a la floreciente clase burguesa, comenzó a sentir un notable progreso, que a su vez estudiamos en el apartado dedicado a la evolución urbanística de Córdoba a finales del mismo siglo.

No obstante, queremos reflejar la opinión del doctor Lacomba sobre la ambigüedad: pasado esplendoroso/presente decadente, que los viajeros percibieron en sus visitas a Córdoba:

—Los viajeros del siglo XIX con una fuerte carga romántica, creadores del mito andaluz, al observar Córdoba, de un lado subrayan el orientalismo de la ciudad, reflejo del pasado esplendor árabe y de otro, anotan de nuevo los signos de su decadencia presente. Esta contraposición esplendor/decadencia de Córdoba es una constante de todos los viajeros del siglo XIX”²³⁴.

Aun así, los viajeros decimonónicos encontraron en Córdoba el símbolo por excelencia del mito romántico de la Andalucía del siglo XIX, acompañado de una fuerte carga emocional, que tuvo como consecuencia la interpretación de nuestra tierra de una forma más legendaria que real.

²³³ *Ibidem*, p. 174.

²³⁴ *Ibidem*, p. 175.

Se creó así la imagen de una Andalucía tónica, cuya perseverancia actual nos resulta dañina, ya que se esconden los verdaderos problemas y la auténtica cultura de nuestra tierra y también provocan la marginación del pueblo andaluz.

Debemos tener en cuenta que fue en torno a 1830 cuando comenzó el turismo moderno, tal y como lo entendemos hoy día, y se inició una cierta renovación de la imagen de España, pero sin dejar atrás los tópicos que daban consistencia al atractivo turístico de nuestra tierra. Al respecto, Jose María Alberich opinaba:

—Hasta hace poco, en efecto, había quien creía que los españoles vestíamos todos de torero y tocábamos la guitarra. Y creía bien; eso hacían los súbditos de Fernando VII cuando el traje popular de los majos era también el de los toreros, las serenatas nocturnas junto a la reja eran cosa corriente”²³⁵.

Y es que la imagen de Andalucía se congeló y frente al avance que supuso para nuestra tierra la visita de los viajeros, permanecía el interés de mantener un estereotipo que confirmase las ideas preconcebidas que ya traían de por sí sobre nosotros. Incluso para algunos viajeros, venir a España suponía una aventura en ocasiones caballerescas. Así nos lo exponía Carmen de Zulueta en alusión al viaje de George Borrow:

—La situación de España en el fin del año 1835, cuando Borrow cruza la frontera portuguesa por Extremadura, no puede ser peor. Desde la muerte de Fernando VII, los españoles divididos en cristinos y carlistas luchan en una cruel guerra civil, pero a Borrow le gusta la aventura y se ve a sí mismo como un caballero andante medieval, promotor de *La Biblia* sin notas²³⁶ en un país ultrapapista, como es España”²³⁷.

Sin embargo, la mayoría de los viajeros tenían algo en común: viajar a España era como un sueño hecho realidad, por lo que tenían entre sus metas personales visitar nuestro país como un episodio deseado en sus vidas.

²³⁵ ALBERICH, J. M., —Actitudes inglesas ante la Andalucía romántica”, en *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1987, p. 30.

²³⁶ George Borrow vino a España como agente de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera para distribuir Biblias sin notas en nuestro país.

²³⁷ ZULUETA, C. de, —El enigma de George Borrow”, en *La imagen de Andalucía...*, op. cit., p. 55.

Por tanto, el itinerario por Andalucía fue para muchos viajeros un sueño cumplido, un momento privilegiado que plasmaron en sus creaciones literarias posteriores. Ya sabemos que muchos de ellos eran escritores de novelas o de artículos periodísticos y sus vivencias españolas eran muy esperadas en sus países de origen.

Algunos, como Prosper Merimée²³⁸ cumplió su sueño de visitar Andalucía deteniéndose en la ciudad de Córdoba, donde reparó en su puente romano de dieciséis arcos plasmado en su ópera *Carmen*. Quedó así demostrado también que nuestra tierra ha sido fuente de inspiración, no solo para grandes escritores, sino para compositores musicales y de grandes obras líricas.

Cuando mencionamos la imagen de Andalucía desde la perspectiva de los viajeros extranjeros casi siempre pensamos en la imagen romántica. No obstante, debemos tener en cuenta que esa no fue ni la primera ni la única visión que Europa tenía de nosotros, aunque sí era la más destacada y atractiva y, por supuesto, la de mayor difusión al resto del mundo.

Sin embargo, ante la literatura de viajes tenemos dos posturas encontradas: los que consideran estos libros como verdaderas joyas para conocer con detalle nuestra tierra, nuestra sociedad y nuestra cultura en una determinada época y, por el contrario, los que consideran estos diarios como un atraso y un mero reflejo de los tópicos andaluces que, en buena medida, se prolongan hasta nuestros días.

En definitiva, esta idealización de la tierra andaluza que trajeron los viajeros hizo que en ocasiones su mirada a la realidad estuviese tamizada por estas ideas preconcebidas, por lo que transmitieron en sus novelas, artículos y diarios, una imagen magnificada y exaltada de nuestra tierra.

La gran mayoría de los viajeros venían del norte, Francia y Gran Bretaña sobre todo, y por ello, que muchos vinieron a ensalzar el sol de nuestra tierra en comparación con sus climas respectivos, la luminosidad de nuestros paisajes, el cielo azul y la vegetación exótica. Aunque la bonanza climatológica fue el motivo para que muchos viajeros explicasen la forma de ser de los andaluces y así se mantiene la idea de la vagancia, la

²³⁸ Prosper Mérimée, conocido también como Próspero Merimée (París, 28 de septiembre de 1803 – Cannes, 23 de septiembre de 1870) fue un escritor, historiador y arqueólogo francés. Es autor de la novela corta *Carmen*, que sería inmortalizada en la famosa ópera homónima de Georges Bizet.

pereza, el descanso, el placer, como algo consustancial al carácter andaluz. De esta forma, la herencia recibida de los árabes y las extremas temperaturas climatológicas, en opinión de numerosos viajeros, determinaron muchas de las pasiones andaluzas.

Entre los tópicos andaluces se encuentra también el de los bandoleros y contrabandistas y en este sentido Bernal Rodríguez aseguraba que «el bandolerismo andaluz decimonónico ha gozado de tanta fortuna, que entre bandoleros y Andalucía se ha establecido una relación privilegiada, hasta tal punto que cuando entre nosotros se habla de bandolerismo a secas, se suele sobreentender referido a Andalucía y al siglo XIX»²³⁹. Ya sabemos que el mito de los bandoleros era algo que rozaba la leyenda, pero muchos viajeros los incluyeron en sus diarios con ánimo de introducir un matiz de aventura en sus escritos.

Y junto al bandolero encontramos al torero, ejemplo de verdaderos ídolos populares, ya que gozaban del favor del público y cuyas corridas de toros suponían todo un acontecimiento. Recordemos que Gautier visitó Málaga exclusivamente para ver una lidia en directo en la inauguración de la antigua plaza de toros malagueña²⁴⁰.

Todo se convirtió en motivo de curiosidad para el viajero: las ganaderías, los toreros, el desarrollo de la fiesta nacional que en ocasiones despertaba admiración y en otras, el rechazo. El barón Davillier llegó a escribir que «Andalucía es la tierra clásica de la tauromaquia y los toreros llevan siempre fuera de la plaza el traje de esta provincia»²⁴¹.

Aunque no siempre las reflexiones y observaciones que los viajeros hacían de España reflejaban fielmente lo que contemplaban. El visitante venía huyendo de su realidad y llegaba con una mirada mediatizada; sus impresiones eran imparciales y oscilaban desde el entusiasmo a la crítica no fundada. Por esto, el costumbrismo español quiso con todo su empeño oponerse a las visiones caricaturizadas de España, que exponían en sus diarios los visitantes extranjeros, abogando porque se reflejase la verdad social y cultural del momento:

²³⁹ BERNAL RODRÍGUEZ, M., «Tipologías literarias de la Andalucía Romántica», en *La imagen de Andalucía...*, op. cit., p. 112.

²⁴⁰ Se trataba de la plaza de toros vieja, de la que sólo queda el nombre de la calle donde se ubicaba, entre la calle Cuarteles y la ribera del Guadalmedina.

²⁴¹ BERNAL RODRÍGUEZ, M., art. cit., p. 118.

–El costumbrismo español nace [...] como reacción a una deformación de la realidad nacional [...] fruto de una observación romántica de la Península. Los viajeros del entusiasmo vieron en las tierras que recorrían lo que querían ver. Frente a ellos, los escritores construyeron una realidad nacional, que naturalmente había de tender a justificar lo que entonces se entendía ya como casticismo”²⁴².

No obstante, sería interesante plantearse si el costumbrismo tuvo como único fin la reproducción literal de una realidad social y cultural ya que la crítica ha puesto siempre en valor el matiz realista del género costumbrista, olvidándose de la manipulación que dichos escritores tuvieron que hacer en los aspectos estrictamente literarios.

Lo que sí parece evidente es que los viajeros extranjeros, aunque cargados de tópicos y prejuicios, fueron los primeros turistas culturales de la España del siglo XIX. Y es que nuestro país pasó a convertirse en la meca de los viajeros románticos decimonónicos, atraídos por la fuerza evocadora de la literatura y de la música, como inductoras del viaje a esta mítica España, que tradicionalmente había quedado fuera del *grand tour* culto y clásico de los viajeros europeos”²⁴³.

En nuestra tesis hemos querido reflejar también las visiones de Andalucía según los viajeros americanos del siglo XIX, al menos una aproximación a la imagen que se tenía de nuestra tierra en los Estados Unidos e Iberoamérica, aunque ya sabemos que España, también desde la perspectiva americana, quedaba al margen del *grand tour* europeo. En palabras de García-Montón:

–Aunque durante unas décadas España y en concreto Andalucía quedó al margen de esos circuitos, pues se consideraba que no había nada de interés que estimulase la formación y enriqueciese los conocimientos de estos viajeros ilustrados, llega un momento en que se produce un viraje en las preocupaciones

²⁴² MARCO, J., –El costumbrismo español como reacción”, en *La imagen de Andalucía...*, op. cit., p. 129.

²⁴³ NAVASCUÉS PALACIO, P., –Recorrido artístico por la España romántica”, *Descubrir el Arte*, 30 (2001), p. 41.

de los viajeros noratlánticos, que empiezan a incluir Andalucía como una etapa de sus periplos”²⁴⁴.

Este hecho explica el que para muchos viajeros resultaba cansino realizar las mismas rutas europeas que ya otros habían recorrido con anterioridad, así que se decidieron a investigar nuevas tierras que se salieran del *grand tour* llegando a España y más en concreto a Andalucía, atraídos por el exotismo de Oriente.

Las tierras andaluzas fueron un gran referente para los viajeros hispanoamericanos ya que muchos de ellos venían buscando sus raíces culturales. Aunque eso supuso para ellos tener que romper numerosos prejuicios sociales e ideológicos, así como ligaduras materiales y espirituales que a veces impedían el reencuentro de dos culturas con muchos elementos históricos en común, así como numerosos valores sociales compartidos.

Centrándonos de nuevo en Córdoba, podemos observar cómo todos los viajeros coincidían en reconocer a aquella ciudad docta, rica y opulenta, rememorando su esplendorosa historia, principalmente de la época romana y árabe y, dentro de esta última, su gran Mezquita. De hecho, hemos podido constatar, que este historicismo y pintoresquismo árabe alcanzaron una notable desmesura en los viajeros románticos del siglo XIX.

En los textos, todos los viajeros coincidieron en exaltar la Mezquita-Catedral de Córdoba pero, en cambio, existió disparidad de criterios en el momento de valorar el resto de la ciudad, sobre todo en aquellos que decidieron permanecer algunos días más en la capital.

Sobre este aspecto, el Dr. López Ontiveros destacaba que —casi todos los autores, por otra parte, valoran negativamente el trazado callejero y la situación en que se encuentran las calles, aspecto que conviene probar por la importancia que tienen para comprender el ideal urbanístico de los ilustrados”²⁴⁵.

²⁴⁴ GARCÍA-MONTÓN G. BAQUERO, I. y GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C., art. cit., p. 262.

²⁴⁵ LÓPEZ ONTIVEROS, A., *La imagen geográfica de Córdoba y su provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1991, p. 11.

Tal vez, muchos de los viajeros románticos que habían bebido de las ideas ilustradas no llegaron a comprender el urbanismo musulmán, laberíntico y completamente opuesto a los ideales de salubridad e higiene, que se implantó en otras ciudades decimonónicas europeas. En este aspecto solo se salvaba la plaza de la Corredera, ejemplo de plaza mayor española, donde primaba la uniformidad de su traza y suponía un desahogo para el estrecho y tortuoso trazado urbano de Córdoba.

Aun así, consideramos tal vez exageradas esas crónicas que hablaban de un casco histórico sucio, insalubre e incluso feo, casi desaconsejando la visita a la ciudad. De una u otra forma, todos los viajeros coincidieron en destacar no solo su Mezquita-Catedral, sino que aquellos que tuvieron la curiosidad de recorrer las calles de Córdoba, se vieron sorprendidos por la belleza de los patios interiores de muchas de sus viviendas:

–Aunque al geógrafo le interese más la imagen de la ciudad que se desprende de los elementos más normales que constituyen aquélla, conjunto del espacio urbano, callejero y caserío, no deja de tener también interés la que se trasluce de su patrimonio artístico y especialmente arquitectónico, porque con frecuencia, como es el caso de Córdoba, alguno o algunos de sus edificios constituyen los hitos más representativos de su imagen. Y a este respecto, está fuera de toda duda el mérito y la exaltación laudatoria que todos los viajeros ilustrados confieren a la Mezquita, aunque sin la desmesura y arrobamiento que en la descripción practicarán los románticos del siglo XIX, cuando el orientalismo y exotismo se convierten en ingrediente fundamental de sus relatos”²⁴⁶.

De ahí la comparativa entre la mirada ilustrada del siglo XVIII y la mirada romántica del siglo XIX; aquellos, desde una visión más académica, se cernían a describir objetivamente lo que contemplaban; en cambio estos, dejándose llevar por la sed de orientalismo, describieron Córdoba desde una visión novelada que rozaba muy de cerca lo legendario. Aunque en realidad, tanto unos como otros se dejaron llevar por la nostalgia del pasado. A este respecto, Leandro Fernández de Moratín al visitar Córdoba declaró que –quien al entrar en esta y recorriendo la historia de otros siglos no sienta una deliciosa melancolía que le suspenda y enajene, carece de imaginación sin duda”²⁴⁷.

²⁴⁶ LÓPEZ ONTIVEROS, A., *op. cit.*, p. 13.

²⁴⁷ *Idem*.

Como hemos comentado anteriormente, el viaje ilustrado era meramente geográfico y basado en datos objetivos; mientras que el viaje romántico queda empañado por la fantasía y la imaginación, llegando en ocasiones a ahogar el relato estrictamente fiel a la verdad.

No obstante, y aunque parezca contradictorio, la amplia proliferación de la literatura viajera del Romanticismo es considerada, según el Dr. López Ontiveros, el origen de la geografía moderna. O, en otras palabras, el origen científico de la geografía moderna coincide de pleno con el movimiento romántico. Por tanto, estos primeros viajes románticos han posibilitado que nos acerquemos a la imagen de Córdoba en el siglo XIX, y bien han podido servirnos de aproximación social, geográfica, cultural, histórica y artística de dicha ciudad.

Entre los primeros viajeros norteamericanos que visitaron nuestra tierra destacó **Washington Irving**²⁴⁸, quien realizó su primer viaje a Europa entre 1804 y 1806 por motivos de salud. Llegó a España por primera vez en **1826**, donde residió hasta 1829. Su itinerario se centró especialmente en Andalucía, donde tuvo la oportunidad de investigar en el Archivo de Indias y, sobre todo, el privilegio de vivir en la Alhambra de Granada, episodio que le marcaría para el resto de su vida. Fue nombrado embajador en Madrid en 1842 y finalmente regresó a Estados Unidos en 1846.

También a Córdoba arribó el viajero **Richard Ford en 1831**, y sobre ella nos presentaba una introducción histórica sobre la etimología de Córdoba y sus orígenes romanos. De hecho, volvió a mencionar aquellas palabras de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, en las que confesó que «~~o~~tras ciudades serán quizás mejores para vivir, pero ninguna mejor para nacer»²⁴⁹. Como singular sobre otros viajeros, Ford destacó el nivel intelectual que tenían los habitantes de la Bética y así mencionó a

²⁴⁸ Hemos considerado a bien incluirlo como americano en esta aproximación a las visiones de Andalucía según los viajeros extranjeros, ya que el literato Washington Irving (Manhattan, Nueva York, 3 de abril de 1783 – Tarrytown, Wetschester, Estado de Nueva York, 28 de noviembre de 1859), aunque era escocés de nacimiento, siempre se consideró norteamericano. Viajó por Andalucía entre 1826 y 1829 y su obra *The Alhambra* fue traducida al castellano bajo el título de *Cuentos de la Alhambra* en 1831, siendo una mezcla de realidad y ficción a raíz de sus vivencias en el palacio nazarí.

²⁴⁹ Se trata de una frase atribuida a Gonzalo Fernández de Córdoba y aunque no existe documentación que lo confirme, será una frase legendaria que se ha ido transmitiendo entre los viajeros. Ello demuestra que muchos viajeros habían leído y seguido los textos de anteriores expedicionarios.

Séneca y Lucano, cuyos escritos ayudaron a frenar la decadencia de la poesía y la literatura romanas. De igual forma ejemplificó algunos nombres célebres de esta tierra:

—La Córdoba española ha producido durante bastante tiempo hijos dignos de su antigua nombradía. Juan de Mena, el Chucer, la estrella de la mañana de la poesía española, nació aquí en 1412; como también Ambrosio de Morales, el Hearne, el Leland de la Península, en 1513; y Tomás Sánchez, el jesuita, autor del tratado *De Matrimonio*, [...] Aquí, en 1538, nació Pablo de Céspedes, pintor y poeta; en 1561, Luis de Góngora, el eufórico; y cerca de aquí, en Montilla, nació Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán de España. Bien, por lo tanto, podría Juan de Mena imitar a Rasis, llamando a su patria chica la flor del conocimiento y la caballería”²⁵⁰.

Richard Ford realizó a continuación una exaltación del pasado de Córdoba bajo la dominación musulmana, especialmente en la etapa del califato de Abderramán III del que dijo que:

—Jamás novela alguna ha superado la verdad de la vida aventurera de este hombre. Fue fundador de reinos y de ciudades; bajo su égida, Córdoba se convirtió en la rival de Bagdad y Damasco, y fue también el centro de poder y civilizaciones de Occidente, y esto en una época en la que la debilidad, la ignorancia y el barbarismo, cubrían todo el resto de Europa. [Córdoba] contenía en el siglo X casi un millón de habitantes, trescientas mezquitas, novecientos baños y seiscientas posadas”²⁵¹.

Aunque Ford, siendo realista, reconoció la situación que vivía la ciudad en el siglo XIX, cuya urbe calificó de sucia, atrasada, mal abastecida y en plena decadencia, con un censo de unas sesenta mil almas, aunque otras crónicas más realistas señalaban una población de cuarenta y cinco mil. Y al hilo, Ford comentó un dato histórico no exento de un cierto tono irónico:

²⁵⁰ FORD, R. *Manual para viajeros por Andalucía...*, op. cit., p. 306.

²⁵¹ *Idem*. Exagerada crónica esta que situaba en Córdoba cerca de un millón de habitantes, en torno al siglo X. La ciudad alcanzó su máximo nivel demográfico en la época de Abderramán III, pero estudios posteriores han desmentido tan desmesurada cifra.

—Córdoba fue siempre sumamente servil y levítica; además de trece parroquias tuvo en otros tiempos dieciséis conventos dentro del recinto de sus muros, siete fuera de ellos y diecinueve de monjas; no es de extrañar que en tiempos de Fernando VII el teatro estuviese cerrado, porque algunas monjas habían visto al diablo bailando en el tejado”²⁵².

Con todo, Richard Ford concluyó su visita a Córdoba con una serie de reflexiones bastantes ajustadas a la realidad de la época. Córdoba era una ciudad en plena decadencia, ya que aún estaba reciente la invasión de los franceses que entraron en la capital en junio de 1808 y, puesto que no encontraron resistencia, saquearon la Mezquita-Catedral y numerosas iglesias: —El saqueo fue de más de diez millones de reales, ocho mil onzas, o sea veinticinco mil libras esterlinas, se encontraron solamente en el equipaje de Dupont”²⁵³.

Richard Ford abandonó Córdoba, legándonos una de las mejores crónicas que existen de la ciudad en el primer tercio del siglo XIX, con abundantes citas culturales, históricas y artísticas sobre la capital y que, a buen seguro, sirvió de manual para los viajeros que la visitaron con posterioridad.

Interesante fue también el itinerario por Andalucía que realizó **Teófilo Gautier en 1840** antes de llegar a Córdoba. A su paso por Granada, plasmó casi al milímetro los detalles de la Alhambra y el Generalife, descripciones de los salones de aquellos palacios, de los tipos que aún la habitaban, la decoración de las cubiertas, las fuentes y surtidores, toda una amalgama de detalles que nos ayudan a recrearnos en su lectura pero que, a nivel científico, fue la visión subjetiva e idealizada de Gautier.

Nos llama la atención una reflexión que, de camino a Málaga, realizó Gautier sobre la actualidad de la vida moderna teniendo en cuenta que su *Viaje por España* fue escrito en 1840:

—Una de las grandes desgracias de la vida moderna es la falta de lo imprevisto, la ausencia de aventuras. Todo está tan reglamentado, tan bien engranado, tan bien clasificado, que no se deja nada a la casualidad; un siglo más de

²⁵² *Ibidem*, p. 317.

²⁵³ *Ibidem*, p. 318.

perfeccionamiento y cada individuo podrá prever lo que ha de ocurrirle desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte. La voluntad humana será anulada. No habrá crímenes, ni virtudes, ni fisonomías, ni originalidades. Será imposible distinguir a un ruso de un español, a un inglés de un chino, a un francés de un americano. Ni siquiera se podrán las gentes reconocer entre sí, pues todo el mundo será igual. Entonces se apoderará del universo un aburrimiento inmenso, y el suicidio diezmará la población del globo, pues habrá desaparecido el móvil principal de la vida: la curiosidad”²⁵⁴.

Esta interesante reflexión de Gautier escrita en 1840 se explica por las ansias de encontrar el pasado glorioso español. Como buenos románticos, los viajeros buscaban el exotismo de lo oriental, el historicismo e incluso, el lado salvaje, primitivo y ancestral que pensaban se mantenía en el sur. Y así, como lugar cercano a África, se dirigieron a Andalucía por lo que Gautier cuando llegó a nuestra tierra mostró todo un ideario romántico:

–Además de su patria natural, cada hombre posee una patria de adopción, un país soñado por el que, antes incluso de haberlo visto, se pasea preferentemente su fantasía y en el que construye castillos imaginarios que puebla de figuras a su antojo. Nosotros escogimos siempre España para edificar allí nuestros castillos fantásticos”²⁵⁵.

Siguiendo por nuestro itinerario viajero, debemos mencionar también a **Jean Charles Davillier**, barón de Ruán, que visitó España hasta en nueve ocasiones y fue en su viaje de **1862** cuando escribió *L’Espagne* que fue publicado en París en 1874. Este libro aportaba un recorrido por nuestra cultura más castiza y costumbrista y, concretamente, en su itinerario por Andalucía plasmó sus impresiones sobre la ciudad de Córdoba:

–No hay ciudad en España que pueda enorgullecerse de un pasado más glorioso que el de Córdoba. Su historia se remonta tanto, que se ignora hasta la etimología de su nombre. Aún no se ha decidido la cuestión de saber si los romanos la llamaron Corduba, tomando esta palabra de la lengua ibérica; si,

²⁵⁴ GAUTIER, T., *Viaje por España...op. cit.*, p. 117.

²⁵⁵ Cit. en HEMPEL-LIPSCHUTZ, I., –Andalucía, de lo vivido a lo escrito por tres románticos franceses: François-René de Chateaubriand, Prosper Mérimée y Théophile Gautier”, en *La imagen de Andalucía...*, *op. cit.*, p. 71.

según Bochart, se deriva de Corteba, que quiere decir en fenicio prensa de aceite, o bien si los cartagineses la llamaron así de una palabra que significa la perla del Sur”²⁵⁶.

Con estas palabras comenzó el barón Davillier su recorrido en la ciudad de Córdoba, donde hizo una exaltación de la capital del Califato, a la vez que una breve introducción sobre la posible etimología de su nombre. Consideraba Davillier que, por la situación estratégica de la ciudad, pudo ser una de las de más antigua fundación de la Península y para justificar su argumento, anotaba que ya Silio Itálico la mencionaba en uno de sus poemas sobre la Segunda Guerra Púnica, donde aparecía Córdoba entre las ciudades que dieron socorro a Aníbal. Sin embargo, la historiografía actual atribuye el nacimiento de Córdoba a la figura del pretor Claudio Marcelo en el 169 a.C., quien fundó, junto a un asentamiento ibérico prerromano, una colonia latina llamándola Corduba, que fue habitada por población patricia procedentes de la misma ciudad de Roma, siendo la primera urbe de España a la que los romanos dieron el título y los privilegios correspondientes a una colonia romana y patricia.

El barón Davillier fue haciendo un recorrido histórico por la capital cordobesa, desde sus orígenes romanos hasta el siglo XIX, deteniéndose especialmente en la etapa en la que Córdoba primero se independizó de la soberanía de Damasco para después pasar a convertirse en la capital del califato de Occidente²⁵⁷, declarándose la ciudad más sabia y opulenta de Europa:

—Bajo los sucesores de Abderramán, alcanzó Córdoba el apogeo de su esplendor y de su prosperidad. Mereció ser llamada entonces la Atenas de Occidente y se convirtió, según expresiones del célebre médico Razis, en la nodriza de las ciencias y la cuna de los capitanes. Otros autores árabes la llaman también la madre de las ciudades, el trono de los sultanes, el minarete de la piedad y de la devoción, el refugio de la tradición, la mansión de la magnificencia y de la elegancia. Un poeta dice que Córdoba es a Andalucía lo

²⁵⁶ DAVILLIER, J. C., *Viaje por Andalucía...*, op. cit., p. 417.

²⁵⁷ El califato de Córdoba fue un estado musulmán andalusí que Abderramán III proclamó en 929. Dicha etapa puso fin al emirato independiente de Damasco, iniciado por Abderramán I en 756. El califato de los Omeyas finalizó en 1031, dando lugar a la fragmentación del Estado en pequeños reinos Taifas.

que la cabeza al cuerpo. Otro compara a esta provincia con un león cuyo corazón sería la capital de los califas de Occidente”²⁵⁸.

De esta forma, rememoraba Davillier la enorme importancia que alcanzó Córdoba durante el califato Omeya, así como algunos de los apelativos que mereció la ciudad por parte de sus contemporáneos. Córdoba era una de las ciudades más sabias y de hecho, el califa Hixem llegó a tener una biblioteca con más de seiscientos mil volúmenes.

Entre las murallas de Córdoba convivieron árabes, judíos y cristianos y fructificó para siempre la semilla de la tolerancia. Prueba de dicho respeto de los califas, fue que se pudo celebrar un Concilio de Obispos en la ciudad durante el reinado de Hixem, hijo de Abderramán I y su sucesor. Aunque también hablan las crónicas que, en un solo día, tres mil cristianos se convirtieron al Islam. De la misma manera, los judíos tenían absoluta libertad de profesar su fe y en la calle de su nombre, se conserva aún la Sinagoga que en tiempos de Davillier, tenía un uso bien distinto²⁵⁹.

Incluso en su diario, Davillier hizo alusión a dos de los grandes oficios artesanales que han distinguido a Córdoba hasta el día de hoy:

1. El cuero: donde se distingue el cordobán, que es el trabajo en cuero en su color; y el guadamecí, que es el trabajo en cuero policromado.
2. La plata: la orfebrería en Córdoba ya era famosa durante la dominación musulmana; los plateros cordobeses trabajan sobre todo la filigrana y aún hoy se realiza con una excelente habilidad este tipo de trabajo.

Así mismo, Davillier incluyó una pequeña exaltación de los caballos andaluces, cuya raza era más estimada en Francia durante los siglos XVI y XVII, y que era también una herencia oriental. De igual forma, le llamaron la atención los rebaños de bueyes y carneros en los campos andaluces ilustrados por su compañero Doré.

A diferencia de otros viajeros que se quedaron con un concepto idealizado de la ciudad, el barón Davillier, y en su paseo por el casco urbano, tomó conciencia de que

²⁵⁸ DAVILLIER, J. C., *op. cit.*, p. 419.

²⁵⁹ La Sinagoga de Córdoba es un templo edificado en el año 1315 por el alarife Isaq Moheb, según reza la leyenda esculpida en piedra en su interior. Después de la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos en 1492, el edificio fue convertido en hospital de hidrófobos de santa Quiteria. En 1588 pasó a ser una ermita dedicada a san Crispín, y en el siglo XIX se usó como escuela de párvulos.

Córdoba en el siglo XIX era una ciudad en decadencia, lejos de su pasado glorioso y espléndido. Al introducirse en sus calles observó fachadas al aire, envejecidas por el musgo y la hierba, monasterios y conventos deshabitados, iglesias desiertas, calles silenciosas, talleres donde ya no se trabajaba.... En definitiva, una población inactiva y dormida, reducida a nada, víctima de una considerable decadencia material y moral:

—Sólo las iglesias no han disminuido en Córdoba. Son poco más o menos tan numerosas como antaño. Y lo mismo se puede decir del clero, que forma él solo lo mismo que el de Toledo, una buena parte de la población. La antigua capital musulmana es tan famosa como Sevilla por su devoción hacia la Santa Virgen, llamada generalmente en España: la Santísima. Los andaluces designan a su región bajo el nombre de: la tierra de María Santísima”²⁶⁰.

Por otra parte, **Hans Christian Andersen** realizó su itinerario en **1862**, anotando esta reflexión sobre Córdoba:

—¿Fue casualidad o era ya característico en Córdoba, la ciudad cantora que fundara en tiempo de moros toda una escuela de música, que no se oyese más cantar a nadie, ni sonasen unas castañuelas, ni se viese bailar en ninguna parte? La ciudad parecía sin vida y abandonada. Tan sólo una dama, devocionario en mano, pasó por las angostas calles, camino de la vetusta Catedral, gloria y maravilla única de Córdoba”²⁶¹.

La ciudad de Córdoba, cuna del cante y del baile flamenco, aparecía ante este viajero como una urbe silenciosa, ofreciendo un aspecto de dejadez y abandono. Este contraste entre esplendor y decadencia fue muy recurrente en los románticos del siglo XIX, pues los viajeros llegaban a Córdoba con la imagen tópica del andaluz: la fiesta y el baile. De ahí, posiblemente el desengaño de muchos románticos que querían ver en el tipo andaluz aquello que habían leído en otras novelas decimonónicas, que describieron una Andalucía de leyenda más que basada en la realidad del momento.

²⁶⁰ DAVILLIER, J. C., *op. cit.*, p. 448.

²⁶¹ ANDERSEN, H. C., *Viaje por España...*, *op. cit.*, pp. 256-257.

Por otra parte, **Edmondo de Amicis** llegó a la capital cordobesa en tren en **1873**, iniciando su narración con el tren de Andalucía, que uniría en una noche Castilla y Córdoba:

—¡Oh, bendita España! [...] Atravesamos la Mancha, la famosa Mancha, inmortal teatro de las aventuras de Don Quijote. Es tal cual me la imaginaba: amplias llanuras desnudas, largos trechos de arenoso terreno, algún que otro molino de viento, unos pocos pueblos míseros, solitarios senderos y casuchas abandonadas. Viendo aquellos lugares, sentí la vaga sensación de melancolía que siempre despierta en mí la lectura del libro de Cervantes”²⁶².

Cuando Edmondo de Amicis llegó a Córdoba visitó la Mezquita-Catedral y posteriormente, siguió paseando por las calles cordobesas. Pasada las horas de calor, los habitantes empezaban a tomar la calle, pero el viajero quedó algo decepcionado: él esperaba ver los tipos andaluces que dibujó Doré en sus grabados y nada más lejos de la realidad, pues no se encontró con tipos orientales, ni con bandoleros, ni con mujeres con mantilla. Ahora eso sí, el viajero pudo disfrutar de un paseo nocturno que incluso aconsejaba por la tranquilidad y el silencio que se respiraba a esas horas de la tarde noche por las calles de Córdoba:

—¡Córdoba, la antigua perla de Occidente, como la llamaban los poetas árabes, la ciudad de las ciudades! ¡Córdoba, la de los treinta barrios y de las tres mil Mezquitas, que encerraba entre sus murallas el mayor templo del Islam! Su fama se extendía por Oriente y oscurecía la gloria de la antigua Damasco. Los fieles venían de las más remotas regiones para postrarse ante el maravilloso Mihrab de su Mezquita, al resplandor de mil lámparas de bronce, fundidas con las campanas de las Catedrales de España [...] Las poesías cantadas a las faldas de Sierra Morena, volaban de cítara en cítara, hasta los valles del Cáucaso, para excitar el ardor de los peregrinos. ¡La bella, la poderosa, la sabia Córdoba, coronada de tres mil pueblos, ostentaba altivamente sus blancos alminares, en medio de los bosquecillos de naranjos y expandía alrededor del divino valle un aura voluptuosa de alegría y de gloria!”²⁶³.

²⁶² AMICIS, E. de, *España, diario de viaje...*, op. cit., p. 228.

²⁶³ *Ibidem*, pp. 232-233.

Hemos de destacar en este capítulo, el papel tan importante que desarrollaron las viajeras que visitaron Andalucía en el siglo XIX. Los estudios que se han realizado sobre libros de viajes siempre se han centrado en los viajeros que, de una u otra manera, nos reflejaron sus particulares visiones de nuestra tierra, unas veces más realistas y otras más noveladas e idealizadas.

No obstante, pocos estudios²⁶⁴ advierten sobre la presencia de mujeres viajeras que de igual forma visitaron Andalucía, como fue el caso de la duquesa de Abrantes²⁶⁵ o la escritora *George Sand*²⁶⁶. Y es que tan sólo de Francia nos visitaron un total de trece viajeras a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

En la mayoría de las investigaciones y reflexiones sobre la literatura de viajes del siglo XIX, se mencionan los diarios de numerosos varones que vinieron a España con una notable ausencia de las mujeres viajeras. Por ello, queremos reivindicar la valentía de estas mujeres que “cansadas” de leer libros de viajes fueron decididas, vinieron a España por una temporada y escribieron sus propios relatos y vivencias. Las viajeras superaron trabas y prejuicios sociales y aportaron a la Historia una colección de literatura de viajes que en nada tiene que envidiar a los que escribieron los varones y que sirvieron para ensalzar la belleza de España y de Andalucía a lo largo del siglo XIX.

A pesar de nuestros esfuerzos, no hemos encontrado más que algunos testimonios sobre la ciudad de Córdoba por parte de las viajeras que, en sus viajes a Andalucía, se centraron más en Sevilla y en Granada, de ahí que no hayamos sido muy pródigos en textos de mujeres viajeras. Sin embargo, reconocemos la enorme aportación de sus relatos a la literatura decimonónica, tal y como señala Egea Fernández-Montesinos:

—Es, sobre todo, a partir del siglo XIX cuando las mujeres se posicionan como sujetos artísticos e intentan irrumpir en espacios y profesiones hasta entonces

²⁶⁴ Hemos de destacar en este sentido el estudio realizado sobre las mujeres viajeras de ECHEVERRÍA PEREDA, E., *Andalucía y las viajeras francesas en el siglo XIX*, Málaga, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Málaga, 1995.

²⁶⁵ El Ducado de Abrantes es un título nobiliario de naturaleza española que fue otorgado por primera vez el 23 de marzo de 1642 por el rey Felipe IV para Alfonso de Lancaster y Lancaster Enríquez de Girón, que a su vez era tataranieto del rey Juan II de Portugal. Dicho título obtuvo la Grandeza de España el 2 de septiembre de 1650, siendo ratificado el 20 de noviembre de 1663.

²⁶⁶ *George Sand* es el pseudónimo de Amandine Aurore Lucile Dupin, baronesa Dudevant (París 1 de julio de 1804-Nohant, 8 de junio de 1876).

reservados para el varón. La mujer se da cuenta de que la percepción no es una apreciación única y objetiva, sino que existen diferentes puntos de vista, por lo que el caso de las viajeras, muchas de ellas reutilizan conceptos y se preocupan por describir lo pintoresco y lo diferente que encuentran en sus viajes intentando reescribir los modelos masculinos anteriores [...] La apuesta última por el gesto de viajar, escribir o cuestionar el mundo masculino está basada quizá en el deseo de mejorar la educación para la mujer y para todas las clases sociales con el objetivo último de ayudar a la emancipación de la mujer”²⁶⁷.

Así, la viajera **María Star**, que tras permanecer en varias ocasiones en nuestra tierra se declaraba una enamorada de España, nos visitó hasta en dos ocasiones en **1890 y 1899**. Su relato apareció ampliamente ilustrado por fotografías realizadas por ella misma. Sevilla fue el epicentro de su viaje a Andalucía y desde allí, visitó fugazmente Madrid, Córdoba, Tánger, Granada, Cádiz, Toledo, Ávila y Burgos. De Andalucía, y especialmente de su estancia en Córdoba dejó escrito:

—Despertar bajo un cielo más clemente [...] Las casas se destacan, blancas, luminosas, sobre un cielo diáfano, y mi espíritu evoca ya la magia de Oriente. Mi lasitud se deleita ante la dulzura meridional [...] Se advierte aquí, a cada paso, cuán grande ha sido la benéfica influencia dejada en el país por la dominación de los moros y su posterior unión con los nativos mediante lazos de sangre”²⁶⁸.

María Star se dejó llevar por la magia oriental de Córdoba recalando los beneficios que nos trajeron esos ocho siglos de presencia musulmana en Andalucía. Así mismo, Star se detuvo a explicar cómo era el pueblo andaluz y sus gentes, cuya idiosincrasia era herencia también de los musulmanes puesto que: —Ellos transfirieron a España los beneficios de una civilización refinada, el gusto por el arte, el culto a la hospitalidad y la resignación oriental. Este culto a la hospitalidad pervive en todas sus gentes, sea cual sea su condición”²⁶⁹. De esta forma, María Star consideraba que los andaluces éramos

²⁶⁷ EGEA FERNÁNDEZ-MONTESINOS, A., *Viajeras románticas en Andalucía...*, op. cit., p. 22.

²⁶⁸ Cit. en ECHEVERRÍA PEREDA, E., *Andalucía y las viajeras...*, op. cit., p. 134.

²⁶⁹ *Idem*.

hospitalarios, corteses, sinceros, respetuosos con las familias, patriotas, comunicativos y un tanto supersticiosos.

Concluye la Dra. Echeverría que hubo un claro proceso metonímico en el viaje de María Star a España, ya que gran parte de su estancia la vivió en nuestra tierra: Andalucía. Por ello, la imagen de España que reflejó la viajera en su diario se vislumbró a través del filtro de Andalucía. Es decir, la parte por el todo: ella describió el carácter andaluz y lo generalizó a toda España²⁷⁰.

²⁷⁰ Cit. en ECHEVERRÍA PEREDA, E., *Andalucía...*, *op. cit.*, pp. 133-137.

3. Córdoba en la literatura de viajes española del siglo XIX

En nuestra investigación hemos querido dedicar un capítulo a los viajeros españoles que decidieron acercarse a Córdoba en el marco de la centuria decimonónica. Venían con visiones más realistas y menos prejuiciosas que los extranjeros, pero, aun así, dejaron escritos unos diarios de viaje de gran valor literario.

Según la Dra. Quiles Faz, «De todas las regiones españolas, fue Andalucía la más visitada por los viajeros románticos decimonónicos; el carácter alegre y abierto de sus gentes, su clima, su folclore, la elegancia y caballerosidad de sus bandoleros, su pasado y sus restos árabes constituían los principales alicientes para el viajero»²⁷¹.

Para los viajeros españoles, nuestra tierra andaluza poseía un fuerte atractivo, ya que desde siempre hemos disfrutado de un clima suave durante todas las estaciones del año, así como de una monumentalidad que ha enamorado a propios y extraños, especialmente el arte hispano-musulmán que tanto llamó la atención de unos viajeros románticos sedientos de orientalismo.

Andalucía se convirtió así en un eje común entre la tradición romántica europea y la española. Lejos quedaban ya las visiones ilustradas que pretendían aprender y enseñar. Los viajeros románticos decimonónicos centraron su atención en «aspectos marginados anteriormente que comenzaron a adquirir un repentino prestigio y surgió así la atracción hacia lo agreste, lo insólito, el mestizaje, el medievalismo y el orientalismo»²⁷².

Al igual que vimos con los viajeros extranjeros, los nacionales contemplaron una ciudad de Córdoba devastada por la invasión francesa y las desamortizaciones. Sin embargo, esta situación de abandono hizo que se convirtiese en un prototipo de ciudad

²⁷¹ QUILES FAZ, A., «Málaga, puerto de destino de románticos, navegantes y bandoleros. Un análisis literario de los libros de viajes andaluces en el siglo XIX», en *Actas del II Congreso de Caminería Hispánica II*, Madrid-Guadalajara, CSIC y Patronato Arcipreste de Hita, 1996, p. 583.

²⁷² *Idem*.

romántica, donde en sus calles y plazas cobraban protagonismo la melancolía y la nostalgia, tan propias de estos viajeros decimonónicos.

Por ello, los viajeros románticos —colaboraban con entusiasmo a robustecer la imagen magnificada de Andalucía y el mero enunciado de topónimos andaluces excitaba sus ánimos y suscitaba en ellos evocaciones de embriagadora belleza”²⁷³. Esto conllevó consigo una visión idealizada de nuestra tierra, que quedó reflejada en sus diarios de forma novelada y en ocasiones hasta fantasiosa, con una notable carga literaria, a fin de que sus escritos fuesen más atractivos y emocionantes.

En el Romanticismo se creó el tópico de Andalucía, alimentado por la literatura de viajes que de una u otra forma creaba un cierto prejuicio a la vez que unas visiones deformadas de nuestra tierra y de nuestro estilo de vida. Así cobraron protagonismo los tipos andaluces como el bandolero, el torero o las mujeres con mantilla, en una serie de relatos completamente idealizados a la vez que lejanos de la realidad deprimida que vivía nuestra región en la centuria decimonónica. De aquí que naciera la literatura costumbrista española²⁷⁴ como contrapunto al Romanticismo.

Si estas eran las visiones idealizadas y distorsionadas de Andalucía, cuánto más en nuestra ciudad de estudio, eje y centro de nuestra investigación: Córdoba. Como antecedente, ya en el siglo XVI, Ambrosio de Morales reflejaba las bondades de la tierra cordobesa:

—Los campos de Córdoba y su tierra están repartidos en sierra y campiña, y tan distintos que parece naturaleza con gran cuidado los quiso partir y diferenciar, echándoles el río por término. Todo lo oriental de un lado del río por Córdoba y su tierra es sierra y muy fragosa, y todo lo occidental campo llano de labor y algunos pastos. La una y la otra parte tienen su fertilidad y frescura extremada”²⁷⁵.

²⁷³ *Ibidem*, p. 584.

²⁷⁴ Entre los costumbristas españoles cabe destacar a Ramón de Mesonero Romanos, que fue muy crítico con el Romanticismo dominante en el siglo XIX, lo que se refleja en *El Antiguo Madrid, paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*, Madrid, Fernando Plaza del Amo, 1861.

²⁷⁵ MORALES, A. de, *Las antigüedades de las ciudades de España*, Alcalá de Henares, Biblioteca Virtual de Andalucía, 1575. Cit. en RALLO GRUSS, A., *Libros de antigüedades de Andalucía*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2009, p. 517.

Durante el siglo XIX, Córdoba se convirtió en todo un referente oriental, por cuyas calles quisieron ver los románticos a los bandoleros y a las mujeres con mantillas, y en cuya Mezquita vinieron a aparecerse los musulmanes paseándose entre sus arcos califales. De todo ello se llenaron sus diarios de viaje, así como los grabadores que le acompañaban, que plasmaron poco más o menos la Córdoba de los Abderramanes.

Fueron unas visiones andaluzas según la literatura viajera del siglo XIX que quisieron mostrarnos esa Andalucía de pandereta, de toreros y manolas, que no llegaba a despegarse de los tópicos trasnochados. Según las reflexiones de la Dra. Quiles, ~~des~~graciadamente volver la mirada al pasado nos revela cuán poco han cambiado los tiempos y las costumbres y cómo no hemos aprendido de nuestros propios errores y seguimos repitiendo y exportando manidas imágenes decimonónicas²⁷⁶.

Nosotros, al igual que con los viajeros extranjeros, analizaremos las visiones de Córdoba según la literatura española en base a tres ejes fundamentales: la Mezquita-Catedral, el urbanismo, y las fiestas, usos y costumbres en el siglo XIX.

²⁷⁶ QUILES FAZ, A., art. cit., p. 592.

3.1. La Mezquita-Catedral de Córdoba

El principal antecedente cordobés a la literatura de viajes decimonónica, lo encontramos en **Ambrosio de Morales**²⁷⁷, quien escribió un amplio tratado bajo el título *Las antigüedades de las ciudades de España* en **1575**. En su obra introdujo una clara alusión a la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—Edificaron también allí la gran mezquita, que ahora es la iglesia mayor, y por ser uno de los mayores, más extraños y más suntuosos edificios, que se halla en el mundo, será mucha razón referir aquí de ella, todo lo que conviene, para que quien no la ha visto, la pueda en alguna manera gozar”²⁷⁸.

En este texto del siglo XVI, vemos cómo Ambrosio de Morales realizó una exaltación de la antigua mezquita, hoy santa iglesia catedral de Córdoba, describiendo el templo con estos términos:

—El extraño y famoso edificio de la iglesia mayor de Córdoba, es con mucha razón alabado y estimado por una de las más señaladas y maravillosas obras que hay en el mundo. Y aunque la grandeza y majestad es mucha, la extrañeza y diversidad, pone más admiración y espanto [...] Esto es así, por haber sido fabricada para mezquita de moros, y por haber querido mostrar en ella los dos reyes, que la labraron, muy de propósito su grandeza”²⁷⁹.

Morales mostraba la extrañeza que se sentía al visitar la Mezquita-Catedral, debido a la mezcla de estilos arquitectónicos que convivían en el edificio. Posteriormente añadió una breve historia sobre la construcción del templo que concluía diciendo: —así que este

²⁷⁷ Ambrosio de Morales (Córdoba 1513 - 1591), humanista, historiador y arqueólogo español. Fue hijo de Antonio de Morales, médico y catedrático de la Universidad de Alcalá. Cursó sus estudios en la Universidad de Salamanca junto a su tío, el famoso humanista Fernán Pérez de Oliva, que era catedrático y rector de esa Universidad; de hecho, corrigió y editó la obra de este. Morales fue discípulo de Melchor Cano y se interesó por la lingüística, ya que compuso un *Discurso sobre la lengua castellana*. En 1531, muerto su tío, regresó a Córdoba y en 1533 profesó en la Orden Jerónima. Se ordenó sacerdote y enseñó como catedrático de Retórica en la Universidad de Alcalá desde 1550.

²⁷⁸ MORALES, A. de, *Las antigüedades de las ciudades de España*, Alcalá de Henares, Biblioteca Virtual de Andalucía, 1575, p. 250.

²⁷⁹ *Ibidem*, pp. 250-251.

año de mil y quinientos y setenta y dos [...] a setecientos y setenta años y más, que la iglesia mayor de Córdoba se acabó”²⁸⁰.

Así mismo, Ambrosio de Morales describió la torre de la Mezquita-Catedral, que sobresalía imponente sobre el caserío cordobés:

—La torre es de sillería, y es cuadrada con sesenta pies, por un lado, disminuyendo en lo alto un poco. Tiene dentro dos escaleras de traza harto extraña y nunca vista, porque apartándose en lo bajo a diversas partes, en lo alto se vuelven a juntar [...] del jaspe de las columnas de la torre hay muchas otras, como después diremos, por toda la iglesia”²⁸¹.

De igual forma, Morales se deleitó en el Patio de los Naranjos del conjunto monumental, dejando entrever sus propias impresiones:

—Tiene el Patio [de los Naranjos] otra extrañeza, de las muy celebradas en los más maravillosos edificios que ha habido en el mundo. Y es que, estando hueco por debajo por una grandísima cisterna, que tiene de bóveda armada sobre grandes columnas, que da huerto de arriba, con gruesísimos naranjos y cipreses y otros árboles; así que puede entrar casi en competencia con los huertos de Babilonia, contado por uno de los siete milagros del mundo”²⁸².

Ambrosio de Morales comparó el Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba con los jardines colgantes de Babilonia, que fue una de las siete maravillas del mundo en la Antigüedad. A continuación, Morales entró en las naves de la antigua Mezquita:

—Siendo así las naves veintinueve por una parte y diecinueve por otra, viene a tener todo el cuerpo de la iglesia ochocientas y cincuenta columnas, que es una de las mayores maravillas y grandezas, que en edificio ninguno de todo el mundo puede haber. Y con otras sesenta y dos columnas, que hay en los portales del patio y las cien que dijimos de la torre, son por todas más de mil columnas [...] Los capiteles son todos corintios y aún algo más altos que la medida común,

²⁸⁰ *Idem.*

²⁸¹ *Ibidem*, p. 253.

²⁸² *Ibidem*, p. 255.

y no dudo, sino que también tuvieron las columnas basas, sino que, con el solar de ladrillo, que es más nuevo, las taparon”²⁸³.

Ambrosio de Morales se adentró hasta el muro de la Quibla, donde en aquel tiempo se encontraba la capilla de san Pedro y que tapaba parcialmente el antiguo Mihrab de la Mezquita:

–Sólo queda para acabar lo de su fábrica, decir como toda ella servía para poner en ella una capilla u oratorio principal, adornándolo de mayor lindeza y riquísimas labores. Llámase ahora la Capilla de San Pedro y es enterramiento de los Condes de Alcaudete y de otros caballeros de su linaje. Está arrimada hacia la pared del mediodía que sale hacia el río [...] Que como esta Mezquita de Córdoba era el mayor santuario que los moros había de tener después de la Meca, y esta capilla [el Mihrab] era lo principal de ella, quiso el rey Abderramán engrandecerla y enriquecerla por todas las maneras que pudo”²⁸⁴.

No fue hasta 1815, cuando el Cabildo de la Catedral decidió con gran acierto, retirar el retablo de san Pedro, dejando a la luz el Mihrab de la antigua Mezquita de Córdoba. No obstante, Ambrosio de Morales detalló lo que se podía contemplar del Mihrab:

–La forma de la capilla es toda de esta manera. A la entrada tiene uno como cuadro, que la aparta de las demás con un grande arco. Lo bajo de las paredes de este cuadro está forrado de tablas de mármol blanco riquísimo, labradas de follajes y distintas a trechos con doce columnas de diversos jaspes y todos muy preciosos. Sobre estas tablas de mármol, que son de hasta quince pies en alto, se levanta la obra del mosaico muy sutil, mezclada con oro, sin tener imagen ninguna, como suele tener el mosaico, sino solamente una labor continuada y enlazada siempre de una manera a la morisca, con ciertos florones [...] También este mosaico está distinto por lo alto con otras doce columnas de rico jaspe, que caen sobre las doce de abajo, y discurriendo sobre ellas un entablamento no muy ancho, se comienza a formar el cimborrio redondo con alguna forma de media naranja, todo de la misma labor del mosaico, aunque distinta y diferenciada con las cintas lisas, de que se forma la media naranja [...] y en toda esta capilla [...]

²⁸³ *Ibidem*, pp. 256-257.

²⁸⁴ *Idem*.

está la mayor grandeza y suntuosidad, que en toda junta la fábrica de la iglesia”²⁸⁵.

Ambrosio de Morales reflejó la riqueza de los mosaicos que decoraban la fachada del Mihrab, así como la cúpula gallonada de media naranja que cubría esta zona del templo, la más sagrada de la antigua Mezquita. El autor fue muy prolijo en su texto sobre la Catedral, ya que no solo era cordobés, sino que fue uno de los grandes intelectuales del siglo XVI.

Así mismo, dos siglos después, hemos de destacar a **Antonio Ponz**²⁸⁶, quien realizó un amplio periplo nacional y que fue recogido en su *Viaje de España*, cuya primera edición dató de 1772. Se trata de un total de dieciocho volúmenes de los que dedicó a Córdoba el final del XVI y el principio del XVII.

Sus primeras palabras fueron dedicadas a la Catedral de Córdoba: “todo el edificio es un cuadrado que a lo largo tiene seiscientos veinte pies y a lo ancho cuatrocientos cuarenta; lo largo se entiende del norte a mediodía y lo ancho de oriente a poniente. Y aunque esto es así, el altar principal de la Mezquita, al oriente estaba”²⁸⁷.

Lo primero que llamó la atención de Ponz fueron las considerables dimensiones de la Mezquita-Catedral de Córdoba, con un total de 23.400 metros cuadrados de superficie, casi dos hectáreas y media de terreno. Nada más entrar al Patio de los Naranjos, le asombró la torre campanario de la Catedral:

—Arrimada a esta puerta [la del Perdón] está la torre de la iglesia grande y muy alta, que, aunque se labró juntamente con ella, más tiene de obra romana que de morisca, como lo muestra la forma de toda ella, y las catorce ventanas que tiene, la mitad con dos claros y la mitad con tres, formados con columnas de jaspe

²⁸⁵ *Ibidem*, pp. 258-259.

²⁸⁶ Antonio Ponz Piquer (Masía de la Cerrada, Castellón, 28 de junio de 1725 - Madrid, 4 de diciembre de 1792), fue un historiador ilustrado, pintor y viajero español. En 1773 fue elegido académico de la Historia y en 1776 secretario de la Real Academia de Bellas Artes de san Fernando y fue, además, miembro de la Real Sociedad Bascongada y de la Económica de Madrid, entre otras distinciones.

²⁸⁷ PONZ PIQUER, A., *Viaje de España*, Madrid, Atlas, 1972, tomo XVI, p. 282.

mezclado de blanco y encarnado, todo con medida, correspondencia y proporción romana”²⁸⁸.

Antonio Ponz confundió algunos términos, ya que la actual torre de la catedral conservaba en su interior el antiguo alminar de Abderramán III, por lo que su aspecto exterior no recordaba en nada a la torre musulmana. Interpretamos que cuando aseguró que la torre tenía más de romana que de mora, era porque estaba edificada en pleno Renacimiento, bajo la dirección de Hernán Ruiz, como ya anotamos en capítulos anteriores. A continuación y en cuanto al Patio de los Naranjos dejó escrito:

—Este patio en su principio no tuvo los portales que ahora por los tres lados, pues manifiestamente son obra nueva. Todo estaba exento, y toda junto a la grandeza de la fábrica daba en los ojos en acabando de entrar por la puerta. Y creo cierto que, por no encubrir esta bellísima prospectiva, no estuvo al principio plantado el patio de naranjos, como está ahora. Los cuales impiden el no poderse gozar enteramente de la majestad de la obra, porque son diecinueve las naves que viene del interior de la iglesia a desembocar en el patio, haciendo una tan admirable extrañeza a quien por primera vez entra por la Puerta del Perdón, que lo pone atónito, aunque le encubren los naranjos mucha parte del fundamento”²⁸⁹.

Ya en el interior de la Mezquita-Catedral, el viajero Antonio Ponz plasmó sus descripciones de forma muy detallada:

—Tiene toda la iglesia veintinueve naves por largo y diecinueve de ancho, con ser poco menos que perfectamente cuadrada si el patio. Por ser tan angostas estas veintinueve naves, no tienen los claros de los arcos mucha altura, y para igualar con las de las otras diecinueve, que van de través, y dijimos tenían de alto con el entablamento treinta y cinco pies; sube sobre el arco otro pequeño con no más de cinco pies de claro por la clave. Las dovelas que forman estos arcos bajos y altos son de piedra y dadas por cima de blanco y colorado”²⁹⁰.

²⁸⁸ *Ibidem*, p. 286.

²⁸⁹ *Ibidem*, tomo XVI, p. 291.

²⁹⁰ *Ibidem*, tomo XVI, pp. 293-294.

El autor nos ofrece una clara alusión a la doble arquería en altura de las naves de la Mezquita, con arcos de herradura sobre columnas en su primer tramo y arcos de medio punto sobre pilares en el segundo. Dicha solución arquitectónica se inspiró en los acueductos romanos como el de Segovia que en su tramo más alto presentaba igualmente doble arcada en altura. Así mismo, hacía referencia a la alternancia de dovelas de ladrillo rojo y piedra caliza, que suponía una de las grandes señas de identidad de la Mezquita y, por ende, de toda la ciudad de Córdoba. Y al llegar al muro de la Quibla, Antonio Ponz anotaba sobre la portada del Mihrab:

—La variedad de los colores es muy grande, por ser las piedras que se forman azules y verdes, coloradas y blancas y amarillas. Todas o las más de ellas tienen harto resplandor, no siendo ninguna mayor que la uña del dedo chiquito, por donde se entiende la extraña sutileza de toda la labor”²⁹¹.

Ponz no pudo evitar emocionarse ante la belleza del Mihrab de la antigua Mezquita de Córdoba, con su conjunto de mosaicos bizantinos, pero también reparó en la capilla real, cercana a la antigua Maqsura:

—Más antes de que salgamos de la iglesia será bien contar por insigne gloria de ella, como tiene en la Capilla de los Reyes, que es riquísima, el cuerpo del Rey Don Alfonso XI, uno de los más señalados Príncipes que ha tenido toda la Cristiandad”²⁹².

Así mismo, Antonio Ponz contempló el crucero de la catedral, obra de Hernán Ruiz, o el coro catedralicio, realizado bajo la dirección de Pedro Duque Cornejo:

—El Crucero no se puede negar que es grandioso y lo mismo el Coro y la Capilla Mayor, elevándose mucho sobre la fábrica antigua. El retablo principal es de buena forma: consta de dos cuerpos de orden compuesto, con cuatro columnas de mármoles de mezcla en cada uno. En los intercolumnios hay cuatro grandes cuadros de Don Antonio Palomino [...] el de encima representa la Asunción y en cada uno de los otros hay santos tutelares de Córdoba. Todavía es de mejor arquitectura el tabernáculo bastante grande y de dos cuerpos, cerrado

²⁹¹ *Ibidem*, tomo XVI, p. 299.

²⁹² *Ibidem*, tomo XVI, p. 303.

con su cupulilla y colocado entre las columnas y basamentos del primer cuerpo del retablo: su materia de excelentes mármoles de mezcla, obra de un arquitecto jesuita llamado Alonso de Matías, de cuya invención es también el retablo”²⁹³.

Finalmente, Antonio Ponz se acercó a las capillas de la catedral, aunque el viajero terminó su visita en la parroquia del Sagrario, dentro del conjunto monumental de la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—Demos ahora una vuelta alrededor de la iglesia, para que usted sepa lo que he visto de notable en sus capillas, empezando por la del Sagrario, cuyos retablos no son buenos, pero las pinturas al fresco en las paredes son de Cesar Arbasia, a quien celebra Palomino, diciendo que era de la escuela de Leonardo da Vinci, pero su estilo tiene más de la de Federico Zúcaro[...] pintó toda la capilla de arriba abajo con historias alusivas al Sacramento y diferentes martirios de santos de Córdoba[...] merece nombrarse el cuadro de la Cena de Cristo en el Altar, la Adoración y la Aparición del Señor a las Marías a los lados y unos profetas”²⁹⁴.

Al salir Antonio Ponz de las naves de la Mezquita-Catedral de Córdoba, volvió a recrearse en el Patio de los Naranjos:

—El patio de los Naranjos es un recinto agradable, plantado de naranjos y cipreses, árboles que todo el año mantienen su verdor, y que comunican su fragancia a los sitios donde están; acompañan grandemente las fuentes que hay en dicho patio. Antes de venir yo a Andalucía, ni de saber que había patio de naranjos, como los hay en esta Iglesia Catedral”²⁹⁵.

Así mismo, tenemos constancia que **Francisco de Paula Madrazo Gutiérrez**²⁹⁶ visitó la ciudad de Córdoba en **1849**, y todo su viaje quedó plasmado en su obra *Dos meses en Andalucía, recuerdos de viaje*, que se publicó un año más tarde. Sus primeras reflexiones fueron en torno a la Mezquita-Catedral:

²⁹³ *Ibidem*, tomo XVII, pp. 3-4.

²⁹⁴ *Ibidem*, tomo XVII, pp. 9-10.

²⁹⁵ *Ibidem*, tomo XVII, p. 28.

²⁹⁶ Francisco de Paula Madrazo Gutiérrez fue un destacado taquígrafo, periodista y publicista español del siglo XIX, que escribió varias obras relativas a la literatura de viajes como fueron *Una expedición a Guipúzcoa* (1848), *Dos meses en Andalucía* (1849) e *Impresiones de un viaje a Barcelona* (1858).

—La Catedral de Córdoba es un monumento extraordinario en su arquitectura, y célebre por los grandes recuerdos históricos que a ella están unidos [...] no mirando en ella más que una iglesia, el edificio no es bastante elevado para su inmensa extensión [...] Parece esta catedral un oscuro jardín de troncos de mármol levantados simétricamente de distancia en distancia [...] Este extraordinario monumento presenta el resultado de la confusión de los siglos, de la confusión de los pueblos, de la confusión de las civilizaciones”²⁹⁷.

Madrazo, en este comentario, expuso cómo la Mezquita-Catedral fue reflejo de las distintas culturas y civilizaciones que habían habitado en Córdoba. El viajero se asomó también al Patio de los Naranjos del que dejó escrito:

—El edificio entero presenta un gran cuadro, de los que un lado se abre sobre un inmenso claustro que parece un patio [...] Este patio es una de las grandes curiosidades de la Catedral de Córdoba; es el que sirve de vestíbulo al templo; es el famoso patio llamado de los Naranjos, donde se ven estos preciosos árboles de un grueso y una antigüedad sorprendente; diríase que eran contemporáneos de los reyes moros, que se complacieron en ponerlos a las puertas de sus mezquitas para embalsamar con las suaves y deliciosas emanaciones del azahar la entrada del templo de Alá”²⁹⁸.

Tras estas descripciones del Patio de los Naranjos, Francisco de Paula Madrazo se adentró de nuevo en las naves de la antigua Mezquita:

—Desde este bosque de naranjos se entra en el bosque de mármol, como al principio hemos llamado a la iglesia, experimentando una fuerte sorpresa al ver que el santuario tiene un techo; así es que en lo menos que se piensa al penetrar en este singular edificio, es en una catedral [...] La Catedral de Córdoba más que una iglesia, es un parterre oriental, es el palacio de una sultana favorita”²⁹⁹.

²⁹⁷ MADRAZO GUTIÉRREZ, F. de P., *Dos meses en Andalucía, recuerdos de viaje*, Madrid, Imprenta de la Biblioteca del Siglo, 1849, p. 141.

²⁹⁸ *Ibidem*, p. 143.

²⁹⁹ *Ibidem*, p. 144.

No obstante, Madrazo señaló la inmensa mole que suponía el crucero catedralicio sobre las naves de la antigua mezquita, y que era propiamente la catedral de Córdoba de la que comentó:

–En medio de este laberinto sagrado de columnas se levanta la media naranja, cúpula elegante, empero extraña enteramente a la arquitectura del edificio y del género moderno, porque fue construida en tiempos del emperador Carlos V; pero los arcos de forma morisca que la sostienen son de grande elevación y de maravilloso atrevimiento; además tiene adornos de esculturas finísimas y preciosos mosaicos [...] Cerca de la media naranja está el coro de los canónigos, cuya sillería está magníficamente esculpida en madera por un artista de Córdoba, Cornejo, que en cada silla ha representado un asunto del Antiguo Testamento. Diez años costó al entendido artista concluir esta obra maestra”³⁰⁰.

Tras esta detenida descripción del altar mayor y del coro de la Catedral de Córdoba, Madrazo se encaminó hacia la capilla del Mihrab, a la que dedicó estas palabras:

–Empero lo que más llama la atención es una capilla puramente morisca, donde se han conservado cuidadosamente todos los adornos y arabescos en el mismo estado en que los dejaron los descendientes del profeta [...] Allí se ve en toda su pureza el arte árabe, los encajes de piedra bordados sobre el mármol, todo es puramente mahometano. Hay inscripciones árabes alrededor de la capilla, y refieren que allí era donde se conservaba uno de los originales del Corán, escrito en tiempo de Mahoma”³⁰¹.

Francisco de Paula Madrazo se deleitó contemplando las maravillas de la arquitectura musulmana pero, en honor a la verdad, reconoció que “cuando Fernando III conquistó la ciudad de Córdoba en 1236, purificó inmediatamente la Mezquita y la consagró a Dios”³⁰² y finalizó sus reflexiones exaltando la Catedral que destacó por “haber sido en

³⁰⁰ *Ibidem*, pp. 144 y 145.

³⁰¹ *Ibidem*, p. 145.

³⁰² *Idem*.

el transcurso de los siglos templo del paganismo, templo de los cristianos, mezquita de los árabes y, otra vez, morada del verdadero Dios”³⁰³.

Entre los viajeros españoles destacó **Pascual Madoz**³⁰⁴ y su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, que terminó de escribir en **1850**, año aproximado en que visitó Andalucía y la ciudad de Córdoba. El siguiente texto, donde describió el Patio de los Naranjos de la Mezquita, es una reflexión historicista, no exenta de esa nostalgia romántica por el pasado perdido:

—La Aljama de Córdoba, restitúyala Dios al Islam, fue obra de los Reyes Omeyas que la hicieron a competencia de la de Damasco; se entra a ella por un atrio espacioso lleno de árboles frutales, palmas y naranjos, con copiosas fuentes de agua que corre entre flores y yerbas, debajo de los planteles para recuerdo de las amenidades del Paraíso”³⁰⁵.

Los viajeros españoles, al igual que los extranjeros, venían a Córdoba con cierta sed de orientalismo y de ahí sus continuas alusiones al pasado islámico de Al-Ándalus, como un tiempo de gloria que ya pasó, un esplendor perdido que provocaba la desolación y nostalgia de los románticos.

Así mismo, Pascual Madoz se detuvo ante la torre de la catedral, antiguo alminar árabe de la Mezquita de Córdoba:

—Arrimado a la puerta principal estaba el alminar o torre, grande y alto edificio, que aunque se labró juntamente con la Mezquita, más tenía su forma de obra romana que de morisca [...] Estaba adornada de catorce aljimeces, la mitad con dos claros y la otra mitad con tres, formados de columnas de jaspe mezclado de blanco y encarnado, todo con medida, correspondencia y proporción romana

³⁰³ *Ibidem*, p. 146.

³⁰⁴ Pascual Madoz Ibáñez (Pamplona, 17 de mayo de 1806-Génova, 13 de diciembre de 1870) fue un político español del siglo XIX, presidente de la Junta Provisional Revolucionaria tras la huida al exilio de Isabel II. Ha sido recordado y reconocido como autor del *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* o *Diccionario de Madoz*, obra desarrollada entre 1834 y 1850.

³⁰⁵ MADOZ IBÁÑEZ, P., *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Valladolid, Ámbito Ediciones, 1987, p. 114.

[...] sobre la cúpula resplandecían tres bolas de piedra o bronce dorado y encima de ellas una granada de la misma materia”³⁰⁶.

Resulta destacable lo que Madoz anotó sobre lo que fuera el alminar de Abderramán III, que hoy se encuentra en el interior de la torre campanario de la catedral de Córdoba. A continuación, el viajero nos aportaba algunos datos históricos sobre dicha torre:

—Al lado de la Puerta del Perdón, está situada la torre, en el mismo lugar que ocupaba el alminar de los árabes. Dio trazas para elevarla Hernán Ruiz, que murió en 1547, aumentando por la parte exterior el grueso de los muros de la torre árabe y añadiéndole otros dos cuerpos [...] La fábrica de esta torre es de sillares de piedra franca a excepción del zócalo en que se asienta, que es de jaspe azul”³⁰⁷.

Una vez que cruzó el Patio de los Naranjos, el viajero se introdujo en las naves de la antigua Mezquita de Córdoba:

—El interior de la Mezquita está dividido en diecinueve naves que se dirigen de Norte a Sur, formadas de arcos sostenidos por unas 850 columnas de varios y exquisitos jaspes, cuya singularidad no ofrece ningún edificio del Mundo [...] Las que están colocadas en las once naves contando desde Occidente, son las más hermosas y de éstas lo son aún más las que ocupan la nave del medio, que se dirige al adoratorio”³⁰⁸.

Pascual Madoz expresaba su sobrecogimiento al introducirse en las naves de la antigua Mezquita de Córdoba —cuya singularidad no ofrece ningún edificio del mundo”³⁰⁹. De esta forma, el viajero se acercó a la nave de la Maqsura y, contemplando el Mihrab, afirmaba:

—Todos los arcos que forman la bóveda [del Mihrab] están cubiertos del mismo mosaico que los demás, como igualmente la cúpula que presenta en su

³⁰⁶ *Idem.*

³⁰⁷ *Ibidem*, pp. 123-124.

³⁰⁸ *Ibidem*, p. 113.

³⁰⁹ *Idem.*

circunferencia una inscripción árabiga. La luz del sol, reflejada en sus paredes de cristal de tan varios y resplandecientes colores, da a esta pieza un aspecto magnífico y encantador. Este vestíbulo y las piezas que tiene a uno y otro lado, exceden en elevación a todo el resto de la Mezquita. El arco árabe que ocupa el centro del muro del mediodía o Quibla, y al mismo tiempo el arco adintelado de mosaico, da entrada a otra pieza pequeña y ricamente labrada, que era el adoratorio y, por tanto, la parte más venerable y sagrada de la Mezquita”.³¹⁰

A pesar de la extensión del texto, hemos considerado transcribir estas palabras de Pascual Madoz, pues constituyen una de las mejores descripciones sobre la Maqsura y el Mihrab de la Mezquita de Córdoba que puedan leerse en la literatura de viajes española del siglo XIX.

A continuación, Madoz se encaminó al crucero catedralicio, pero antes añadió una nota histórica, indispensable para comprender la historia de este edificio, como fue la consagración de la antigua mezquita en la catedral de Córdoba:

–Conquistada Córdoba por san Fernando el 29 de junio de 1236, fue destinada la Mezquita para Catedral, pero no se labró la Capilla Mayor hasta el Pontificado de don Fernando de Mesa, desde el año 1257 a 1274. En la parte exterior del muro occidental del Mihrab, se colocó el Altar Mayor y presbiterio de la Capilla Mayor, cerrando al efecto el arco del balcón, proporcionando para el coro las tres naves transversales, que hoy forman una sola delante de la Capilla de Villaviciosa”³¹¹.

Esta descripción demostraba el interés que perseguía Pascual Madoz a fin de que sus lectores se documentasen y así comprendiesen mejor la compleja idiosincrasia de este templo. Así, tras reflejar el episodio histórico de la consagración de la mezquita en catedral, se adentró en el crucero catedralicio y su capilla mayor:

–Dirigió la fábrica de esta nueva Capilla Mayor el famoso arquitecto Hernán Ruiz, natural de Burgos, hasta 1547 en que murió, y la continuó su hijo del mismo nombre, adelantándola mucho en los años de 1550 y 1551 en el

³¹⁰ *Ibidem*, p. 115.

³¹¹ *Ibidem*, p. 116.

Pontificado de Don Leopoldo de Austria. Dejó acabada la Capilla Mayor únicamente, que se concluyó el 31 de diciembre de 1571”³¹².

Finalmente, Pascual Madoz se detuvo ante el retablo de la capilla mayor:

–El retablo de la Capilla Mayor, es obra magnífica que trazó y dirigió el hermano Alonso Matías, coadjutor de la Compañía de Jesús e insigne arquitecto. Tuvo principio en 1618 y se acabó en 1628 [...] se hizo a cargo del Obispo Fray Diego de Mardones”³¹³.

Unos años más tarde, el viajero y literato **Amós de Escalante y Prieto**³¹⁴ visitó la ciudad de Córdoba en **1863** y dejó constancia en su libro *Del Manzanares al Darro*. Como todos los viajeros anteriores, sus primeras referencias cordobesas giraron en torno a la Mezquita-Catedral:

–Tenía delante de mí la gallarda obra de Abderramán I, con las torres que le sirven de estribos, sus puertas de herradura coronadas de escudos y ajimeces y la graciosa guirnalda de almenas, que corre como un encaje por los cuatro costados del edificio. Las líneas conservan toda su belleza, pero el encalado, eterna manía de los andaluces, quita al monumento su aspecto venerable”³¹⁵.

Bien sabemos que la cal sobre las fachadas andaluzas no es ninguna arbitrariedad, sino una forma de proteger los edificios de problemas e injerencias, como era el caso de las epidemias en siglos anteriores. Amós de Escalante se adentró en la antigua Mezquita y nos legó sus reflexiones:

–Subí una doble escalera y entré por una puerta que mira a Oriente. La primera impresión del interior me dejó frío: en nuestro sentimiento, en nuestra educación cristiana, aquello no despierta la idea de templo, parece un edificio

³¹² *Idem*.

³¹³ *Ibidem*, p. 118.

³¹⁴ Amós de Escalante y Prieto (Santander, 31 de marzo de 1831-6 de enero de 1902) fue un literato español autor de diversas obras en prosa y poéticas ambientadas en su mayor parte en su tierra. Era hijo del alcalde de la ciudad Cornelio de Escalante y de Petronila Prieto, y descendiente de ilustres linajes.

³¹⁵ ESCALANTE Y PRIETO, A. de, *Del Manzanares al Darro*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1863. Utilizamos la edición de 1920, p. 30.

cualquiera profano, un bazar o una galería. Los fustes, los capiteles de las columnas han pertenecido en gran parte a otros edificios; algunos son romanos, los hay corintios, intactos unos, otros mutilados: el arquitecto no se tomó siempre el trabajo de ajustar los diámetros del capitel y fuste [...] pero prescindamos de los detalles: consideremos el conjunto y veremos que la monotonía de aquella selva de columnas tiene su grandeza. Sobre todo ¡cómo la embellecen los recuerdos! ¡Qué propio lugar para un culto sin esplendor ni ceremonias!”³¹⁶.

Escalante transmitía sus ideales a la vez que sus sentimientos más profundos al pasear por las naves de la mezquita. Tras una breve semblanza histórica sobre la edificación del templo, se centró en el crucero cristiano de la catedral:

–Hasta 1257, veintiún años después de la restauración de Córdoba por los ejércitos de san Fernando, no se edificó la capilla cristiana. La que hoy existe es de principios del siglo XVI, excelente en su estilo plateresco, género bastardo, transición del gótico al grecorromano, no limpio en su ornamentación del gusto sarraceno”³¹⁷.

Tras observar el crucero catedralicio, Amós de Escalante contempló el Mihrab de la antigua Mezquita de Córdoba:

–Resto y señal de la primitiva magnificencia de la mezquita cordobesa es el Mihrab, o lugar sagrado donde se custodiaba el Corán. Antes de llegar a él hay un vestíbulo o capilla, cuyo ingreso forman tres arcos de cinco lóbulos, con tres de herradura sobrepuestos [...] en las dovelas de las arquivoltas figuran mosaicos de admirable riqueza, y sobre mármol blanco, dorado por los años, materia de toda la obra, se esparcen y derraman una multitud de aleyas, inscripciones cúficas, grecas y follajes. La pompa oriental, el gusto y la variedad del trabajo, revelan su procedencia bizantina; hijos son de una madre: San Marcos de Venecia y el Mihrab de Córdoba”³¹⁸.

³¹⁶ *Idem*.

³¹⁷ *Ibidem*, p. 32.

³¹⁸ *Ibidem*, p. 33.

Amós de Escalante no escatimó detalles a la hora de reflejar la magnificencia del Mihrab de la Mezquita de Córdoba, tras lo cual el viajero se acercó al Patio de los Naranjos:

–Saliendo por la puerta inmediata, nos hallamos en el patio de los Naranjos. Entre los añosos árboles que le dan nombre crecen algunas robustas palmas, y a las sombras de unos y otras, juegan cinco fuentes de cristalinas aguas. El eco de aquel susurro que habrá arrullado los pensamientos y las divagaciones de tantas gentes y tantas generaciones, al alegre gorjeo de infinitos pájaros guarecidos de las espesas hojas, recordamos las grandezas pasadas de Córdoba”³¹⁹.

Siguiendo con los viajeros españoles que visitaron Córdoba a lo largo del siglo XIX, **Augusto Jerez Perchet** estuvo en la capital cordobesa en torno a **1870**. Como a todos sus coetáneos, lo primero que le llamó la atención fue la imponente Mezquita-Catedral, de la que plasmó sus primeras impresiones:

–El monumento más importante de Córdoba es la Catedral. En el lugar que ocupa hubo antiguamente un templo romano y después la célebre Mezquita, mandada construir por Abderramán I en 786. El exterior del templo es severo; parece una fortaleza con sus almenas y sus anchos estribos. Inmediata a la torre se halla la puerta del Perdón que sólo se abre los días de grande solemnidad y da entrada al Patio de los naranjos, extenso atrio adornado de fuentes, naranjos y palmeras”³²⁰.

Esta descripción fue relatada por Jerez Perchet nada más entrar en el Patio de los Naranjos de la catedral de Córdoba, aunque tal vez sea algo parca en palabras. Sin embargo, las emociones salieron más aún a la luz cuando el viajero se introdujo en el interior de la antigua mezquita:

–El interior de la Catedral en nada se asemeja a las demás catedrales de España. A primera vista adviértase una confusión extraña producida por la multitud de columnas que sostienen las diecinueve naves de la Basílica y cuyo número pasa de mil. Delante del Altar Mayor se ve una soberbia lámpara de

³¹⁹ *Ibidem*, pp. 35-36.

³²⁰ JEREZ PERCHET, A., *Impresiones de Viaje, Andalucía*, Granada, Librería de Paulino Ventura y Sabatell, 1875, aunque nosotros hemos consultado la edición de 2005, p. 137.

plata, que pesa unas diecisiete arrobas. La sillería del coro es de caoba y representa en los medallones de las sillas escenas del Antiguo y Nuevo Testamento”³²¹.

Como podemos ver en su texto, Jerez Perchet plasmaba su asombro al contemplar, por primera vez, la magnificencia de las naves de la antigua mezquita, hoy catedral de Córdoba. Así mismo, reparó en la enorme lámpara de plata que aún cuelga sobre el altar mayor, de igual forma que se detuvo ante la majestuosa sillería del coro, realizada por Pedro Duque Cornejo. Y por supuesto, se admiró de la impresionante capilla del Mihrab:

—Terminan los cuatro frentes de la Catedral varias Capillas siendo la más notable la de San Pedro o del Zocarrón, que era destinada en tiempo de los árabes para guardar el Corán. Se compone de un vestíbulo y del santuario. En el centro de aquel hay un túmulo con la banda de los nazaritas. El arco es de pequeños pedazos de cristal, admirablemente unidos y de bellissimo efecto. Cierra la bóveda del santuario una magnífica concha de mármol de una pieza, y la obra toda es de mármol blanco revestido de aleyas del Corán y otras distintas inscripciones”³²².

Terminaba así Jerez Perchet su visita a la Mezquita-Catedral de Córdoba, no sin antes comentar que —a pesar de su belleza, [el monumento presentaba] un defecto notable: el suelo de ladrillos no corresponde a la grandiosidad del edificio”³²³.

Entre los viajeros españoles que visitaron Córdoba, queremos destacar al malagueño **Salvador Rueda**³²⁴. En el epistolario recogido por la Dra. Quiles Faz, aparecía una carta de dicho autor firmada el **26 de mayo de 1889**, y en ella insertaban una serie de impresiones sobre la Mezquita-Catedral de Córdoba:

³²¹ *Idem.*

³²² *Ibidem*, pp. 137-138.

³²³ *Idem.*

³²⁴ Salvador Rueda Santos (Benaque, Málaga, 3 de diciembre de 1857 – Málaga, 1 de abril de 1933) fue periodista y poeta español. Se le considera precursor español del Modernismo.

—La calle Céspedes me condujo por último a los muros de la Catedral, cuya torre taladraba los velos de sombra y destacaban su mole inmensa en los cielos. Todo yacía en ese silencio de Córdoba; silencio parecido al de la misa rezada, lleno de recogimiento sublime”³²⁵.

Salvador Rueda mostraba sentimientos de admiración al contemplar la monumental Mezquita-Catedral, mientras que de sus naves añadía:

—Aquellas largas naves encerradas en ricas columnas a uno y otro lado, ya de vetas oscuras y poéticas como si por ellas resbalara el tono de las rosas de púrpura, ya de colores claros y alegres donde se contenían naturales figuras trazadas por la piedra; aquella sucesión de bóvedas donde el acento humano hace descanso al volar en cada techo y rueda místico y leve con la vibración de las alas de un Ángel; los dibujos árabes trazados como por un rayo de luna en las paredes donde los ojos se fatigan queriendo seguir el hilo fantástico de las labores; el mihrab y oratorio, todo es del cimiento a la cúpula cuajado de elegantes incrustaciones de concha y oro; los pórfidos y jaspes derramados en los altares con la profusión y el efecto que produciría un brillante aguacero de luces; los cruceros con sus dobles arcos abiertos de columna a columna parecidos a un bosque de abiertas banderas, y todo el lujo de riqueza que en el monumento derramó la fantasía oriental, deslumbraba entonces por las tintas de la piedra, con el maravilloso dibujo de los calados, con la tersura de las columnas, y con el arte inmenso que se desplegaba en el sublime ámbito de la mezquita”³²⁶.

Sobre la Mezquita-Catedral de Córdoba, Salvador Rueda desarrolló su prosa poética y retórica, y así en un solo párrafo pintó la sala de columnas, el Mihrab y hasta el crucero, donde se reflejaban las maravillas de la arquitectura, unidos a los sentimientos de dicho autor malagueño. Sin duda, sus reflexiones trascendían a la mera descripción del templo, como bien podemos ver en el siguiente texto:

³²⁵ RUEDA, S., —Carta al Sr. D. Rafael Chinchón, Director del Ateneo, fechada en Córdoba a 26 de mayo de 1889”. Cit. en QUILES FAZ, A., *Salvador Rueda en sus cartas (1886-1933)*, Málaga, Aedile, 2004, p. 59.

³²⁶ QUILES FAZ, A., *op. cit.*, pp. 60-61.

—Por el espacio de la Mezquita han desfilado los jaiques flotantes de los moros, las figuras de los Abderramanes coronadas de gloria y de grandeza, la corte inusitada de los Califas, que dieron a Córdoba renombre, y razas distintas y religiones”³²⁷.

En este caso, el poeta recurrió a la historia de Córdoba y de su Mezquita para realizar una breve, pero intensa, exaltación en la que la ciudad aparecía como paradigma de encuentro de distintas culturas y religiones. Finalmente, Salvador Rueda reflejó también en su texto la famosa leyenda del rayo de luz que se encontraba enterrado en el interior de la Mezquita Catedral de Córdoba.

Así mismo nos detenemos ahora en el también escritor malagueño **Manuel Martínez Barrionuevo**³²⁸, quien dejó constancia de su periplo en su obra *Andalucía: costumbres y recuerdos*, publicada en **1890**. En la ciudad, el escritor se detuvo en el Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—Entré en el Patio de los Naranjos [...] era hermoso el patio, fresquísimo, lleno de sombras y de perfumes [...] Habían acabado de regar y saturábanse los pulmones de un dulce deleite con aquella frescura y aquel perfume. Casi cubrían el patio las sombras de las palmeras y los naranjales. Hay graciosas fuentejillas rodeadas con enverjado de hierro, y un pilón central con sus aiosos machones de piedra, de cada uno de los cuales surgía un rico y brillante raudal de agua [...] los pájaros gorjeaban entre los árboles. Alzábase a mi espalda la mole del cuadrado torreón y tenía enfrente el hermoso arco de herradura de la puerta principal de la iglesia y ventanas de arcos, también con cristaleras riquísimas de colores. Distinguíase allá, hacia la izquierda, los tejadillos negruzcos del crucero con su ancha bola de oro central y la cruz encima”³²⁹.

Martínez Barrionuevo además de describir el Patio de los Naranjos, subió a la torre de la catedral de Córdoba:

³²⁷ *Ibidem*, p. 62.

³²⁸ Manuel Martínez Barrionuevo (Torrox, 23 de julio de 1857 - Madrid, 5 de enero de 1917) fue un periodista y novelista, autor de una prolífica y hoy olvidada obra literaria.

³²⁹ MARTÍNEZ BARRIONUEVO, M., *Andalucía: costumbres y recuerdos*, Barcelona, Montaner, 1890, p. 536.

–Empezábamos a subir la torre lentamente y encontré en el primer cuerpo una lápida conmemorativa que da a la parte de Torrijos. Tiene la lápida una larga inscripción, por la que consta que la torre sufrió grandes deterioros, el 1 de noviembre de 1755³³⁰, con motivo de un gran temblor de tierra, quebrantándose hasta el punto de temer su total ruina. Abriéronse sus claves principales y quedó sin muchos de sus adornos, que se desplomaron. Emprendióse inmediatamente la reedificación y quedó terminada en 1763, 15 de agosto, día de la Asunción. Era obispo de Córdoba, entonces, don Martín de Barcia; deán, don Francisco Javier Fernández de Córdoba; y obrero, Pedro de Cabrera y Cárdenas”³³¹.

Así mismo, una vez que bajó de la torre, Martínez Barrionuevo se adentró en las naves de la Mezquita-Catedral de Córdoba:

–Escogiendo Abderramán a Córdoba como residencia, claro es que en esta población debía ser donde más pudieran verse las muestras dichas de sus talentos, de sus generosidades y de su corazón artístico. Convirtió a Córdoba en un oasis de jardines y fuentes, y con pensamiento famoso que registra la historia como una gala sublime del arte, concibió el de levantar la Mezquita, esa gigantesca joya, abierta desde hace muchos siglos al culto cristiano con el nombre de Santa María la Mayor. El mismo Abderramán hizo los planos de la obra que concibió”³³².

Y tras esta descripción histórica, Martínez Barrionuevo como si se tratase de un viajero romántico, se paseó por el interior de la Mezquita-Catedral:

–Desde antes de entrar en la Mezquita, siéntese el corazón hondamente impresionado por las decoraciones de las puertas, de arcos adintelados que se embuten en otros de herradura, por el mosaico de la labor de sus doseles, por los diminutos ajimeces de columnillas jaspeadas y los arabescos de estuco de sus ramos y sus jambas [...] Aquellas diez y nueve naves atraviénsanse como fabulosos ríos encontrados con otros: es un fastuoso conjunto aquel imponente

³³⁰ El terremoto de Lisboa tuvo lugar el 1 de noviembre de 1755. Los geólogos estiman hoy que la magnitud del terremoto sería aproximadamente un 9 en la escala Richter, con su epicentro en un lugar desconocido, en algún punto del océano Atlántico, a menos de 300 kilómetros de Lisboa.

³³¹ MARTÍNEZ BARRIONUEVO, M., *op. cit.*, p. 536.

³³² *Ibidem*, p. 543.

bosque de columnas que sostienen aquella nave, la inverosímil variedad de las proporciones de los fustes, lo rico y esplendoroso de sus jaspes y mármoles, los bellos capiteles corintios, compuestos, árabes y romanos”³³³.

A continuación, el autor malagueño se fijó en el crucero de la catedral de Córdoba y contempló su retablo y el coro de Duque Cornejo, uno de los más impresionantes de cuantos hay en España:

–Se estrenó la capilla mayor el 8 de septiembre de 1607. Es esta obra de lo mejor acabado que se conoce en el estilo llamado plateresco, viéndose mezclada con grande acierto ya la arquitectura grecorromana, ya la llamada gótica, y aún parece reconocerse ciertos visos del gusto árabe en algunos adornos [...] el retablo de esta capilla [...] lo trazó el hermano Matías Alonso, coadjutor de la Compañía de Jesús e insigne arquitecto. Tuvo principio en 1618 y se terminó en 1628. Es todo de hermoso jaspe rojo de Carcabuey, y los miembros pequeños y adornos de bronce dorado [...] la sillería del coro, que tiene 63 asientos con los episcopales, es de hermosa caoba y fue construido por D. Pedro Duque Cornejo, escultor de cámara de la reina Dña. Isabel de Farnesio, y se concluyó en 1753. Es obra verdaderamente prodigiosa, que se puede contemplar como una maravilla del Arte”³³⁴.

Posteriormente, Martínez Barrionuevo plasmó una breve descripción de las capillas catedralicias, destacando las más importantes entre las que se encuentran la de Nuestra Señora del Rosario, la de santa Teresa, la de la Inmaculada Concepción y la de Nuestra Señora de Villaviciosa. Tras un detallado recorrido por el interior del templo, el literato concluyó su visita exclamando con gran satisfacción:

–Tiene, pues, la Catedral de Córdoba, mil ochenta y nueve años. ¡Oh portento del arte y maravilla del mundo! A pesar de sus once siglos, mántiense sus primitivas y más principales y delicadas labores, como en el instante es que se terminaron”³³⁵.

³³³ *Ibidem*, p. 545.

³³⁴ *Ibidem*, p. 547.

³³⁵ *Ibidem*, p. 550.

El último intelectual finisecular que realizó una pormenorizada descripción de la Mezquita-Catedral de Córdoba fue **Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales**³³⁶, que escribió su *Guía Artística de Córdoba* en **1896**. En su itinerario por el interior del templo se detuvo en el Mihrab de la antigua Mezquita:

—El mihrab y su vestíbulo es lo más bello que hicieron los árabes en España. La bóveda es de piedra y el revestimiento de un mosaico bizantino [...] de la misma materia es el decorado de la fachada del Mihrab y el arrabá de la puerta de la sala que está al lado”³³⁷.

El autor ensalzó el Mihrab de la Mezquita diciendo que —es lo más bello que hicieron los árabes en España”³³⁸. Así mismo, Ramírez de Arellano detalló en su libro la capilla mayor de la catedral de Córdoba:

—La historia del crucero o Capilla Mayor: pertenece al arte llamado del Renacimiento con reminiscencias del ojival y del greco-romano. El plan primitivo de Hernán Ruiz debió ser ojival y así se ve, que hasta los cuatro arcos torales como los del presbiterio y los cuatro que forman los muros del coro son ojivales. Los arquitectos siguieron la traza haciendo platerescos todos los muros altos, las ventanas y bóvedas y el trascoro es ya de arquitectura greco-romana de la que fue el paladín Juan de Herrera, constructor de El Escorial”³³⁹.

Ramírez de Arellano anotó las reminiscencias del gótico tardío en algunos elementos del crucero como son los arcos ojivales, aunque el conjunto es toda una muestra del Renacimiento andaluz, coronado por la bóveda ovalada en cuya clave se representa la Santísima Trinidad. El autor detalló así mismo la sillería del coro de Córdoba:

³³⁶ Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales (Córdoba, 3 de noviembre de 1854 - Toledo, 20 de diciembre de 1921), fue un escritor e historiador español que publicó numerosos trabajos sobre historia del arte y cervantismo. Su ensayo de un catálogo bibliográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba, con descripción de sus obras, obtuvo el primer premio del concurso bibliográfico de la Biblioteca Nacional y fue impreso en 1923; también fue elegido miembro de la *Hispanic Society of America*. En *Leyendas y tradiciones populares*, escrito en 1877, recopiló cuatro leyendas de corte popular.

³³⁷ RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *Guía artística de Córdoba*. Sevilla, Extramuros Edición, 1896, p. 19.

³³⁸ *Idem*.

³³⁹ *Ibidem*, p. 20.

—La sillería del coro la hizo el escultor sevillano Pedro Duque Cornejo y se concluyó en 1757 y aunque de estilo churrigueresco y está demasiada recargada de adornos, presenta un conjunto agradable a la vista, siendo muy notables muchos de los relieves y estatuas que la decoran”³⁴⁰.

Fueron muchos los escritores y viajeros que se fijaron en la sillería del coro de la catedral de Córdoba, considerada una de las mejores de España. Escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento aparecen reflejados en sus tablas, coronado todo el conjunto por un impresionante altorrelieve de la Ascensión del Señor.

Antes de abandonar la catedral de Córdoba, Rafael Ramírez de Arellano describió el retablo de la capilla mayor:

—El retablo mayor costó cincuenta mil ducados; es de mármol rojo de Carcabuey, con pinturas en lienzo y adornos de bronce. Las pinturas representan la Asunción y los santos Acisclo, Victoria, Flora y Pelagio, mártires cordobeses y son obra de Antonio Palomino. Las esculturas, aunque parecen de bronce son de madera dorada y representan al Padre Eterno, san Pedro y san Pablo y las Virtudes y las hizo el escultor cordobés Pedro de Paz. El tabernáculo de mármoles de distintos colores lo construyó en 1653 Sebastián Vidal y las escultrillas que lo adornan son de Pedro Freire de Guevara”³⁴¹.

Ciertamente, el programa iconográfico del retablo mayor está presidido por la Asunción de Nuestra Señora, a quien fue consagrada la antigua mezquita, hoy catedral de la diócesis desde 1236, fecha de la Reconquista cristiana de la ciudad de Córdoba.

Por otra parte, ya inaugurado el siglo XX, tenemos constancia de la visita del poeta **Rubén Darío** a tierras cordobesas en **1903**, y cuyas impresiones dejó reflejadas en su libro *Tierras solares*. Sus primeros textos los dedicó a la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—Vagando de un punto a otro y perdiéndome a veces en el laberinto de esas calles orientales, he dado con fuentes, ruinas, un curioso monumento al ángel Rafael que, según la tradición, ha librado a la ciudad repetidas veces de pestes,

³⁴⁰ *Ibidem*, p. 21.

³⁴¹ *Idem*.

tempestades y calamidades y por fin encontré lo único que verdaderamente atrae a los extranjeros: la Mezquita”³⁴².

De esta forma, llegó Rubén Darío a la Mezquita-Catedral. Nada más contemplarla, insertó una serie de disertaciones personales en torno al templo:

–En este caso, como en otros, no cabe descripción alguna, pues muchas hay en las guías y en cien libros de viajes. Diré, sí, que me asombró este edificio de fe, como los otros edificios de amor y de guerra que dejaron en su amado Al-Ándalus, y que uní mi voz a las mil que han lamentado la vandálica religiosidad de los católicos que creyeron preciso demoler obras de arte y afean el recinto de Alá para adorar mejor a Jesucristo”³⁴³.

En estas reflexiones, Darío criticaba fuertemente la intervención de los católicos en la antigua mezquita como ya hicieron otros viajeros decimonónicos:

–La selva de columnas, la profusión de los arcos, hacen pensar en lo que sería cuando no había tapiadas puertas y la luz penetraba lateral. Se diría una vasta petrificación de palmeras. Y gracias que aún quedan joyas arquitecturales y de mosaico, cual ese prodigioso mihrab o sagrario mahometano, que es la admiración de los conocedores. Aunque hay en la parte de intrusa construcción española muy notables trabajos, como el coro, el visitante no tiene pensamientos más que para los islamitas, que sabían edificar tan bellas moradas de oración. Al entrar, da deseos de cambiar los zapatos por un par de babuchas y de murmurar que sólo Dios es grande”³⁴⁴.

Interesante la reflexión de Darío que nos invita a pensar en el trasfondo filosófico que esconde esta monumental Mezquita-Catedral. Aunque nosotros, yendo un poco más allá que el autor, queremos vislumbrar en el templo catedralicio cordobés, todo un signo de convivencia, de respeto y de tolerancia. Pasados los siglos, la antigua mezquita, hoy catedral de la diócesis de Córdoba, sigue siendo un paradigma de encuentro de culturas, de arte y de distintas religiones que manifiestan su fe en un solo Dios.

³⁴² DARÍO, R., *Tierras solares*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1904. Usamos la edición de la Universidad de Málaga, 1997, p. 118.

³⁴³ *Ibidem*, pp. 118-119.

³⁴⁴ *Ibidem*, p. 119.

Así mismo, tenemos constancia de la visita de **Pío Baroja** a Córdoba en **1918**. El escritor dedicó unas palabras a la ciudad en el capítulo III de su obra *Las horas solitarias*, y en la que como todo viajero, se acercó a la Mezquita-Catedral de Córdoba:

—La Mezquita, que a todos asombra, es lo que a mí menos me gusta. Recuerdo que Gautier, en su *Viaje por España*, habla con entusiasmo de ella y, en cambio, dice algo con desdén de la torre de la Catedral, que a mí se me figura muy hermosa”³⁴⁵.

Sorprende el comentario de Pío Baroja, pues fue uno de los pocos viajeros que no se sobrecogió al contemplar la Mezquita-Catedral, actitud que justificaba en estas palabras:

—Yo, la verdad, no he comprendido nunca el arte árabe. Me parece insustancial, baratija. La única sugestión simpática que me produce la civilización árabe es la figura de Averroes, y aunque no haya dato ninguno para creerlo, yo me figuro que Averroes no era un moro. Su familia vivía hacía tiempo en España; es probable que estuviera mezclada con elementos ibéricos o góticos. El moro puro nunca ha sido hereje ni libre pensador, y Averroes era libre pensador y hereje”³⁴⁶.

Uno de los últimos literatos españoles que vamos a tratar en nuestro trabajo fue **José Cascales Muñoz**³⁴⁷ quién visitó la ciudad de Córdoba en **1928** y vertió sus impresiones en su obra *Excursiones por Andalucía: impresiones de viajes y estudios históricos, arqueológicos y artísticos*, y precisamente, sobre la Mezquita-Catedral de Córdoba, nos dejó las siguientes descripciones:

—El más famoso y, desde luego, el primero de los monumentos cordobeses es la Gran Mezquita de Occidente, hoy Catedral Católica, que forma un paralelogramo de unos 179 metros de Norte a Sur, por otros 129 de Este a Oeste. Una tercera parte de esta superficie corresponde al patio de las abluciones, y las otras dos al santuario propiamente dicho. Fue concebida y empezada a levantar

³⁴⁵ BAROJA, P., *Las horas solitarias, Obras completas*, tomo V, Madrid, Biblioteca Nueva, 1918, p. 237.

³⁴⁶ *Idem*.

³⁴⁷ José Cascales Muñoz (Villafranca de los Barros, Badajoz, 1866 - Madrid, 12 de abril de 1933) fue un historiador, escritor, periodista y sociólogo español de la Generación del 98.

por Abderramán I en el año 786 de J.C. sobre el lugar que ocupaba una iglesia cristiana”³⁴⁸.

Junto a esta introducción histórica, Cascales Muñoz detalló el Patio de los Naranjos:

–El muro que circunda el edificio está reforzado con estribos, que semejan torres, en la parte cubierta y con machones en la correspondiente al atrio, el que se haya rodeado, menos en la parte Sur, de soportales airoosísimos, teniendo en su centro dos hermosas fuentes y regular número de palmeras y naranjos”³⁴⁹.

Cascales no se detuvo en el campanario de la catedral, ya que en su opinión ~~la~~ torre, de cinco cuerpos y rematada por la imagen de san Rafael, no ofrece nada de particular”³⁵⁰, por lo que pasó al interior del templo:

–El interior de la Mezquita que, en el transcurso de los siglos ha sufrido, como el exterior, importantes reformas, semeja un dilatado bosque de palmeras, con sus 860 columnas de mármol, de jaspe y de pórfido, de capiteles y fustes variadísimos, procedentes de construcciones romanas, visigóticas, bizantinas y árabes, unidas por los característicos arcos de herradura, trebolados y angrelados, con calados lindísimos, que forman 19 naves longitudinales, igualmente altas y largas, excepto la grande que conduce al Mihrab y las dos que la flanquean”³⁵¹.

Una vez en el interior de la Mezquita, atravesó el inmenso mar de columnas hasta llegar al Mihrab del templo:

–El Mihrab, que es la parte musulmana más admirable de toda la Mezquita, fue reconstruido por Abderramán III en el año 952. Tiene la forma de un octógono de 9 metros de diámetro por 7 de altura. Sobre un zócalo, adornado por seis tablas lisas de mármol blanco con vetas rojas, corre un alto friso, también de mármol, sostenido por modillones y mutulos alternados, y una cornisa con

³⁴⁸ CASCALES Y MUÑOZ, J., *Excursiones por Andalucía: impresiones de viajes y estudios históricos, arqueológicos y artísticos*, Madrid, Imprenta Viuda de P. Pérez, 1928, p. 212.

³⁴⁹ *Idem*.

³⁵⁰ *Ibidem*, p. 215.

³⁵¹ *Idem*.

inscripciones árabes en relieve. Por encima de ésta se ve una especie de sotobanco en el que descansan 12 columnitas de jaspe rojo y verde con basas y capiteles dorados. Estas pequeñas columnas sostienen arcos figurados de tres lóbulos, en los que se simula apoyarse la bóveda, hecha de una sola pieza de mármol blanco en forma de concha”³⁵².

Como podemos apreciar, Cascales Muñoz describió minuciosamente el Mihrab de la antigua Mezquita de Córdoba, para, a continuación, virar hacia el crucero de la catedral católica:

–En 1236, al ser conquistada Córdoba por Fernando III de Castilla, fue convertida la Mezquita en templo cristiano y, para adaptarla al nuevo culto, se hicieron en ella importantes modificaciones. Estas han ido en aumento hasta llegar a nuestros días, en los que se contempla, fabricada en el centro de la obra mahometana, la esbelta Capilla Mayor, de estilo plateresco, con elementos grecorromanos y ojivales y en forma de cruz latina. Su magnífico retablo es de jaspe y se debe al hermano Alonso Matías, de la Compañía de Jesús. La sillería del coro, de madera de caoba y de gusto barroco, es de Pedro Duque Cornejo”³⁵³.

El último viajero español que vamos a tratar en este capítulo fue **Federico García Sanchiz**³⁵⁴, el cual plasmó sus impresiones andaluzas en su obra *El viaje a España*, fruto del periplo que le trajo por nuestra tierra en **1929**.

Como otros viajeros que le precedieron en Córdoba, lo primero que le llamó poderosamente la atención fue la Mezquita-Catedral:

–La mañana podría dedicarse a la visita de monumentos, comenzando por la Catedral. Ahí está envuelta en su murallón almenado, como la granada en su corteza que remata una corona. El imperio es de Dios, dice el fervor árabe en uno de los cuarteroncillos de la puerta principal [...] el patio llenó sus aljibes de osamentas, y su aire, de un increado narcótico. En sus galerías cuelgan del

³⁵² *Ibidem*, pp. 215-216.

³⁵³ *Ibidem*, p. 216.

³⁵⁴ El viajero Federico García Sanchiz (Valencia, 7 de marzo de 1886 - Madrid, 11 de junio de 1964) fue un escritor y periodista español, miembro de la Real Academia Española.

encalado muro unos fragmentos de las antiguas tablas labradas, momificado pellejo de una arquitectura carnal, y sobre la planicie con su sueño, en torno a la fuente y sus avispas, los naranjos, grandes naranjos, amontonan su copa en vellones inmóviles, y las palmeras africanas cercan de fuego su penacho. Casi alegre en la melancólica selva, un olivo; no podía faltar la advertencia senequista. Allá, en un ángulo, por encima de los tejados, la torre, ancha y escueta, serenísima. Y dondequiera un extasiado silencio, de que se enseñoera el sol”³⁵⁵.

La prosa poetizada de este viajero quedaba patente en el interior de la Mezquita-Catedral:

—La mezquita y su crucero se repelen, y tal estado de antipatía acaba por contagiarse al visitante del templo cuyo extraño destino consistió en por un templo ser profanado. Aunque buenos creyentes, rechazamos el ara del propio culto. Su frialdad, que no aminoran los barrocos alardes tiene algo de remordimiento [...] la riqueza y la inspiración exhibidas con altivez en la nave postiza, en que ha cuajado una helada claridad, impresionan con la desconfianza de un señorío mal adquirido”³⁵⁶.

García Sanchiz realizó una reflexión crítica sobre la adecuación de la antigua mezquita al culto católico. Ya hemos visto cómo muchos de los viajeros fueron bastantes severos con este tema, e incluso algunos hablaron de “profanación” de la mezquita, a la hora de edificarse en su centro, el crucero catedralicio. Posteriormente, el viajero salió de la catedral y se detuvo ante el altar de la Virgen de los Faroles, situado en el muro norte del templo:

—En una esquina sobresale un retablo, el de la Virgen dicha de los Faroles, por esos que la alumbran. Una escalerita con su baranda conduce a los floreros y la imagen que Julio Romero de Torres pintó, en sustitución de la tradicional,

³⁵⁵ GARCÍA SANCHIZ, F., *El viaje a España: Andalucía y Extremadura*, Madrid, Compañía Iberoamericana de publicaciones, 1929, pp. 178, 180 y 181.

³⁵⁶ *Ibidem*, pp. 178-179.

devorada por las llamas. Los cordobeses veneran el cuadro no menos que su intención piadosa, y lo defienden de la luz con una doméstica persiana”³⁵⁷.

Con este último viajero que visitó la Mezquita-Catedral de Córdoba bien entrado ya el siglo XX, cerramos estas visiones españolas sobre dicho templo. Algunos fueron más realistas y otros más idealistas, pero de una u otra forma, nos resultan muy ilustrativas estas reflexiones sobre el principal monumento de la capital cordobesa. Aunque estamos convencidos que, a pesar de las críticas e ironías de ciertos viajeros, todos salieron maravillados de la imponente Mezquita-Catedral, un lugar que nos eleva y nos trasciende a todos los que la hemos visitado alguna vez en nuestra vida.

³⁵⁷ *Ibidem*, p. 181.

3.2. La ciudad de Córdoba y su urbanismo

En el siglo XVI, **Ambrosio de Morales** redactó una extensa obra titulada *Las antigüedades de las ciudades de España* fechada en **1575**, por lo que fue el más importante precedente cordobés en la literatura de viajes del siglo XIX. En principio, Morales describió la muralla que cercaba la ciudad, así como sus puertas, que en el siglo XVI aún se conservaban en buen estado:

–Al mudarse así la población de Córdoba, también le dieron forma cuadrada, como por sus dos lados ahora vemos. El que mira al oriente, va derecho desde la Puerta del Sol hasta la del Rincón, y el que está al mediodía vuelve desde la Puerta del Sol hasta el Alcázar. Los otros dos lados occidental y septentrional también se entienden como fueron cuadrados, sino que al haber añadido por allí mucho los moros, ha hecho perderle la forma antigua. Aquel lado oriental, que dura más entero y notable, tuvo cinco puertas, y duran hasta ahora llamadas del Sol, de la Pescadería, el Portillo de la calle de la Feria, el de la Fuenseca y la Puerta del Rincón, llamada a lo que yo creo así, por torcer allí el muro, y hacer ángulo o rincón con la vuelta [...] Y no hay duda, sino que tuvo hartas más puertas la ciudad por los otros lados, más no se puede dar buena certidumbre de ellas”³⁵⁸.

Así mismo, junto a sus descripciones de la Mezquita-Catedral, que ya hemos reflejado con anterioridad en este estudio, Ambrosio de Morales también detalló otros monumentos de Córdoba, caso de la parroquia de san Pedro:

–Más volviendo a las antigüedades de Córdoba, como el rey don Fernando la ganó el día de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y a la iglesia mayor se le dio el título y advocación de la gloriosísima Virgen María Nuestra Señora, tuvo el Rey mucha cuenta de honrar los dos santos apóstoles mucho. A san Pedro edificó el grande y suntuoso templo que ahora vemos, acrecentándolo de más beneficiados que a las otras parroquias y ennobleciéndolo de otras maneras. Edificola en el mismo solar que los cristianos habían tenido su Iglesia Catedral

³⁵⁸ MORALES, A. de, *op. cit.*, p. 247.

en tiempo de los moros, con la advocación de los tres santos insignes mártires de Córdoba: Fausto, Januario y Marcial. Haber sido edificada esta iglesia entonces en el sitio de otra más antigua, se ve claro por muchas partes de sus paredes y en la torre”³⁵⁹.

Junto a la descripción histórica de la basílica de san Pedro de Córdoba, también hizo una ligera referencia a ~~la~~ iglesia que el Rey edificó a san Pablo, la dio a la orden de santo Domingo, que comienzan entonces y es uno de los insignes y ricos monumentos que hay en España”³⁶⁰.

Por su parte, el viajero **Antonio Ponz**, quien visitó la ciudad de Córdoba en **1772**, se detuvo ante el puente romano:

—El famoso puente sobre el Guadalquivir, precioso tránsito de los que van y viene por el camino real. Esta obra es muy antigua y aunque varios escritores la atribuyen a los árabes, particularmente a Isén, hijo de Abderramán, que como se ha dicho, concluyó la gran Mezquita, hoy Catedral, acaso aparte de la obra es del tiempo romano. Tiene, si no me engaño, trece arcos, y se reconocen en ella algunas renovaciones”³⁶¹.

Bien es cierto que el actual puente presenta numerosas restauraciones que se han ido sucediendo a lo largo de la historia y es muy probable que de origen romano solo se conserven los cimientos, ya que el resto del puente ha sufrido numerosas transformaciones, sobre todo en la época medieval y hasta nuestros días, ya que era el único acceso a la ciudad y la vía que comunicaba el sur peninsular con Madrid.

En el siguiente texto, Ponz advertía sobre la considerable presencia religiosa en la ciudad por medio de parroquias, conventos y numerosos colegios católicos:

—Tiene Córdoba además de la catedral y una colegiata, quince parroquias, veinte conventos de frailes y otros tantos de monjas, hospicios de varias religiones, casa de huérfanas y de recogidas con otras de caridad y más de veinte

³⁵⁹ *Ibidem*, p. 269.

³⁶⁰ *Idem*.

³⁶¹ PONZ PIQUER, A., *op. cit.*, tomo XVII, p. 43.

hospitales [...] Hay también dos colegios para la educación de la juventud, otro recién construido para niñas nobles y un oratorio de san Felipe Neri”³⁶².

La siguiente descripción ofrece gran interés, ya que Antonio Ponz visitó la ciudad antes del derribo de la muralla que cercaba la ciudad, y de ahí que, gracias a su diario, podamos hacernos una idea de cómo era la urbe a finales del siglo XVIII:

—La fuente que llaman del Potro, y algunas otras tienen competente y regular adorno. Las murallas y torreones cuadrados, coronados de almenas que cercan la ciudad, dan bastante idea, en su razonable conservación, de cuan fuerte sería antiguamente. Es de creer que las construyesen los árabes, o al menos gran parte de ellas, sobre lo que tenían hecho los romanos, de lo que quedan bastantes rastros. La figura total de la ciudad viene a ser un cuadrilongo”³⁶³.

Además, Ponz tuvo la oportunidad de pasear por la ciudad, por sus calles y plazas, de adentrarse en sus casas y patios, y sobre los cuales recogió las siguientes impresiones:

—Las calles son estrechas por lo general y mal empedradas que, a buen seguro, no serían así en tiempo de los romanos. Si se hubiese tenido cuidado de mejorarlas desde que san Fernando se apoderó de la ciudad, podrían ser las mejores del mundo. Pero todavía no es tarde si hubiera buena voluntad de mejorarlas. El caserío es mejor por dentro que exteriormente. Las casas por lo común tienen sus patios, con pórticos de columnas de mármol, y en ellos, jardines de flores, naranjos y otros árboles y sus fuentejillas de agua perenne. Las habitaciones cómodas, espaciosas y muy aseadas, con sus resguardos para el estío”³⁶⁴.

Como ya comentamos con anterioridad, existe constancia de que **Pascual Madoz** visitó la ciudad de Córdoba en torno a **1850** y en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar* nos dejó sus descripciones sobre el paisaje natural que circundaba la capital cordobesa:

³⁶² *Ibidem*, tomo XVII, pp. 44-45.

³⁶³ *Ibidem*, tomo XVII, p. 70.

³⁶⁴ *Idem*.

—Las afueras de Córdoba son en extremo pintorescas, con especialidad por el lado de la sierra; en ellos se encuentran los barrios denominados de las Ollerías, el Matadero, y los Tejares al Norte de la ciudad y el del Campo de la Verdad al Sur; varios conventos de religiosos en parajes sumamente frondosos y multitud de hermosas huertas situadas en distintos puntos de la circunferencia; pero lo más digno de atención es la deliciosa casa de campo distante un cuarto de leguas y en la ribera derecha del Guadalquivir, en la cual se ven muchas alamedas, diversidad de jardines de flores, huertas de árboles frutales, laberinto formado de naranjos y hasta un jardín botánico”³⁶⁵.

A través del paisaje natural que enmarcaba a la ciudad de Córdoba entre Sierra Morena y la ribera del río Guadalquivir, Pascual Madoz se introdujo en la urbe cordobesa:

—Compónese la población en la actualidad [1850] de 4858 casas, la mayor parte amplias y cómodas, aunque no todas de buen aspecto exterior: constan comúnmente de piso alto y bajo y tienen hermosos patios con pórtico de columnas de exquisito mármol, deliciosos y extensos jardines y en ellos multitud de fuentecillas perennes de muy ricas y cristalinas aguas [...] Las calles son estrechas por lo general y mal empedradas, si bien en cambio tienen buen alumbrado establecido en esta ciudad no hace muchos años”³⁶⁶.

Madoz fue pródigo en datos tanto demográficos como urbanísticos, e incluso dejó constancia de los barrios que visitó:

—Las calles de mayor extensión y anchura son las tituladas de la Feria, Carnicería, san Pablo, santa Victoria, Carreteras, del Potro y otras varias; la primera de las cuales, que es la mayor, es sin embargo la que tiene peores edificios, por ser aún de construcción árabe, casi en su totalidad”³⁶⁷.

³⁶⁵ MADOZ IBÁÑEZ, P., *op. cit.*, p. 129.

³⁶⁶ *Ibidem*, p. 110.

³⁶⁷ *Idem*.

Madoz describió las calles más importantes de la ciudad, se detuvo en las principales plazas y especialmente le llamó la atención la plaza de la Corredera de Córdoba:

–Cuéntase 18 plazas, las más de grandes dimensiones: la de la Constitución, llamada la Corredera, por ser el sitio destinado en lo antiguo para celebrar las corridas de toros y otros ejercicios de caballería; es magnífica, tanto por la extensión, cuanto por la regularidad y elevación de las casas que la rodean”³⁶⁸.

Pascual Madoz plasmó no solo el urbanismo cordobés, sino cada detalle de la ciudad e incluso reparó en el triunfo de san Rafael que se encuentra a la espalda de la Mezquita-Catedral, uno de los muchos emblemas que se hallan repartidos por la ciudad de Córdoba:

–Inmediato a la puerta del Palacio Episcopal, se encuentra un monumento, llamado el Triunfo, erigido en honor del arcángel san Rafael, custodio de Córdoba [...] Principiose esta obra en el año 1765 y se concluyó en el de 1781”³⁶⁹.

Madoz fue de los pocos viajeros que reflejaron en sus escritos el ensanche de Córdoba, tanto el paseo del Gran Capitán como los jardines de la Victoria y de la Agricultura e incluso detalló la ya desaparecida plaza de toros de los Tejares:

–Hay una magnífica plaza de toros, levantada en el año de 1846; un bonito paseo interior con dos jardines, llamado del Gran Capitán, cuya construcción tuvo lugar en el año 1843; y otro exterior en el Campo de la Victoria dando vista a las elevadas y pintorescas vistas de Sierra Morena [...] a sus inmediaciones se encuentra también una gran porción de terreno denominado el paseo de la Agricultura, en cuyo espacio que destinan en el día a la labor, podría hacerse un inmenso y delicioso jardín, atendida la hermosa y pintoresca situación que ocupa”³⁷⁰.

³⁶⁸ *Idem.*

³⁶⁹ *Ibidem*, p. 112.

³⁷⁰ *Idem.*

Unos años más tarde, el viajero y literato **Amós de Escalante y Prieto** visitó la ciudad de Córdoba en **1863** y de ello dejó constancia en su libro *Del Manzanares al Darro*:

–Bajamos hacia el río y al llegar a su ribera pasamos cerca de un extraño monumento. En un monte de jaspe azul, socavado imitando una gruta de la cual salen, cada uno por diferente lado, un león, un caballo, un águila y un pez fantástico esculpidos en mármol blanco; varias plantas, un sepulcro con inscripción y una pieza de artillería completan el original adorno de esta base original. Sobre ella se levanta una torre de jaspe rojo y sobre esta una columna de mármol de colores, encima de cuyo capitel campea la estatua dorada de san Rafael, patrono de Córdoba; sentadas alrededor de la torre hay tres estatuas de santos”³⁷¹.

Tras la descripción que Escalante realizó del conocido triunfo de san Rafael, cruzó el puente romano y contempló la panorámica general de la ciudad de Córdoba:

–Desde esta fortaleza [la torre de la Calahorra] renovada y modificada en épocas diferentes, se goza la pintoresca vista de Córdoba [...] Enfrente la notable puerta de Herrera; más allá, por cima de algunos tejados, la almenada Mezquita de Abderramán con su apéndice cristiano y airosa torre; a la izquierda los cubos y murallas del antiguo Alcázar, saliendo entre los copudos árboles de la huerta del Rey, a la derecha la línea de la ciudad con sus robustos paredones y los muelles modernos y la alameda plantada encima; y delante de todo esto, entre el paisaje y el espectador, la línea inquieta del río, cuyas aguas murmuran en las presas vecinas y en los estribos del puente”³⁷².

Por otra parte, el viajero **Augusto Jerez Perchet** visitó la ciudad de Córdoba en torno a **1870** y anotó en su diario algunas reflexiones sobre el urbanismo cordobés:

–Al otro lado del río se extiende el campo de la Verdad y enlaza las dos riberas un puente de dieciséis arcos, construido por los romanos y que termina al sur en el castillo de la Calahorra. Da salida al puente hacia la parte de la ciudad,

³⁷¹ ESCALANTE Y PRIETO, A. de, *op. cit.*, pp. 38-39.

³⁷² *Ibidem*, p. 40.

una hermosa puerta dórica, formada por un arco y cuatro columnas estriadas. Dos relieves adornan los intercolumnios y el conjunto total tiene cierto carácter que aviene a su abandono y su vejez prematura”³⁷³.

De nuevo Jerez Perchet relató sus visiones sobre el puente romano, la torre de la Calahorra y la puerta del puente y anotó también que la ciudad de Córdoba contaba con –edificios modestos, calles estrechas, tiendas nada lujosas, pocos transeúntes: he aquí lo que se ve paseando por la ciudad”³⁷⁴.

De Málaga vino el poeta **Salvador Rueda**, quien en una carta de **1889** dijo sobre la ciudad de Córdoba:

–No sé si será la simpatía que merece el glorioso coro de sus poetas; si es que creo ver en sus campos el clásico idilio griego lleno de sol y espigas y coronado de rojas amapolas; si es que en su recinto tengo adorables amigos a quienes guardo fe inquebrantable, o si es más bien el aspecto misterioso de la ciudad lo que me hace experimentar esa emoción; pero al dirigirme a Córdoba con sus patios morunos, en cuyos arriates exhalan su penetrante aroma los dompedros, al entrever sus calles de marcado aspecto árabe donde la yerba crece y cubre las piedras con ese encanto indescifrable de las ruinas, al pensar en sus balcones que tienen las luces de la acuarela en sus flores y algo de la misteriosa celosía en sus hierros, al verla con sus iglesias de muros antiguos, sus lindes de pitas, que le dan sabor a cuadro de Arabia y su Mezquita maravillosa sostenida por columnas aéreas, mi corazón se oprime como el de aquel que vuelve a ver los muros de su aldea después de una ausencia dolorosa”³⁷⁵.

Así mismo, y continuando con los viajeros españoles que visitaron la ciudad de Córdoba a lo largo del siglo XIX, nos detenemos ahora en el también malagueño **Manuel Martínez Barrionuevo**, quien dejó constancia de su periplo en su obra *Andalucía: costumbres y recuerdos* publicada en **1890**. En su itinerario cordobés, visitó algunas de las iglesias monumentales de la ciudad, como es el caso de la parroquia de santa Marina de Aguas Santas:

³⁷³ JEREZ PERCHET, A., *op. cit.*, p. 138.

³⁷⁴ *Ibidem*, p. 136.

³⁷⁵ RUEDA, S. Cit. en QUILES FAZ, A., *op. cit.*, p. 57.

—Vi a santa Marina enfrente, a lo lejos, como un vejestorio, asomando la cabeza entre dos árboles frondosísimos. Parecía de oro la torre en aquel momento, iluminada vigorosamente por el sol. Veíase el extremo sólo de la cuadrada torre, con su veletilla de hierro en la punta representando a un san Rafael. Como este adoradísimo ángel es el custodio protector de Córdoba, no hay veleta ni pirámide de torre que no lo ostente: de tal manera hállase prevenido el ángel para contrarrestar los vientos de epidemia o de alguna otra aflicción que camine sobre el pueblo. Entrando a poco en la plaza de santa Marina, pude ya ver el templo con entera comodidad, exterior e interiormente. Se me figura que es su orden de arquitectura gótico-bizantino; pero está todo carcomido, gastado por los tiempos y las bellezas que pueden restarle escondidas o estropeadas con los desdichados embadurnamientos de cal. Esta iglesia da nombre a un barrio, que era en el que yo me encontraba entonces [...] compónese el templo de tres hermosas naves. Tiene un retablo del siglo XVIII, de muy poco mérito, y en la nave de la Epístola un precioso arco gótico de valor, con muy bellos escudos de armas allí donde está la capilla del Resucitado [...] el barrio de santa Marina tiene fama en Córdoba”³⁷⁶.

Tras su visita al barrio de santa Marina, Martínez Barrionuevo contempló la plaza de la Corredera de Córdoba:

—Lo que me había hecho estremecer a mí de verdadero entusiasmo artístico, fue hasta entonces la catedral. Pues bien, me causó más admiración y más asombro la vista de la plaza de la Corredera a la luz de la luna. Lo que allí se ve no hay pluma que lo describa y por eso yo no lo hago; quien quiera tener el convencimiento puede asomarse a la puerta de la Espartería a las dos de una mañana de luna en cuarto creciente”³⁷⁷.

El escritor regresó de nuevo a la Judería de la que plasmó algunas de sus impresiones sobre la Sinagoga, la única que se conserva de Andalucía y una de las tres de España, junto a las dos de Toledo:

³⁷⁶ MARTÍNEZ BARRIONUEVO, M., *op. cit.*, pp. 383-384.

³⁷⁷ *Ibidem*, p. 421.

—Casi en el promedio de la calle de los Judíos encuéntrase la Sinagoga, una ermita que estuvo hasta hace poco dedicada al culto de san Crispín. Muy amigo es necesario que el hombre sea del arte, y muy lleno de sus hermosas armonías tiene que estar, para que allí se sienta impresionado y llegue a latir su corazón con el dulce calor del fuego divino; y, no obstante ¡Qué curioso descubrimiento fue ese y qué joya artística encuéntrase allí encerrada, entre aquellas cuatro sombrías y sucias paredes, estropeadísimas en muchos sitios por la piqueta que se movió bajo el empuje febril del impaciente arqueólogo! Los amantes de la arqueología bien pueden estar contentos, porque el hallazgo fue de lo más curioso y digno de estudio”³⁷⁸.

Finalmente, el malagueño destacó su visita al popular barrio de la Magdalena:

—Hay creencias de que ese templo [la iglesia de la Magdalena] data de allá, del principio del cristianismo y de que se le titulaba de La Encarnación en época de los Godos, cuando los árabes se posesionaron de esta ciudad. Conforme al gusto de aquella época, su exterior es gótico bizantino. Su torre primitiva fue un raquítico campanario. Su exterior es de mal gusto generalmente. Su archivo poquísima curiosidad infunde. La fecha del principio de anotaciones de casamientos fue en 1573; la de las defunciones en 1616”³⁷⁹.

Ya inaugurado el siglo XX, se produjo la visita del poeta **Rubén Darío** a tierras cordobesas en **1903**, y cuyas impresiones dejó reflejadas en su libro *Tierras solares* y en concreto nos detalló cómo era el urbanismo cordobés:

—Decía, pues, que las calles de la población me han parecido de lo más característico y con razón, pues según la monografía histórico-topográfica de Ramírez, ni en su dirección ni en su anchura han sufrido alteración alguna sustancial desde los tiempos más remotos y son, por lo general, como todas las de las poblaciones antiguas, estrechas y torcidas, o poco alineadas, por lo que es cosa digna de reparo que en el centro de la ciudad se encuentren algunas calles de mediana anchura. Yo, ni en Granada, ni en Sevilla, ni en Málaga, he

³⁷⁸ *Ibidem*, pp. 465-466.

³⁷⁹ *Ibidem*, p. 524.

encontrado ese ambiente de antigüedad de esta capital esclarecida y en una época foco, puede decirse, de la sabiduría universal”³⁸⁰.

Darío detalló el urbanismo cordobés del cual dirá más adelante: —Y en la estrechez y soledad de las calles, la reja siempre, la ventana propicia al amorío de romance, los patios misteriosos que se entrevén”³⁸¹.

Así mismo, la visita de **Pío Baroja** a Córdoba fue hacia **1918** y a ella le dedicó unas palabras en el capítulo III de su obra *Las horas solitarias* y como todo viajero se interesó por el urbanismo de Córdoba:

—He pensado primero detenerme en Córdoba [...] a un hotel del Gran Capitán, y he andado paseando por las calles estrechas. El pueblo está bastante cambiado; han tirado muchas casas, han ensanchado algunas calles, y la ciudad romántica tiene bastante menos carácter que antes”³⁸².

El viajero fue consciente de la transformación urbanística que experimentó la ciudad de Córdoba a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, dando noticia sobre esta nueva imagen de la urbe:

—Uno de los anchurones producido por un derribo, en medio de unas calles estrechas y tortuosas, basta para quitar a todo un barrio el misterio y el encanto. Yo no la encuentro, a esta ciudad, tan árabe como dicen. Me parece bastante castellana y hasta un tanto romana, no sólo en su tradición, sino en su actualidad”³⁸³.

Tal vez sea Pío Baroja el único literato que no contempló la ciudad desde una perspectiva medieval, ya que era y es difícil no encontrar la huella musulmana de dicha urbe, mientras que, en cambio, él descubrió una impronta castellana en el urbanismo cordobés:

³⁸⁰ DARÍO, R., *op. cit.*, p. 113.

³⁸¹ *Idem.*

³⁸² BAROJA, P., *op. cit.*, pp. 236-237.

³⁸³ *Ibidem*, p. 237.

—Por la tarde, después de comer, marcho al paseo de la Victoria y contemplo la campiña, limitada por la muralla negruzca de Sierra Morena. Todos los campos andaluces me parecen tristes. Voy bajando por el paseo, bastante descuidado, hacia el río; contemplo las murallas y entro en el patio de la Catedral. Tristeza, abandono y melancolía. Todo parece que se deshace en polvo”³⁸⁴.

El tono pesimista inundaba el texto de Pío Baroja en sus paseos por la ciudad:

—Pobre Córdoba. Luego salgo cerca del puente romano y voy por la orilla del Guadalquivir. Esta parte de la ribera está muy cambiada desde que la vi; la encuentro muy polvorienta y con muchos derribos. Me meto por una callejuela y salgo cerca de san Pedro, y de allí abajo a la calle del Sol. En uno de los viejos palacios puse yo la acción de una novela mía: *La feria de los discretos*. Al ver ahora el caserón me parece que yo mismo he vivido parte de mi vida allí. Me produce cierta melancolía pensar que quizá ninguno en Córdoba haya leído mi novela”³⁸⁵.

Pío Baroja dedicó una segunda novela a Córdoba titulada *La feria de los discretos*, cuya acción tiene lugar en dicha ciudad durante la Revolución de 1868³⁸⁶. A propósito de dicha novela, su sobrino Pío Caro Baroja, nos dejó escrita una reflexión en su artículo “Los Baroja y Andalucía”:

—Don Pío tuvo siempre en Córdoba fervientes admiradores a raíz de la publicación de su novela *La feria de los discretos* (1905), y que frente al “andalucismo” risueño y vulgar o las estilizaciones e imágenes de “la España de pandereta”, la novela sirvió de reactivo para mostrar una imagen más seria y profunda de Andalucía, cosa que reconocieron de pleno poetas distintos en

³⁸⁴ *Idem.*

³⁸⁵ *Idem.*

³⁸⁶ BAROJA, P., *La feria de los discretos*, Madrid, Alianza, 1973. Se trata de una novela recreada en la ciudad de Córdoba, cuyos personajes y sus historias se desenvuelven desde una perspectiva más legendaria que real, por lo que no corresponde propiamente con un libro de viajes, de ahí que no hayamos incluido ningún fragmento de dicha novela, puesto que su género literario se aleja de nuestras pretensiones.

temperamento y técnica a Pío Baroja, con Juan Ramón Jiménez en cabeza. Y se ha dicho y repetido que es una de las mejores novelas que se desarrollan en Andalucía”³⁸⁷.

Uno de los últimos literatos españoles que vamos a tratar en nuestro estudio fue **José Cascales Muñoz** quien visitó la ciudad de Córdoba en **1928** y publicó *Excursiones por Andalucía: impresiones de viajes y estudios históricos, arqueológicos y artísticos*.

En su diario de viaje dejó constancia de haber conocido el urbanismo cordobés y sus monumentos más importantes, ya que tras su visita a la Mezquita-Catedral, se acercó a alguno de los lugares más emblemáticos del entorno:

—El triunfo de san Rafael se eleva entre la Mezquita y el Guadalquivir, en el sitio que ocupó el hospital de coléricos, del Obispo D. Pascual, cuyo sepulcro forma parte del monumento. Este es de mármol, en estilo barroco, rematado por una columna, coronada por la estatua de bronce del Arcángel. Lo proyectaron los palermitanos D. Domingo Esgrais, pintor del rey de Portugal y D. Simón Martínez, escultor, y lo concluyeron los artistas franceses Gravetón y Verdiguier”³⁸⁸.

Cascales detalló el monumento del triunfo del arcángel san Rafael que se encontraba junto a la Mezquita, al igual que la puerta del puente:

—La puerta del puente, dirigida por el arquitecto Hernán Ruiz, corresponde al orden dórico, pero está inspirada en la sobriedad de Herrera. Tiene un frontón semicircular, con el escudo de España, sostenido por dos guerreros del siglo XVI, y dos huecos en los intercolumnios de los lados, con las estatuas de Sansón y Dalila en uno y la de una mujer con un niño desnudo en el otro, atribuyéndose estas obras escultóricas al cincel de Torrigiano”³⁸⁹.

³⁸⁷ CARO BAROJA, P., —hs Baroja y Andalucía”, *Ínsula*, 719 (2006), p. 2.

³⁸⁸ CASCALES Y MUÑOZ, J., *op. cit.*, pp. 217-218.

³⁸⁹ *Idem.*

Tras salir por la puerta del puente, el viajero se encontró con el puente romano que cruzaba el Guadalquivir y que en el siglo XIX era el único enlace entre los dos márgenes del mencionado río:

–Por esta hermosa puerta se sale al puente de Julio César [...] que pone en comunicación el centro de la ciudad con el barrio del Espíritu Santo. Hoy consta de 16 arcos, casi todos modernizados, conservándose algunos, muy pocos, árabes. En el centro, y sobre el pretil de la izquierda, hay una estatua de san Rafael, que fue labrada por Bernabé Gómez y colocada allí en 1651”³⁹⁰.

José Cascales fue de los pocos viajeros que comentaron las murallas de Córdoba, de las que en aquel tiempo solo quedaban unos cuantos lienzos:

–De las murallas, levantadas por los romanos, como el puente, reconstruidas totalmente por los árabes y restauradas por los cristianos, solamente quedan algunos lienzos y torreones, además de la Calahorra y el de la Malmuerta, persistiendo también la puerta de Almodóvar, restaurada en el siglo XIX, que todavía conserva sus dos torres almenadas, unidas entre sí por un arco inscrito en arrabá”³⁹¹.

De igual forma, Cascales y Muñoz se paseó por el barrio del Alcázar Viejo, conocido popularmente como barrio de san Basilio, situado en una de las zonas perimetrales de la antigua muralla:

–Designase con el nombre de Alcázar viejo uno de los barrios más típicos de la ciudad, donde los romanos levantaron un baluarte para defensa de la población, baluarte que los godos ensacharon convirtiéndolo en un palacio, el que los árabes embellecieron con extraordinario lujo para que fuese digna morada de los califas españoles. De todo aquello sólo quedan escasos vestigios, como torreones, baños, trozos de un acueducto y aportillados muros”³⁹².

³⁹⁰ *Idem.*

³⁹¹ *Ibidem*, pp. 222-223.

³⁹² *Idem.*

Sin duda, era una clara alusión al Alcázar de Córdoba, con sus baños califales y sus fuertes amurallamientos defensivos. Así mismo, Cascales, se adentró en la Judería cordobesa y se detuvo en la Sinagoga:

—La Sinagoga, sita en la hoy calle de Maimónides, es obra del siglo XV y ha pasado inadvertida hasta finalizar el siglo XIX, por hallarse ocultas, bajo espesas capas de cal, sus decoraciones primitivas, las que tuvo la suerte de descubrir uno de los hombres a quienes más debe la patria de Séneca, el inspirado pintor y concienzudo escritor D. Rafael Romero Barros, fundador del Museo Arqueológico y Director del Museo Provincial de Bellas Artes; padre de su sucesor en la dirección de este Museo y en el cultivo de la Arqueología y del Arte D. Enrique Romero de Torres y del celebrado Julio, que tan brillantes triunfos lleva conquistados en cuantas exposiciones ha exhibido sus magistrales cuadros”³⁹³.

Finalmente, y como muestra de que José Cascales y Muñoz se preocupó de conocer en profundidad la ciudad de Córdoba, queremos reflejar sus impresiones sobre la parroquia de santa Marina:

—La iglesia de santa Marina, edificada en el siglo VII, según el Dr. Vaca de Alfaro y restaurada posteriormente. Se ven en su fachada los canecillos del siglo XIII y una espléndida portada con arquivoltas de seis nervios que descansan sobre otras tantas columnitas de airoso capiteles, unidos por el friso ojival. Esta arquivolta, de arco apuntado, adornada por las puntas de diamante y el zizás románico, está cubierta por un alto gablete piramidal. La puerta interior es de estilo árabe, de arco algo apuntado, inscrito en arrabá, sobre el que se destaca una cornisa de estalactitas”³⁹⁴.

El último viajero español que vamos a tratar en este capítulo fue **Federico García Sanchiz**, el cual dejó escritas sus impresiones andaluzas en su obra *El viaje a España* hacia **1929**. El viajero visitó el museo de Bellas Artes de Córdoba y así anotaba:

³⁹³ *Ibidem*, p. 224.

³⁹⁴ *Ibidem*, p. 232.

–El museo de Córdoba, por lo demás con un muy considerable catálogo, semeja la morada de un prócer coleccionista. En el atrio permanecen los arrayanes, la fuente de mármol oscurecido, el reloj de sol, el pavimento de piedrezuelas formando dibujos; en una palabra, el jardinillo que las monjas cuidarían como a un enfermo ya en convalecencia. Julio Romero de Torres, hijo del director que antecedió al actual y hermano de este, ahí se ha criado”³⁹⁵.

Y de la plaza del Potro, García Sanchiz se desplazó al popular barrio de El Realejo donde visitó el palacio de los marqueses de Viana:

–La casa del marqués de Viana, tradicionalmente conocida por Las Rejas de Don Gome, atesora unas muestras de la orfebrería y la guadamecilería clásicas [...] pero la fama de Las Rejas de Don Gome se debe a la pluralidad de sus patios que ascienden a diecisiete, en torno y dentro del edificio, enmarcando sus paredes blancas, en las que se ilumina el verdor del maderamen, con la piedra y el agua, con mirtos, naranjos, adelfas, jazmines, rosales y campanillas”³⁹⁶.

Tras esta descripción de los patios del palacio de Viana, García Sanchiz reflexionaba sobre la modernización de Córdoba, teniendo en cuenta que este autor la visitó en 1929, cuando la ciudad estaba viviendo grandes transformaciones urbanísticas:

–Comienzan las gentes a mostrarse en la Córdoba actualizada, la de la vía de Claudio Marcelo, con sus escaparates de luna asegurada contra rotura; el paseo del Gran Capitán, con sus automóviles; de la plaza de Cánovas, con su florentina estatua ecuestre, obra del malogrado Inurria; de la avenida de Cervantes y la de Canalejas, con el hotel Regina. La capital de la provincia congregó en su ensanche: el ayuntamiento, la diputación, los bancos, el ferrocarril, teatros, casinos, cafés y fondas. Discurre por las aceras una multitud de ciudadanos”³⁹⁷.

Federico García Sanchiz reflejó los grandes avances urbanísticos y sociales que la ciudad experimentó en el primer tercio del siglo XX, gracias al recién inaugurado ensanche de la capital que convirtió a Córdoba en todo un referente moderno.

³⁹⁵ GARCÍA SANCHIZ, F., *op. cit.*, p. 185.

³⁹⁶ *Ibidem*, p. 186.

³⁹⁷ *Ibidem*, p. 187.

3.3. Las fiestas, usos y costumbres de Córdoba

El cordobés **Ambrosio de Morales** y su obra *Las antigüedades de las ciudades de España* fechado en **1575**, supone un antecedente a la literatura viajera del siglo XIX. En su obra hace alusión a algunas costumbres de la ciudad de Córdoba, como eran los trabajos de la lana y del cuero, este último en sus dos vertientes: cordobán³⁹⁸ y guadamecí³⁹⁹:

—La mucha crianza de ganado ovejuno en la tierra, [...] hacen que la haya muy grande de paños hartos finos con que se abastece Córdoba, Sevilla y Toledo y sobran muchos para cargarles a las Indias. Y porque lo más se va a batanar, carduzar y teñir a Córdoba: en la ciudad es riquísimo ese trato de la lana [...] es tanta la ventaja de aderezarse bien los cueros en Córdoba, que ya por toda España cualquier cuero de cabra, en cualquier parte que se haya aderezado, se llaman cordobanes, por la excelencia de este arte, que en aquella ciudad hay [...] las badanas sirven para los guadamecís, que se labran tales en Córdoba, que de ninguna parte de España hay competencia y tantos que a toda Europa y las Indias se provee de allí esta hacienda”⁴⁰⁰.

Dos siglos más tarde, **Antonio Ponz** en su itinerario de **1772** expresaba, por su parte, la admiración por los hijos ilustres de la ciudad:

—Mucho más tendríamos que hablar de esta insigne ciudad, pero algún término han de tener las relaciones de un viandante. Yo confieso que siempre la he mirado con pasión y respeto, sobre todo cuando me vienen a la imaginación los grandes hombres que ha tenido en todas las edades, y por todos términos, de los cuales puede gloriarse de ser madre, bien sea por la carrera de las letras o de las artes, por el valor o pericia militar y por la constancia que tantos tuvieron en la

³⁹⁸ El cordobán es el cuero de cabra de alta calidad, muy ligero y suave, que se obtiene a través de la curtición vegetal con ciertas sustancias especiales, como es el caso de los taninos que se obtienen a partir del zumaque. El acabado del cordobán es monocromo. El vocablo es de origen mozárabe y alude a la ciudad de Córdoba, famosa por sus curtidos y todo tipo de artesanías de cuero.

³⁹⁹ El guadamecí es el trabajo del cuero, pero con un acabado policromado y labrado artísticamente.

⁴⁰⁰ MORALES, A. de, *op. cit.*, p. 232.

confesión de Jesucristo, bajo sus duros enemigos y opresores. Todos saben de los santos mártires Acisclo, Victoria, Zoilo, Pelagio, Heladio y de otros muchos, unos en el tiempo de los sarracenos, y otros en el de los romanos”⁴⁰¹.

Finalmente, Antonio Ponz anotaba un elenco de literatos y filósofos nacidos en Córdoba:

—Y qué gloria no es para Córdoba el haber sido en todas las edades madre de las ciencias, patria y morada de los literatos más acreditados del orbe? Ella dio el ser a los dos Sénecas: Marco Aeneo Séneca y Lucio Aeneo Séneca, su hijo y a Galión y Mela, sus hermanos, y a su sobrino de Séneca, el poeta Marco Aeneo Lucano, a Porcio Latrón, y a otros muchos del tiempo de los romanos. En el de los árabes fueron en gran número los literatos de esta nación que florecieron o nacieron en ella, entre estos: Averroes, Rasis y otros muchos, de suerte que desde el siglo X en adelante fue la Atenas de Europa, que por toda ella comunicaba luces de Filosofía, de Medicina, Poesía, Matemática y otras ciencias”⁴⁰².

Aunque en el tema de fiestas populares en Andalucía, un escritor por antonomasia fue **Serafín Estébanez Calderón**⁴⁰³. Su obra *Escenas Andaluzas* escrita en 1846 e ilustrada por Lameyer en 1847 comenzaba con esta dedicatoria:

—Oh, cándido oyente o pío lector!, no eres de alguno de los gremios susonombrados, atiende a lo que digo: antes de maldecirme o dejarme al lado, que es mucho peor, pásate y da un bureo por Triana de Sevilla, Mercadillo de Ronda, Percheles de Málaga, Campillo de Granada, barrios bajos de Madrid, el de la Viña de Cádiz, santa Marina de Córdoba, murallas de Cartagena, Rochapea

⁴⁰¹ PONZ PIQUER, A., *op. cit.*, tomo XVII, p. 79.

⁴⁰² *Ibidem*, tomo XVII, p. 81.

⁴⁰³ Serafín Estébanez Calderón, también conocido por el seudónimo *El Solitario* (Málaga, 27 de diciembre de 1799 – Madrid, 15 de febrero de 1867) fue un escritor costumbrista, poeta, crítico taurino, historiador, arabista, flamencólogo y político español. Destaca de su copiosa producción su obra *Escenas Andaluzas* (1846).

de Pamplona, San Pablo de Zaragoza y otras partes en donde vive y reina España”⁴⁰⁴.

De esta forma, Estébanez Calderón nos introducía en sus *Escenas Andaluzas*, donde recorría los barrios más populares y los rincones más pintorescos de nuestra tierra, y en concreto, mencionaba a Córdoba en el capítulo VII, titulado “El asombro de los andaluces o Manolito Gázquez, el sevillano”:

—Y a esta cualidad de la imaginación andaluza y de su ostentosa manifestación por la palabra la conoció el famoso orador romano hablando de los poetas de Córdoba, y la indicó en una de sus más brillantes oraciones. La mezcla de los árabes, de fantasía arrebatada, pintoresca e imaginativa, dio más vuelo a tal facultad y su permanencia de siete siglos en aquellas provincias las aclimató para siempre el ver por telescopio y el expresarse por pleonismo. Si fue en Córdoba, cabeza de la Bética y patria de grandes oradores, en donde Cicerón notó esta cualidad andaluza, si hubiera vivido dieciocho siglos después o en nuestros días, la notara, fijara y ampliara por todas aquellas grandes provincias, poniéndoles empero su trono y asiento principal en la capital artística de España”⁴⁰⁵.

Clave es este culto comentario que realizó Estébanez Calderón sobre la idiosincrasia andaluza, forjada por las culturas que ha poblado nuestra tierra, como los romanos, los musulmanes y los cristianos entre otros. Cuando Córdoba era capital de la Bética, ya Cicerón anotó las cualidades andaluzas, que nos caracterizaban de cara al resto de España. De esta forma, Estébanez Calderón insertó en sus *Escenas Andaluzas* un muestrario de los tipos más pintorescos de la Andalucía de la época: como Manolito Gázquez, el sevillano, Don Egas el Escudero o la Celestina, enmarcando sus episodios en la Feria de Mairena, en una corrida de toros o en una rifa andaluza; —matadores de toros, castigadores de caballos, atemorizantes de hombres, cantadores, bailadoras y

⁴⁰⁴ ESTÉBANEZ CALDERÓN, S., *Escenas Andaluzas*, Madrid, Imprenta de Baltasar González, 1847. Aunque utilizamos la edición sevillana de la Fundación José Manuel Lara, 2006. p. 6.

⁴⁰⁵ *Ibidem*, pp. 68-69.

hombres del camino”⁴⁰⁶ son los personajes que configuraban la Andalucía de finales del siglo XIX.

Así mismo, **Pascual Madoz** en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, recogió en **1850** algunos episodios históricos que marcaron el siglo XIX en la ciudad de Córdoba:

—Quedó al fin Córdoba libre de los franceses el 4 de septiembre de 1812 y en la noche del mismo día, yendo por la sierra, se presentó en ella el coronel barón de Schepeler, comandante de una partida de descubierta del quinto ejército y entró por las calles, siendo llevada en triunfo entre las más vivas demostraciones de júbilo, y el día 11 fue también recibido con no menor entusiasmo desde el Santuario de Nuestra Señora de Linares, situada a una legua de Córdoba, el general don Pedro Agustín de Echevarri”⁴⁰⁷.

Pascual Madoz también detalló los eclesiásticos de mediados del siglo XIX, en concreto en los que componían el cabildo de la catedral de Córdoba:

—La santa iglesia catedral de Córdoba restaurada por el rey san Fernando en el año 1236, se compone de 8 dignidades, 20 canónigos, 10 racioneros, 20 medios racioneros y un considerable número de capellanes y otros dependientes; si bien muchas de estas plazas se hallan vacantes en el día. El obispo actual es el excelentísimo e ilustrísimo señor Don Juan José Bonel y Orbe, natural de Pinos del Rey, pueblo perteneciente a la provincia de Granada”⁴⁰⁸.

Casi a finales del siglo XIX, **Salvador Rueda** en una de sus cartas dedicadas a Córdoba en **1889**, plasmó sus imágenes sobre la ciudad y sus fiestas:

—Yo había visto a Córdoba en los días ardientes del estío, cuando la cigarra lanza su nota larga y única posada en la rama de algún alto pitó parecido a gigantesca bujía, y las piedras hierven bajo la luz de plomo del sol; la había visto en brillantísima noche de feria, cuando en la lujosa tienda de hierro un torbellino de hermosas mujeres, como las danzas de los cuadros de Rubens, cubiertas de

⁴⁰⁶ *Ibidem*, p. 6.

⁴⁰⁷ MADOZ IBÁÑEZ, P., *op. cit.*, p. 150.

⁴⁰⁸ *Ibidem*, p. 155.

trajes riquísimos bailan el elegante rigodón y las lucen se despedazan haciendo hipérboles radiantes sobre el raso de los trajes y sobre las cabelleras luminosas; la había visto a la hora de la tarde, cuando sobre los hombros de la sierra el sol cuelga su túnica de oro al despedirse de los campos y viene a llenar el espacio el alma inmensa del crepúsculo despertando vagos recuerdos y avivando anhelos dormidos; la he visto con las galas de la primavera, desbordándose los penacho de follaje de los corrales; cubierta con la tristeza del invierno y silbando en el silencio de sus olivares algún pájaro triste y melancólico; la había visto bajo todas sus formas y bajo todos sus aspectos pero no a la hora de los profundos misterios, a la hora en que los fantasmas, reales o fingidos, sales de los ángulos de las calles y pasean con andar de visiones la ciudad”⁴⁰⁹.

Por otra parte, nos detenemos en el también malagueño **Manuel Martínez Barrionuevo**, quien en su obra *Andalucía: costumbres y recuerdos* publicada en **1890**, trató sobre las fiestas de Córdoba en la antigua plaza de toros de los Tejares:

—Fuimos por el Gran Capitán hacía la plaza de toros, que está a la terminación del paseo a la izquierda, en la calle de los Tejares. Tendrá cabida esta plaza para unas diez mil personas. Antiguamente, hasta 1846, dábanse las corridas de toros en la plaza de la Magdalena o en otra vetusta y grande, que es hoy mercado y que se llama la Corredera. En esa fecha fue la inauguración de la plaza con motivo de la feria de la Salud, matando Cúchares y el Barbero. En la noche del 15 de agosto del año de 1863 quedó casi en ruinas por un incendio. Se reedificó, siendo reestrenada otro día de feria de la Salud cinco años después”⁴¹⁰.

Martínez Barrionuevo describió una de las fiestas más importantes de Córdoba, como era la feria de la Fuensanta junto a la feria de Nuestra Señora de la Salud:

—La Feria de la Fuensanta y la de la Salud son de mucha y merecida fama en Córdoba. La de la Fuensanta es en el mes de septiembre y la de la Salud en el

⁴⁰⁹ RUEDA, S. Cit. en QUILES FAZ, A., *op. cit.*, pp. 57-58.

⁴¹⁰ MARTÍNEZ BARRIONUEVO, M., *op. cit.*, p. 534.

mes de mayo. La de la Fuensanta celébrase en la extensa campiña que circunda el santuario, con gran aparato y profusión de luminarias”⁴¹¹.

Así mismo, y siguiendo con las fiestas cordobesas, el autor nos describió cómo se celebraba la romería de san Álvaro:

—Necesita la gente moza de Andalucía estas grandes expansiones como el agua de Dios es necesaria al campo y el fresco rocío a las plantas [...] los romeros se desparraman por los declives y las sinuosidades del monte en una grande extensión. Cada familia toma posesión del sitio que más apropiado le parece: la sombra de un árbol, el gran hueco de una peña, la hendidura de una cañada. Llevan chismes de cocina y allí hace su guiso cada mujer, limpia y chispeante como el sol, con sus grandes mechones de cabellos que ondulan con el aire perfumado de la sierra y los picos del mantón echados a la espalda como la flora se echaría sobre la espalda gentil un puñado de rosas”⁴¹².

El último viajero español que vamos a tratar en este capítulo fue **Federico García Sanchiz**, el cual dejó escritas sus impresiones andaluzas en su obra *El viaje a España*, en **1929**. Finalizó sus semblanzas sobre Córdoba, refiriéndose a los califas del toreo y destacando la figura de *Lagartijo*:

—Lagartijo reunía las condiciones necesarias según la ley para que un príncipe alcanzase el título de califa. Dotado de las facultades del cuerpo y del espíritu, y ejercitándolas con un absoluto dominio, poseía incluso el indispensable abolengo originario del profeta. Hijo de un mediano lidiador, con el alias de *El niño de Dios*, no cabe negar su parentesco con la divinidad”⁴¹³.

En este estudio comprobamos que las visiones de los españoles son algo más realistas que los viajeros extranjeros, ya que los visitantes nacionales llegaban a nuestra tierra libres de prejuicios premeditados. Aunque también hemos de reconocer que muchos de ellos no profundizaron ni se documentaron lo suficiente en sus escritos, sino que dieron rienda suelta a su imaginación y a sus sentimientos, dejándose llevar por la melancolía y la nostalgia por el pasado perdido.

⁴¹¹ *Ibidem*, pp. 555-556.

⁴¹² *Ibidem*, pp. 475-479.

⁴¹³ GARCÍA SANCHIZ, F., *op. cit.*, p. 189.

Por ello, es necesario un análisis pormenorizado de las vicisitudes que atravesó la ciudad de Córdoba en el siglo XIX para contrastarlo con las visiones viajeras, y así tener una panorámica más completa de la situación de la urbe a lo largo de dicha centuria.

Muchos de estos viajeros escribían sus diarios en clave novelada con ánimo de venderlos después en sus respectivas ciudades. No obstante, creemos que nosotros tenemos ya la suficiente perspectiva para analizar sus reflexiones objetivamente y así ejercer una comparativa entre realidad y ficción.

De cualquier forma, los diarios de viajes nos ayudan a comprender que estamos en una etapa histórica muy interesante, con un profundo sentido filosófico cuyos valores se basan en el existencialismo y en lo efímero de la vida, y donde estos viajeros dieron lo mejor de sí mismos para reflejar a propios y extraños, sus visiones sobre la Mezquita-Catedral de Córdoba y su entorno urbanístico en la literatura de viajes del siglo XIX.

4. Conclusiones de la tesis doctoral

Tras el análisis sobre la Mezquita-Catedral de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX, llegamos a las siguientes conclusiones:

1. España y Andalucía

Hemos contemplado en nuestra investigación dedicada a las visiones de Andalucía, y más concretamente de Córdoba en los libros de viajes del siglo XIX, que el componente andaluz era exaltado al extremo, hasta el punto de que muchos viajeros orientaron su visita a España hacia Andalucía, y fueron numerosos los casos en los que los viajeros que decidieron visitar nuestro país, realizaron un itinerario cuya meta final era llegar a tierras andaluzas. E incluso, en muchos de estos textos de viajes quedó plasmada una visión de España en clave andaluza, desde una perspectiva metonímica que hemos apreciado en numerosos viajeros extranjeros. En palabras de Bernal Rodríguez:

–«Cuando el Romanticismo piensa en España como país romántico lo hace en claves que, cuando no son exclusivamente andaluzas, es en Andalucía donde encuentran su representación más genuina. La imagen romántica de Andalucía es una imagen tópica y mitificada que va a ser difundida por los libros de viajes con tanto éxito que, magnificada, acabará ensombreciendo a cualquier otra visión de España y suplantando la imagen de España entera»⁴¹⁴.

La imagen de Andalucía en los libros de viajes era tan representativa como compleja. No obstante, encontramos puntos de encuentro entre los viajeros que escribieron sobre nuestra tierra andaluza, ya que, en el trasfondo de todo, existía por parte de Europa una sincera admiración por Andalucía, a la vez que una visión prejuiciosa y crítica de los andaluces:

–«La excelencia de Andalucía, se afirma como concepto universalmente aceptado y que no precisa justificación. Para muchos viajeros, España es un país de contrastes que se articula en base a dos polos: Castilla y Andalucía. La

⁴¹⁴ BERNAL RODRÍGUEZ, M., *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y Editoriales Andaluzas Unidas, 1985, p. 18.

exaltación de lo andaluz se define, con frecuencia, por contraposición a lo castellano”⁴¹⁵.

Así, la exaltación de Andalucía fue común en casi todos los viajeros que visitaron nuestra tierra en el siglo XIX, gracias a las ideas preconcebidas que se habían difundido en el resto de Europa. En efecto, fuimos herederos del legado de Oriente y ello encandilaba a todos los viajeros románticos que buscaban un nuevo mundo exótico.

En contraposición, aparecía la actitud de los andaluces que, según los viajeros decimonónicos, desmitificaban la tierra andaluza:

—Los andaluces aparecen definidos por un conjunto de cualidades en el que los defectos superan netamente a las virtudes [...] los viajeros, en un planteamiento claramente desfavorable al determinismo geográfico, consideran que los andaluces se combinan con los defectos de los orientales, de los que son herederos, y aquellos otros derivados del medio físico [...] Además, la huella de la civilización árabe y lo extremado del clima, en opinión de muchos viajeros, determinan que las pasiones sean extremadamente violentas”⁴¹⁶.

De una u otra forma, los viajeros decimonónicos tenían un concepto regresivo de Andalucía, ya que contemplaron nuestra tierra queriendo encontrar el esplendor de Al Ándalus en pleno siglo XIX, y no descubrieron más que una notable contraposición entre pasado y presente.

2. Imagen pintoresca de Córdoba

Los viajeros reflejaron una ciudad de Córdoba lejos de la realidad decimonónica, ignorando las circunstancias sociales de la época y revistiéndola de casticismos legendarios. Aun así, recordemos que muchos viajeros eran escritores y vinieron a nuestra tierra con el ánimo de plasmar sus vivencias en un libro, ya fuese un diario de viaje o un artículo periodístico, dibujando la imagen más tópica posible, con el ánimo de cautivar a sus lectores.

Aunque fue evidente que el desconocimiento unido al desconcierto de la realidad que contemplaron los ojos de los viajeros románticos, les hizo caer en una serie de tópicos

⁴¹⁵ BERNAL RODRÍGUEZ, M., *op. cit.*, p. 19.

⁴¹⁶ *Ibidem*, p. 21.

que distorsionaron notablemente la visión de Córdoba en el siglo XIX. Debemos tener en cuenta que los viajeros vinieron a nuestra tierra con ideas preconcebidas que se mantuvieron en el tiempo, aunque esos prejuicios no se correspondiesen con la realidad.

Ante la decepción que sintieron al encontrarse el panorama social del siglo XIX en Córdoba, muchos viajeros hicieron una exaltación de la etapa musulmana como un universo perdido. Incluso reflejaron el fuerte contraste que supuso para nuestra tierra el haber sido capital de Al-Ándalus a la vez que todo un referente en la vida cultural occidental, en contraposición a la decadencia social, económica y cultural que vivían en el siglo XIX.

De hecho, numerosos viajeros hablaron de la herencia recibida del Islam en cuanto a tradiciones y costumbres, y en no pocas ocasiones, cuando visitaron la antigua Mezquita y la Judería de Córdoba, rememoraron aquella época de presencia musulmana, con la añoranza de los que pensaban que cualquier tiempo pasado fue mejor.

3. Huida de la industrialización

Los viajeros vinieron a Córdoba buscando nuevos horizontes que dieran rienda suelta a su imaginación, dejándose llevar por una fuerte sed de evasión de su realidad. En palabras de González Troyano:

—Cada viajero allá en su región originaria proyectaba, en la distancia, su ideal de evasión sobre el espacio geográfico y su ideal nostálgico sobre una determinada época del pasado. El mito meridional, el orientalismo y el medievalismo fueron las extrapolaciones imaginarias más recurrentes en el ideario romántico. Andalucía [sobre todo Córdoba] concentraba, y con cierta sobreabundancia, vestigios de unos y otros de esos mundos”⁴¹⁷.

⁴¹⁷ GONZÁLEZ TROYANO, A., —Los viajeros románticos y la seducción polimórfica de Andalucía”, en *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y homenaje a Gerald Brenan*, Málaga, Diputación de Málaga, 1987, p. 17.

Este era el trasfondo común de los diarios que hemos leído: tanto los viajeros que nos comprendieron como aquellos que nos criticaron saciaron con creces su sed de evasión, ya que Córdoba vivía una realidad muy distinta al resto de Europa, conservando tradiciones y estilos de vida que les ayudaban a retrotraerse a una vida en la que el tiempo se eternizaba y las relaciones sociales seguían jugando un papel muy importante.

El viaje suponía una huida del mundo conocido, en la que el viajero sentía una nostalgia por un pasado mejor, y Córdoba cumplía esas expectativas, unido al deseo de orientalismo que ellos anhelaban descubrir. Cumplidas o no sus esperanzas, se saciaron de esa necesidad vital que tenían de cambiar de aires y, a buen seguro, todos se llevaron un recuerdo peculiar de nuestra ciudad que quedaría grabado en sus memorias para siempre.

De esta forma, González Troyano nos recuerda que ~~la~~ huida del viajero implicaba una transferencia afectiva hacia otros parajes y tiempos: se hizo necesaria pues la invención de una serie de paraísos perdidos tras los cuales encaminar la imaginación”⁴¹⁸.

De hecho, España, siendo un país que en principio estaba fuera de las grandes rutas europeas, adquirió un auge y un ~~súbito~~ prestigio, donde los contrastes culturales, lo agreste, lo insólito, la diversidad de paisajes, el mestizaje, el medievalismo y el orientalismo, se constituyeron en motivos de búsqueda y referencia”⁴¹⁹.

4. España, un país romántico

Desde los comienzos del Romanticismo, nuestra literatura fue definitiva para la imagen que de nosotros quisimos dar a Europa y así, España pasó a ser un paradigma cultural en pleno siglo XIX, ya que en palabras de Bernal Rodríguez:

~~El~~ Romanticismo va a suponer una revalorización de la literatura española en Europa y en América, que se concentra preferentemente en determinados

⁴¹⁸ GONZÁLEZ TROYANO, A., art. cit., p. 15.

⁴¹⁹ *Idem.*

géneros, autores y temas, entre los que sobresalen el romancero, la novela morisca, Cervantes, Calderón y el teatro del Siglo de Oro”⁴²⁰.

A todo ello debemos unir el hecho que los europeos de finales del siglo XVIII apenas conocían la España real, cobrando un especial protagonismo la imagen literaria que se creó de nuestro país. Surgieron así una serie de ideas preconcebidas con las que aquellos visitantes recorrieron nuestra tierra. Entramos así en un fenómeno cuanto menos curioso: en tanto en cuanto el viajero no encontraba sus ideales prejuiciosos, realizaba una visión selectiva de la realidad, dando origen a una literatura que rozaba lo legendario y originando una imagen equivocada de Andalucía y de Córdoba en el resto de Europa.

Andalucía tuvo un peso específico en la idea romántica de España. Según Bernal Rodríguez, ello fue debido a ~~la~~ inevitable localización andaluza de algunos géneros literarios que gozaban de mayor favor, como la novela morisca, los romances fronterizos y algunas novelas picarescas [...] comenzando a entender que lo andaluz, desbordando su propio ámbito, englobe y suplante a lo español de tal manera que España y los españoles, desde el Romanticismo y hasta hoy, van a ser contemplados frecuentemente en una perspectiva andaluza, dentro y fuera de España”⁴²¹.

Esta reflexión expone el peso específico que lo andaluz tuvo, incluso hoy día, sobre la imagen de España en el resto del mundo, ya que nuestra cultura y forma de entender la vida, se ha generalizado hasta el punto que casi podemos afirmar que se ha nacionalizado.

La exaltación de Andalucía ha sido un tema preferente en numerosos literatos y escritores desde el Siglo de Oro, y que los viajeros románticos confirmaron con sus visitas y posteriores diarios, colaborando a sostener la imagen magnificada de nuestra tierra.

⁴²⁰ BERNAL RODRÍGUEZ, M., “Tipologías literarias de la Andalucía romántica”, en *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y homenaje a Gerald Brenan*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1987, p. 105.

⁴²¹ *Idem*.

Además, los románticos supieron distinguir dos realidades en España separadas por la frontera natural de Despeñaperros: Castilla y Andalucía, hasta tal punto que numerosos viajeros pasaron por Madrid y la Mancha como una mera transición a la verdadera meta de su viaje: Andalucía, contrastando además la idiosincrasia andaluza con la castellana.

5. Fotografías y testimonios gráficos de Córdoba en el siglo XIX

Así mismo, es digno de destacar que, durante la centuria decimonónica, fueron numerosos los viajeros extranjeros que visitaron Córdoba y muchos de ellos nos legaron unos interesantes grabados y fotografías, que fueron claves para conocer las grandes transformaciones urbanísticas que vivió la ciudad a lo largo del siglo XIX.

Los grabados que se realizaron en la primera mitad de siglo nos ilustran de cómo era la capital cordobesa antes de su evolución urbanística. Así, Córdoba puede contemplarse en grabados de la primera mitad del siglo XIX como un recinto plenamente cercado, previo a la demolición de la muralla musulmana, a la construcción del malecón del Guadalquivir o al ensanche que la capital experimentó a finales del mismo siglo.

Aunque debemos reconocer que muchas de estas imágenes según los grabadores eran idealizaciones de las ciudades, ya que «la sabia alteración de las proporciones de los edificios y monumentos [...] el acompañamiento de su entorno urbano y humano, la línea, el color, la luz, la poesía en definitiva que emanan de estos dibujos, nos muestran un mundo grato, atractivo y difícil de conciliar con la España convulsa del final del reinado de Fernando VII. Tal es el poder del arte»⁴²².

Por tanto, grabadores, litógrafos y posteriormente fotógrafos, nos ofrecieron una mirada selectiva y subjetiva de la realidad de las ciudades que visitaron en el siglo XIX, máxime cuando estas ilustraciones iban acompañando a relatos, que se dejaban llevar por la fascinación del exotismo oriental, presente de forma especial en Córdoba.

⁴²² BURNS MARAÑÓN, T., «La actual fascinación por los viajeros románticos», *Descubrir el Arte*, 30 (2001), p. 49.

6. Señas de identidad sobre Andalucía

En palabras de López Ontiveros: “Lo que ocurre especialmente para Andalucía es que aquellos [viajeros románticos] son los creadores de un mito andaluz, que *sine die* pervive hasta el momento actual, lo que explica que las adherencias románticas estén presentes después de este período”⁴²³.

La imagen de Córdoba que se transmitió a través de la literatura de viajes en el Romanticismo, con sus claroscuros, no se trató de un fenómeno efímero, sino de un acontecimiento que fue asimilado tanto por los extranjeros que nos visitaron como por los propios cordobeses, creándose todo un tópico sobre la imagen de la ciudad.

7. Esplendor musulmán frente a decadencia actual

En referencia a la ciudad de Córdoba, unos de los temas más recurridos por la literatura viajera del siglo XIX fue el esplendor musulmán frente a la decadencia actual y así, sirvan de ejemplo las palabras de Teófilo Gautier:

“Córdoba, antaño centro de la civilización árabe, hoy sólo es un conjunto de casitas blancas, por encima de las cuales se yergue alguna higuera [...] Parece como si la vida se hubiera retirado de aquel gran cuerpo, un día animado por la activa circulación de la sangre árabe, y del que hoy no queda más que el esqueleto blanqueado y calcinado”⁴²⁴.

La ciudad vivía en pleno siglo XIX una decadencia que a Richard Ford le hizo exclamar: “Córdoba está muriendo de atrofia; no tiene ni armas ni hombres, ni cuero, ni tejidos; el primer golpe se lo asestaron los bárbaros bereberes y el último los franceses”⁴²⁵.

⁴²³ LÓPEZ ONTIVEROS, A., *La imagen geográfica de Córdoba...*, op. cit., p. 19.

⁴²⁴ GAUTIER, T., *Viaje por España...*, op. cit., p. 273.

⁴²⁵ FORD, R., *Manual para viajeros por Andalucía...*, op. cit., p. 317.

El barón Davillier, por su parte, llegaba a conclusiones muy semejantes: «Dejando aparte la Mezquita, los antiguos monumentos de Córdoba son poco numerosos, aunque el brillante pasado de esta ciudad pueda hacer pensar lo contrario»⁴²⁶. Incluso pudimos comprobar que Andersen, durante su estancia en Andalucía en 1862, fue testigo de la decadencia decimonónica de Córdoba:

«Ese espíritu de la destrucción ha pasado por aquí con mayor ímpetu que el correr del tiempo; nos tuvimos que abrir camino entre montones de grava, donde árboles y matorrales silvestres crecen, cubriendo con la capa del olvido pasadas grandezas y tesoros»⁴²⁷.

Basten estos ejemplos para demostrar el juego literario que dio de sí el análisis del contraste entre el esplendor y la decadencia de Córdoba, una ciudad que había sido capital de Al Ándalus y todo un referente cultural en Occidente, llegando a rivalizar con Damasco y Bagdad, y que fue en pleno siglo XIX una urbe callada y silenciosa, donde la hierba brotaba en sus calles y de las fachadas de sus casas casi derruidas, y donde tan solo la gran Mezquita nos daba una pista de la que fuese la capital del Califato Andalusí.

No obstante, debemos tener en cuenta que este paisaje desolador era literariamente ideal y casaba con muchas de las reflexiones románticas, sobre todo aquellas que, a partir de la contemplación, se planteaban, a modo existencialista, el sentido de la vida. Este contraste esplendor-decadencia era un símil de la vida misma.

De esta forma, muchos escritores vieron en el espléndido pasado musulmán de Córdoba una gloria perdida, lo que permitía la evasión histórica dejando volar la imaginación, de manera que nos encontramos muchos relatos literarios en los que pesaba mucho más lo novelesco que el rigor histórico.

Aunque según el Dr. López Ontiveros: «este arabismo a su vez, tiene una pervivencia presente de un valor sin igual: la Mezquita, cuya descripción y análisis de los sentimientos que despierta también ocupa muchas páginas. Se confirma con ello que

⁴²⁶ Cit. en LÓPEZ ONTIVEROS, A., *La imagen geográfica de Córdoba...*, op. cit., p. 20.

⁴²⁷ ANDERSEN, H. C., *Viaje por España...*, op. cit., p. 189.

tres ciudades andaluzas, Granada, Sevilla y Córdoba, constituyeron por antonomasia los lugares de promisión de los viajeros románticos y que especialmente tres de sus monumentos: Alhambra, Alcázar y Mezquita, podrían haber engendrado buena parte del alud del viajero del siglo XIX”⁴²⁸.

8. Córdoba y su Mezquita-Catedral

De cualquiera de las formas, Córdoba fue una ciudad que suscitaba una imagen nítida y bien fundamentada en torno a su Mezquita-Catedral, constituyéndose como el edificio más representativo de la capital. Y aunque este hecho siempre ha sido así, fue en el Romanticismo cuando esta imagen de la ciudad cobró más fuerza y se afianzó hasta nuestros días. Aunque ya hemos comentado que muchos de estos viajeros venían con ideas preconcebidas, o bien de otros diarios de viajes o bien de otras obras literarias, en el caso de Córdoba llegaron con la fascinación del esplendor musulmán que se convertía en frustración al llegar a la capital, exceptuando la Mezquita como el único testigo vivo y fiel del califato Omeya y que, en gran medida, conservaba su monumentalidad.

9. La herencia recibida de Oriente

Sin embargo, Córdoba conservaba, de una u otra forma, esa herencia recibida de Oriente a modo de tesoro encerrado entre sus calles y sus casas. Su entramado urbano en forma de laberinto y la concepción de sus viviendas, cuya vida se realizaba en torno a los patios interiores, eran parte del legado andalusí. Muchos de los viajeros quedaban sorprendidos por la soledad y el silencio de las calles, hasta que se asomaban a un patio y descubrían el universo interior de las viviendas.

Córdoba, dada sus circunstancias, se convirtió en un hito para los viajeros románticos, ya que la ciudad que un día fue una de las capitales más opulentas de Occidente, era en pleno siglo XIX una urbe en estado de abandono, comprendiendo muchos de los elementos del Romanticismo: ~~exotismo~~ exotismo y evasión en el tiempo, arabismo que es parte fundamental de aquel e historicismo que es instrumento de ésta, monumentalismo pintoresco y, contrastando con todo ello, la amarga realidad del

⁴²⁸ LÓPEZ ONTIVEROS, A., *La imagen geográfica de Córdoba...*, op. cit., p. 23.

momento, la postración material de la ciudad, que aporta el acíbar sin el cual tampoco hay Romanticismo”⁴²⁹.

10. La llegada del ferrocarril a Córdoba

La decadencia que Córdoba vivió en la primera mitad del siglo XIX comenzó a experimentar una cierta mejoría a mediados del mismo siglo, provocado por su situación estratégica, ya que la capital era el centro geográfico de Andalucía, así como por su emplazamiento entre el Guadalquivir y la Sierra Morena y, sobre todo, por la llegada del ferrocarril en 1859, en concreto la línea Sevilla-Córdoba y poco años después, el 15 de agosto de 1865, la línea Córdoba-Málaga.

De esta forma, la aparición del ferrocarril en la capital cordobesa tuvo como consecuencia la llegada a finales del siglo XIX de los primeros turistas a Córdoba, motivados por las guías y por toda esa literatura de viajes escrita por los románticos, que habían conseguido que la capital cordobesa se convirtiese en un foco de atracción turística. Así, este incipiente turismo originó una demanda de alojamiento, como ya vimos en algunos viajeros que decidieron pernoctar y quedarse varias jornadas, con el fin de conocer más en profundidad la ciudad.

11. La evolución urbanística de Córdoba

Los primeros visitantes entraron a la capital por el puente romano, cruzando el Guadalquivir, accediendo directamente a la Judería y a la Mezquita-Catedral, cuando aún era una urbe completamente amurallada. Fue a raíz de la llegada del Ferrocarril a Córdoba en 1859, cuando los visitantes entraron a la capital desde la zona norte y, sin duda alguna, tuvieron que conocer la demolición de la muralla, así como el ensanche de la ciudad. Tengamos en cuenta que estos viajeros de la segunda mitad de siglo hubieron de atravesar obligatoriamente la avenida del Gran Capitán, nueva zona que se estaba urbanizando promocionada por la floreciente clase burguesa cordobesa. Incluso tuvieron que conocer las llamadas obras del murallón, que se desarrollaron a lo largo de todo el siglo XIX para evitar las grandes avenidas del río Guadalquivir, pero en cambio, poco eco tuvo estas grandes transformaciones urbanas en los diarios de viajes finiseculares.

⁴²⁹ *Ibidem*, p. 25.

12. La ciudad de Córdoba

La Mezquita-Catedral era el principal símbolo árabe del legado andalusí en la capital, sin embargo, algunos viajeros decidieron conocer otros monumentos como el alcázar de los Reyes Cristianos, el triunfo de san Rafael, las cabellerizas reales, las iglesias fernandinas, las casas y los patios, aunque solo llamaron la atención de aquellos que decidieron quedarse unos días más en la ciudad.

Reconocemos la excelencia de la Mezquita-Catedral como el principal símbolo de la ciudad, pero Córdoba era mucho más y así, aplaudimos la actitud de aquellos viajeros que, desde un cierto desconocimiento, se dejaron llevar por el instinto y descubrieron numerosas joyas en el casco histórico de la ciudad, desde la antigüedad romana, pasando por la esplendorosa época del Califato Omeya, hasta su actualidad decimonónica.

13. Medina Azahara

Así mismo, hemos visto cómo algunos autores no escatimaron esfuerzos en acercarse a Medina Azahara, al menos donde se suponía que estaba, ya que en el siglo XIX no se conocía nada de su yacimiento arqueológico. Muchos fueron los viajeros que exaltaron las maravillas de la ciudad palatina de Abderramán III sin haberla visto, dejándose llevar por la imaginación, recreando todo el lujo y la fastuosidad que pudo tener aquel entorno urbano, muy cercano a Córdoba.

14. Panorámica de Córdoba

Algunos viajeros describieron las panorámicas que Córdoba les ofrecía desde las afueras de la ciudad. Distintas eran las perspectivas, ya que algunos entraron por Sierra Morena, otros por el sur, y a finales de siglo, fueron numerosos los visitantes cuyas primeras vistas la percibieron desde el ferrocarril. Debemos tener en cuenta que la capital se asienta en la depresión del Guadalquivir y que impresionaba al verla aparecer en medio de la campiña, entre las faldas de Sierra Morena y la ribera del gran río de Andalucía.

A modo de conclusión final de nuestra tesis doctoral, hemos de reconocer que el principal referente de la imagen de Córdoba era su Mezquita-Catedral, ya que fue un hito cultural, histórico y artístico por el que se dio a conocer al resto del mundo. Su monumentalidad contrastaba con la modestia y austeridad del casco histórico que la rodeaba, convirtiéndose la antigua Mezquita en el símbolo indiscutible de la ciudad, cuya torre campanario se alzaba con soberbia verticalidad sobre los tejados de Córdoba.

Para terminar estas reflexiones sobre las visiones de Córdoba en los viajeros del siglo XIX, manifestamos nuestra concordancia en que se difundió una imagen nítida y vigorosa de la ciudad, que en buena medida germinó a través de sus diarios de viajes y que ha permanecido hasta nuestros días. De esta forma, los viajeros románticos configuraron una imagen de la capital cordobesa con unas definidas señas de identidad, de cara a sus propios habitantes y, por supuesto, al exterior. Imagen incompleta en muchos sentidos, con una visión sesgada de la realidad decimonónica que vivía la ciudad, en ocasiones muy idealizada y en otras más realistas, pero que configuraron una visión en la que todos los viajeros románticos finiseculares, de una u otra forma, coincidieron: Córdoba era la principal depositaria del gran legado de Oriente en Andalucía.

5. Bibliografía:

5.1. Fuentes primarias:

ALARCÓN, P. A. de, *Viajes por España*, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1883.

ANDERSEN, H. C., *Viaje por España*, Madrid, Alianza Literaria, 2004.

BAROJA, P., *La feria de los discretos*, Madrid, Alianza, 1973.

---, *Las horas solitarias*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1976.

BORROW, J., *La Biblia en España*, Madrid, Ed. Jiménez Fraud, 1921.

CASCALES Y MUÑOZ, J., *Excursiones por Andalucía: impresiones de viajes y estudios históricos, arqueológicos y artísticos*, Madrid, Imprenta Viuda de P. Pérez, 1928.

DARÍO, R., *Tierras solares*, Málaga, Universidad de Málaga, 1997.

DAVILLIER, C., *Viaje por Andalucía*, Sevilla, Renacimiento, 2009.

DE AMICIS, E., *España, impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I*, Barcelona, Biblioteca Maucci, 1895.

---, *España. Diario de viaje de un turista escritor*, Madrid, Cátedra, 2000.

ESCALANTE Y PRIETO, A. de, *Del Manzanares al Darro*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1920.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, S., *Escenas andaluzas*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2006.

FORD, R., *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*, Madrid, Ed. Turner, 1980.

GARCÍA SANCHIZ, F., *El viaje a España: Andalucía y Extremadura*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1929.

GAUTIER, T., *Viaje por España*, Madrid, Ed. Calpe, 1920.

GODARD, L., *L'Espagne. Moeurs et paysages, histoire et monuments*, Tours, Imprimeurs-Libraires, 1862.

IRVING, W., *Cuentos de la Alhambra*, Granada, Ed. Miguel Sánchez, 2002.

JEREZ PERCHET, A., *Impresiones de viaje: Andalucía*, Sevilla, Consejería de Turismo, Comercio y Deporte de la Junta de Andalucía, 2005.

LATOUR, A., *Viaje por Andalucía*, Valencia, Ed. Castalia, 1954.

MACKENZIE, A. S., *A year in Spain by a Young American*, Boston, Hilliard, Gray, Little and Wilkins, 1829.

MADOZ IBÁÑEZ, P., *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Valladolid, Ámbito Ediciones, 1987.

MADRAZO GUTIÉRREZ, F. P., *Dos meses en Andalucía, recuerdos de viaje*, Madrid, Imprenta de la Biblioteca del Siglo, 1849.

MARTÍNEZ BARRIONUEVO, M., *Andalucía, costumbres y recuerdos*, Barcelona, Imp. Fontanet, 1890.

MARTÍNEZ GARCÍA, R., *Una excursión en diez y seis jornadas por Córdoba, Sevilla, Cádiz, Tánger, Cabo Espartel, Gibraltar, Algeciras, Ronda, Bobadilla, Málaga, Granada y a casa*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de la Viuda e Hijos de Tello, 1897.

MELLADO, F. de P., *Guía del viajero en España*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Calle del Sordo, 1842.

---, *Recuerdos de un viaje por España*, Madrid, Tipografía de Mellado, 1849.

MESONERO ROMANOS, R. de, *El Antiguo Madrid, paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*, Madrid, Ed. Fernando Plaza del Amo, 1990.

MORALEDA Y ESTEBAN, J. de M., *Mis viajes: primera parte: España y mediodía de Francia*, Toledo, Imprenta de Lara, 1896.

---, *Mis viajes: segunda parte: España, Francia, Italia y Suiza*, Toledo, Imprenta de Lara, 1897.

MORALES, A. de, *Las antigüedades de las ciudades de España*, Alcalá de Henares, Biblioteca Virtual de Andalucía, 1575.

MUÑOZ MEDRANO, M. C., *Viaje de Cosme de Medicis por Andalucía*, Málaga, Ed. Caligrama, 2003.

PONZ PIQUER, A., *Viaje de España*, Madrid, Ed. Atlas, 1972.

QUILES FAZ, A., *La vida y la obra literaria de Don Manuel Martínez Barrionuevo*, Málaga, Universidad de Málaga, 1986. (Inédita).

---, *Salvador Rueda en sus cartas (1886-1933)*, Málaga, Ed. Aedile, 2004.

RALLO GRUSS, A., *Libros de antigüedades de Andalucía*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2009.

SÁNCHEZ DUEÑAS, B. y LÓPEZ ONTIVEROS, A. (coords.), *La ciudad de Córdoba: origen, consolidación e imagen*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2009.

SÁNCHEZ DUEÑAS, B., y PORRO HERRERA, M. J. (eds.), *Córdoba literaria: entre tradición y vanguardia*, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2006.

SÁNCHEZ DUEÑAS, B., “Perspectivas literarias de la Guerra de la Independencia en Andalucía desde el prisma de los viajeros románticos”, en CUENCA TORIBIO, J. M., *Andalucía en la Guerra de Independencia*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2009.

SÁNCHEZ DUEÑAS, B., y LÓPEZ ONTIVEROS, A., “Evolución urbanística de Córdoba en los siglos XVIII y XIX según la literatura viajera”, en *La ciudad de Córdoba: origen, consolidación e imagen*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2009.

SANHUEZA LIZARDI, R., *Viaje en España*, Santiago de Chile, Imprenta Victoria, 1886.

VON HUMBOLDT, W., *Diario de viaje a España 1799-1800*, Madrid, Cátedra, 1998.

WYLIE, J. A., *Daybreak in Spain or sketches of Spain and its new reformation. A tour of two months*, London and New York, Cassel, Petter and Galpin, 1870.

5.2. Fuentes generales:

AGUILAR GAVILÁN, E., *Historia de Córdoba*, Madrid, Ed. Sílex, 1995.

---, *Córdoba en el pasado. Breve historia de una ciudad Patrimonio de la Humanidad*, Córdoba, Ed. La Posada, 1999.

ALCOLEA, S., *Guías artísticas de España: Córdoba*, Barcelona, Ed. Aries, 1973.

ALMARCEGUI ELDUAYEN, P. y ROMERO TOBAR, L., *Los libros de viajes: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal, 2005.

ALONSO MARTÍNEZ, F., *Daguerrotipistas, calotipistas y su imagen de la España del siglo XIX*, Gerona, CCG ediciones, 2002.

ARBÁIZAR GONZÁLEZ, S., *El camino de Andalucía: itinerarios históricos entre la Meseta y el Valle del Guadalquivir*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, 1993.

AZCÁRATE Y RISTORI, J. M. de, "Datos del viaje de Ambrosio de Morales (1573)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 29 (1963), pp. 217-229.

BAEZ, J. M., *Imágenes y visiones de Córdoba*, Sevilla, Ed. Los Sentidos, 2014.

BANDA Y VARGAS, A. de la, *El arquitecto andaluz Hernán Ruiz II*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1974.

BARRAS DE ARAGÓN, F. de las, "Viajeros españoles de los siglos XIX y XX: estudios bio-bibliográficos", *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 88-1 (1952), pp. 7-109; 88-2, pp. 229-237 y 88-3, pp. 469-541.

BELLO SANJUAN, F., *Ensayo bibliográfico: libros de viajes y libreros de viejo*, Madrid, GAICE, 1949.

BERNABÉU ALBERT, S., "El viaje real por Andalucía durante el otoño de 1892", en TORRES RAMÍREZ, B. y HERNÁNDEZ PALOMO, J. J., *Andalucía y América en el siglo XIX: Actas de las V Jornadas de Andalucía y América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1986, vol. 2, pp. 3-14.

BERNAL RODRÍGUEZ, M., *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y Editoriales Andaluzas Unidas, 1985.

---, *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1987.

BORRÁS GUALIS, G. M., *El Islam. De Córdoba al mudéjar*, Madrid, Ed. Sílex, 1990.

BUIGUES, J. M., "Texto e imagen en los relatos de viajes: algunos ejemplos españoles", en CHAMPEAU, G., *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*, Madrid, Verbum, 2004, pp. 44-60.

BURNS MARAÑÓN, T., "La actual fascinación por los viajeros románticos", *Descubrir el Arte*, 30 (2001), pp. 49-53.

CAMACHO PADILLA, J. M., "El tesoro de la Catedral de Córdoba", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 31 (1931), pp. 93-102.

CAPITEL, A., "La Catedral de Córdoba. Transformación cristiana de la mezquita", *Arquitectura*, LXVI/256 (1985), pp. 37-46.

CARBOLNELL TRILLO Y FIGUEROA, A., *Guía artística de Córdoba*, Córdoba, Instituto Geológico de España, 1926.

CARMONA FERNÁNDEZ, F. y MARTÍNEZ PÉREZ, A., *Libros de viajes. Actas de las Jornadas sobre los libros de viajes en el mundo románico*, Murcia, Universidad de Murcia, 1996.

CARO BAROJA, P., "Los Baroja y Andalucía", *Ínsula*, 719 (2006), pp. 1-6.

CARRERO DE DIOS, M., *Historia de la industria fotográfica española*, Gerona, CCG ediciones, 2001.

CASTAÑEDA CEBALLOS, P., *Viajeras*, Madrid, Aldebarán, 2003.

CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARIZALA, R., *Guía de Córdoba*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930.

CHAMPEAU, G., "El relato de viaje, un género fronterizo", en *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*, Madrid, Verbum, 2004, pp. 15-31.

CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA, J. de, *Historia de España*, Barcelona, Salvat, 1979.

COS-GAYÓN Y PONS, F., *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en septiembre y octubre de 1862*, Madrid, Imprenta Nacional, 1863.

CRUZ CASADO, A., "El mito romántico del bandolero andaluz. Los viajeros románticos y José María el Tempranillo", en MARTÍNEZ TORRÓN, D., *Estudios de Literatura Romántica Española*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2000, pp. 17-28.

CUENCA TORIBIO, J. M., *Historia de Córdoba*, Córdoba, Publicaciones de la Librería Luque, 2002.

---, *De Andalucía*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2009.

CUESTA MARTÍNEZ, M., *La ciudad de Córdoba en el siglo XVIII. Análisis de la estructura del poder municipal y su independencia con la problemática socio-económica*, Córdoba, Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, 1985.

ECHEVERRÍA PEREDA, E., *Andalucía y las viajeras francesas en el siglo XIX*, Málaga, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Málaga, 1995.

EGEA FERNÁNDEZ-MONTESINOS, A., *Viajeras románticas en Andalucía, una antología*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces de la Junta de Andalucía, 2008.

ESCRIBANO UCELAY, V., *Estudio histórico artístico del Alcázar de los Reyes Cristianos de Córdoba*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1972.

FARINELLI, A., *Apuntes sobre viajes y viajeros por España y Portugal*, Oviedo, Establecimiento Tipográfico de Adolfo Brid, 1899.

---, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XIX: nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, Firenze, Accademia d'Italia, 1944.

FERNÁNDEZ RIVERO, J. A., *Tres dimensiones en la historia de la fotografía, la imagen estereoscópica*, Málaga, Ed. Miramar, 2004.

FONTANELLA, L., *Historia de la fotografía en España, desde sus orígenes hasta 1900*, Madrid, El Viso, 1981.

FONTANELLA, L. y GARCÍA FELGUERA, M. de los S., *Fotógrafos en la Sevilla del siglo XIX*, Sevilla, Ed. Focus, 1994.

FOULCHE-DELBOSC, R., *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, París, H. Welter, 1896.

GALA, A. y FERNÁNDEZ, M., *Córdoba*, Segovia, Ed. Artec Impresiones, 2008.

GALA, A., *Córdoba de Gala*, Córdoba, Ed. Almuzara, 2017.

GALLEGO DURÁN, M. del M. y NAVARRO DOMÍNGUEZ, E., *Relatos de viajes, miradas de mujeres*, Sevilla, Alfar, 2007.

GAN GIMÉNEZ, P., "Un viaje de Córdoba a Compostela en 1612", *Chronica Nova: Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 18 (1990), pp. 383-414.

GARCÍA CANO, M. I., *La Córdoba de Felipe II. Gestión financiera de un patrimonio municipal e intervención política de una monarquía supranacional*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2003.

GARCÍA FELGUERA, M. de los S., “La imagen romántica en la literatura de viajes”, *Catharum: Revista de Ciencias y Humanidades*, 2 (2000), pp. 22-36.

GARCÍA GÓMEZ, F., “Descubriendo la ciudad: el urbanismo malagueño según los viajeros extranjeros del siglo XIX”, *Baética*, 17 (1995), pp. 7-29; 18 (1995), pp. 7-16 y 19-1 (1995), pp. 41-57.

GARCÍA-MONTÓN GARCÍA-BAQUERO, I. y GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C., “Viajeros americanos en Andalucía durante los siglos XIX y XX”, *Revista Complutense de Historia de América*, 26 (2000), pp. 261-279.

GARCÍA PARODY, M. A., *Nuevos paseos por Córdoba*, Sevilla, Ed. Renacimiento, 2013.

GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C., *Bio-bibliografía de viajeros españoles: (siglo XIX)*, Madrid, Ollero y Ramos, 1995.

GARCÍA VERDUGO, F., *Córdoba, burguesía y urbanismo. Producción y propiedad del suelo urbano: el sector de Gran Capitán (1859-1936)*, Córdoba, Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Córdoba, 1992.

GÓMEZ BRAVO, J., *Catálogo de los Obispos de Córdoba y breve noticia histórica de su Iglesia Catedral y Obispado*, Córdoba, Universidad de Granada, 1778.

GÓMEZ YEBRA, A., (ed.), *Estudios sobre el Patrimonio Literario Andaluz*, (I), Málaga, Ed. Aedile, 2008.

---, (ed.), *Patrimonio Literario Andaluz*, (IV), Málaga, Servicio de Publicaciones de la Fundación Unicaja, 2011.

GONZÁLEZ PÉREZ, A. J., *Corredera, una plaza y sus gentes*, Córdoba, Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Córdoba, 2002.

---, *La Mezquita de plata, un siglo de fotógrafos y fotografías de Córdoba, 1840-1939*, Córdoba, Fundación Provincial de Artes Plásticas Rafael Botí, 2007.

HERNANDO PERTIERRA, B., *Viajeros en la España de Fernando VII (1808-1833)*, Madrid, Universidad de San Pablo CEU, 2004.

HUGO, V., *Manifiesto romántico*, Barcelona, Ed. Península, 1971.

JACOBS, M. e IVERS LIEN, G., *Andalucía*, Málaga, Ed. Arguval, 2000.

JAÉN MORENTE, A., *Historia de la ciudad de Córdoba*, Córdoba, Publicaciones de la Librería Luque, 1976.

JORDANO BARBUDO, M^a. Á., *Arquitectura medieval cristiana de Córdoba. De la Reconquista a los inicios del Renacimiento*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1996.

---, *El mudéjar en Córdoba*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2002.

JORDANO BARBUDO, M^a. Á., MORENO CUADRO, F., MUDARRA BARRERO, M., *Iglesias de la Reconquista. Itinerarios y puesta en valor*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1997.

KRAUEL HEREDIA, B., *Viajeros británicos en Andalucía: de Chistopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, Universidad de Málaga, 1986.

LACOMBA ABELLÁN, J. A., —La mirada ajena: Andalucía vista por otros—, *Estudios Regionales*, 34 (1992), pp. 163-178.

LENAGHAN, P. y GARCÍA DE CORTÁZAR, F., *Álbum de Andalucía y Murcia. Viaje de Su Majestad la Reina Isabel II de Borbón y la Familia Real en 1862, según Charles Clifford*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2007.

LITVAK, L., *Geografías mágicas: viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Barcelona, Laertes, 1984.

---, *El tiempo de los trenes*, Barcelona, Ed. del Serbal, 1991.

---, —Abolición del tiempo y el espacio. El viaje en tren a fines del siglo XIX—, en GARCÍA WIEDEMANN, E. J., *Los tiempos de la libertad*, Barcelona, Ed. del Serbal, 1998, pp. 259-274.

---, —Estrategias de la escritura en las crónicas de viajes del siglo XIX—, *Revista de Occidente*, 280 (2004), pp. 92-104.

LÓPEZ-BURGOS, M. A., —Entre Málaga y Granada: la aventura de viajar en la primera mitad del siglo XIX—, en VILLAR GARCÍA, M. B. y PEZZI CRISTÓBAL, P., (eds.), *Los extranjeros en la España moderna. Actas del I Coloquio Internacional*, vol. II, Málaga, Digarza, 2003, pp. 511-526.

LÓPEZ CUERVO, S., *Medina Azahara. Ingeniería y formas*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1983.

LÓPEZ GUZMÁN, R. y HENARES CUÉLLAR, I., *Andalucía, cultura y diversidad*, Madrid, Ed. Lunweg, 2004.

LÓPEZ MONDÉJAR, P., *Historia de la fotografía en España: fotografía y sociedad desde sus orígenes hasta el siglo XXI*, Madrid, Ed. Lunweg, 2005.

LÓPEZ ONTIVEROS, A., *La imagen geográfica de Córdoba y su provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1991.

---, "Caracterización geográfica de Andalucía según la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX", *Ería: Revista cuatrimestral de Geografía*, 54 (2001), pp. 7-52.

---, "Del prerromanticismo al romanticismo: el paisaje de Andalucía en los viajeros de los siglos XVIII y XIX", en ORTEGA CANTERO, N., *Estudios sobre historia del paisaje español*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002, pp. 115-154.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. y NARANJO RAMÍREZ, J., *Córdoba, Patrimonio Cultural de la Humanidad, una aproximación geográfica*, Córdoba, Gerencia Municipal de Urbanismo del Ayuntamiento de Córdoba, 1996.

MADRAZO MADRAZO, S., *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850*, Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, 1984.

---, *La edad de oro de las diligencias*, Madrid, Nerea, 1991.

---, "Las condiciones del viaje en España durante los siglos XVIII-XIX", en *Andanzas y caminos, viejos libros de viajes: fondo bibliográfico Javier Cabornero Domingo: Sala Municipal de Exposiciones del Museo de Pasión, Valladolid, 22 de abril-16 de mayo de 2004*, Valladolid, Consejería de Cultura y Turismo, 2004, pp. 145-170.

MAJADA NEILA, J., *500 libros de viajes sobre Málaga*, Benalmádena (Málaga), Caligrama, 2001.

MARTÍN LÓPEZ, C., *Córdoba en el siglo XIX. Modernización de una trama histórica*, Córdoba, Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Córdoba, 1990.

MARTÍNEZ-GRANIZO, L., *Aportaciones bibliográficas: viajeros y viajes de españoles, portugueses e hispanoamericanos*, Madrid, Real Sociedad Geográfica, 1923.

MATA, J. y NUÑEZ, A., *Andalucía abierta*, Granada, Ed. Copartgraf, 1995.

MÉNDEZ RODRÍGUEZ, L., *La imagen de Andalucía en el arte del siglo XIX*, Sevilla, Junta de Andalucía, 2008.

MOLINERO MERCHÁN, J. A., *La Mezquita-Catedral de Córdoba: símbolos de poder. Estudio Histórico-Artístico a través de sus armerías*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2005.

MONTERO ALONSO, J., *Julio Romero de Torres, vida, arte, gloria e intimidad del gran pintor*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930.

NAVASCUÉS PALACIO, P., “Recorrido artístico por la España romántica”, *Descubrir el Arte*, 30 (2001), pp. 41-49.

NIETO CUMPLIDO, M., “La arqueología medieval cordobesa en el siglo XIX”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 106 (1984), pp. 71-102.

---, *Selección de textos del Archivo Capítular de la Catedral de Córdoba*, Córdoba, 1986. (Inédito).

---, *La Catedral de Córdoba*, Córdoba, Publicaciones de la Obra Social y Cultural de Cajasur, 1998.

NIETO CUMPLIDO, M. y LUCA DE TENA, C., *Planos y dibujos de la Mezquita de Córdoba*, Córdoba, Colegio Oficial de Arquitectos de Andalucía, 1993.

NIETO CUMPLIDO, M. y RECIO MATEO, L., *La Mezquita-Catedral de Córdoba. Patrimonio de la Humanidad*, Córdoba, Ed. Edilux, 2006.

NOYARET, N., “Hacia un arquetipo del viajero en los libros de viajes del último cuarto de siglo”, en CHAMPEAU, G., *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*, Madrid, Verbum, 2004, pp. 241-256.

OLIVER FRADE, J. M., *Escrituras y reescrituras del viaje: miradas plurales a través del tiempo y de las culturas*, Madrid, Peter Lang, 2007.

ORTAS DURAND, E., “Lo pintoresco en los viajeros por España (1760-1808)”, en GARCÍA CASTAÑEDA, S., *Literatura de viajes. El viejo mundo y el nuevo*, Madrid, Castalia, 1999, pp. 143-155.

---, “La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturizadas, soñadas”, en ROMERO TOBAR, L. y ALMARCEGUI ELDUAYEN, P., *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Universidad Internacional de Andalucía, Akal, 2005, pp. 48-91.

---, “Apéndice bibliográfico sobre viajes y viajeros por España en los siglos XVIII y XIX”, en ROMERO TOBAR, L. y ALMARCEGUI ELDUAYEN, P., *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Universidad Internacional de Andalucía, Akal, 2005, pp. 92-103.

ORTEGA ROMÁN, J. J., “La descripción en el relato de viajes: los tópicos”, en POPEANGA, E. y FRATICELLI, B., *La aventura de viajar y sus escrituras*, *Revista de Filología Románica*, Anexo IV, Serie de monografías, (2006), pp. 207-232.

ORTI BELMONTE, M. Á., *Córdoba monumental, artística e histórica*, Córdoba, Publicaciones de la Diputación Provincial de Córdoba, 1966.

---, *La Catedral-antigua mezquita y santuarios cordobeses*, Córdoba, Caja de Ahorros de Córdoba, 1970.

ORTI BELMONTE, V., *Guía artística de Córdoba*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1929.

OTTMAR, E., "Los caminos del deseo: coreografías en la literatura de viajes", *Revista de Occidente*, 260 (2003), pp. 102-106.

PAVÓN MALDONADO, B., "La Mezquita Aljama de Córdoba de Abd al-Rahman I, la ampliación de Abd al-Rahman II y las actuaciones de Muhammad I", *Anaquel de Estudios Árabes*, 12 (2001), pp. 595-630.

PELÁEZ DEL ROSAL, J., *La Judería y la sinagoga de Córdoba*, Córdoba, Ed. El Almendro, 1988.

---, *Los judíos en Córdoba*, Madrid, Ed. El Almendro, 1992.

PEREIRAS HURTADO, E. y HOLGADO BRENES, J. M., *Andalucía en blanco y negro*, Madrid, Espasa, 1999.

PONGILIONI, A. e HIDALGO, F. de P., *Crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias de Andalucía en 1862*, Cádiz, Eduardo Gautier, 1863.

PRIMO JURADO, J. J., *La Córdoba de Julio Romero*, Córdoba, Ed. Almuzara, 2010.

---, *Iglesias de Córdoba*, Córdoba, Ed. Almuzara, 2011.

QUILES FAZ, A., "Málaga, puerto de destino de románticos, navegantes y bandoleros. Un análisis literario de los libros de viajes andaluces en el siglo XIX", en *Actas del II Congreso de Caminería Hispánica*, Madrid-Guadalajara, CSIC y Patronato Arcipreste de Hita, 1996, pp. 583-594.

RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *Paseos por Córdoba*, Córdoba, Ed. Diario de Córdoba, 2001.

RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *Guía artística de Córdoba*, Sevilla, Ed. Extramuros, 1896.

---, *Inventario monumental y artístico de la provincia de Córdoba*, Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba, 1983.

RAMÍREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M., *Descripción de la Iglesia Catedral de Córdoba*, Córdoba, Diario de Córdoba, 1864.

RAPOSO, B. y GARCÍA WISTÄDT, I., *Viajes y viajeros entre ficción y realidad: Alemania y España*, Valencia, Universidad de Valencia, 2009.

RAYA RAYA, M^a Á., *El retablo en Córdoba durante los siglos XVII y XVIII*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1980.

---, *Córdoba y su pintura religiosa en los siglos XVII y XVIII*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1986.

REGALES SERNA, A., "Para una crítica de la categoría literatura de viajes", *Castilla*, 5 (1983), pp. 63-85.

RIEGO, B., *Impresiones: la fotografía en la cultura del siglo XIX*, Gerona, CCG ediciones, 2003.

RIVAS CARMONA, J., "Notas para el neoclásico cordobés", *Imafronte*, 2 (1986), pp. 25-55.

ROBERTSON, I., *Los curiosos impertinentes, viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Madrid, Serbal/CSIC, 1988.

RODRÍGUEZ APARICIO, F., *La mano del tiempo, fotografías históricas de la evolución del paisaje urbano de Córdoba en el último siglo*, Córdoba, Ed. Diario de Córdoba, 2007.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, B., "El tema del viaje en los cuentos publicados en las revistas románticas españolas (1832-1857)", *Ferrán. Revista del I.E.S. Jaime Ferrán*, 18 (2000), pp. 89-100.

---, "Literatura de viajes en cinco revistas literarias madrileñas de la década de 1840", *Torre de los Lujanes, Revista de la Real Sociedad Económica Matritense*, 50 (2003), pp. 67-84.

ROMÁN MORALES, F. y GÁLVEZ, J. F., *Córdoba entre dos siglos. Fondo fotográfico del Archivo Municipal de Córdoba*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1995.

ROSSER-OWEN, M., *Arte islámico de España*, Madrid, Ed. Turner, 2010.

RUBIO JIMÉNEZ, J. y ORTAS DURAND, E., "El viaje romántico por España: bibliografía", *El Gnomo. Boletín de estudios becquerianos*, 3 (1994), pp. 95-211.

RÚJULA LÓPEZ, P. V., "Viajeros ilustrados y románticos: consideraciones metodológicas para la utilización de los libros de viajes como fuente histórica", en UBIETO ARTETA, A., *Metodología de la investigación científica sobre fuentes*

aragonesas. *Actas de las IX Jornadas*, Zaragoza, Universidad e Instituto de Ciencias de la Educación, 1994, pp. 115-122.

SAIZ-PARDO DE BENITO, J., *Ruta del Califato, un recorrido histórico-monumental de Córdoba a Granada*, Granada, Fundación el Legado Andalusi y Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2005.

SALCEDO HIERRO, M., *La Mezquita-Catedral de Córdoba*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Obra Social y Cultural de Cajasur, 2000.

SALCINES DE DELÁS, D., *La literatura de viajes: una encrucijada de textos*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1996.

SALILLAS, R., *Hampa, antropología picaresca*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1898.

SÁNCHEZ CANTÓN, F. J., “El viaje español y el arte español”, *Revista de Occidente*, 24 (1925), pp. 307-330.

SÁNCHEZ MORENO, F., *Córdoba, ciudad de culturas*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 2010.

SANTOS GENER, S. de los, “La ermita de San Bartolomé o capilla del Hospital del Cardenal Salazar”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 28 (1931), pp. 33-48.

SOUGUEZ, Mari-Loup, *Historia de la fotografía*, Madrid, Cátedra, 1985.

TORRE Y DEL CERRO, J. de la, “El puente romano”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 2 (1922), pp. 87-96.

TORRES BALBÁS, L., *La Mezquita de Córdoba y las ruinas de Madinat al-Zahra*, Madrid, Ed. Plus Ultra, 1952.

TROYANO, M., “Las ermitas de Córdoba, una excursión a Plasencia y Yuste”, en *Biblioteca de viajes I*, Madrid, Imprenta de la Revista de Navegación y Comercio, 1895, pp. 79-123.

URIARTE, C. de, “El viaje y su narración: sobre actitudes e implicaciones del viajero-escritor”, en LAFARGA MADUELL, F., MÉNDEZ ROBLES, P. S. y SAURA SÁNCHEZ, A., *Literatura de viajes y traducción*, Albolote (Granada), Ed. Comares, 2007, pp. 201-214.

URQUÍZAR HERRERA, A., *El Renacimiento en la periferia. La traducción de los modos italianos en la experiencia del quinientos cordobés*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2001.

---, *Historiadores y pintores. Historia de la historiografía de la pintura del siglo XVI en Córdoba*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2001.

VALVERDE Y ÁLVAREZ, E., *Guía del antiguo Reino de Andalucía: provincias de Sevilla, Córdoba, Cádiz, Huelva, Granada, Jaén, Málaga y Almería: viaje geográfico, artístico y pintoresco*, Madrid, Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val, 1886.

VALVERDE CANDIL, M. y ZUERAS TORRENS, F., *Un siglo de pintura cordobesa (1791-1891)*, Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba, 1984.

VALVERDE CANDIL, M. y PÍRIZ SALGADO, A. M., *Catálogo del Museo de Julio Romero de Torres*, Córdoba, Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Córdoba, 1989.

VILLAR MOVELLÁN, A., *Guía artística de Córdoba y su provincia*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba y Fundación José Manuel Lara, 2006.

VV. AA., *España y españoles, paisajes, monumentos, tipos de la corte y de provincias, usos y costumbres, leyendas y tradiciones*, París, Librería Garnier, 1913.

VV. AA., *La Mezquita de Córdoba: siglos VIII al XV*, Córdoba, Imprenta San Pablo, 1986.

VV. AA., *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y homenaje a Gerald Brenan*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1987.

VV. AA., *Córdoba entre dos siglos*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1995.

VV. AA., *La imagen romántica del Legado Andalusi*, Madrid, Ed. Lunweg, 1995.

VV. AA., *Instantes de Córdoba en la Agencia EFE*, Córdoba, Obra Social y Cultural de Cajasur, 1998.

VV. AA., *Historia de la fotografía del siglo XIX en España: una revisión metodológica*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.

VV. AA., *Las ciudades históricas. Patrimonio y sociabilidad*, Córdoba, Publicaciones de la Obra Social y Cultural de Cajasur, 2000.

VV. AA., *Córdoba, ayer y hoy*, Córdoba, Ed. ABC, 2000.

VV. AA., *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Visor Libros, 2002.

VV. AA., *El hilo de la vida, un legado fotográfico para Córdoba (1854-1939)*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 2002.

VV. AA., *La fotografía en España en el siglo XIX*, Málaga, Fundación la Caixa, 2003.

VV. AA., *Córdoba. Guía de Arquitectura*, Córdoba, Colegio Oficial de Arquitectos de Córdoba y Dirección General de Arquitectura y Vivienda, 2003.

VV. AA., *Seminario Internacional de Ingeniería Gráfica; el diseño en la Ingeniería y en la Arquitectura*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2005.

VV. AA., *Córdoba, retrato de una ciudad, presencias y ausencias*, Córdoba, Fundación Provincial de Artes Plásticas Rafael Botí, 2005.

VV. AA., *Guía Artística de Córdoba y su provincia*, Córdoba, Fundación José Manuel Lara y Ayuntamiento de Córdoba, 2005.

VV. AA., *Descubrir la Península, Andalucía I*, Madrid, Turismo Verde SL, 2006.

VV. AA., *Córdoba, imágenes de un año*, Córdoba, Patronato de la Fundación Unicaja, 2007.

VV. AA., *Asómate a Córdoba, miradas ciudadanas*, Córdoba, Departamento de Consumo y Participación Ciudadana de la Diputación de Córdoba, 2008.

VV. AA., *La ciudad de Córdoba: origen, consolidación e imagen*, Córdoba, Servicios de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2009.

VV. AA., *Una imagen de España, fotógrafos estereoscopistas franceses (1856-1867)*, Madrid, Mapfre, 2011.

VV. AA., *El sur de Europa en los inicios del siglo XX*, Málaga, Ed. Arguval, 2012.

VV. AA., *Julio Romero de Torres: entre el mito y la tradición*, Málaga, Artes Gráficas Palermo, 2013.

YÁÑEZ POLO, M. Á., *Historia de la fotografía española, 1839-1986*, Sevilla, Sociedad de Historia de la Fotografía Española, 1986.

---, *Diccionario histórico de conceptos, tendencias y estilos fotográficos, desde 1839 hasta nuestros días*, Sevilla, Sociedad de Historia de la Fotografía Española, 1994.

6. Anexo documental sobre la Mezquita-Catedral de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX

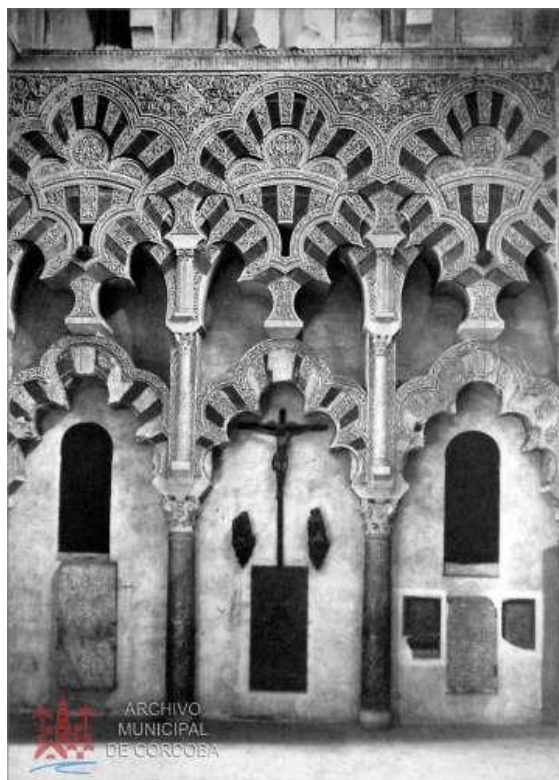
6.1. Archivo Municipal de Córdoba



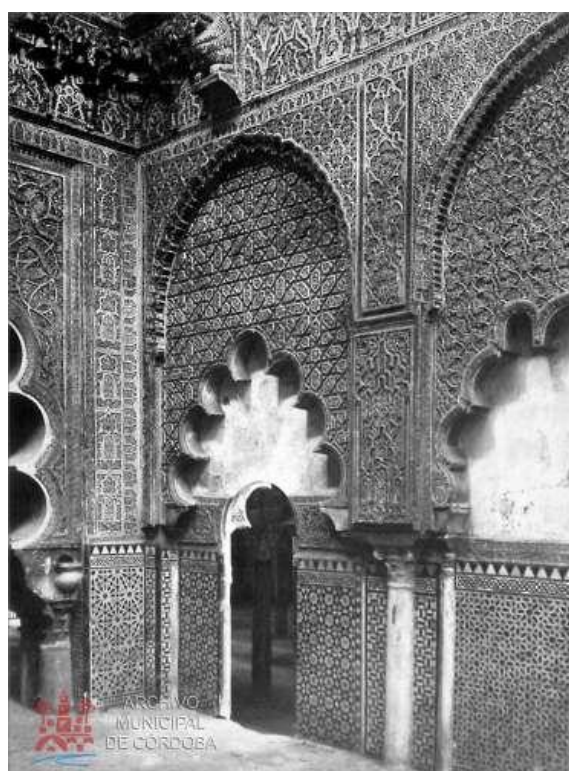
Arcos polilobulados entrecruzados de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Cúpula de la capilla de la Concepción de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Arcos de la capilla de Villaviciosa de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Capilla Real de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección de Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Sillería del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Arcos de herradura y polilobulados de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Pulpito del Evangelio de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Nuestra Señora de Villaviciosa de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Fachada norte de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Arquerías del Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Fachada de poniente de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Nave de la Maqsura de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



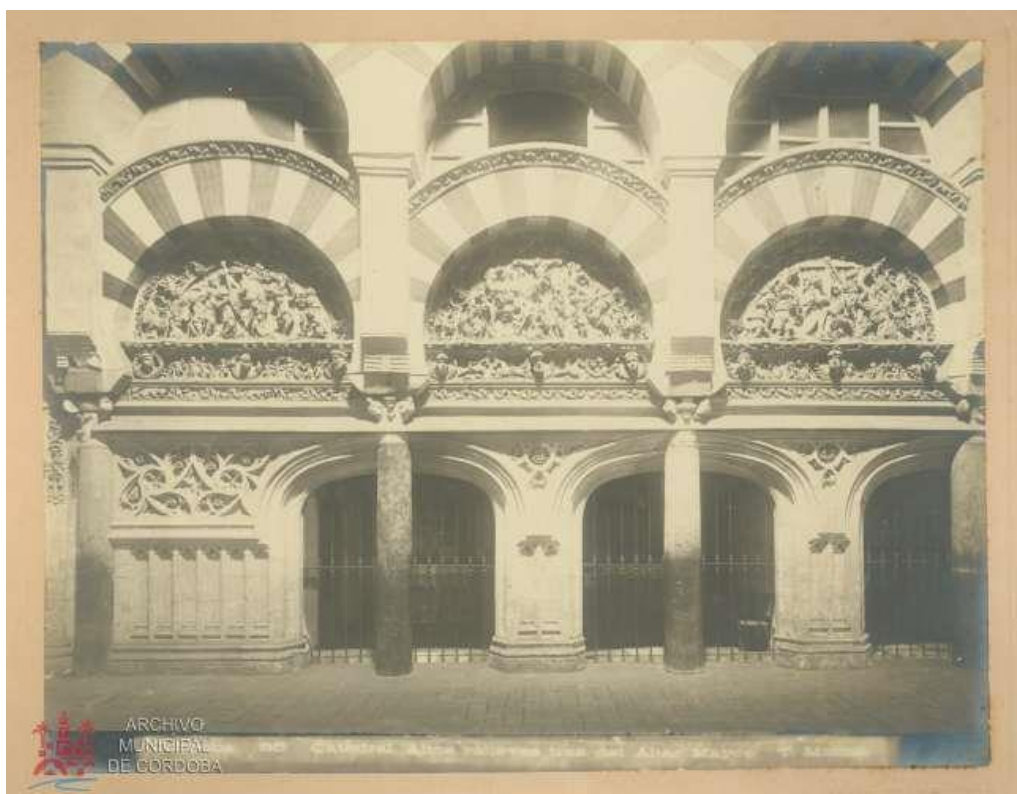
Puerta de las Palmas de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Puerta del Perdón de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Torre campanario de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Arcos y relieves de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Puerta de las Palmas de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Arquerías de la capilla de Villaviciosa de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



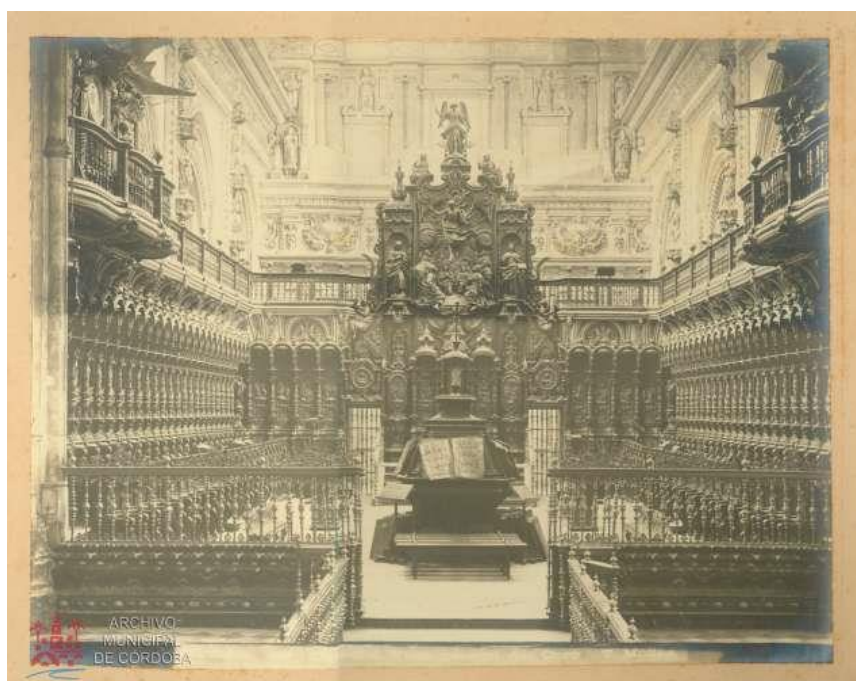
Arcos de la capilla de Villaviciosa de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Capilla de Villaviciosa de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



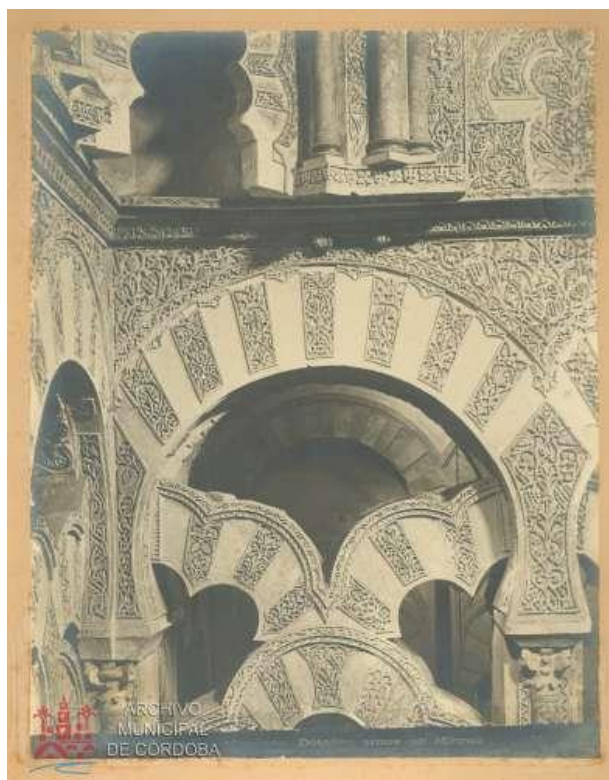
Capilla Real de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Sillería del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Crucero de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Detalle de las arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Detalle de la decoración de una puerta de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



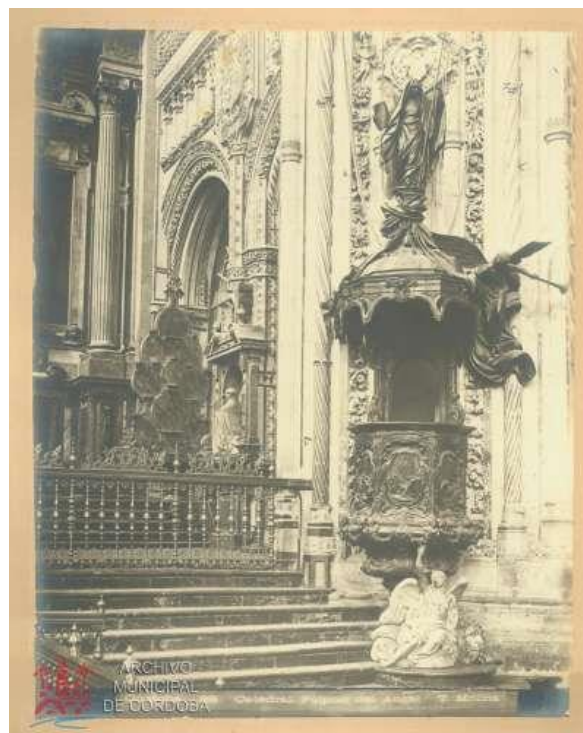
Fuente del Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Puerta de la Sacristía de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Pulpito de la Epístola de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



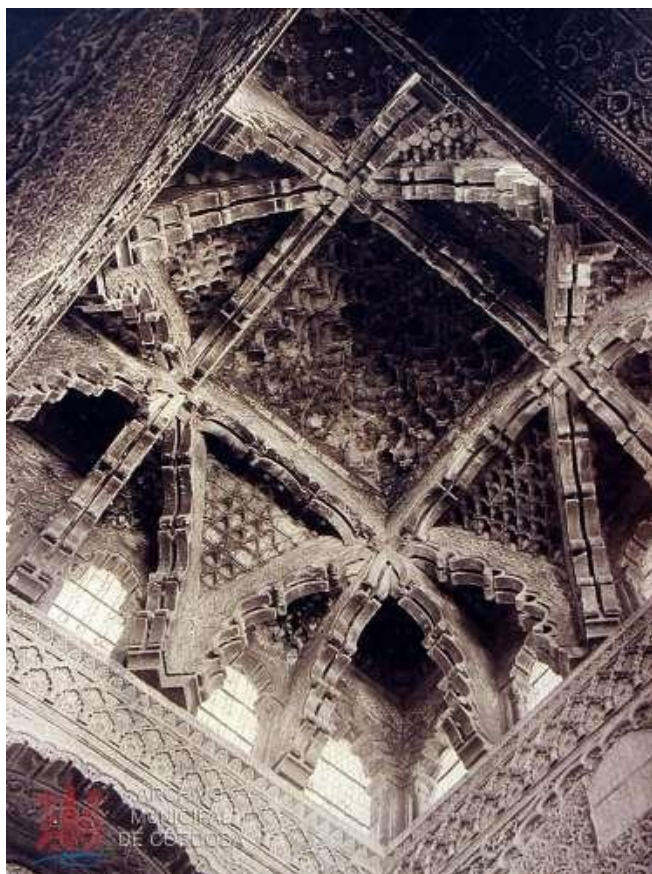
Sede episcopal de la sillería del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Una de las puertas de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Sede episcopal del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Lucernario de Alhakén II de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Detalle de los mosaicos del Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Detalle de la sillería del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Puerta de la fachada de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Facistol del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Detalle del púlpito del Evangelio de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Sillería del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.

6.2. Biblioteca Nacional de España



Arcos de la Maqsura de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1842, Louis Jules Arnout, Biblioteca Nacional de España.



Arcos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1862, Charles Clifford, Biblioteca Nacional de España.



Arcos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1891, Hauser y Menet, Biblioteca Nacional de España.



Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1890, Garzón y Seán, Biblioteca Nacional de España.



Puerta del Perdón de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Vista exterior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Puerta de las Palmas de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Exterior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1812, Schwartz, Biblioteca Nacional de España.



Maqsura y Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1891, Hauser y Menet, Biblioteca Nacional de España.

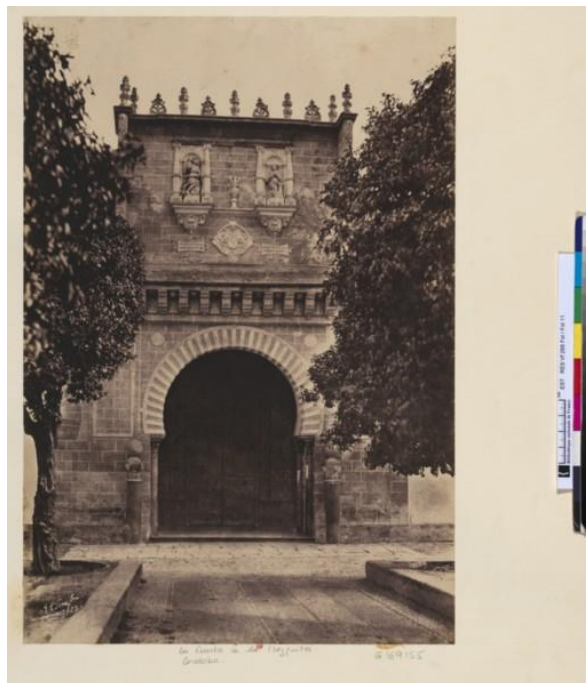


Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, entre 1880 y 1890, Anónimo, Biblioteca Nacional de España.

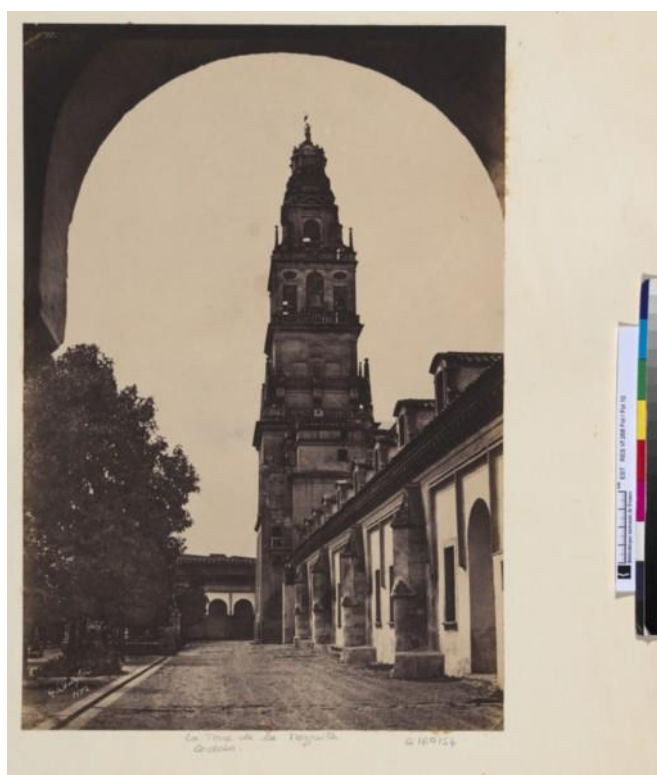


Arquerías que preceden al Mihrab de la Mequita-Catedral de Córdoba, entre 1880 y 1890, Anónimo, Biblioteca Nacional de España.

6.3. Biblioteca Nacional de Francia



Puerta de las Palmas o arco de las Bendiciones de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1852, Edward King Tenison, Biblioteca Nacional de Francia.



Torre campanario de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1852, Edward King Tenison, Biblioteca Nacional de Francia.

6.4. Archivo Capitular de la Catedral de Córdoba



Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Pérez Muñoz, Archivo Capitular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.



Detalle de una de las puertas de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Pérez Muñoz, Archivo Capitular de la Catedral de Córdoba.

6.5. Archivo Histórico de Viana (Córdoba)



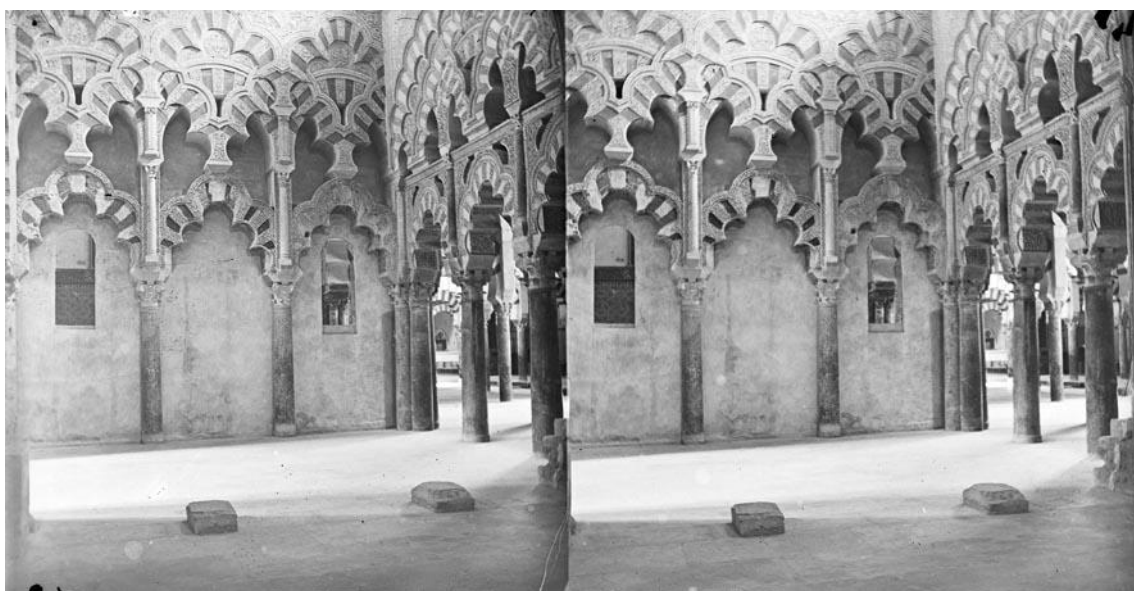
Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Maqsura y Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Exterior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Arcos de la capilla de Villaviciosa de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Maqsura y Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Torre campanario de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Capilla de Villaviciosa de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



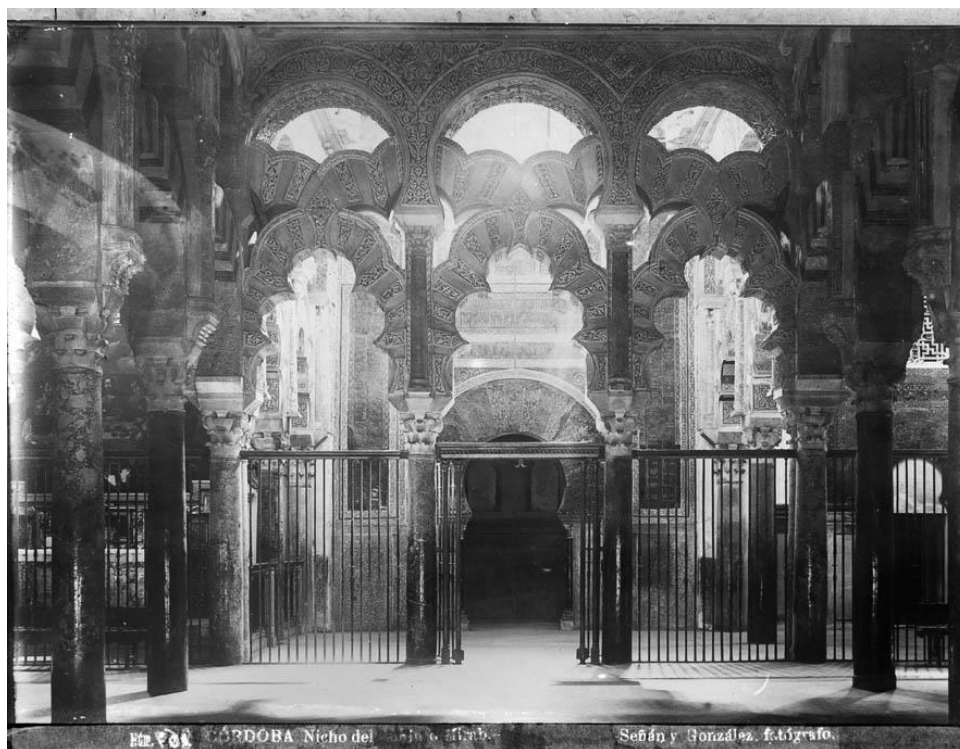
Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



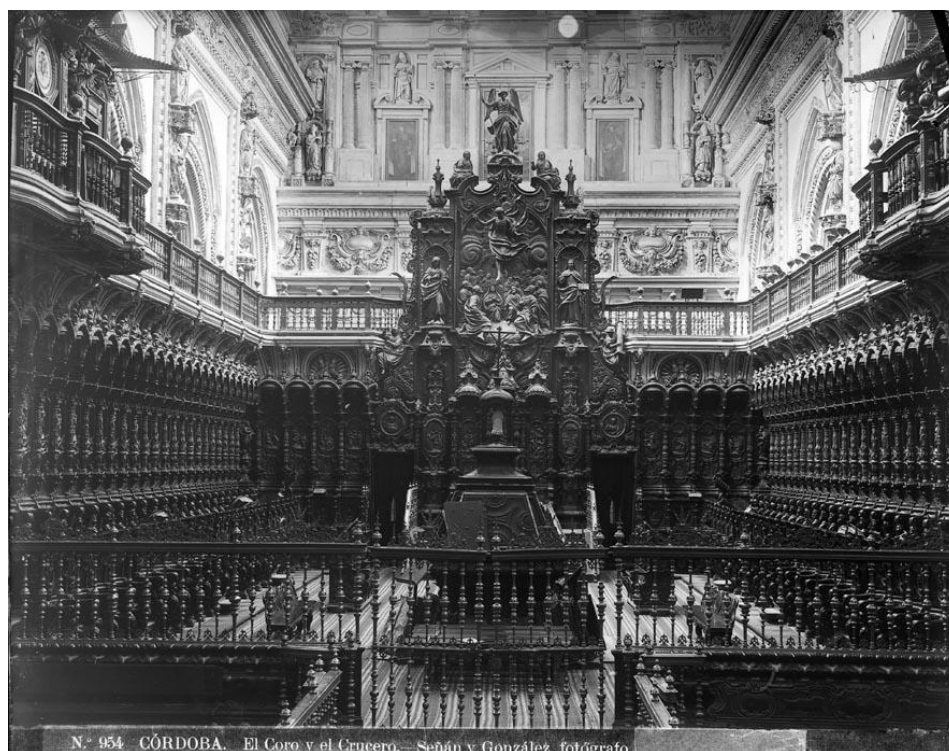
Torre campanario de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



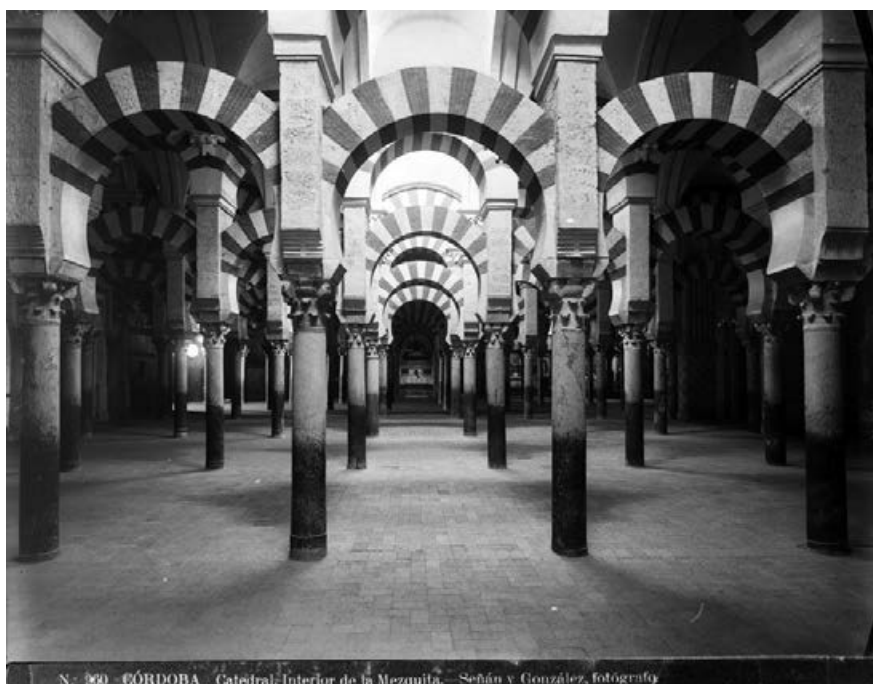
Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Maqsura y Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Arquerías de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Cúpula de la Maqsura de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



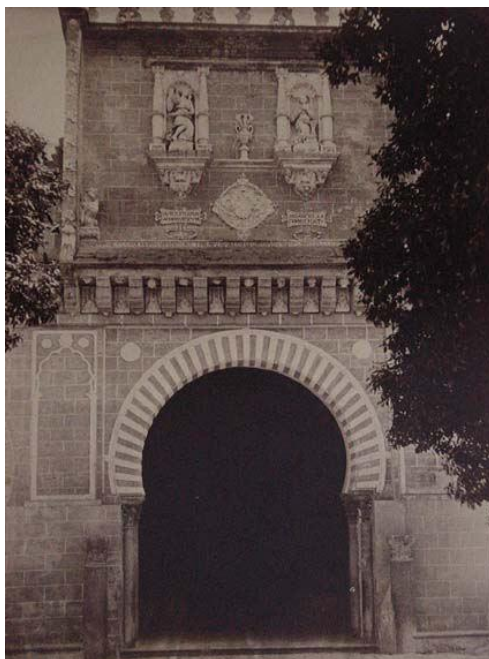
Exterior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.

6.6. Archivo Histórico Provincial de Córdoba



Torre campanario de la Mezquita-Catedral de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.

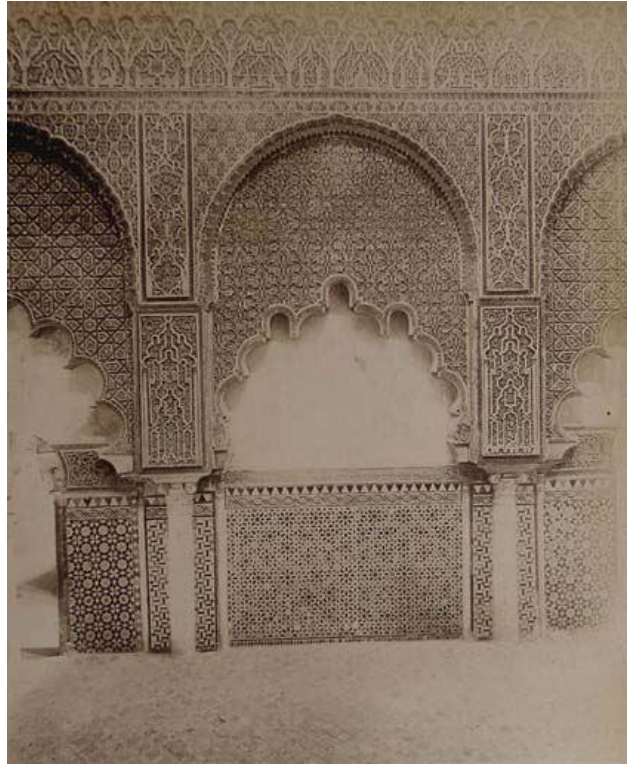
6.7. Fondo Fotográfico de la Universidad de Navarra



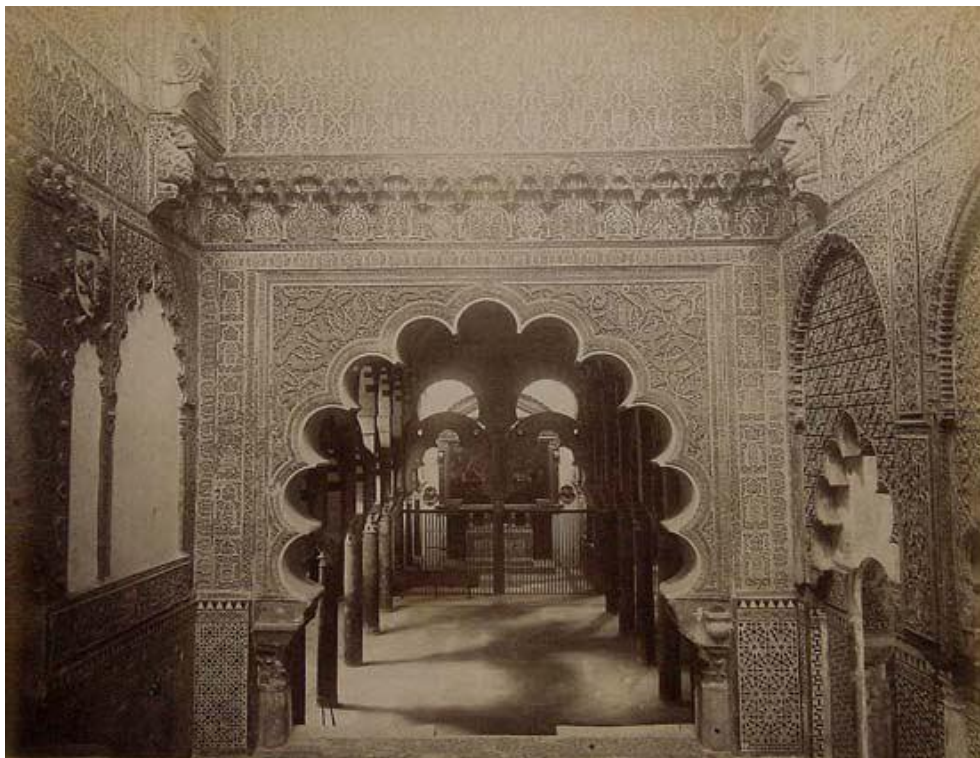
Arco de las Bendiciones de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1866, Casiano Alguacil, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Arco de las Bendiciones de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1895, Tomás Molina, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Capilla Real de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1895, Tomás Molina, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Capilla Real de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1895, Tomás Molina, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Exterior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Galería del Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1884, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1880, Rafael Garzón, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



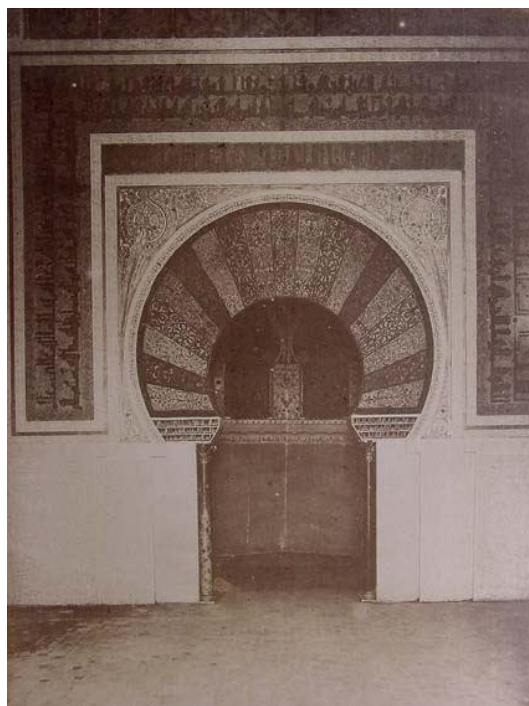
Interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1884, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Maqsura y Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1865, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Maqsura de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1884, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Mihrab de la Mezquita-Catedral de Córdoba, sin fecha, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



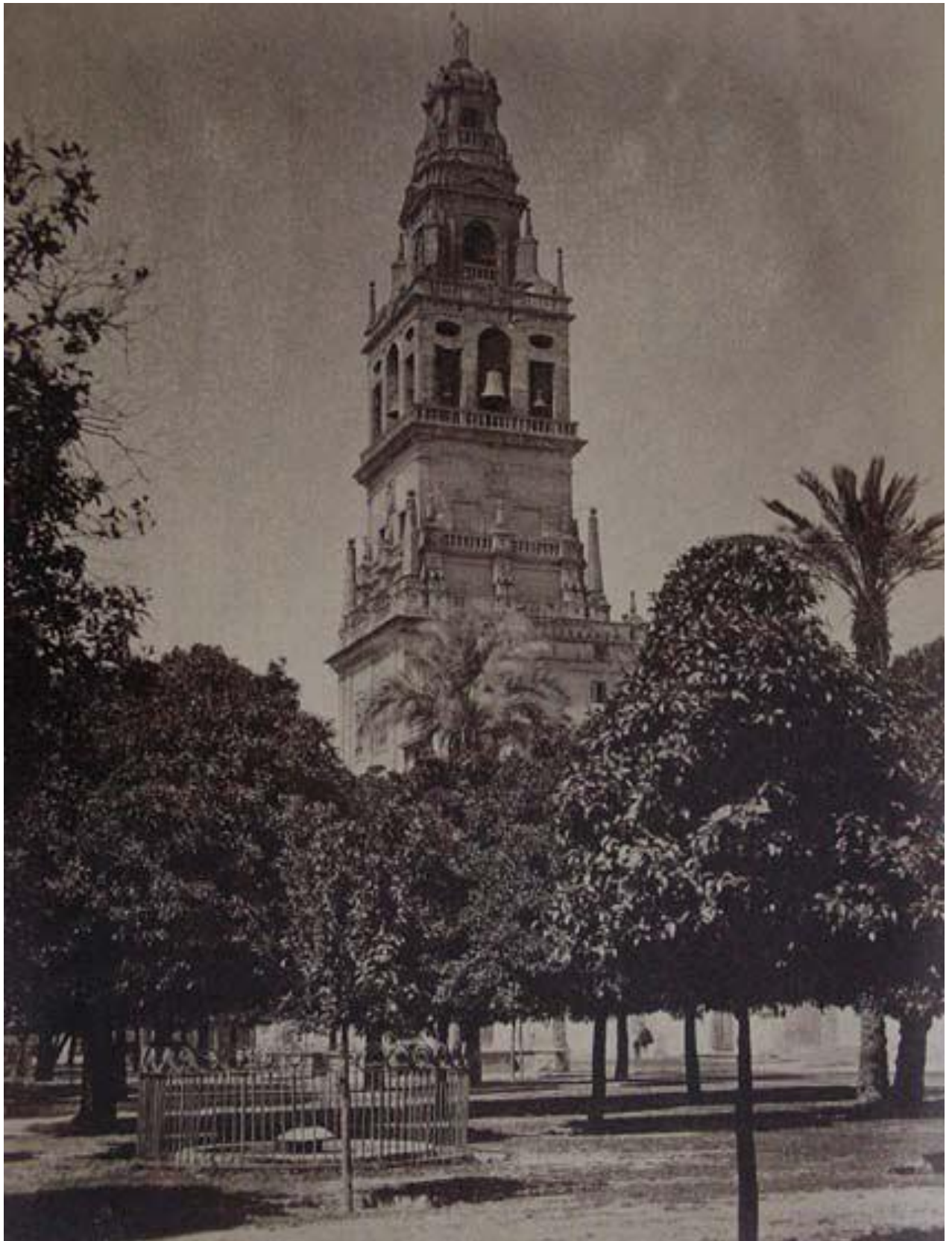
Maqsura de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1883, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



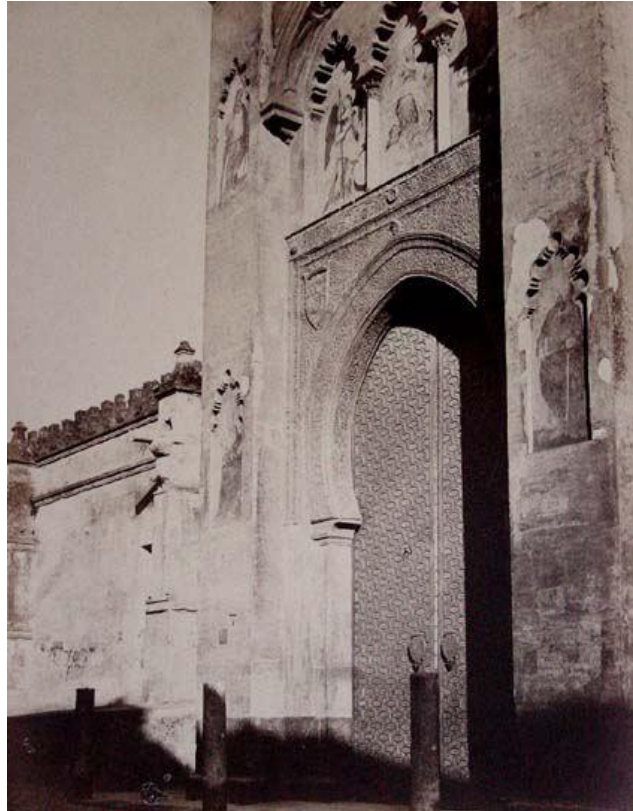
Interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1860, Charles Clifford, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1883, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Torre campanario de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1866, Casiano Alguacil,
Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Puerta del Perdón de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1866, Casiano Alguacil, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



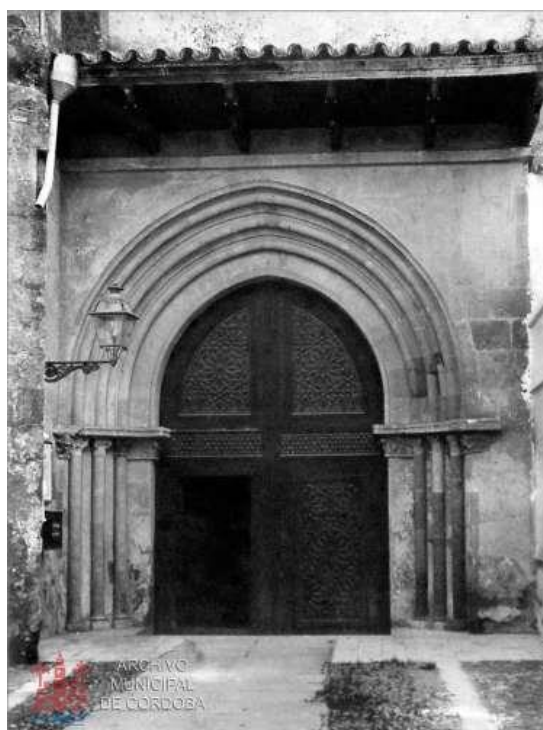
Sillería del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba, año 1884, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.

7. Anexo documental sobre urbanismo de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX

7.1. Archivo Municipal de Córdoba



Patio del Recibo, palacio de los marqueses de Viana, Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Puerta lateral de la parroquia de san Pablo, Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



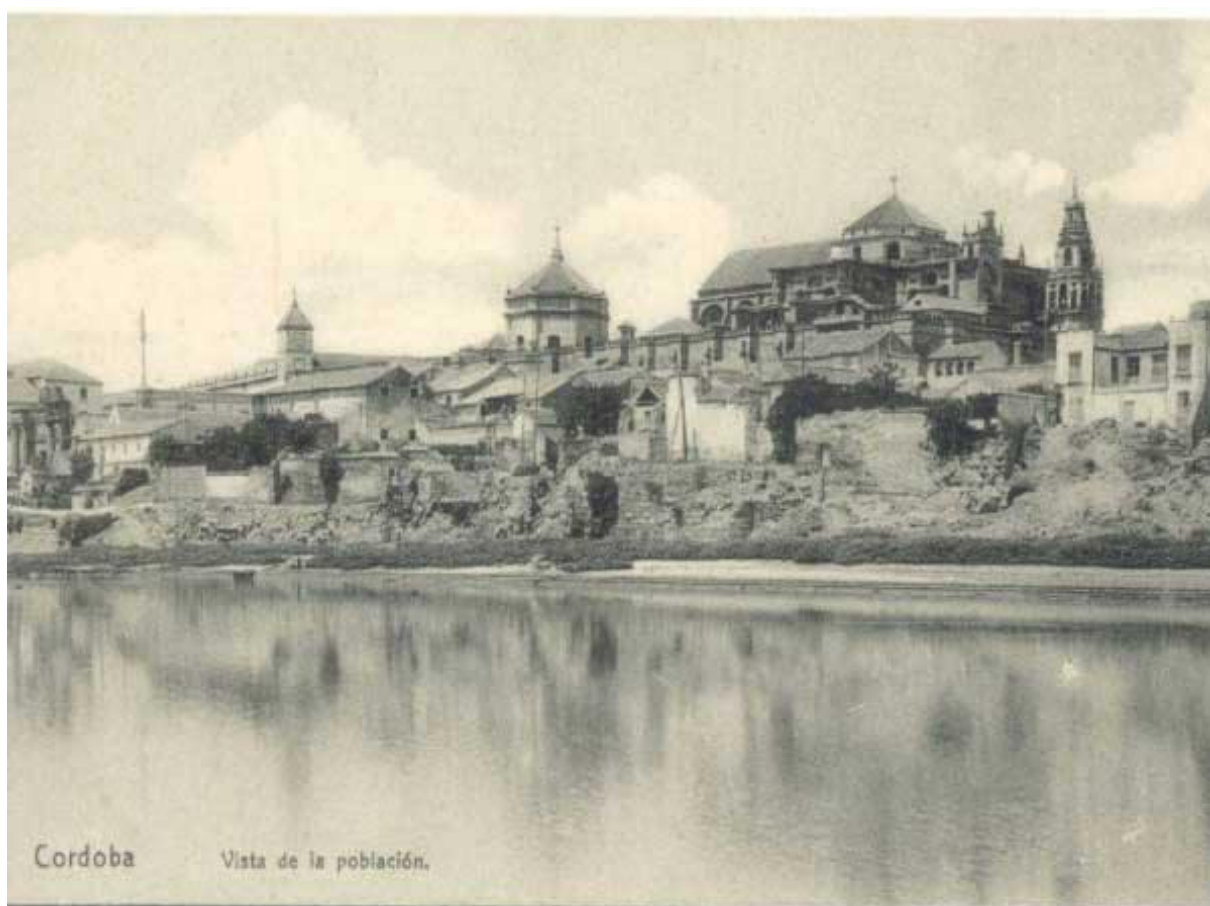
Puerta del Puente, Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Parroquia de Nuestra Señora del Carmen de Puerta Nueva, Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Salón del Real Círculo de la Amistad de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Francisco José Montilla, Archivo Municipal de Córdoba.



Córdoba desde la ribera del Guadalquivir, año 1890, Colección de Basilio Alcañíz, Archivo Municipal de Córdoba.



Arco de Isabel II situado en Puerta Nueva, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Campo de la Merced, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



San Cayetano y la Malmuerta vista desde el campo de la Merced, Córdoba, año 1862, Colección de García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Puerta del hospital de san Sebastián, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Calle Torrijos presidida por el triunfo de san Rafael, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Molino de la Albolafia, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



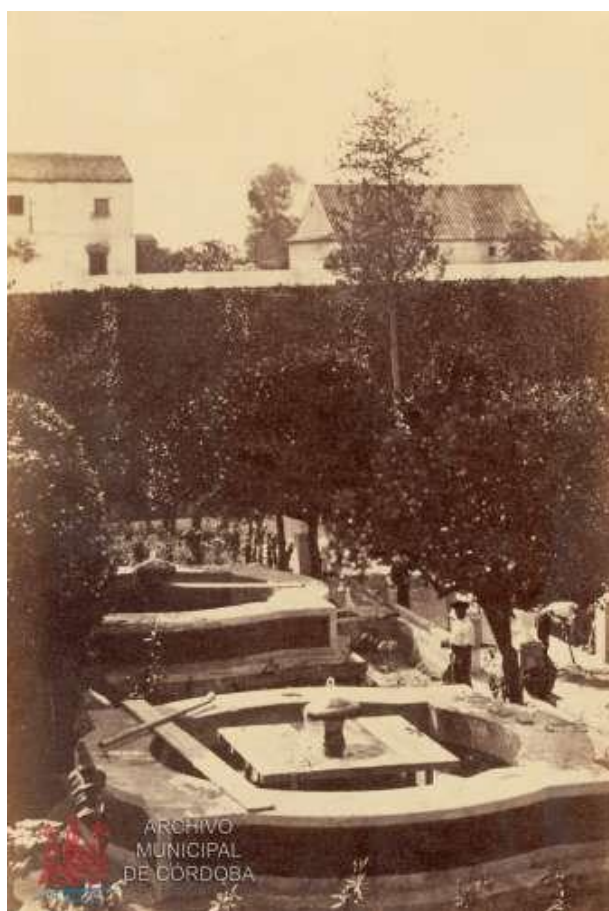
Portada del hospital de san Sebastián, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



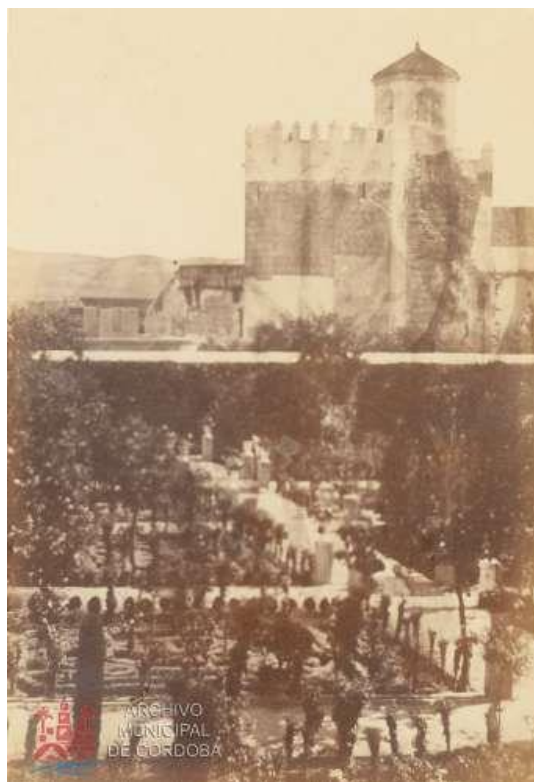
Jardines del palacio episcopal de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Torre del Homenaje vista desde los jardines episcopales de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Jardines episcopales de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Alcázar de los Reyes Cristianos de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Palacio episcopal de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Palacio de los marqueses de la Vega de Armijo, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Puente romano y torre de la Calahorra, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



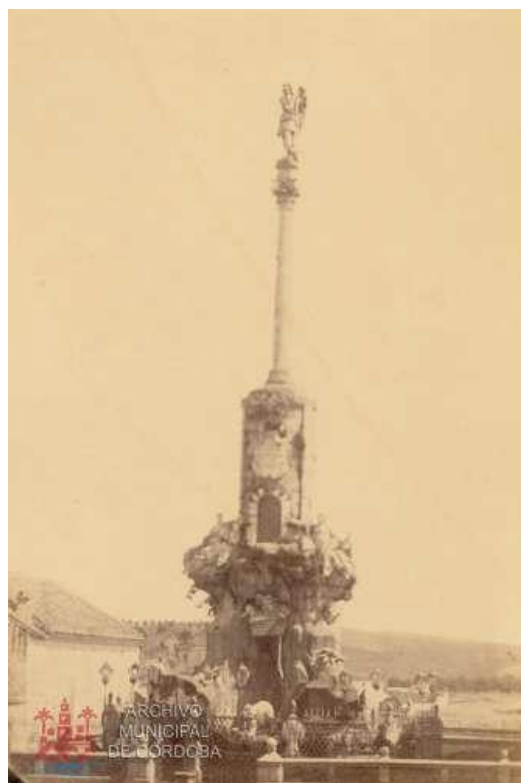
Puerta de Gallegos, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



El ferrocarril a su paso por Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Estación de ferrocarril de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Triunfo a san Rafael, Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Hospital de san Sebastián, Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Palacio de Jerónimo Páez, Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Parroquia de san Lorenzo, Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Paseo de la ribera del Guadalquivir, Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Torre de la Malmuerta, Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Parroquia de san Nicolás de la Villa, Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Triunfo a san Rafael, Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Panorámica de la ciudad de Córdoba, año 1880, Colección Tomás Molina, Archivo Municipal de Córdoba.



Cristo de los Faroles en la plaza de Capuchinos, Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Interior de un patio cordobés, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Patio de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.

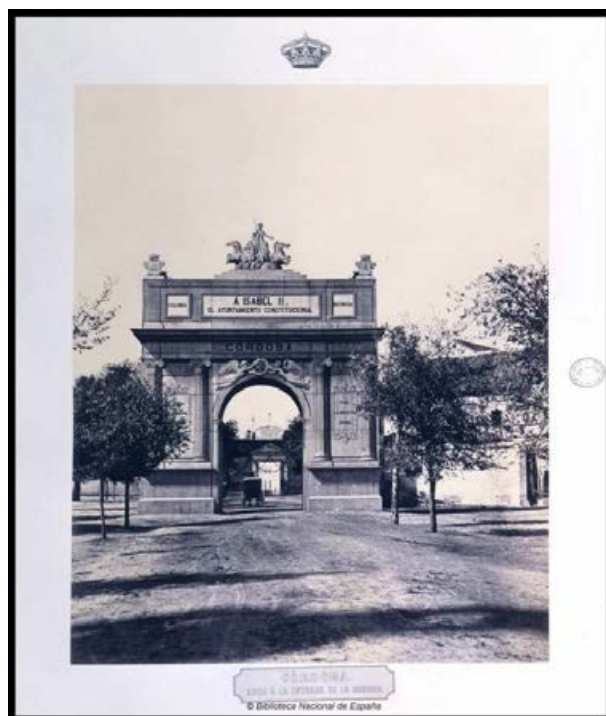


Patio del museo de Bellas Artes de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Rejas de Don Gome, palacio de los marqueses de Viana, Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.

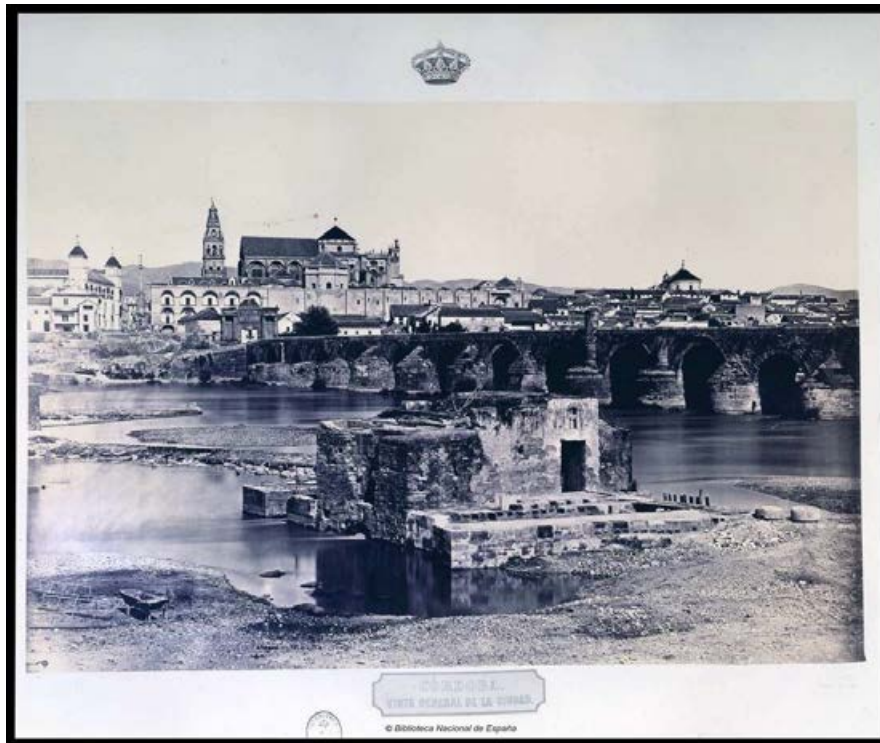
7.2. Biblioteca Nacional de España



Arco de Isabel II situado en plaza de Puerta Nueva, Córdoba, año 1862, Charles Clifford, Biblioteca Nacional de España.



Palacio de Jerónimo Páez, Córdoba, año 1891, Hauser y Menet, Biblioteca Nacional de España.



Panorámica de la ciudad de Córdoba, año 1862, Charles Clifford, Biblioteca Nacional de España.



Panorámica del puente romano sobre el Guadalquivir, Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Panorámica de la ciudad de Córdoba, año 1891, Hauser y Menet, Biblioteca Nacional de España.



Triunfo a san Rafael, Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Vista exterior de la Mezquita-Catedral de Córdoba desde el triunfo de san Rafael, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



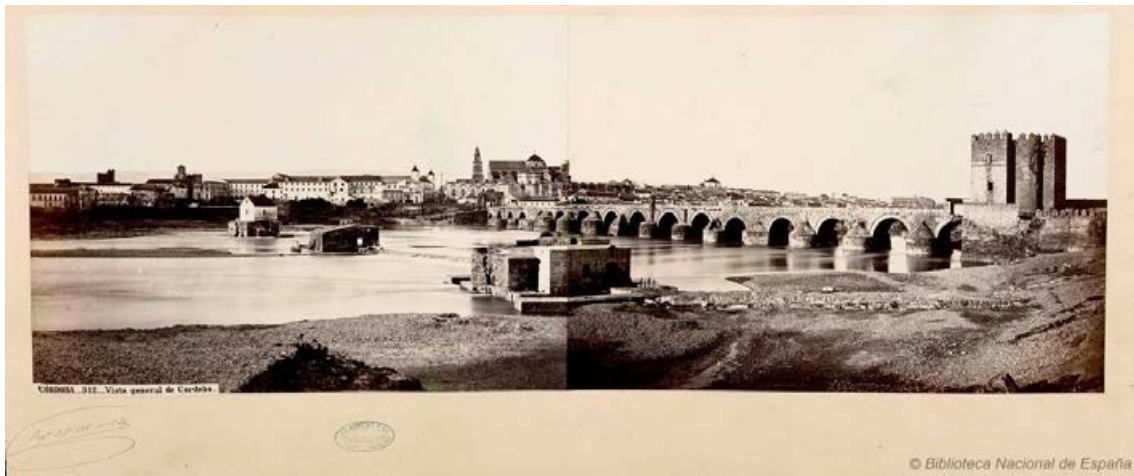
Panorámica de la ciudad de Córdoba, entre 1880 y 1990, Anónimo, Biblioteca Nacional de España.



Córdoba desde el puente romano, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Panorámica de la ciudad de Córdoba, año 1890, Rafael Garzón, Biblioteca Nacional de España.



Panorámica de la ciudad de Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Hospital de san Sebastián, Córdoba, año 1862, Charles Clifford, Biblioteca Nacional de España.



Vista aérea de la ciudad de Córdoba, año 1855, Alfred Guesdon, Biblioteca Nacional de España.



Panorámica de la ciudad de Córdoba, año 1812, Etienne Devilliers, Biblioteca Nacional de España.

7.3. Biblioteca Nacional de Francia



Córdoba desde el puente romano, año 1852, Edward King Tenison, Biblioteca Nacional de Francia.

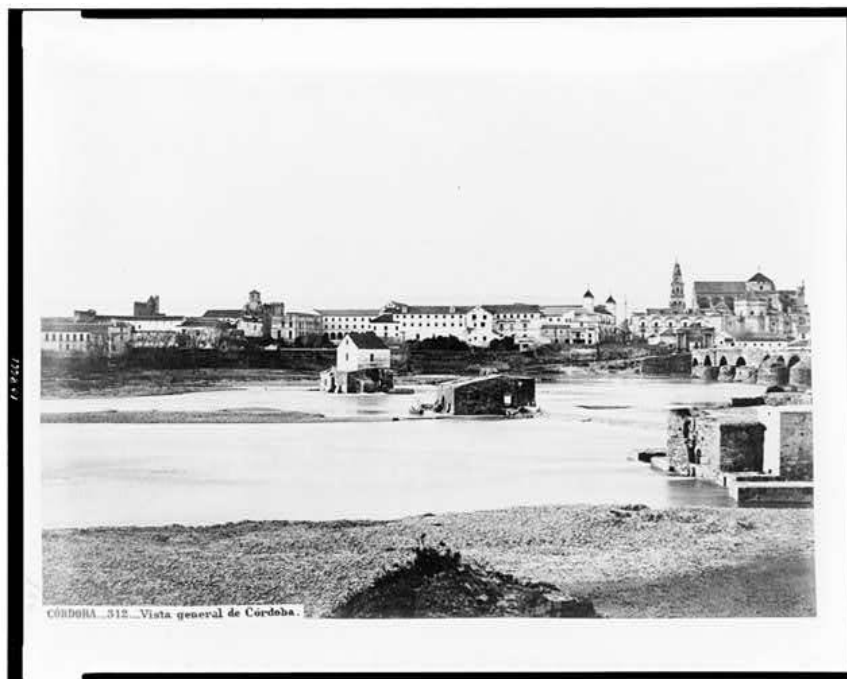


Córdoba desde el Guadalquivir, 1852, Edward King Tenison, Biblioteca Nacional de Francia.

7.4. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América



Torre de la Malmuerta, Córdoba, entre 1860 y 1880, Jean Laurent, Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América.



Córdoba desde el Guadalquivir, entre 1860 y 1880, Jean Laurent, Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América.

7.5. Archivo Capítular de la Catedral de Córdoba



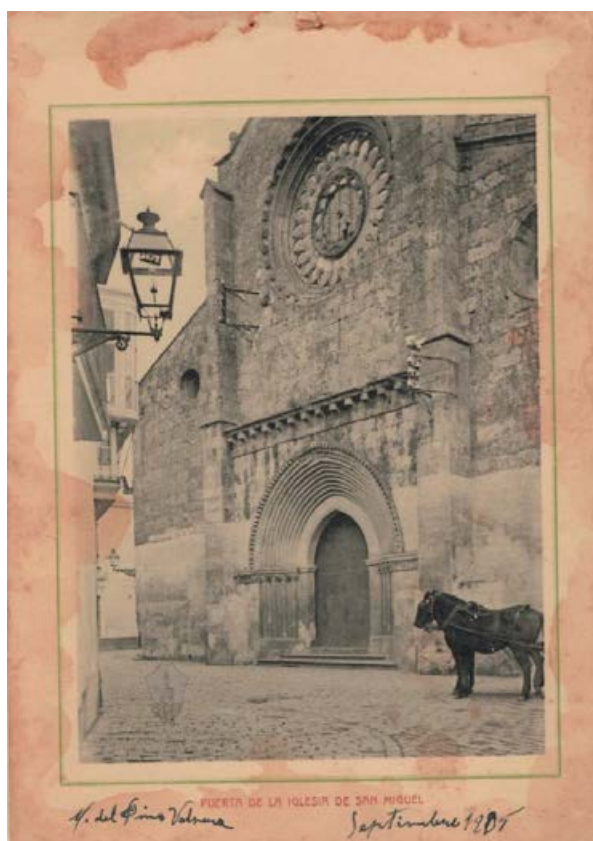
Torre de san Nicolás, Córdoba, año 1905, Colección Nieto Cumplido, Archivo Capítular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.



Puerta lateral de la parroquia de santa Marina, Córdoba, año 1905, Colección Nieto Cumplido, Archivo Capítular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.



Palacio de Jerónimo Páez, Córdoba, año 1905, Colección Nieto Cumplido, Archivo Capitular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.



Puerta de la parroquia de san Miguel, Córdoba, año 1905, Colección Nieto Cumplido, Archivo Capitular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.



Triunfo de san Rafael, Córdoba, año 1905, Colección Nieto Cumplido, Archivo Capitular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.



Hospital de san Sebastián, Córdoba, año 1905, Colección Nieto Cumplido, Archivo Capitular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.



Sinagoga de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Manuel Nieto Cumplido,
Archivo Capítular de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.

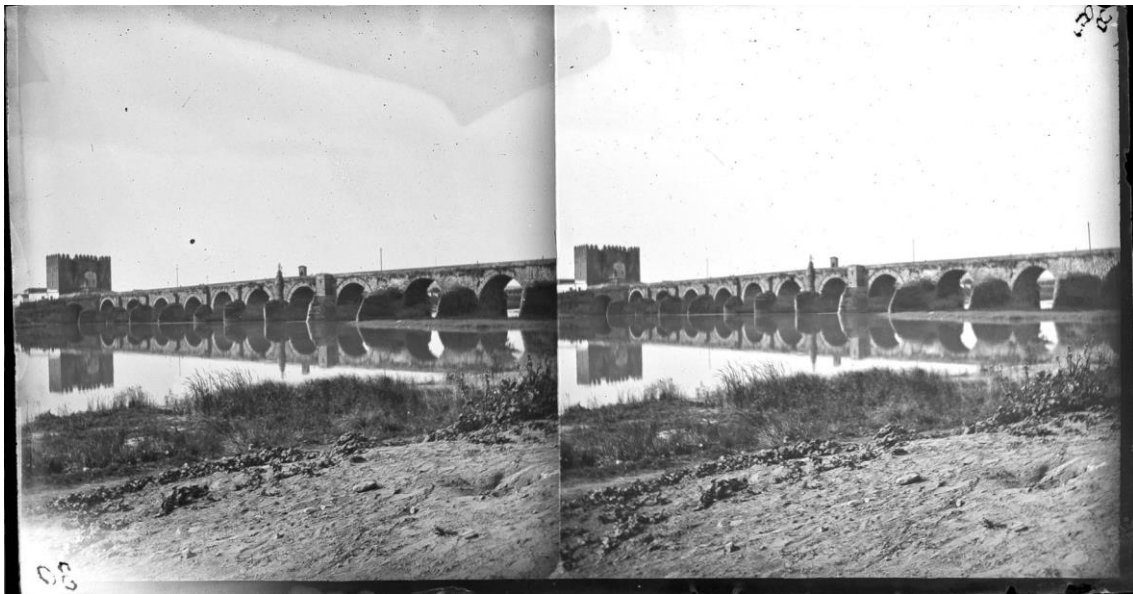
7.6. Archivo Histórico de Viana (Córdoba)



Puente romano de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



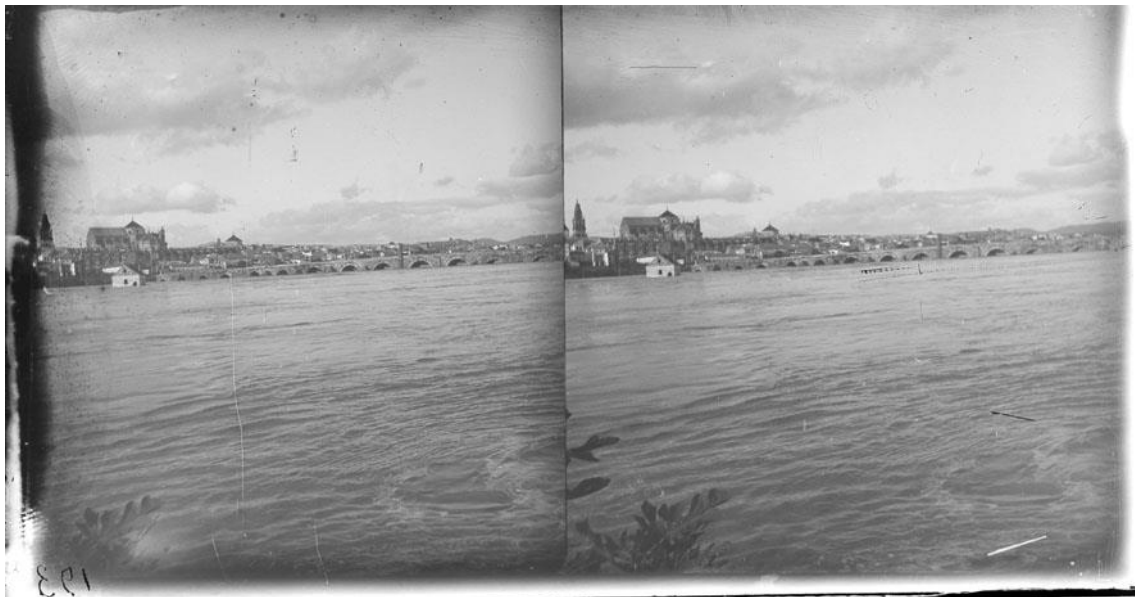
Puerta de Almodóvar en Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Puente romano de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Boulevard del Gran Capitán, Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



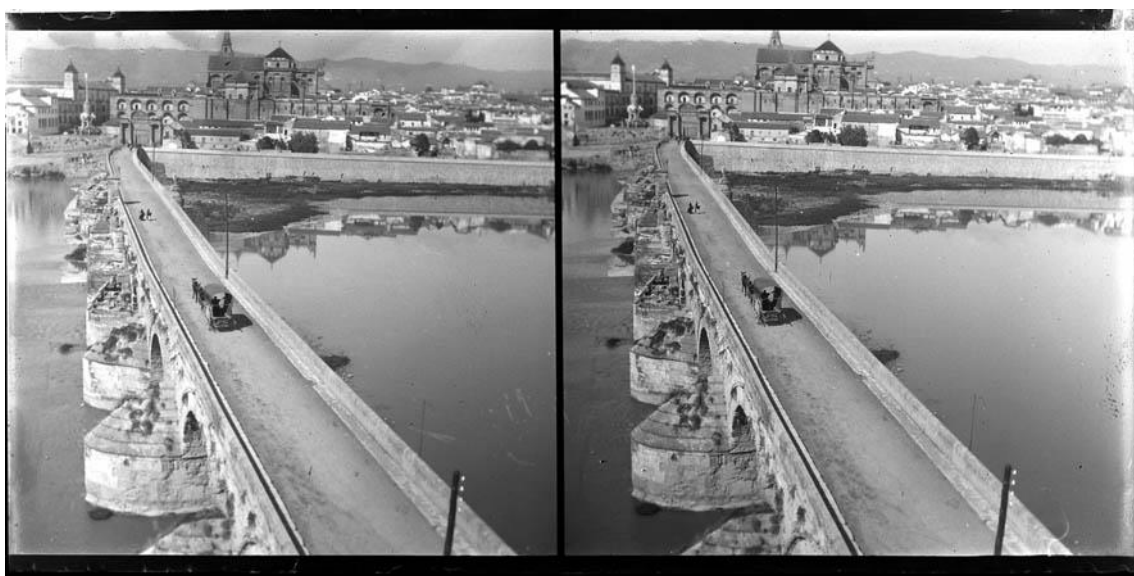
Crecidas del río Guadalquivir en Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Crecidas del río Guadalquivir en Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Córdoba desde el Guadalquivir, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Puente romano de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Inundaciones en la Fuensanta de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Palacio de Jerónimo Páez en Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Puerta del Puente de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Río Guadalquivir a su paso por Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Ronda de los Tejares de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Interior de un patio cordobés, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Puente romano de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Puerta del Puente en Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Parroquia de san Lorenzo de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



870 CÓRDOBA. El río Guadalquivir, Puente y la Calahorra. — Seán y González, fotógrafo.

Córdoba desde el Guadalquivir, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Fuente de la plaza del Potro en Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Boulevard del Gran Capitán de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Córdoba desde el Guadalquivir, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



975 CÓRDOBA. Puente Romano y Vista general de la Ciudad.—Seán y González, fotógrafo.

Córdoba desde el Guadalquivir, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Boulevard del Gran Capitán de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Córdoba desde el Guadalquivir, finales del siglo XIX, Colección Rafael Señán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Puente romano de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Córdoba desde el Guadalquivir, finales del siglo XIX, Colección Rafael Seán y González, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.

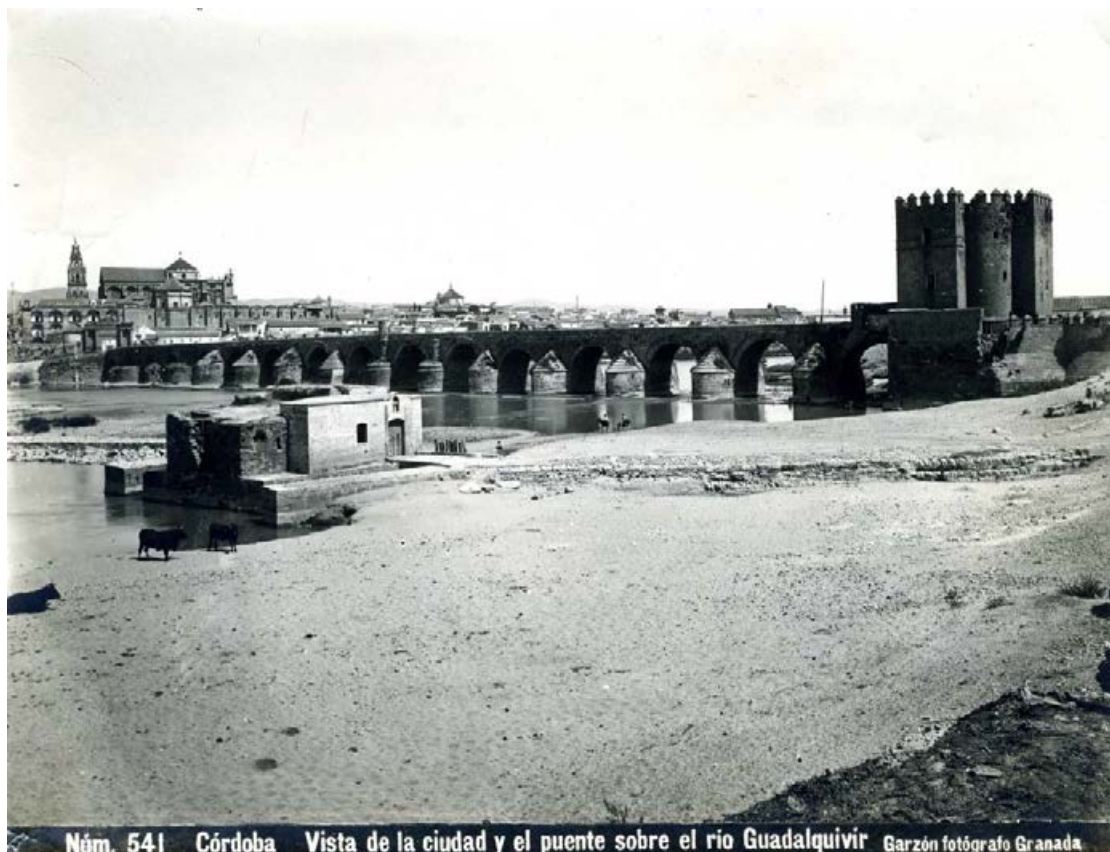
7.7. Archivo Histórico Provincial de Córdoba



Ayuntamiento de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.



Portada del palacio de Jerónimo Páez en Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.



Córdoba desde el río Guadalquivir, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.



Fachada del museo de Bellas Artes de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.



Córdoba desde el río Guadalquivir, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.



Parroquia de Santa Marina de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.



Los tejados de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.

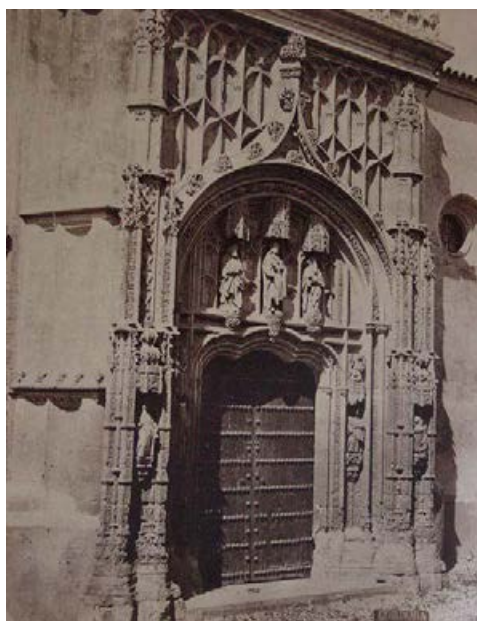


Triunfo de san Rafael en Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.

7.8. Fondo Fotográfico de la Universidad de Navarra



La ciudad de Córdoba desde el Guadalquivir, año 1880, Rafael Garzón, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



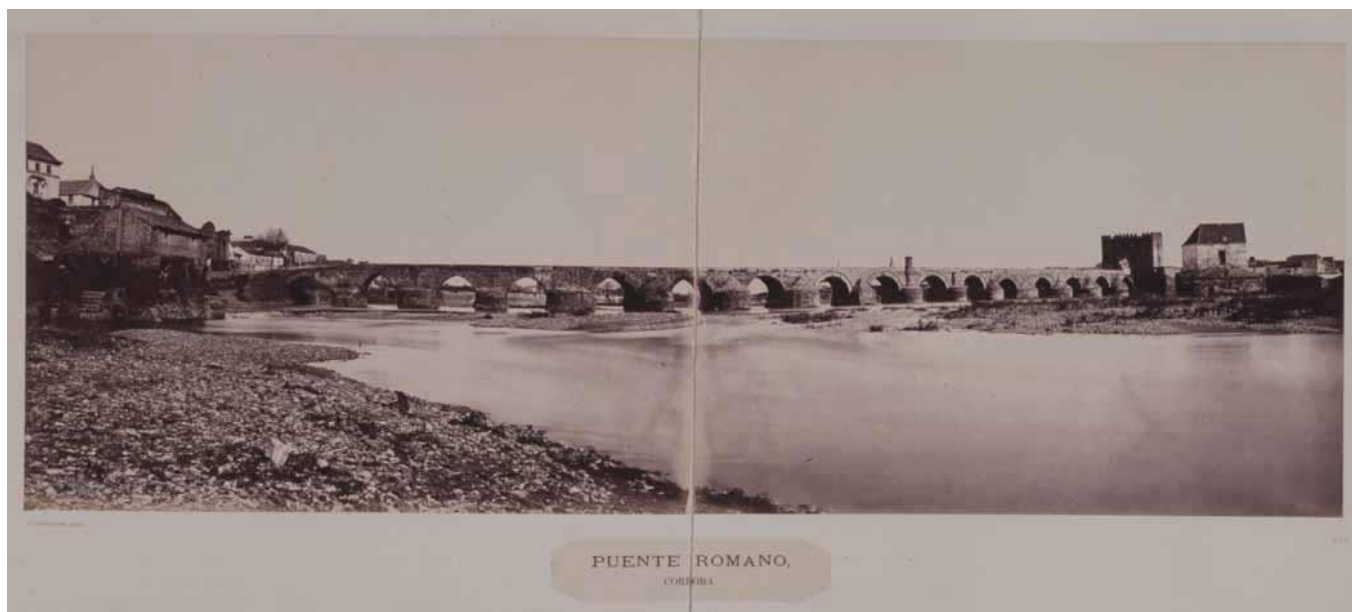
Hospital de san Sebastián de Córdoba, año 1866, Casiano Alguacil, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



La ciudad de Córdoba desde el Guadalquivir, año 1895, Tomás Molina, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



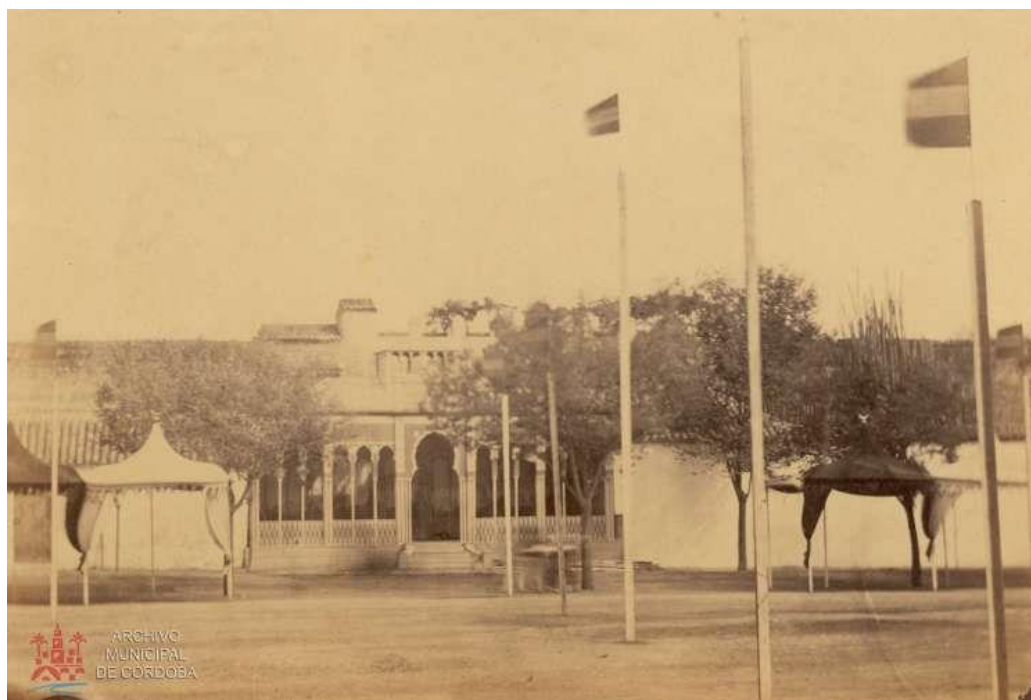
Palacio de Jerónimo Páez en Córdoba, año 1895, Tomás Molina, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Puente romano de Córdoba, año 1867, Jean Laurent, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.

8. Anexo documental sobre las fiestas, usos y costumbres de Córdoba en la literatura de viajes del siglo XIX

8.1. Archivo Municipal de Córdoba



Caseta del Ayuntamiento de la feria de Nuestra Señora de la Salud de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Feria de Nuestra Señora de la Salud de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Feria de Nuestra Señora de la Salud de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Feria de Nuestra Señora de la Salud de Córdoba, año 1862, Colección García Córdoba, Archivo Municipal de Córdoba.



Mujer cordobesa recogiendo agua de una fuente, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Cordobeses recogiendo agua de la fuente del Potro, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Dos monjas se cruzan con un arriero en la calle Céspedes, Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Aguador en la puerta de una casa cordobesa, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.



Caballos bebiendo en un abrevadero en la fachada de levante de la Mezquita, finales del siglo XIX, Colección Emilio Godes Hurtado, Archivo Municipal de Córdoba.

8.2. Biblioteca Nacional de España



Personajes en la puerta de una iglesia de Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Personajes en las ermitas de la sierra de Córdoba, año 1870, Jean Laurent, Biblioteca Nacional de España.



Personajes en la ronda del Marrubial, Córdoba, año 1838, Louis Haghe, Biblioteca Nacional de España.



Personajes en la fuente del Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, entre 1880 y 1890, Anónimo, Biblioteca Nacional de España.



Personajes en un patio cordobés, año 1832, Hollis, Biblioteca Nacional de España.



Personajes en san Nicolás de la Villa, Córdoba, año 1835, Alfred Robert Freebairn, Biblioteca Nacional de España.



Personajes en la ribera del Guadalquivir de Córdoba, año 1800, Luis Carlos Legrand,
Biblioteca Nacional de España.

8.3. Archivo Histórico de Viana (Córdoba)



Nuestra Señora de los Dolores de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



“Velá” de la Fuensanta en Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Arrieros al exterior de la Mezquita-Catedral de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.

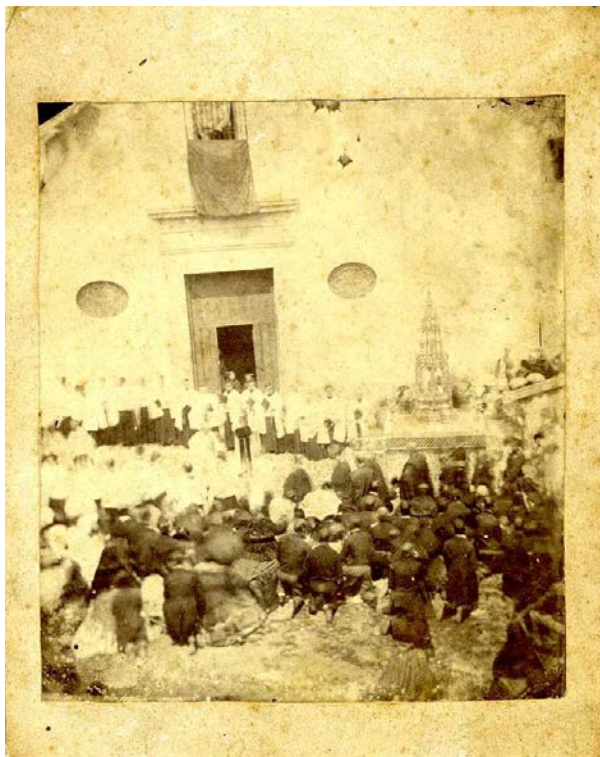


Tarde de toros en la plaza de los Tejares de Córdoba, último tercio del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.



Nuestra Señora de los Dolores de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección José Sánchez Muñoz, Archivo Histórico de Viana, Córdoba.

8.4. Archivo Histórico Provincial de Córdoba



Procesión del Corpus Christi de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.

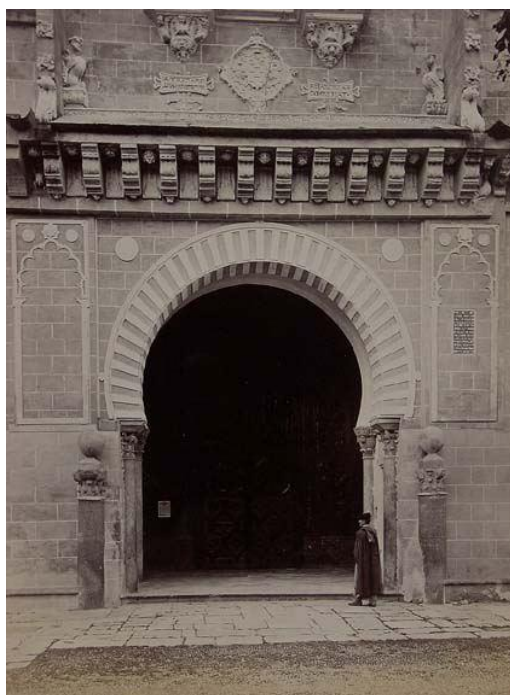


Personajes en la puerta del Puente de Córdoba, finales del siglo XIX, Colección Familia Romero de Torres, Archivo Histórico Provincial de Córdoba.

8.5. Fondo Fotográfico de la Universidad de Navarra



Viajero contemplando la ciudad de Córdoba, sin fecha, J. Kuhn, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.



Personaje en la puerta de las Palmas de la Catedral de Córdoba, año 1884, Anónimo, Fondo Fotográfico del siglo XIX, Universidad de Navarra.

